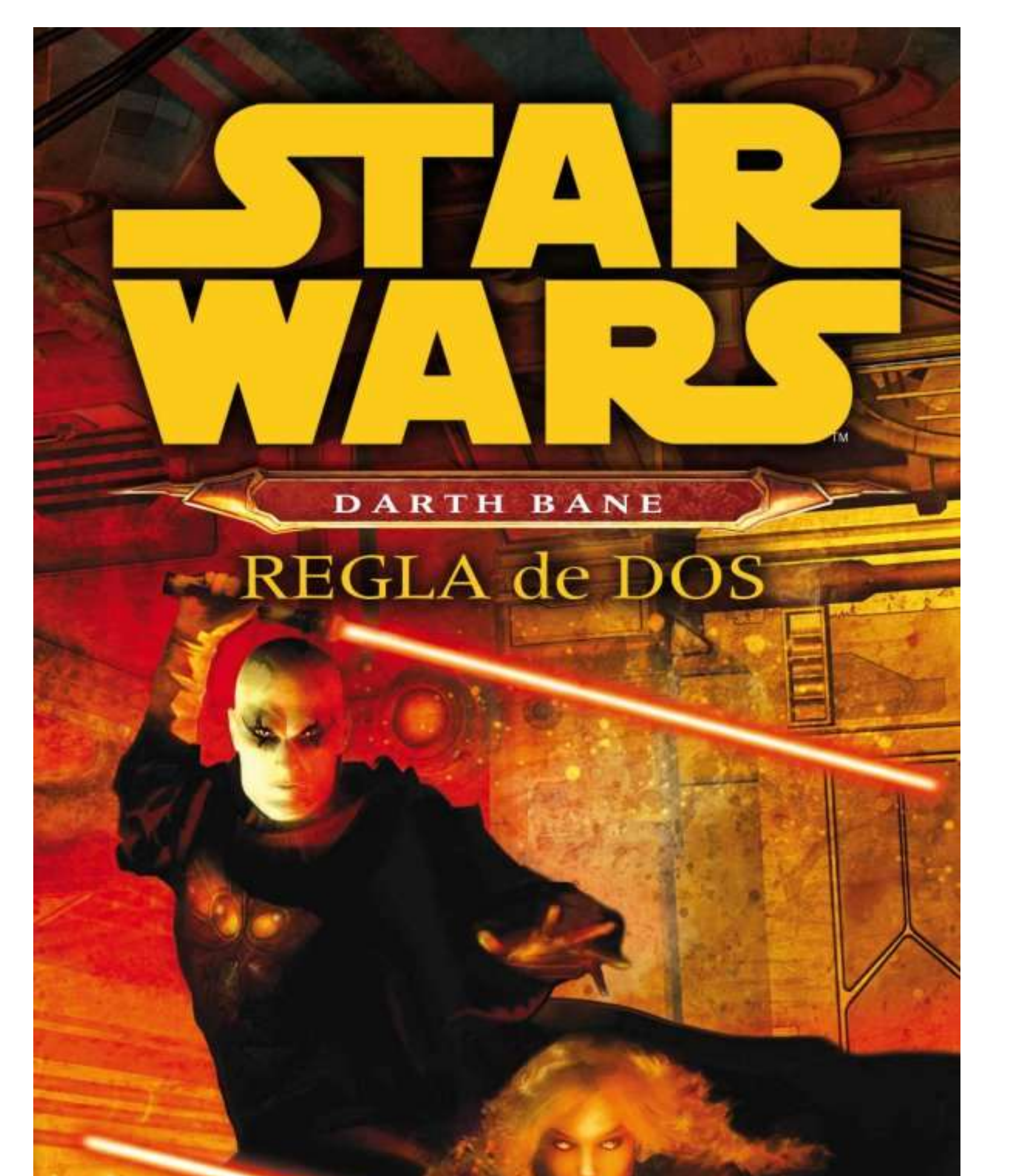

STAR WARS
DARTH BANE
REGLA de DOS
DREW KARPYSHYN
timunmas
PLANETA DeAGOSTINI

Como el último Sith sobreviviente, Darth Bane promulgó una nueva y severa directiva: la Regla de Dos. Decidido a poner en acción esta política, Darth Bane cree que ha encontrado la aprendiz perfecta. Zannah, aunque joven, posee un vínculo instintivo con el lado oscuro que rivaliza con el suyo. Bajo la tutela de Darth Bane, se volverá esencial en su lucha por destruir a los Jedi y dominar la galaxia.

Pero hay alguien decidido a detener a Darth Bane: Johun Othone, Padawan del Maestro Jedi Lord Hoth, que murió a manos de Bane en la Guerra Sith. Aunque el resto de los Jedi se burlan de él, la creencia de Johun que hay supervivientes Sith es inquebrantable. Pero ni siquiera Johun pudo prever los nuevos y asombrosos conocimientos y poderes que Darth Bane descubre a través de visiones inducidas por la Fuerza… poderes que lo va a alterar de formas que nunca podría haber imaginado.



Darth Bane 2

Regla de dos

Drew Karpyshyn



LEYENDAS

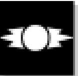
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Darth Bane: Rule of Two*

Autor: Drew Karpyshyn

Arte de portada: John Van Fleet

Publicación del original: diciembre 2007

1000 - 990 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1 (con correcciones aportadas por Reek17)

10.05.15

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

A mis padres, Ron y Viv,
y a mi hermana pequeña, Dawn.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha tomado forma en el espacio se sólo seis meses, un tiempo increíblemente corto para transformar una idea en un trabajo finalizado en las estanterías. Me gustaría agradecer a todo el mundo en Lucas Licensing Ltd. y Del Rey Books que fueron parte de este increíble logro, junto con un agradecimiento especial a mi mujer, Jennifer. Sin su ayuda y entendimiento no creo que esto hubiera sido posible dadas las fechas límite bajo las que estaba trabajando. Pero más que a nadie, me gustaría agradecer a todos los fans que compraron *Darth Bane: Camino de Destrucción*. Sin vuestro apoyo, esta secuela nunca habría ocurrido. Tenéis mi sincera y humilde gratitud.

PRÓLOGO

Darovit se abrió paso tambaleándose a través de los cuerpos que se apilaban en el campo de batalla, su mente nublada por el dolor y el horror. Reconoció a muchos de los muertos: algunos eran sirvientes del lado luminoso, aliados de los Jedi; otros eran seguidores del lado oscuro, esbirros de los Sith. E incluso en su estupor mareado, Darovit no podía evitar preguntarse a qué lado pertenecía.

Un par de meses antes todavía había continuado con su nombre de la infancia, *Tomcat*. Entonces no había sido más que un chico delgado, de pelo oscuro de trece años viviendo con sus primos Rain y Bug en el pequeño mundo de Somov Rit. Habían escuchado rumores de la guerra interminable entre los Jedi y los Sith, pero nunca habían pensado que tocaría sus vidas tranquilas, ordinarias… hasta que el explorador Jedi fue a ver a Root, su guardián designado.

El General Hoth, líder del Ejército Jedi de la Luz, estaba desesperado por más Jedi, había explicado el explorador. El destino de toda la galaxia colgaba en equilibrio. Y los niños bajo el cuidado de Root habían mostrado una afinidad para la Fuerza.

Al principio Root se había negado. Clamaba que sus cargos eran demasiado jóvenes para ir a la guerra. Pero el explorador había persistido. Finalmente, dándose cuenta de que si los niños no iban con los Jedi, los Sith irían y se los llevarían a la fuerza, Root había cedido. Darovit y sus primos habían dejado Somov Rit con el explorador Jedi y se habían dirigido a Ruusan. Para entonces, los niños habían pensado que era el inicio de una gran aventura. Ahora Darovit sabía más.

Demasiado había ocurrido desde que todos llegaran a Ruusan. Todo había cambiado. Y la juventud —que había dejado demasiado atrás en las pasadas semanas como para volver a ser llamado un niño más— no entendía nada de eso.

Había llegado a Ruusan lleno de esperanza y ambición, soñando con la gloria que sería suya cuando ayudara al General Hoth y al Ejército Jedi de la Luz a derrotar a los Sith que servían en la Hermandad de la Oscuridad de Lord Kaan. Pero no había gloria que encontrar en Ruusan; no para él. Y no para sus primos.

Rain había muerto incluso antes de que su nave tocara tierra en Ruusan. Habían sido emboscados por un escuadrón de Buitres Sith sólo unos segundos después de que rompieran en la atmósfera, la cola de su navío fue cortada en el ataque. Darovit había observado con horror cómo Rain era barrida por la explosión, literalmente desprendida de sus brazos antes de caer a una muerte invisible cientos de metros abajo.

Su otro primo, Bug, había muerto sólo hacía un par de minutos, una víctima de la bomba mental, su espíritu consumido por el terrible poder del arma final y suicida de Lord Kaan. Ahora se había ido. Como todos los Jedi y todos los Sith. La bomba mental había destruido cada ser viviente lo suficientemente fuerte como para tener el poder de la Fuerza. Todo el mundo excepto Darovit. Y eso no lo podía entender.

De hecho, nada en Ruusan tenía ningún sentido para él. ¡Nada! Había llegado esperando ver al legendario Ejército de la Luz del que había oído en las historias y

poemas: Jedi heroicos defendiendo la galaxia contra el lado oscuro de la Fuerza. En su lugar había sido testigo de hombres, mujeres, y otros seres que luchaban y morían como soldados comunes, molidos contra el barro y la sangre del campo de batalla.

Se sintió engañado. Traicionado. Todo lo que había escuchado sobre los Jedi había sido una mentira. No eran héroes brillantes: sus ropas estaban manchadas de mugre; su campamento apestaba a sudor y miedo. ¡Y estaban *perdiendo*! Los Jedi que Darovit había encontrado en Ruusan estaban derrotados y oprimidos, desgastados de la aparentemente interminable serie de batallas contra los Sith de Lord Kaan, tercamente rechazando rendirse incluso cuando estaba claro que no podían ganar. Y todo el poder de la Fuerza no podía devolverlos a los iconos brillantes de su imaginación inocente.

Había movimiento en el borde alejado del campo de batalla. Entornando los ojos contra el sol, Darovit vio media docena de figuras abriéndose paso lentamente a través de la matanza, reuniendo los cuerpos caídos de amigos y enemigos por igual. No estaba solo… ¡otros habían sobrevivido a la bomba mental también!

Corrió hacia delante, pero su excitación se enfrió mientras se acercaba lo suficiente para averiguar los rasgos de aquellos a los que se les había asignado limpiar el campo de batalla. Los reconoció como voluntarios del Ejército de la Luz. No Jedi, sino hombres y mujeres ordinarios que habían jurado lealtad a Lord Hoth. La bomba mental sólo se había llevado a aquellos con suficiente poder como para tocar la Fuerza: Los tipos no usuarios de la fuerza como estos eran inmunes a sus efectos devastadores. Pero Darovit no era como ellos. Él tenía un don. Algunos de sus recuerdos más recientes eran de utilizar la Fuerza para hacer levitar juguetes para el entretenimiento de su prima más joven Rain, cuando ambos eran niños. Esta gente había sobrevivido debido a que eran normales, planos. No eran especiales como él. La supervivencia de Darovit era un misterio, sólo otra cosa más sobre todo esto que él no entendía.

Mientras se aproximaba, una de las figuras se sentó en una roca, cansada de la tarea de reunir a los muertos. Era un hombre mayor, cerca de los cincuenta. Su cara parecía demacrada y ojerosa, como si la funesta tarea hubiera absorbido sus reservas mentales junto con las físicas. Darovit reconoció sus rasgos de aquellas primeras semanas que había pasado en el campamento Jedi, aunque nunca se molestó en aprender el nombre del hombre mayor.

Una revelación repentina heló a Darovit en su camino. Si él reconocía al hombre, entonces el hombre también podría reconocerle. Recordaría a Darovit. Sabría que el joven hombre era un traidor.

La verdad sobre los Jedi había disgustado a Darovit. Repugnado. Con sus ilusiones y ensoñaciones aplastadas por el peso de la cruda realidad, había actuado como un niño consentido y se había vuelto contra los Jedi. Seducido por las promesas fáciles del poder del lado oscuro, había cambiado de bando en la guerra y se había metido en la Hermandad de la Oscuridad. Sólo ahora entendió lo equivocado que había estado.

La revelación había llegado a él mientras atestiguaba la muerte de Bug, una muerte por la que él era en parte responsable. Demasiado tarde había aprendido el verdadero

precio del lado oscuro. Demasiado tarde aprendió que, a través de la bomba mental, la locura de Lord Kaan había traído devastación sobre todos ellos.

Ya no era un seguidor de los Sith; ya no anhelaba aprender los secretos del lado oscuro. ¿Pero podría este hombre mayor, un devoto seguidor del General Hoth, saberlo? Si recordaba a Darovit, le recordaría sólo como el enemigo.

Por un segundo pensó en intentar escapar. Simplemente girarse y correr, y el hombre mayor cansado recuperando su aliento no sería capaz de detenerle. Era el tipo de cosas que una vez había hecho todo el tiempo. Pero las cosas eran diferentes ahora. Tanto si fuera por culpa, madurez, o simplemente un deseo de verlo acabar todo, Darovit no corrió. Fuera cual fuera el destino que le esperaba, escogió quedarse y enfrentarse a él.

Moviéndose a pasos lentos pero determinados, se aproximó a la roca donde estaba sentado el hombre, aparentemente perdido en sus pensamientos. Darovit estaba a sólo un par de metros de distancia cuando el hombre finalmente miró arriba para observarle.

No hubo una sombra de reconocimiento en sus ojos. Sólo hubo una mirada vacía, encantada.

—Todos ellos, —murmuró el hombre, aunque si estaba hablando a Darovit o a sí mismo no estaba claro—. Todos los Jedi y todos los Sith… todos se han ido.

El hombre giró su cabeza, fijando su mirada perdida en la entrada oscura a una pequeña cueva cercana. Un escalofrío recorrió a Darovit cuando reconoció de qué estaba hablando el hombre. La entrada llevaba bajo tierra, a través de túneles retorcidos hacia la caverna profunda bajo tierra donde Kaan y sus Sith se habían reunido para desatar la bomba mental.

El hombre gruñó y agitó su cabeza, dispersando el estado mórbido al que se había deslizado. Levantándose con un suspiro cansado, su mente estaba otra vez centrada en su deber. Le dio a Darovit un leve asentimiento, pero en cualquier caso no le prestó más atención mientras volvía a la tarea macabra de envolver a los cuerpos en túnicas para que pudieran ser recogidos y se les diera un entierro honorable.

Darovit se giró hacia la cueva. De nuevo, parte de él quería retroceder y correr. Pero otra parte de él se sentía atraído hacia las fauces negras del túnel. Quizás había respuestas por encontrar dentro. Algo que le diera sentido a toda la muerte y violencia; algo que le ayudara a ver los motivos tras la interminable guerra y derramamiento de sangre. Quizás descubriría algo para ayudarle a rasgar algún propósito tras todo lo que había pasado aquí.

El aire se volvió regularmente más frío cuanto más profundo descendía. Podía sentir un cosquilleo en el fondo de su estómago: anticipación mezclada con un sentimiento enfermizo de terror. No estaba seguro de lo que encontraría una vez que alcanzara la cámara subterránea al final del túnel. Más cuerpos, quizás. Pero estaba determinado a no volver atrás.

Mientras la oscuridad le envolvía, en silencio se maldijo a sí mismo por no haber llevado un bastón de luz. Tenía un sable láser en su cinturón; poner sus manos sobre una de las armas legendarias era una de las tentaciones que le habían atraído a los Sith. Pero

incluso aunque hubiera traicionado a los Jedi sólo para clamarla, en la oscuridad del túnel, ya no sentía ningún deseo de encenderla y utilizar su luz para guiarle. La última vez que la había desenvainado había resultado en la muerte de Bug, y el recuerdo había contaminado el precio por el que lo había sacrificado todo para ganarlo.

Sabía que si volvía atrás, nunca reuniría suficiente coraje para hacer el viaje hacia bajo de nuevo, así que se empujó hacia delante pese a la oscuridad. Se movió lentamente, extendiéndose con su mente, tratando de atraer la Fuerza para guiarle a través del túnel sin luz. Incluso así, se mantuvo tropezando por el terreno irregular, o golpeándose los dedos de los pies. Al final encontró más fácil simplemente correr con una mano sobre el muro de roca y utilizarla para guiarse.

Su progreso era lento pero regular, el suelo del túnel se volvía más y más empinado hasta que estaba medio descendiendo de él en la oscuridad. Tras media hora se dio cuenta de una leve luz emanando de lejos más adelante, un brillo suave viniendo de un extremo distante del pasadizo. Aceleró su paso, sólo para tropezar con un saliente de piedra que se elevaba del suelo tosco. Cayó hacia delante con un grito de alarma, cayendo y tambaleándose por pendiente aguda hasta que llegó a descansar, magullado y maltrecho, al final del túnel.

Se abría en una cámara amplia, de techo alto. Aquí, la tenue luz que le había atraído hacia delante se reflejaba por las motas de cristales imbuidos en la piedra que le rodeaba, iluminando la caverna de forma que lo podía ver todo con claridad. Un par de estalactitas todavía colgaban del techo, arriba, en lo alto; cientos más estaban aplastadas en el suelo de la caverna, desplazadas cuando Kaan había detonado la bomba mental.

La propia bomba, o lo que quedaba de ella, flotaba a un metro sobre el suelo en el mismo centro de la caverna: la fuente de iluminación. A primera vista parecía ser un orbe oblongo, metálico, de cuatro metros de altura, y casi tres metros de extensión en su punto más amplio. Su superficie era de un plateado liso y oscuro que proyectaba una radiación pálida pero, al mismo tiempo, devoraba toda la luz reflejada de vuelta por los cristales atrapados en las paredes que le rodeaban.

Alzándose sobre sus pies, Darovit tembló. Tenía un frío sorprendente; el orbe había succionado todo el calor del aire. Dio un paso hacia delante. El polvo y los escombros crujiendo bajo sus pies sonaban planos y vacíos, como si la bomba mental estuviera tragando no sólo el calor de la caverna, sino también el ruido.

Deteniéndose, escuchó el sonido antinatural. No podía escuchar nada, pero definitivamente sentía algo. Una leve vibración tamborileante recorriendo el suelo y subiendo por su cuerpo, un pulso regular, rítmico que venía del orbe.

Darovit contuvo su aliento, sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, y dio otro paso a tientas hacia delante. Cuando no ocurrió nada dejó escapar el aire de sus pulmones con un suspiro largo, suave. Reuniendo su coraje, continuó su aproximación cautelosa, extendiendo una mano pero sin quitar los ojos de la esfera.

Se acercó lo suficiente para ver bandas negras de sombras retorciéndose y girando lentamente bajo la brillante superficie, como humo negro atrapado en la profundidad del

núcleo. Dos pasos más y estaba lo suficientemente cerca como para tocarlo. Con sus manos temblando sólo ligeramente, se inclinó hacia delante y presionó su palma contra la superficie.

Su mente explotó con llantos de pura angustia; una cacofonía de gritos y de voces se elevaba del orbe, todas las víctimas de la bomba mental gritando en tormento.

Darovit liberó su mano y se tambaleó hacia atrás, cayendo de rodillas.

¡Todavía estaban vivos! Los cuerpos de los Jedi y los Sith habían sido consumidos por la bomba mental, desmoronándose en polvo y cenizas, pero sus espíritus habían sobrevivido, succionados en el vórtice del corazón de la explosión de la bomba sólo para ser aprisionados para siempre.

Él sólo había tocado la superficie durante unos breves segundos, pero la voracidad de los espíritus casi le había vuelto loco. Atrapados dentro de la impregnable coraza, estaban condenados a una eternidad de interminable sufrimiento, insoportable. Un destino tan horrible que la mente de Darovit rechazaba agarrar del todo las implicaciones.

Todavía agachado sobre el suelo, agarró su cabeza entre sus manos en un gesto de indefensa futilidad. Había llegado aquí buscando respuestas y explicaciones. En su lugar había encontrado una abominación contra la propia naturaleza, una de la cual cada parte de su ser rechazaba instintivamente.

—No lo entiendo… no lo entiendo… no lo entiendo…

Murmuró la frase una y otra vez, agachado en el suelo, lanzándose lentamente hacia atrás y adelante en sus talones y todavía agarrando su cabeza entre sus manos.

1

La paz es una mentira. Sólo hay pasión.
Con la pasión, obtengo fuerza.
Con fuerza, obtengo poder.
Con poder, obtengo victoria.
Con victoria, mis cadenas se rompen.

El Código de los Sith

Darth Bane, el único Lord Sith en escapar a la devastación de la bomba mental de Kaan, marchaba rápidamente bajo un pálido sol de Ruusan, moviéndose tranquilamente por el paisaje desolado y destrozado por la guerra. Era dos metros de alto, y sus botas negras cubrían el terreno en largos pasos, balanceantes, impulsando su gran complexión poderosamente musculada con un sentimiento de propósito urgente. Había un aire de amenaza en él, acentuado por su cabeza afeitada, su ceño pesado, y la oscura intensidad de sus ojos. Esto, aún más que su imponente armadura negra o el siniestro sable láser de empuñadura curvada colgando de su cinturón, le marcaban como un hombre de un terrible poder: un verdadero campeón del lado oscuro de la Fuerza.

Su mandíbula robusta estaba en una determinación seria contra el dolor que se encendía cada pocos minutos en la parte posterior de su cráneo desnudo. Había estado a muchos kilómetros de distancia de la bomba mental cuando detonó, pero incluso a ese alcance había sentido su poder reverberando a través de la Fuerza. Los efectos secundarios perduraron, explosiones esporádicas disparando a través de su cerebro como un millón de diminutos cuchillos apuñalando los recesos oscuros de su mente. Había esperado que esos ataques se desvanecieran con el tiempo, pero en las horas desde la explosión, su frecuencia e intensidad había aumentado regularmente.

Podría haber llamado a la Fuerza para mantener el dolor a raya, envolviéndose en un aura de energía curativa. Pero ese era el camino de los Jedi, y Bane era un Lord Oscuro de los Sith. Caminaba por un camino diferente, uno que abrazaba el sufrimiento, atraía la fuerza del sufrimiento. Transformaba el dolor en rabia y odio, alimentando las llamas del lado oscuro hasta que su aspecto físico parecía casi brillar con la furia de una tormenta que apenas podía contener.

La imagen aterradora que Bane proyectaba contrastaba de forma aguda con la pequeña figura que seguía su rastro, luchando por mantener el ritmo. Zannah sólo tenía diez años, una niña esquelética con pelo corto rizado. Sus ropas eran simples y planas hasta el punto de ser rústicas: una camiseta amplia y un mono azul claro, ambos desgastados y manchados de llevarlos continuamente durante semanas. Cualquiera que la viera corretear tras la forma enorme de Bane, vestida de negro, habría estado presionado a imaginar que ella era la aprendiz elegida del Maestro Sith. Pero las apariencias podían engañar.

Había poder en la niña. Había visto una gran prueba de ello en su primer encuentro, menos de una hora antes. Dos Jedi sin nombre fueron muertos por su mano. Bane no conocía todos los detalles que rodeaban sus muertes; había llegado tras el hecho para encontrar a Zannah llorando sobre el cuerpo de un segurata, una de las especies telepáticas, de pelo verde nativas de Ruusan. Los cuerpos todavía calientes de los Jedi habían sido lanzados junto a ella, sus cabezas colgando en ángulos grotescos sobre sus cuellos rotos.

Claramente el seguratas había sido el amigo y compañero de la niña. Bane suponía que los Jedi debían haber matado inadvertidamente al segurata, sólo para encontrar un destino similar cuando Zannah igualara su venganza. Sin estar al tanto de su poder, habían sido cogidos con la guardia baja cuando la niña —dirigida por el dolor adormecedor y el odio puro, vil— había desatado toda la furia del lado oscuro contra los hombres que habían masacrado a su amigo.

Eran víctimas de la cruel mala fortuna: en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Aún así habría sido poco preciso decir que sus muertes fueran sin sentido. A los ojos de Bane, al menos, su sacrificio le había permitido reconocer el potencial de la joven chica. Para algunos, la serie de eventos podría haber parecido predestinado, como si los Jedi desafortunados hubieran sido inexorablemente atraídos a su sombrío final con el único propósito de unir a Bane y a Zannah. No había duda de que habría incluso algunos que profesarían que el destino y el lado oscuro de la Fuerza habían conspirado para presentar al Maestro una aprendiz tan apropiada. Bane, sin embargo, no era uno de ellos.

Creía en el poder de la Fuerza, pero también creía en sí mismo: Era más que sólo un sirviente de la profecía o un títere del lado oscuro, sujeto a los caprichos de un futuro inevitable, inescapable. La Fuerza era una herramienta que había utilizado para forjar su propio destino a través de la fuerza y la astucia. Él solo entre los Sith había ganado de verdad el testigo de Lord Oscuro, que era por lo que sólo él entre ellos todavía vivía. Y si Zannah era merecedora de ser su aprendiz, finalmente tendría que probarse a sí misma, también.

Escuchó un gruñido tras él y se giró para ver que la chica había caído al suelo, cayendo en su prisa por tratar de mantener el ritmo del implacable paso que había fijado él. Ella le miró, la rabia marcaba sus rasgos.

—¡Frena! —soltó ella—. ¡Estás yendo demasiado rápido!

Bane apretó sus dientes mientras un rayo fresco de dolor atravesaba su cráneo.

—No voy demasiado rápido, —contestó él, manteniendo su voz tranquila pero severa—. Tú vas demasiado lenta. Debes encontrar una forma de mantener el ritmo.

Ella se tambaleó sobre sus pies, golpeando a las rodillas rasguñadas de su mono para limpiar los restos más obvios de tierra.

—Mis piernas no son tan largas como las tuyas, —contestó ella airadamente, rechazando retroceder—. ¿Cómo se supone que debo mantener el ritmo?

La chica tenía espíritu. Eso había estado claro desde el momento de su primer encuentro. Ella había reconocido a Bane al instante por lo que era: uno de los Sith, enemigo jurado de los Jedi, un sirviente del lado oscuro. Aún así, no había mostrado ningún miedo. En Zannah, Bane había visto el potencial para la sucesora que necesitaba, pero ella había visto obviamente algo que quería en él, también. Y cuando él le había ofrecido la oportunidad de ser su aprendiz, de estudiar y aprender los caminos del lado oscuro, ella no había vacilado.

Él no estaba seguro aún de por qué Zannah había tenido tanta prisa por aliarse con un Lord de los Sith. Podía haber sido un simple acto de desesperación: Ella estaba sola, sin ningún otro sitio al que volver para su supervivencia. O quizás ella vio el lado oscuro como un camino a la venganza contra los Jedi, una forma de hacerlos a todos sufrir por la muerte de su amigo segurata. Era incluso posible que simplemente percibiera el poder de Bane y se hubiera lanzado a reclamarlo como suyo.

Cuales fueran sus verdaderas motivaciones, Zannah había estado más que dispuesta a jurar lealtad a los Sith y a su nuevo Maestro. Sin embargo, no era ni su espíritu ni su predisposición lo que la hacían merecedora de ser su aprendiz. El Lord Oscuro la había escogido por un motivo, y solo un único motivo.

—Eres poderosa en la Fuerza, —explicó él, su voz todavía sin traicionar ninguna sombra de emoción o de la agonía que resistía—. Debes aprender a utilizarla. A llamar su poder. A doblarlo para tu propósito. Como hiciste cuando mataste a los Jedi.

Él vio un resplandor de duda cruzar su cara.

—No sé cómo hice eso, —murmuró ella—. Ni siquiera tenía intención de hacerlo, —continuó ella, de repente insegura—. Simplemente de algún modo… ocurrió.

Bane detectó una sombra de culpa en su voz. Estaba decepcionado, pero difícilmente sorprendido. Era joven. Confundida. No podía entender del todo lo que había hecho. No aún.

—Nada *simplemente ocurre*, —insistió él—. Tú llamaste al poder de la Fuerza. Piensa en cómo lo hiciste. Piensa en lo que ocurrió.

Ella vaciló, entonces agitó su cabeza.

—No quiero hacerlo, —susurró ella.

La chica ya había resistido un dolor y sufrimiento inmensurable desde que llegara a Ruusan. No tenía ningún deseo de volver a pasar por esas horribles experiencias. Bane lo entendía; incluso simpatizaba con ella. Él, también había sufrido durante su infancia, una víctima de innumerables palizas salvajes a manos de Hurst, su padre cruel y abusivo. Pero había aprendido a utilizar aquellos recuerdos para su ventaja. Si Zannah se iba a convertir en su heredera del legado del lado oscuro, tenía que enfrentar su pasado. Tenía que aprender cómo esgrimir sus recuerdos más dolorosos. Tenía que transformarlos y canalizarlos para permitirle llevar el poder del lado oscuro.

—Sientes lástima por esos Jedi ahora, —dijo Bane, su voz indiferente—. Sientes arrepentimiento. Remordimiento. Quizás incluso pena. —El tono fácil se fue rápidamente

mientras su voz empezó a elevarse tanto en volumen como en intensidad—. Pero esas son emociones que no merecen la pena. No significan nada. ¡Lo que necesitas sentir es rabia!

Él dio un paso repentino hacia ella, su puño derecho apretado ante él para puntualizar sus palabras. Zannah se encogió ante el movimiento inesperado, pero no retrocedió.

—¡Sus muertes no fueron un accidente! —gritó él mientras daba otro paso hacia delante—. ¡Lo que ocurrió no fue ningún error!

Un tercer paso le llevó tan cerca que la sombra de su envergadura enorme envolvió a la chica como un eclipse. Ella se cubrió ligeramente pero mantuvo el terreno. Bane se quedó helado, bloqueando el dolor en la parte trasera de su cráneo y tomando las riendas de su furia. Él se agachó junto a ella y relajó su puño apretado. Entonces extendió el brazo lentamente con su mano y la puso suavemente en su hombro.

—Piensa en lo que sentiste cuando desataste tu poder contra ellos, —dijo él, su voz ahora un susurro suave, seductor—. Piensa en lo que sentiste cuando los Jedi asesinaron a tu amigo.

Zannah dejó caer su cabeza, sus ojos cerrados. Por varios segundos estuvo calmada y en silencio, forzando su mente a revivir el momento. Bane vio las emociones cruzando su cara: dolor, tristeza, pérdida. Bajo su enorme mano en su delicado hombro, ella temblaba ligeramente. Entonces, lentamente, sintió su rabia empezando a elevarse. Y con ella, el poder del lado oscuro.

Cuando la chica miró arriba de nuevo sus ojos estaban bien abiertos; ardían con una intensidad fiera.

—Ellos mataron a Laa, —escupió ella—. ¡Merecían morir!

—Bien. —Bane dejó que su mano cayera de su hombro y dio un paso atrás, la sombra de una sonrisa de satisfacción jugando en sus labios—. Siente la rabia. Acéptala. Abrázala.

—Con pasión, obtengo fuerza, —continuó él, recitando el Código de los Sith—. Con fuerza, obtengo poder.

—Con pasión, obtengo fuerza, —dijo ella, repitiendo sus palabras, respondiendo a ellas—. Con fuerza, obtengo poder. —Él podía percibir al lado oscuro reforzándose dentro de ella, creciendo en intensidad hasta que casi podía sentir su calor.

—Los Jedi murieron porque eran débiles, —dijo él, dando un paso atrás—. Sólo los fuertes sobreviven, y la Fuerza te hará fuerte. —Mientras se giraba, añadió—. Utilízala para mantener el ritmo. Si caes atrás de nuevo, te dejaré aquí en este mundo.

—¡Pero aún no me has contado qué hacer! —gritó ella tras él mientras él marchaba.

Bane no contestó. Le había dado la respuesta, aunque ella no lo sabía aún. Si ella merecía ser su aprendiz, lo averiguaría.

Sintió un arrebato repentino de poder corriendo hacia él, concentrado en el talón de su pie izquierdo mientras trataba de hacerle tropezar para ralentizarle. Bane se había preparado para algún tipo de reacción en el momento en que le había dado la espalda. La había presionado hasta el límite; habría estado decepcionado si no hubiera hecho nada. Pero había estado esperando un asalto más amplio, más básico, una oleada de energía del

lado oscuro con la intención de lanzarle al suelo. Un golpe concentrado contra un único talón era mucho más sutil. Mostraba inteligencia y astucia, y aunque estaba preparado para ello, la fuerza de su ataque aún así le sorprendió.

Aún así con tanto poder y potencial como tenía Zannah, no era rival para un Lord Oscuro de los Sith. Bane esgrimió sus propias habilidades en la Fuerza para absorber el impacto de su ataque, atrapándolo y amplificando su fuerza antes de dispararlo de vuelta a su aprendiz. El golpe redirigido golpeó a Zannah en el pecho, lo suficientemente fuerte como para tirarla al suelo. Un gruñido de sorpresa se escapó de sus labios mientras aterrizaba con fuerza con su trasero.

No estaba herida; Bane no tenía intención de herirla. Los golpes constante infligidos en él por su padre a través de su infancia habían ayudado a transformar a Bane en lo que era hoy, pero también le habían hecho odiar y despreciar a Hurst. Si esta chica iba a ser su aprendiz, tenía que respetarle y admirarle. No podía enseñarle los caminos del lado oscuro si no estaba dispuesta —incluso ansiosa— por aprender de él. La única cosa que las palizas de Hurst le habían enseñado a Bane era cómo odiar, y Zannah ya conocía esa lección.

Se giró y fijó su fría mirada en la chica todavía sentada en un duro claro, burdo de tierra. Ella le miró, furiosa por la forma en que la había humillado.

—Un Sith sabe cuándo liberar la furia del lado oscuro, —le informó él—, y cuándo retenerse. La paciencia puede ser un arma si sabes cómo utilizarla, y tu rabia puede alimentar al lado oscuro si aprendes cómo controlarla.

Ella estaba aún echando humo de ira, pero él veía algo más en su expresión ahora: una curiosidad resguardada. Lentamente asintió mientras el significado de sus palabras se volvía claro, y su expresión se suavizaba. Bane podía aún sentir el poder del lado oscuro dentro de ella; su rabia todavía estaba ahí, pero la había ocultado bajo la superficie. Estaba criándola, alimentándola para un tiempo en que pudiera liberarla.

Ella acababa de aprender su primera lección en los caminos de los Sith. Y estaba alerta de él ahora, alerta, pero no con miedo. Justo como él quería. La única cosa que necesitaba que temiera era del fracaso.

Él se giró lejos de ella de nuevo y continuó su marcha, suprimiendo un estremecimiento mientras una fresca falange de espadas se abría paso excavando en sus pensamientos. Tras él, sintió a Zannah reunir la Fuerza una vez más. Esta vez, sin embargo, la chica la dirigió hacia adentro, utilizándola para refrescar y rejuvenecer sus extremidades exhaustas.

Ella saltó y se escurrió tras él, moviéndose casi sin esfuerzo corriendo a toda velocidad. Él aceleró su paso mientras su aprendiz llegaba a caminar junto a él, fácilmente capaz de mantener el ritmo ahora que estaba siendo propulsada por el increíble poder de la Fuerza.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—Al campamento Sith, —respondió él—. Necesitamos suministros para el viaje.

—¿Están ahí los otros Sith? —preguntó ella—. ¿Con los que estaban luchando los Jedi?

Bane se dio cuenta de que aún no le había contado lo que le había ocurrido a Kaan y a la Hermandad.

—No hay otros Sith. Nunca los habrá, salvo por nosotros. Un Maestro y un aprendiz; uno para encarnar el poder, el otro para ansiarlo.

—¿Qué le ocurrió a los otros? —quiso saber ella.

—Yo les maté, —contestó él.

Zannah pareció pensar en eso durante un momento antes de encogerse de hombros con indiferencia.

—Entonces eran débiles, —dijo ella con una convicción simple—. Y merecían morir.

Bane se dio cuenta de que había escogido bien a su aprendiz.

2

La gran nave de guerra de Lord Valenthyne Farfalla —líder del Ejército Jedi de la Luz desde la pérdida del General Hoth— mantenía una lenta órbita bien arriba de la superficie de Ruusan. Diseñada para que su exterior pareciera una barcaza de navegación, la nave tenía una elegancia arcaica, una grandeza que algunos sentían como una señal de vanidad impropia de un Jedi.

Johun Othone, un joven Padawan en el Ejército de la Luz, una vez compartió esa opinión. Como mucho de los seguidores de Hoth, inicialmente pensaba en Lord Valenthyne como un imbécil pavoneante que sólo se preocupaba por las camisetas de brilloseda de colores brillantes, los largos mechones cayendo de su pelo dorado, y los otros enredos de la moda estridente y chillona. Aún así, en batalla tras batalla contra la Hermandad de la Oscuridad, Farfalla y sus seguidores habían demostrado su valía. Lentamente, casi a regañadientes, Johun y el resto de las tropas de Hoth habían llegado a admirar e incluso respetar al hombre del que alguna vez se habían mofado.

Ahora el General Hoth se había ido, destruido junto con los Sith en su confrontación final, y en su ausencia, era Lord Valenthyne el que había tomado el cargo del liderazgo. Siguiendo las órdenes de Hoth.

Farfalla había organizado la evacuación en masa de Ruusan antes de la detonación de la bomba mental, salvando miles de Jedi y Padawans sensibles a la Fuerza de sus devastadores efectos al cargarlos en las naves de su flota en órbita.

Era mera casualidad que Johun hubiera acabado aquí en el *Viento favorable,* la nave insignia de Valenthyne. El navío era lo suficientemente grande como para cargar una tripulación de cerca de trescientos cómodamente, pero apiñado en el compartimento de carga con cerca de quinientos otros evacuados, el joven hombre no estaba para nada cómodo. Estaban empaquetados de forma tan firme, que era difícil moverse; Maestros Jedi, Caballeros Jedi, y Padawans estaban presionados hombro contra hombro.

Las otras naves estaban igual de llenas. Además de los Jedi, la vasta mayoría de las tropas no sensibles a la Fuerza que se habían unido a la causa de Hoth, también habían sido llevadas fuera del mundo. Una de las naves incluso había sido cargada con varios cientos de prisioneros, los seguidores no Sith de Lord Kaan que rápidamente se habían rendido a los Jedi cuando su líder oscuro les había abandonado para embarcarse en su último plan loco para destruir a los Jedi. No había ningún peligro real para estos soldados ordinarios; la bomba mental sólo afectaba a aquellos en más sintonía con la Fuerza. Pero en las prisas por evacuar era mucho más simple simplemente llevarse a todo el mundo.

Aquí en el galeón personal de Valenthyne, sin embargo, Johun reconocía casi cada cara. Había luchado junto a ellos durante muchos meses, a través de emboscadas, escaramuzas, y batallas a gran escala. Juntos habían sido testigos de la muerte y el derramamiento de sangre; habían probado el triunfo glorioso y resistido la derrota aplastante. Cada uno de ellos había visto muchos enemigos —y demasiados amigos—

morir mientras habían combatido una aparentemente interminable campaña contra las fuerzas del lado oscuro.

Ahora, mientras se apiñaban juntos en esta nave, la guerra había acabado finalmente. La victoria era suya al fin. Aún así, cada ser a bordo llevaba una máscara lúgubre y sombría. La extinción de los Sith había llegado a un coste terrible. No había duda de lo que había ocurrido, no había esperanza de que ninguno de los Jedi todavía abajo en la superficie hubiera sobrevivido. Orbitando bien arriba de Ruusan, habían estado a salvo fuera del radio de explosión de la bomba mental. Pero a través de la Fuerza habían escuchado los gritos agonizantes de sus compañeros Jedi mientras sus espíritus eran destrozados y tragados por el vórtice arremolinado de energía del lado oscuro. Muchos de los supervivientes lloraban abiertamente. La mayoría simplemente resistían el sufrimiento en un silencio estoico, reflexionando en el sacrificio que otros habían hecho.

Johun —como Farfalla y virtualmente cada otro miembro del Ejército de la Luz— se había ofrecido voluntario para quedarse atrás con el General Hoth. Pero el general se había negado. Sabiendo que aquellos que se quedaran con él se enfrentarían a una muerte segura, había ordenado a todos, salvo a cien de sus seguidores Jedi, que se fueran del mundo. A ninguno de los Padawans se le había permitido quedarse. Aún así, aunque sólo estaba siguiendo órdenes, Johun no podía evitar sentir que había traicionado a su general al huir del planeta.

Sobre el compartimento de carga densamente empaquetado apenas podía encontrar a Farfalla, su blusa roja brillante resaltando como una baliza sobre el mar de cuerpos, la mayoría vestidos de marrón. Estaba organizando los equipos de rescate que volverían en lanzadera a la superficie de Ruusan para tratar con los efectos de la bomba mental, y Johun estaba determinado a estar entre ellos.

Era difícil moverse a través de la masa de Jedi, pero Johun era pequeño y delgado. Tenía diecinueve años, pero todavía tenía que ganar peso, y con su complexión delgada, piel clara, y pelo rubio claro hasta los hombros —recogido en una estrecha trenza, como era costumbre para los jóvenes Jedi todavía en entrenamiento— parecía al menos dos años más joven. Podía ser frustrante que se le confundiera con un niño, pero ahora, mientras se retorcía y se colaba a través de la multitud, estaba agradecido por su físico delgado.

—Lord Valenthyne, —llamó mientras se acercaba. Alzó su voz más para ser oído sobre el ruido de fondo—. ¡Lord Valenthyne!

Farfalla se giró, tratando de captar al dueño de la voz desde los muros de cuerpos y caras, entonces dio un asentimiento de reconocimiento mientras el joven hombre finalmente irrumpía a la vista.

—Padawan Johun.

—Quiero unirme a los equipos de rescate, —soltó Johun—. Mándeme de vuelta abajo.

—Me temo que no puedo hacer eso, —contestó el Maestro Jedi con un agitar compasivo de su cabeza.

—¿Por qué no? —Exigió Johun—. ¿Cree que soy demasiado joven?

—Eso no es… —empezó Farfalla, pero Johun le cortó.

—¡No soy un niño! ¡Tengo diecinueve años… mayor que aquellos dos seguro! —insistió él, moviendo su mano en dirección al equipo de rescate más cercano: un grupo que consistía en un hombre de mediana edad con una barba corta, una mujer de veinte años, y dos chicos de diecipocos.

—Ten cuidado con tu rabia, —le advirtió Farfalla, su voz severa.

Johun iba a contestar, pero en su lugar se mordió la lengua y meramente asintió. No tenía sentido molestarse; eso no convencería a Lord Valenthyne de que le dejara ir.

—Tu edad no tiene nada que ver con mi decisión, —explicó el Jedi mayor una vez que se hubo asegurado de que Johun había llevado sus emociones bajo control—. Todo un tercio de nuestras fuerzas son más jóvenes que tú.

Era verdad, se dio cuenta Johun. Las bajas acumuladas de la campaña de Ruusan habían forzado al Ejército de la Luz a aceptar a reclutas más y más jóvenes en sus filas. Su juventud no era el motivo; tenía que haber otra explicación. Pero en lugar de preguntar por qué no podía ir, Johun simplemente se quedó en silencio. La paciencia le haría ganar más del sucesor del General Hoth que las preguntas incesantes, desconsideradas.

—Echa un vistazo más de cerca a quién estoy mandando abajo, —ordenó Farfalla—. Estos son bravos voluntarios, aliados valiosos en nuestra batalla contra los Sith. Pero ninguno de ellos está en sintonía con la Fuerza.

Sorprendido, Johun dio una segunda mirada al equipo en la orilla mientras hacían sus preparativos finales. La mujer tenía piel oscura y un pelo negro corto, y el Jedi se dio cuenta de que la había conocido antes.

Era una soldado de la República llamada Irtanna, y se había unido a su causa cerca de un año estándar antes. Le llevó un momento más ubicar a los otros, hasta que se dio cuenta del parecido entre el hombre con barba y los dos adolescentes. Eran nativos de Ruusan. El hombre era un granjero llamado Bordon que había huido ante los ejércitos avanzando de Lord Kaan durante la última ofensiva Sith. Los dos chicos eran sus hijos, aunque Johun no podía recordar sus nombres.

—No sabemos todo el alcance de los efectos de la bomba mental, —continuó Farfalla—. Puede que haya efectos secundarios que puedan dañar o incluso matar a un Jedi o Padawan. Es por eso por lo que no puedes ir.

Johun asintió. Tenía sentido; Valenthyne simplemente estaba siendo precavido. Pero a veces era posible ser demasiado precavido.

—Hay otros riesgos en la superficie —señaló él—. No sabemos si todos los Sith están muertos. Alguno de ellos podría haber sobrevivido.

Farfalla agitó su cabeza.

—Kaan tenía algún hechizo, algún poder sobre sus seguidores. Estaban cautivados por su voluntad. Cuando les lideró bajo esa cueva, todos le siguieron voluntariamente. Les había convencido de que podrían sobrevivir a la bomba mental si unían su poder… pero estaba equivocado.

—¿Qué hay de los esbirros Sith? —presionó Johun, sin estar dispuesto a dejar ir el asunto. Como los Jedi, los Sith tenían su parte de seguidores que no estaban en sintonía con la Fuerza: soldados y mercenarios que se habían aliado a la Hermandad de la Oscuridad—. No los capturamos a todos —señaló el joven Padawan—. Algunos de ellos huyeron de la batalla. Todavía estarán ahí abajo.

—Para eso es esto, —le aseguró la mujer soldado, golpeando el bláster en su cadera. Le dio una sonrisa feroz, sus dientes blancos brillantes contrastando fuertemente con su complexión oscura.

—Irtanna sabe cómo cuidar de sí misma, —estuvo de acuerdo Farfalla—. Ha visto más combates que tú y yo juntos.

—Por favor, Lord Valenthyne, —rogó Johun, cayendo sobre una rodilla. Un gesto vano e imbécil, pero estaba desesperado. Sabía que Farfalla tenía razón, pero no le importaba. No le importaba la lógica o la razón o ni siquiera los peligros de la bomba mental. ¡Simplemente no podía sentarse sin hacer nada!— ¡Por favor! Él era mi Maestro.

Farfalla extendió su mano y la puso tiernamente en la frente de Johun.

—Hoth me advirtió de que su decisión de mandarte lejos no descansaría fácilmente sobre tus hombros, —dijo él con suavidad—. Pero tu Maestro era un hombre sabio. Sabía lo que era mejor para ti, como yo lo hago. Debes confiar en mi juicio en esto, incluso si no lo entiendes del todo.

Quitando su mano del entrecejo del joven, el nuevo líder del Ejército de la Luz cogió a Johun por el brazo y le ayudó a ponerse en pie.

—Tu Maestro hizo un gran sacrificio para salvarnos a todos, —dijo él—. Si cedemos ante nuestras emociones ahora, si nos permitimos llegar a un daño sin sentido, entonces deshonraremos lo que ha hecho. ¿Lo entiendes?

Johun asintió, un Padawan asintiendo a la mayor sabiduría de un Maestro Jedi.

—Bien, —dijo Farfalla, girándose para centrar su atención en uno de los otros equipos de rescate—. Si quieres ayudar, échale una mano a Irtanna cargando sus suministros.

Johun asintió de nuevo, aunque Farfalla no se dio cuenta. Ya se había ido, arrebatado por las responsabilidades de su posición.

Trabajando en silencio, Johun ayudó a cargar los últimos suministros a la lanzadera: kits de campo llenos de raciones y cápsulas de agua; packs médicos en caso de que llegaran a algún herido; electrobinoculares y un pack sensor para explorar y para reconocimiento; bastones de luz para cuando la noche cayera. Y, por supuesto, packs de poder de repuesto para los blásters que Irtanna y los otros llevaban en caso de que se encontraran con algún esbirro superviviente del ejército de Kaan.

—Gracias, —dijo Irtanna una vez que acabaron.

Tratando de parecer desinteresado, Johun dio un vistazo rápido alrededor. Farfalla no estaba en ningún lugar visible.

—¿Quieres llevarnos volando abajo, o debería hacerlo yo? —le preguntó a ella. Las palabras eran fáciles pero mientras las decía se extendió con la Fuerza para tocar su

mente. Lo hizo suavemente, siendo cuidadoso de no hacerle ningún daño mientras plantaba la semilla de una sugestión.

Sus ojos brillaron por un momento y una mirada de confusión en blanco cruzó su cara.

—Uh… yo nos llevaré volando, supongo. Puedes tomar el asiento del copiloto.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Bordon, el padre de edad media. Por su tono, era obvio que tenía sus dudas.

—Por supuesto —respondió Johun amistosamente—. Le escuchaste decir que debería ayudaros a cargar los suministros, ¿no? ¿Por qué otro motivo diría eso si no fuera a ir con vosotros?

Como hizo con Irtanna, dio otro ligero empujón, añadiendo el poder de alterar la mente de la Fuerza a la media verdad. Normalmente habría aborrecido la idea de manipular a los amigos o aliados de esta forma, pero en este caso sabía que al equipo de rescate dispar le iría mejor si él les acompañaba.

—Sí. Cierto, —estuvo de acuerdo Bordon tras un momento—. Está bien tenerte con nosotros.

—Tiene sentido tener a un Jedi con nosotros —añadió Irtanna—. Sólo por si acaso.

Persuadir a alguien a través de la Fuerza era siempre más fácil cuando era algo de lo que querían ser convencidos, se dio cuenta Johun. Aún así, sintió un ligero remordimiento de culpa mientras trepaba a la pequeña lanzadera hacia la superficie.

Es sólo porque estás desobedeciendo a Farfalla, se aseguró a sí mismo. *Estás haciendo lo correcto.*

—Todo el mundo abrochaos los cinturones, —ordenó Irtanna, hablando sobre el siseo presurizado mientras las escotillas de aire se sellaban.

Los motores de la lanzadera se encendieron, elevándoles de la plataforma de amarre.

—De vuelta a casa a Ruusan. O al menos a lo que queda de ella, —murmuró Bordon tristemente mientras iban a través de las puertas del compartimento de carga y salían hacia la parte superior de la atmósfera del planeta.

3

Darth Bane los sintió mucho antes de verlos.

Aquellos ignorantes en los caminos de la Fuerza la veían sólo como un arma o herramienta: podía golpear contra un enemigo en la batalla; podía levitar objetos cercanos y atraerlos a una palma esperando o lanzarlos sobre una habitación. Pero esos eran meros trucos de mago para uno que entendía su verdadero poder y potencial.

La Fuerza era una parte de todas las cosas vivientes, y todas las cosas vivientes eran una parte de la Fuerza. Fluía a través de cada ser, cada animal y criatura, cada árbol y planta. Las energías fundamentales de la vida y la muerte fluían a través de ella, haciendo ondas en el mismo tejido de la existencia.

Incluso distraído por los flashes agonizantes de las espadas cortando el interior de su cráneo, Bane era sensible a esas ondas. Le daban una consciencia que transcendía el espacio e incluso el tiempo, garantizándole breves miradas a las siempre cambiantes posibilidades del futuro. Así era como, aún a dos kilómetros y a varios minutos de distancia de donde Kaan y su ejército habían hecho su campamento, sabía que otros ya estaban ahí.

Había ocho en total, todos humanos, seis hombres y dos mujeres. Mercenarios que se habían alistado con la Hermandad por créditos y una oportunidad de golpear a la odiada República, habían sobrevivido a la batalla final con las tropas de Hoth. Lo más probable es que hubieran huido de la confrontación en el instante en que Kaan había descendido a las entrañas de la superficie del planeta para dejar su trampa para los Jedi, desechando la lealtad de todos los seguidores comprados y pagados. Y ahora, como escarabajos de sangre cogiendo la carne podrida de un cuerpo de bantha, habían venido a carroñar cualquier resto de valor que pudieran encontrar en el campamento Sith desierto.

—Hay alguien delante, —susurró Zannah un minute después. Menos en sintonía con los sutiles matices de la Fuerza que su Maestro, le había llevado más tiempo percibir el peligro. Pero dada su falta de entrenamiento, el hecho de que se hubiera dado cuenta de cualquier cosa era un testamento de sus habilidades.

—Espera aquí, —ordenó Bane, alzando una mano para dejar quieta a Zannah en su lugar. Sabiamente, ella obedeció.

Él no miró atrás mientras rompía a correr. El suelo corría bajo sus pies, un borrón de movimiento mientras llamaba a la Fuerza para llevarle adelante. El dolor en su cabeza se desvaneció, barrido por la anticipación de la batalla y el júbilo de su carga.

En sesenta segundos el campamento Sith llegó a la vista, el perfil de los mercenarios condenados claramente visible mientras discutían sobre qué objetos merecían ser saqueados. Seis de los saqueadores estaban reunidos en el pequeño claro en el centro del campamento, dividiendo el botín. Los otros dos estaban en el punto: centinelas estacionados cerca de la periferia de las tiendas para vigilar por señales de problemas. Sus puestos eran mera formalidad, sin embargo. Los centinelas debían haber estado estacionados en los lados opuestos del campamento para proteger de un asalto de

cualquier dirección. En su lugar, los dos hombres estaban en pie a menos de veinte metros de distancia, más interesados en tener a alguien con quien pasar el tiempo que en asegurar el perímetro.

Bane supervisó la escena con desprecio mientras les atravesaba, la Fuerza permitiéndole captar cada detalle en una rápida mirada. Los hombres en el punto eran ignorantes de su aproximación, su atención atraída por los gritos enfadados de desacuerdo llegando de los otros seis riñendo sobre sus ganancias enfermizas.

Alterando su curso ligeramente para que su llegada estuviera oculta por una gran tienda de suministros hasta el último instante posible, Bane dio un último arrebato de aceleración y descendió sobre el campamento en una tormenta de ruina. Sacó y encendió su sable láser en un movimiento suave. El zumbido afilado de la hoja carmesí le precedía, traicionando su posición un par de segundos preciosos antes de su llegada. La advertencia de avance le dio justo el tiempo suficiente al centinela más cercano para desenfundar su bláster, pero no el tiempo suficiente para salvarle de la matanza que llegaba.

Bane se materializó desde detrás de la tienda de suministros y cayó sobre su primera víctima como un viento oscuro, cortándola diagonalmente desde el hombro hasta las caderas. El hombre llevaba una armadura de batalla hecha de placas compuestas cosidas en una sobre capa entretejida acolchada para permitir la flexibilidad. El chaleco cubriendo su pecho era capaz de absorber varios disparos bláster de alta energía desde treinta metros, pero la espada de Bane cortó a través de las capas protectoras y excavó un tajo fatal de cinco centímetros a través de la carne y los huesos de debajo.

Mientras la primera víctima caía, Bane saltó alto en el aire hacia su siguiente enemigo, instantáneamente acercando los diez metros entre ellos y simultáneamente evadiendo el disparo apresurado de la pistola bláster del segundo centinela. Mientras caían virtualmente sobre su enemigo, dio un golpe alto, descendiendo a dos manos, un movimiento clásico del Djem So, la quinta y más poderosamente agresiva forma de combate con sable láser. El golpe pesado biseccionó perfectamente el casco del desafortunado hombre y fue profundo por el cráneo de debajo.

Los espantosos finales de los primeros dos mercenarios, le dieron a los otros tiempo para reconocer qué estaba pasando. Sacaron sus armas y dispararon toda una oleada de rayos bláster a Bane mientras éste se giraba para encararles desde el otro lado del campamento. Suavemente cambiando desde el estilo de ataque de la Forma V al estilo más defensivo de la Forma III, Bane reflejó los rayos que llegaban con bloqueos a dos manos de su sable láser, haciéndolos reflejar a un lado con un desdén casi indiferente.

Girando su arma en su mano derecha, Bane se detuvo para deleitarse en la desesperanza y el terror que emanaba de la media docena de mercenarios supervivientes mientras reconocían el inevitable hecho de sus propias muertes. Reunidos juntos en el claro entre las tiendas, hicieron la única cosa que les daba a cualquiera de ellos una oportunidad de sobrevivir: se separaron y corrieron.

Se dispersaron en todas las direcciones: una de las mujeres corrió hacia la izquierda, dos hombres corrieron hacia la derecha; los otros tres se giraron y huyeron en una línea

recta lejos del intruso mortífero. Todavía girando su sable láser, Bane propulsó su mano vacía hacia fuera ante él, con la palma extendida mientras liberaba la Fuerza en una oleada de poder conmocionador hacia la mujer que huía a su izquierda. La oleada cortó una franja de devastación a través del campamento. Las tiendas fueron desarraigadas del suelo, su material destrozado y retorcido. Los cofres de suministros de madera explotaron en astillas, los contenidos destrozados dispersándose en una lluvia de metralla astillada.

La ola de Fuerza golpeó la espalda de la mujer, pulverizando su columna y golpeando su cuello mientras la llevaba bocabajo y la clavaba al suelo. Su cuerpo se retorció una vez, entonces se quedó tranquilo para siempre.

Apretando los dedos de su mano izquierda firmemente contra su palma abierta, Bane giró hacia los dos hombres a su derecha y lanzó su puño hacia arriba en el aire. Una docena de ramificaciones de rayos azules se arquearon desde sobre su cabeza para envolver a los soldados gritando, cocinándolos vivos. Chillando de agonía, danzaron y se retorcieron como marionetas en las cuerdas eléctricas durante varios segundos antes de que sus cascarones humeantes colapsaran contra el suelo.

En los pocos segundos que había llevado despachar a los otros, los tres mercenarios supervivientes habían alcanzado el otro extremo del campamento Sith. Un par de metros más allá del borde de las tiendas, una línea de árboles marcaba el inicio de los densos bosques de Ruusan. Las ramas ocultadoras les tentaban con ofertas de seguridad, dándole aún más ansias a su huída llena de terror. Bane les observó retirarse con un desinterés vago, saboreando su miedo.

A un puñado de pasos para la libertad, uno de los hombres cometió el error fatal de mirar atrás sobre su hombro para ver si su adversario les estaba siguiendo. En un capricho, Bane lanzó su sable láser girando hacia él en un lanzamiento desinteresado. La espada girando cortó a través del aire en un bucle cerrado, cruzando la extensión del campamento en una fracción de segundo antes de volver para ser captado en las manos esperando de su Maestro.

Dos de los mercenarios se desvanecieron en el bosque, aplastando a través de la vegetación. El tercero —el que se había detenido para mirar atrás— se quedó quieto como una piedra. Un segundo después, su cabeza cayó hacia delante de sus hombros para rebotar y rodar por el suelo, cortada del muñón cauterizado de su cuello por la hoja carmesí del sable láser lanzado de Bane. Como si la cabeza caída fuera una señal, las extremidades rígidas del cuerpo decapitado cayeron repentinamente, y cayó de lado.

Bane apagó su sable láser, la hoja desvaneciéndose con un siseo agudo. Por un breve instante se deleitó de su victoria, bebiendo de los últimos restos de las emociones de sus víctimas, atrayendo el poder de su miedo y sufrimiento. Y entonces el momento se fue, huyendo como aquellos que habían escapado a su ira. Podía haberles perseguido, pero tanto como ansiaba probar su pánico, entendía el propósito de dejarles con vida.

—Les has dejado ir.

Él giró sorprendido al ver a Zannah en pie justo dentro del perímetro del campamento. Absorto por la matanza, no la había percibido acercarse. O eso, o su joven aprendiz se había tomado la molestia de escudar su presencia ante él.

No la subestimes, se recordó Bane a sí mismo. *Tiene el poder para sobrepasarte algún día*.

—Les has dejado ir —repitió Zannah. Ella no sonaba enfadada, o decepcionada, o incluso complacida. Simplemente parecía confundida.

—Te dije que me esperaras, —la amonestó Bane—. ¿Por qué desobedeciste?

No contestó de inmediato, midiendo sus palabras con cuidado hasta que pudo encontrar una respuesta que complacería a su Maestro.

—Quería ver el verdadero poder del lado oscuro, —admitió finalmente—. ¿Puede enseñarme a…? —Ella retrocedió, incapaz de encontrar las palabras para describir lo que acababa de atestiguar. En su lugar, simplemente movió su mano, indicando la totalidad de la matanza que había desatado.

—Aprenderás, —le aseguró Bane, uniendo la empuñadura curvada de su sable láser de vuelta a su cinturón.

Ella no sonrió, pero había una expresión ansiosa en su mirada, un hambre que su Maestro conocía bien. Había visto la misma ambición cruda en los ojos de Githany, su antigua amante y una de los seguidores condenados de Kaan. Sabía que si Zannah no aprendía a atemperar y controlar su ambición, le llevaría por un camino de destrucción, al igual que lo había hecho con Githany.

—La habilidad en el combate es el despliegue más simple del poder del lado oscuro, —le advirtió su Maestro—. Brutal y rápida, sirve un propósito. Aún así a menudo es menos efectiva que la sutileza y la astucia. Finalmente dejar que aquellos mercenarios vivan puede resultar ser más útil que matarles.

—Pero eran débiles, —protestó su aprendiz, lanzándole de vuelta sus propias enseñanzas—. ¡Merecían morir!

—Pocos seres en la galaxia alguna vez consiguen lo que de verdad merecen, —señaló él, escogiendo sus palabras con cuidado. El lado oscuro no era fácilmente entendido; incluso él estaba aún aprendiendo a abrirse camino a través de sus complejidades y contradicciones. Tenía que ser cuidadoso para no abrumar a su joven aprendiz, aún así era importante que agarrara la esencia de lo que había hecho aquí—. Nuestra misión no es traer la muerte a todos aquellos que no son aptos para vivir. Respondemos a una llamada mayor. Todo lo que he hecho en Ruusan, y todo lo que haremos desde este día en adelante, debe servir a nuestro verdadero propósito: la preservación de nuestra Orden y la supervivencia de los Sith.

Tras un momento de consideración, Zannah agitó su cabeza.

—Lo siento, Maestro —admitió ella—, todavía no entiendo por qué simplemente no los mataste.

—Como sirvientes del lado oscuro nos deleitamos en la destrucción de nuestros enemigos. Atraemos el poder de su sufrimiento, pero debemos equilibrarlo contra

mayores ganancias. Debemos reconocer que matar por el placer sádico sin motivo, necesidad, o propósito, es el acto de un imbécil.

Un ceño fruncido de confusión cruzó la cara de la joven.

—¿Qué propósito hay en dejar que escoria como esa viva?

—Los Jedi creen que la Orden de los Sith murió aquí, en Ruusan, —explicó él pacientemente—. Hay seguidores del lado oscuro en muchos otros mundos: los Merodeadores de Honoghr y Gamorr, los Asesinos Sombra de Ryloth y Umbara. Pero aquellos con mayor poder —todos aquellos individuos con el potencial de convertirse en verdaderos Maestros Sith— se han reunido en la Hermandad de Kaan. Como uno le siguieron a esta guerra, y como uno le siguieron a la muerte.

—Pero habrá aquellos que duden de la totalidad de la extinción Sith. Habrá siempre susurros de que los Sith sobreviven, sombras y rumores de que en alguna parte de la galaxia vive un Lord Oscuro. Y si los Jedi alguna vez encuentran pruebas de nuestra existencia, estarán obcecados a cazarnos.

Se detuvo para dejar que las implicaciones de su última afirmación se filtraran antes de continuar.

—No podemos vivir en aislamiento, cortados del resto de la galaxia mientras nos cubrimos en el miedo. Debemos trabajar para hacer crecer nuestro poder; necesitaremos interactuar con individuos de muchas especies en muchos mundos. Es inevitable que algunos de entre ellos nos reconozcan por lo que somos, sin importar nuestro disfraz. Finalmente la palabra de nuestra existencia llegará a los oídos de los Jedi.

Zannah estaba estudiándole de cerca, absorbiendo cada palabra, buscando iluminación en la enrevesada lógica del lado oscuro.

—Desde que no podemos ocultar el hecho de nuestra supervivencia, —continuó Bane—, debemos ocultarla con medias verdades. Debemos alentar los rumores, esparciéndolos tan densamente que cieguen a nuestros enemigos hasta que no puedan separar el mito de la realidad.

Un brillo de entendimiento iluminó la cara de Zannah.

—¡Un rumor sólo es fiable en su fuente! —exclamó ella.

Bane asintió en satisfacción.

—Los supervivientes esparcirán el relato, ¿pero quién los creerá? Cualquiera sabrá que son mercenarios que sólo se sirven a sí mismos, que huyeron de la batalla final para salvarse a sí mismos, entonces vinieron a saquear el campamento de sus antiguos aliados. Se les escupirá como traidores y ladrones. Nadie que escuche su historia la creerá, y la verdad será rechazada como un rumor que no merece la pena.

—Y si hay algún otro testigo de nuestra presencia en Ruusan —añadió Bane, girando la última hebra de su enrevesado tapiz de engaño—, sus relatos son ahora menos probables de ser creídos. Serán tentados por su similitud a las llamadas mentiras que salían de las bocas de los saqueadores cobardes.

—No hay utilidad o propósito en sus muertes —murmuró Zannah, medio para sí misma. Ella no dijo nada más, aparentemente perdida en sus pensamientos mientras meditaba sobre lo que le habían dicho.

Bane apartó su atención de su aprendiz y se centró en los objetos que los saqueadores habían reunido en el centro del campamento. Él era el último de los Sith. Si había algo ahí de valor, entonces por derecho debería pertenecerle a él.

La mayoría de lo que habían cogido no tenía ningún interés para Bane. Algunos de la Hermandad de Kaan habían codiciado objetos de inmenso valor, creyendo que la avaricia y la envidia que inspiraban en los otros podrían alimentar el poder del lado oscuro. Los mercenarios habían cogido esas baratijas —anillos ornamentados y collares diseñados con preciosos metales y conjuntados con piedras brillantes; dagas ceremoniales y cuchillos con empuñaduras con incrustaciones de gemas brillantes; máscaras intrincadamente gravadas y pequeñas estatuas de una habilidad destacable dadas forma a partir de materiales raros y delicados— y los habían lanzado aleatoriamente en una pila.

Supervisando los invaluables tesoros que no valían para su propósito, Bane sintió otro rayo de dolor en la parte trasera de su cabeza. En el mismo instante, vio una figura parpadear en la esquina de su ojo derecho y desvanecerse de su campo de visión.

Llevó su cabeza alrededor en la dirección del movimiento, pero no vio nada. No había sido Zannah; esta figura era mucho más alta. Se extendió con la Fuerza, pero sólo se sintió a sí mismo y a su aprendiz en el perímetro del campamento.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, notando su intranquilidad repentina—. ¿Viene alguien?

—No es nada, —contestó Bane. *¿No era nada?* Se preguntó él. *¿O es esto otro efecto secundario de la bomba mental?*

Zannah se abrió paso hacia donde él estaba, sus ojos atraídos por el sol reflejándose en la joyería tirada al suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, encorvándose para excavar algo casi completamente enterrado al fondo de la pila.

Ella salió con un manuscrito fino, hecho de cuero. Ella lo giró con curiosidad examinándolo desde todos los ángulos hasta que Bane extendió su mano. En respuesta, ella fue adelante obedientemente y le presentó su hallazgo.

Él reconoció el estilo del manuscrito. Había habido varios volúmenes similares en la biblioteca en la Academia de la Hermandad en Korriban, aunque Bane nunca había visto este trabajo en particular antes. El volumen era fino, un par de docenas de páginas como mucho, y la cubierta estaba inscrita con palabras arcanas trazadas en tinta rojo sangre. Bane reconoció la lengua. Se había familiarizado con la lengua de los antiguos Sith durante sus estudios en la Academia, volviendo a la sabiduría de Maestros hace tiempo muertos en lugar de confiar en los imbéciles que buscaban instruirle en la deslustrada filosofía de los «Nuevos Sith» de la Hermandad.

Abrió el volumen y encontró que la misma tinta rojo sangre había sido utilizada para rellenar las páginas en una escritura delicada e ilustraciones elaboradas. Como con las

palabras de la cubierta, el lenguaje de dentro era el de los antiguos Sith. Sin embargo, los márgenes de cada página estaban llenos con notas escritas a mano en básico galáctico. Reconoció la letra por la de Qordis, el antiguo director de la Academia en Korriban y uno de los llamados Lords Sith que servían bajo Kaan. Al contrario del resto de la Hermandad de la Oscuridad, sin embargo, Qordis no había perecido en la explosión de la bomba mental. En realidad había muerto varias horas antes, cuando Bane había utilizado la Fuerza para aplastar la vida de su antiguo profesor.

¿Por qué Qordis trajo este manuscrito consigo de Korriban? Se preguntó Bane. Qordis siempre había estado más preocupado por acumular riquezas que por estudiar los textos antiguos. Llevaba sólo las sedas más finas y la joyería más cara; cada uno de los largos y crueles dedos de ambas manos, habían estado adornados con anillos de increíble valor. Incluso su tienda en Korriban había estado decorada con raros tapices entretejidos y alfombras ornamentadas. Si había llevado este manuscrito con él todo el tiempo desde la Academia, se dio cuenta Bane, debía contener conocimientos de un valor tremendo.

—¿Qué dice? —preguntó Zannah, pero Bane no le prestó atención.

Pasó las páginas rápidamente por el manuscrito, leyendo por encima tanto el texto original como las notas de Qordis. Parecía ser una recopilación de la historia y enseñanzas de Freedon Nadd, un gran Maestro Sith que había vivido cerca de hacía tres mil años estándar. Bane había leído registros previos de Nadd, pero este tenía algo que las otras versiones no tenían: ¡la localización de su lugar de descanso final!

Durante muchos siglos, la tumba de Freedon Nadd había estado perdida, oculta por lo Jedi para que los seguidores del lado oscuro no pudieran buscar ganar la guía o el poder de los artefactos Sith sellados en su interior. Pero en la última página del manuscrito Qordis había hecho una anotación final, subrayada con énfasis: *Buscar la tumba en Dxun.*

Cómo había llegado Qordis a esa información significaba poco para Bane; todo lo que importaba era que ahora él sabía la localización también. La guerra en Ruusan había prevenido que Qordis intentara encontrar la tumba de Nadd en Dxun. Ahora que la guerra había acabado, no había nada que evitara que Bane hiciera el viaje y clamara el legado de Nadd como propio. Pero primero tenía que salir de Ruusan.

El rayo de dolor demasiado familiar se disparó por su cráneo, y una vez más captó el parpadeo de una figura desde la esquina de su ojo. Esta vez, la imagen parecía sostenerse por casi un segundo entero. Alto, de hombros anchos, y vestido en las túnicas de los Sith, era una figura que Bane reconocía: ¡Lord Kaan! Y entonces, como antes, se desvaneció.

¿Esto es real? ¿Era posible que el líder de la Hermandad de la Oscuridad hubiera, de alguna forma, sobrevivido a la bomba mental? ¿Era posible que su espíritu ahora encantara el mundo de su muerte?

Cerró el volumen y miró abajo a Zannah. Ella no dio indicaciones de que hubiera visto o percibido nada. *Sólo un engaño mental*, pensó Bane. Era la única explicación que tenía sentido. Zannah habría sentido la manifestación de un espíritu del lado oscuro tan cerca, aún así había permanecido ignorante.

El darse cuenta le llevó a una mezcla rara de alivio y preocupación. Cuando había visto a Kaan alzándose tras él, Bane había pensado por un instante —sólo un instante— que había fracasado en su misión de destruir a la Hermandad. Pero la afirmación del éxito de su misión estaba atemperada con la consciencia de que la bomba mental había hecho aún más daño del que había sospechado al principio. Esperanzadamente las ilusiones y los dolores de cabeza agonizantes eran sólo temporales.

Zannah todavía le estaba mirando, apenas capaz de contener la inundación de preguntas que tenía sobre lo que había descubierto dentro de las páginas del tesoro que ella había encontrado. Su expresión de curiosidad expectante se convirtió en decepción cuando él deslizó el manuscrito en los pliegues de sus túnicas sin ofrecer ninguna explicación. En su momento, Bane compartiría todo su conocimiento, presente y futuro, con ella. Pero hasta que tuviera una oportunidad de explorar la tumba de Nadd por sí mismo, era reacio a decir a nadie —incluso a su aprendiz— de su existencia.

—¿Estás preparada para dejar este mundo? —preguntó él.

—Estoy harta de este lugar, —respondió ella con una sombra de amargor en su voz—. Las cosas han ido mal desde que llegué aquí.

—Tus primos, —preguntó Bane, recordando un comentario que ella había hecho antes acerca de los dos chicos con los que había llegado al principio—. ¿Los echas de menos?

—¿Qué sentido tiene? —Respondió ella encogiéndose de hombros—. Tomcat y Bug están muertos. ¿Por qué perder el tiempo pensando en ellos?

Sus palabras eran indiferentes, pero Bane reconoció su insensibilidad como un mecanismo de defensa. Bajo la superficie podía percibir sus pasiones ardiendo: Estaba enfadada y resentida por sus muertes; culpaba a los Jedi por lo que había ocurrido, y nunca los perdonaría. Su ira siempre sería una parte de ella, brillando bajo la superficie. Le serviría bien en los años venideros.

—Ven conmigo, —dijo Bane, alcanzando una decisión.

Él la llevó hacia una moto swoop abandonada cerca de una de las tiendas. Él trepó a bordo, y ella subió al asiento tras él. Sus brazos delgados se envolvieron firmemente alrededor de su cintura mientras el motor de la swoop rugía al encenderse y se elevaba en el aire.

—¿Por qué estamos cogiendo la swoop? —preguntó ella, gritando en su oído para que se le escuchara por encima de los propulsores.

—Viajaremos más rápido así. El tiempo es corto, —gritó Bane por encima de su hombro—. Pronto los Jedi volverán para reclamar sus muertos y buscar supervivientes del ejército de Kaan. Pero todavía hay una última lección que debes aprender antes de irnos.

Él no dijo nada más; algunas cosas no podían explicarse, sino que tenían que ser atestiguadas para entenderlas. Zannah necesitaba ver los restos de la bomba mental. Necesitaba ver la verdadera mira de la locura de Kaan. Necesitaba agarrar la finalidad de lo que Bane había logrado aquí. Y él necesitaba asegurarse a sí mismo de que la figura

que había visto no era más que un efecto secundario de su exposición a la bomba mental. Quería ver con sus propios ojos pruebas innegables de que Kaan había sido de verdad destruido.

4

Darovit estaba agachado en el frío suelo de la caverna, bañado en la fantasmal luz emanando del orbe con forma de huevo que flotaba en el centro de la cámara subterránea. No se había movido por cerca de dos horas, paralizado con la maravilla y el horror de todo. Era como si el tiempo no tuviera significado aquí, en el epicentro de la bomba mental; como si el propio Darovit estuviera ahora suspendido entre la vida y la muerte, atrapado como los espíritus atormentados de los seguidores de Kaan y los Jedi que se habían atrevido a enfrentarlos.

Finalmente, sin embargo, su aturdimiento empezó a desvanecerse. Lentamente la cordura volvió arrastrando la realidad del mundo físico con ella. El aire en la cueva era húmedo y frío; su cuerpo estaba temblando casi incontrolablemente. Su nariz estaba sangrando, y extendió un brazo para limpiársela con una mano temblorosa, sus dedos torpes con el frío aturdidor.

—Vamos, Tomcat, —se dijo a sí mismo—. Es hora de moverse. Arriba y a ellos.

Con un gran esfuerzo consiguió ponerse en pie, entonces cayó con un grito mientras sus pantorrillas y muslos colapsaban bajo él. El dolor le ayudó a romper los últimos vestigios del hechizo bajo el que estaba, golpeándole de vuelta al presente y centrando su mente en el aquí y ahora.

Frenéticamente masajeó cada una de sus piernas, tratando de restaurar el flujo de sangre. Estaba ansioso por dejar ese lugar ahora, desesperado por alejarse de la presencia maligna de la bomba silenciosamente pulsando. Mirarla arriba hacía que su piel se erizara, aún así tan repulsiva como era, la encontraba extrañamente cautivadora.

—No la mires, —se reprendió a sí mismo con un susurro agudo, redoblando sus esfuerzos para aliviar el dolor y la rigidez en sus extremidades inferiores. Tras otro minuto, se atrevió a levantarse de nuevo. Cosquilleos se disparaban desde las suelas de sus pies, sus rodillas cedían brevemente, pero permaneció en pie.

Miró de lado a lado, escaneando la caverna con la luz del orbe. Había casi media docena de entradas que salían de la cámara, y Darovit maldijo cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuál le llevaría de vuelta a la superficie.

—No puedes quedarte aquí, —murmuro él.

Escogiendo un túnel al azar, se abrió paso lentamente, a pasos irregulares fuera de la caverna. La oscuridad rápidamente le envolvió una vez que entró al pasadizo, hasta que sacó el sable láser que los Sith le habían dado. Utilizando el leve brillo de su espada rubí, fue capaz de encontrar el camino entre el terreno irregular.

No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que había escogido mal. Recordaba la inclinación aguda por la que se había tambaleado a su llegada, pero el suelo aquí era relativamente plano. Habría sido una simple cuestión de volver atrás y tomar una de las otras salidas. Pero el pensamiento de volver a la cámara principal —y a los espíritus atrapados en el orbe— le previno de dar la vuelta.

—Este túnel tiene que salir a alguna parte, —se dijo a sí mismo—. Sólo síguelo hasta la superficie.

El plan sonaba simple, pero se volvió más complicado cuando alcanzó una bifurcación en el pasadizo. Vaciló por varios momentos, estudiando la ramificación que se dirigía hacia su izquierda y luego la que se dirigía a su derecha. Ninguna le ofrecía ninguna pista sobre cuál —si es que alguna lo hacía— le llevaría a la libertad. Con un suspiro resignado y un agitar de cabeza, escogió la de la izquierda.

Cuarenta minutos y tres ramificaciones más tarde estaba arrepintiéndose de su decisión. No podía volver a la caverna ahora incluso aunque quisiera; se había dado la vuelta desesperanzadamente en el laberinto subterráneo. Su estómago gruñía, y la certeza de que nunca encontraría el camino de salida empezó a reptar por los rincones de su mente.

Aceleró, su paso aumentando con su pánico en auge. Estaba corriendo ahora, sus ojos lanzándose de lado a lado, esperando que la tenue iluminación de la hoja del sable láser revelara algo —cualquier cosa— que le mostrara el camino. Se dirigió bajo otro túnel lateral, tambaleándose en su prisa hasta que tropezó y cayó.

Mientras lanzaba sus manos hacia delante para cortar su caída, el sable láser voló se su agarre. Hizo una grieta en la pared, entonces rebotó lejos de él por el suelo irregular, apagándose y envolviéndolo todo en una total oscuridad.

Darovit había golpeado el suelo con fuerza. Permaneció bocabajo en la total negrura del túnel, rindiéndose a la desesperación sin esperanzas que le aplastaba. No tenía sentido continuar; nunca encontraría el camino de salida. Era mejor morir aquí, olvidado y solo.

Rodó sobre su espalda, con los ojos ciegos mirando arriba, al techo. Y entonces escuchó un sonido. Era leve pero inequívoco. Una voz que llegaba de una gran distancia, cortando a través del silencio opresor.

Ahora estás escuchando cosas, Tomcat, pensó él. Pero un segundo más tarde lo escuchó de nuevo, haciendo eco a través del túnel. ¡Alguien más estaba ahí abajo!

No sabía si era un Jedi que venía a atestiguar el destino de sus camaradas caídos, un esbirro de los Sith que había huido de la batalla final, o alguien aliado con un grupo completamente diferente. No tenía ni idea de si quien fuera que fuese le recibiría, le haría prisionero, o le mataría al verle. Pero no le importaba. Incluso el miedo de volver a la cámara y el orbe antinatural, profano y plateado, no le contuvo esta vez. Cualquier cosa era mejor que morir de exposición o inanición en estos túneles oscuros bajo la superficie del planeta.

Reptando hacia delante a través de la penumbra, tanteó con sus manos hasta que sus dedos se acercaron alrededor de la empuñadura del sable láser. Lo lanzó triunfante hacia arriba en el aire mientras lo encendía, permitiéndole ver una vez más.

No tenía forma de saber cómo de lejos estaba el dueño de la voz. La acústica del túnel era extraña y poco familiar. Los sonidos y ecos eran antinaturalmente distorsionados mientras rebotaban por las paredes de piedra irregular del laberinto subterráneo. Pero

estaba seguro de que la voz había llegado de algún lugar desde delante, en la dirección en la que había estado yendo.

Con la espada brillante para guiarle, se movió con una confianza ansiosa. Cada minuto o así, captaría otro trozo de conversación viniendo a él de algún lugar adelante. Podría decir que había dos habladores ahora, cada uno con una voz distinta: una con un tono bajo profundo, el otro con un tono mucho más agudo. Cada vez que escuchaba las voces eran ligeramente más fuertes, y sabía que se dirigía en la dirección correcta.

Se dio cuenta de que la oscuridad del túnel se estaba desvaneciendo; ya no necesitaba su sable láser para ver a su alrededor. Pero no era la luz amarilla del sol fluyendo mientras se acercaba a la superficie; era un brillo frío plateado. Con una sorpresa se dio cuenta de que de alguna forma había dado la vuelta de nuevo y estaba una vez más aproximándose a la cámara de la bomba mental. A quién pertenecieran las voces —amigos o enemigos— los encontraría allí.

La cámara estaba cerca, tan cerca que podía averiguar las palabras la siguiente vez que las voces hablaron.

—Los Sith son sólo dos ahora… un Maestro y una aprendiz —dijo la más profunda—. No habrá otros.

—¿Qué pasa si fracaso? —contestó la otra.

Suena como una mujer, pensó Darovit, demasiado centrado en seguir las voces para prestar demasiada atención a las palabras reales. No, no una mujer, se corrigió a sí mismo un segundo después. Una chica.

—¿Me destruirá, también? —preguntó la chica.

Con un shock, ¡Darovit se dio cuenta de que conocía la voz! No sabía cómo era posible, pero no había duda en su mente de quién era.

—¡Rain! —gritó él, rompiendo a correr para encontrar a su prima que creía muerta—. ¡Rain, estás viva!

* * *

El viaje a la cueva fue rápido y sin contratiempos. Bane se había percatado de un par de supervivientes traumatizados por la batalla final de Ruusan mirándoles a Zannah y a él mientras rugían pasando en su swoop, pero les prestó poca atención. Dudaba que cualquiera de ellos le reconociera por lo que realmente era. E incluso si lo hacían, sus relatos de un Lord Sith superviviente corriendo junto a ellos con una joven chica acompañándole parecerían tan absurdos y poco fiables como los informes de los mercenarios que había dejado escapar antes en el campamento de Kaan.

Llevó la swoop a detenerse fuera del túnel oscuro y prohibido que les llevaría hacia abajo, hacia la cámara de la bomba mental. Pequeñas piedras crujían fuertemente bajo las duras suelas de sus botas negras pesadas mientras desmontaba. Zannah era demasiado pequeña para simplemente caminar fuera del vehículo, pero brincó hacia bajo de su asiento sin ninguna señal de miedo o duda, aterrizando hábilmente en el suelo junto a él.

Ninguno de ellos habló mientras hacían el descenso. Su camino estaba iluminado por uno de los bastones de luz que Bane había encontrado en los suministros antes en el campamento Sith. El aire se volvió más frío y Zannah temblaba junto a él, pero ella no se quejó. Se movieron rápidamente bajo el pasadizo duramente tallado; incluso así les llevó casi veinte minutos alcanzar su destino debido a la longitud del túnel. Y por primera vez, Darth Bane realmente vio lo que sus manipulaciones de Kaan y sus seguidores habían provocado.

El orbe pálido, brillando y flotando en el centro de la cámara era casi de cuatro metros de alto. Pulsaba con un poder crudo; hacía que la carne del cuello de Bane reptara y el pelo de sus brazos se pusiera de punta. Venas oscuras de sombras se retorcían en la superficie brillante metálica en ritmos lentos, hipnóticos. Había algo grotescamente cautivador en ello, algo fascinante aunque repulsivo al mismo tiempo.

Junto a él, Zannah jadeó, atrapando un fuerte aliento maravillada y entonces liberándolo en un lento siseo de miedo. Él miró abajo hacia ella, pero ella no le devolvió su mirada, sus grandes ojos estaban fijos en los restos de la bomba mental. Girando su atención de vuelta al orbe, Bane caminó hacia delante a la cámara. Zannah dio un único paso para seguirle, entonces se quedó atrás.

Aproximándose al globo, extendió una mano desnuda y la presionó firmemente contra la superficie. Quemó su palma con fuego frío, pero era inconsciente del dolor, fascinado por la llamada cautivadora del objeto. Bajo su toque, las sombras oscuras arremolinándose en el interior se unieron en una única masa. Los pensamientos de aquellos atrapados en el interior corrieron para encontrarse con él: leves susurros en los recesos oscuros de su mente, las palabras ininteligibles pero llenas de odio y desesperación.

Instintivamente la consciencia de Bane retrocedió. Él se resistió, luchando con la urgencia de tirar hacia atrás con su mano. En su lugar, lanzó su consciencia hacia delante, penetrando la superficie del orbe para sumergirse en las incomprensibles profundidades de su corazón oscuro. Los susurros de odio estallaron en lamentos de tormento. Pero estos no eran gritos de seres conscientes: eran aullidos bestiales de furia primaria, demente. Las identidades de aquellos que la bomba mental había consumido —Lord Kaan, el General Hoth, todos sus seguidores Sith y Jedi— habían sido destruidas, desgarradas por la explosión de la bomba mental. Sólo trozos destrozados quedaban, piezas rotas de lo que habían sido una vez espíritus, ya incapaces del pensamiento consciente, gimiendo en el sufrimiento compartido de su locura eterna.

Fueron en enjambre sobre la consciencia de Bane, surcando hacia su identidad todavía entera como parásitos uniéndose a un huésped fresco. Los espíritus ansiosos le envolvieron, agarrándose y arañando su cordura mientras trataban de arrastrarle hacia abajo hasta su abismo oscuro.

Bane se liberó con una facilidad despectiva, haciendo trizas a los espíritus ya frágiles y raídos mientras los hacía a un lado, y dejaba que su mente volviera a flotar hacia la

superficie. Un instante después estaba libre, dejando atrás la prisión de la que los otros nunca escaparían.

Dejó caer su mano de la esfera oblonga mientras daba un paso atrás, satisfecho por lo que había aprendido. No había fantasmas embrujándole; Kaan ya no estaba. No en ningún sentido real. La figura que había visto en el campamento Sith no había sido más que una ilusión conjurada por su propia psique herida.

—¿Están atrapados ahí dentro? —preguntó Zannah. Ella estaba mirando a Bane con una expresión tanto de asombro como de terror.

—Atrapados. Muertos. No hay diferencia —respondió él con un encogimiento de hombros—. Kaan y la Hermandad se han ido. Tienen lo que se merecían.

—¿Eran débiles?

Bane no contestó de inmediato. Kaan había sido muchas cosas —ambicioso, carismático, cabezota, y al final un imbécil— pero nunca había sido débil.

—Kaan era un traidor, —dijo al final—. Llevó a la Hermandad lejos de las enseñanzas de los Sith antiguos. Le dio la espalda a cada esencia del lado oscuro.

Zannah no contestó, pero miró arriba hacia él expectante. El rol de mentor era algo nuevo para Bane; él era un hombre de acción, no de palabras. No estaba acostumbrado a tomarse el tiempo de compartir su sabiduría con otro desesperado por aprenderla. Pero era lo suficientemente listo para entender que las lecciones tendrían mucho más significado si su aprendiz podía averiguar algunas de las respuestas por sí misma.

—¿Por qué escogiste ser mi aprendiz? —preguntó él, desafiándola—. ¿Por qué escogiste el camino del lado oscuro?

—Poder, —respondió rápidamente.

—El poder es sólo un medio para un fin, —le reprendió Bane—. No es un fin por sí mismo. ¿Para qué necesitas el poder?

La chica frunció el ceño. Su Maestro ya reconocía esta expresión como una señal de que estaba luchando para llegar a una respuesta.

—Con poder obtengo victoria, —dijo ella cuando finalmente habló, recitando las líneas finales del Código Sith que había aprendido sólo un par de horas antes. Por su tono estaba claro que estaba tratando de trabajar en su limitado entendimiento del lado oscuro para llegar a la respuesta que Bane quería.

—Con victoria mis cadenas se rompen… —continuó ella, lentamente buscando una respuesta justo más allá de su alcance. Un segundo más tarde ella exclamó—: ¡Libertad! ¡El lado oscuro nos hace libres!

Bane asintió en aprobación.

—Los Jedi se encadenan en las cadenas de la obediencia: obediencia al Consejo Jedi; obediencia a sus Maestros; obediencia a la República. Aquellos que siguen el lado luminoso incluso creen que deben someterse a la Fuerza. Son meramente instrumentos de su voluntad, esclavos de un bien mayor.

—Aquellos que siguen al lado oscuro ven la verdad de su esclavización. Reconocemos las cadenas que nos unen y nos retienen. Creemos en el poder del

individuo para romper estas cadenas. Ese es el camino a la grandeza. Sólo si somos libres podemos alcanzar nuestro potencial al completo.

—La creencia de que un individuo no debe inclinarse ante nadie o nada es la fuerza más grande del lado oscuro —continuó Bane—. Pero también es nuestra debilidad definitiva. La lucha por alzarse sobre aquellos a tu alrededor es a menudo violenta, y en el pasado, los Sith estaban constantemente sobre las gargantas de los otros.

—¿No es eso algo bueno? —Intercedió Zannah—. El fuerte sobrevivirá y el débil morirá.

—Débil no significa estúpido, —contraatacó Bane—. Hay algunos con menos poder, pero más astucia. Varios aprendices se unirían para abatir a un poderoso Maestro, esperando elevar su propia posición entre los Sith. Entonces se volverían los unos contra los otros, haciendo y rompiendo alianzas hasta que sólo uno quedara, un nuevo Maestro, pero uno más débil que el original. El superviviente entonces sería abatido en su momento por otra banda de Sith inferiores, debilitando aún más nuestra Orden.

—Kaan reconoció esto. Pero su solución era aún mucho peor que el problema. Kaan declaró a todos los seguidores del lado oscuro —todos los miembros de la Orden Sith— iguales en la Hermandad de la Oscuridad. Al hacer eso, nos traicionó a todos.

—¿Le traicionó a usted?

—La igualdad es una mentira —le dijo Bane—. Un mito para apaciguar las masas. ¡Simplemente mira alrededor y verás la mentira por lo que es! Están aquellos con poder, aquellos con fuerza y voluntad para liderar. Y están aquellos que están hechos para seguirles, aquellos incapaces de nada salvo la servidumbre y una existencia escasa, inservible.

—¡La igualdad es una perversión del orden natural! —Continuó él, su voz alzándose mientras compartía la verdad fundamental que permanecía en el núcleo de sus creencias—. Ata a los fuertes a los débiles. Se convierten en anclas que arrastran a los excepcionales hasta la mediocridad. Individuos destinados y merecedores de grandeza la tienen rechazada. Sufren por el bien de mantenerse al nivel de sus inferiores.

—La igualdad es una cadena, como la obediencia. Como el miedo o la incertidumbre o las dudas. El lado oscuro romperá esas cadenas. Pero Kaan no podía ver esto. No rascó el verdadero poder del lado oscuro. La Hermandad de la Oscuridad no era nada sino un reflejo retorcido de la Orden Jedi, una parodia oscura de la misma cosa contra la que nos alzamos. Bajo Kaan, los Sith se habían convertido en una abominación.

—Y es por eso por lo que le mataste, —dijo Zannah, pensando que la lección había llegado a un fin.

—Es por eso por lo que le manipulé para que se matara a sí mismo, —corrigió Bane—. Recuerda: el poder solo no es suficiente. Paciencia. Astucia. Secretismo. Estas son las herramientas que utilizaremos para hacer caer a los Jedi. Los Sith son sólo dos ahora: un Maestro y una aprendiz. No habrá otros.

Zannah asintió, aunque algo parecía perturbarle aún.

—¿Qué pasa si fracaso? —preguntó ella, mirando a la bomba mental—. ¿Me destruirá, también?

La respuesta de Bane fue cortada por un grito que llegaba de uno de los pasadizos cercanos.

—¡Rain! ¡Rain, estás viva!

Un chico salió corriendo de las sombras, no más que un año o dos mayor que Zannah. Tenía pelo oscuro y llevaba la armadura negra de los Sith. Una empuñadura de sable láser estaba aferrada con fuerza en su mano derecha. Pese a sus atavíos de guerrero, era inmediatamente obvio para Bane que este niño no era ninguna amenaza. La Fuerza apenas estaba viva en él. El poder que ardía tan brillante dentro de Zannah no era nada salvo un ascua de cenizas grises en este.

—¡Tomcat! —gritó Zannah, su cara iluminándose de alegría. Ella dio un paso hacia delante, extendiendo sus brazos como si quisiera abrazarle. Entonces, como si de repente recordara la presencia de su Maestro Sith, ella retrocedió y agarró sus manos a su pecho.

Inconsciente, el chico continuó yendo. No captó su repentino cambio de humor; ni siquiera se dio cuenta de la figura de dos metros de alto alzándose en las sombras tras ella. Había algo patético en él, una soledad desesperada en su voz y sus ojos que revolvían el estómago de Bane.

—Me alegro tanto, Rain, —jadeó el chico mientras patinaba para detenerse enfrente de Zannah, extendiéndose hacia delante para abrazarla—. Me alegro tanto de que estés…

Ella caminó hacia atrás y agitó su cabeza, haciendo que sus palabras se quedaran en su garganta. La felicidad en su cara se desvaneció, reemplazada por una mirada de desconcierto herido.

—Yo… yo no soy Rain, —dijo la aprendiz de Bane, rechazando su mote de la infancia y todo lo que simbolizaba—. Soy Zannah.

—¿Zannah? —Una mirada de confusión corrió por la cara del chico—. ¿Tu nombre real? ¿Pero por qué?

Titubeando por respuestas, él finalmente apartó su mirada de la joven chica y se dio cuenta de Bane en pie inmóvil en el fondo. Su desconcierto se convirtió en comprensión, y rápidamente se volvió ira honesta.

—¡Tú! —gritó él, señalando con un dedo acusador a Bane. Entonces, como si de repente recordara el arma en su mano, encendió su sable láser—. ¡Aléjate de ella! —gritó él—. ¡Te derrotaré!

El chico sabía que estaba superado. Sabía que no tenía oportunidad de ganar una batalla contra un Lord Oscuro de los Sith. Aún así, escogió quedarse y luchar de todas formas, las acciones de un completo y total idiota.

Darth Bane compensó a su condenado adversario con una indiferencia de desdén. Este chico no era nada para él, una mota intrascendente que barrería. Si el chico quería la gloria vana y vacía de la llamada muerte valiente, Bane se la garantizaría.

Él dejó caer su mano como si nada hacia su sable láser, pero antes de que pudiera encender su arma, Zannah reaccionó. Al igual que había hecho cuando había roto los

cuellos de los desafortunados Jedi que habían matado accidentalmente a su amigo, la chica desató una oleada de imparable energía del lado oscuro. Actuó en puro instinto, atrayendo su afinidad natural por la Fuerza sin premeditación, preparación, o siquiera entrenamiento.

Sucedió tan rápido que Bane nunca tuvo una oportunidad de alzar la guardia… pero el ataque no estaba dirigido hacia él. La mano derecha del chico que ella había llamado Tomcat —su primo y amigo de la infancia— se desintegró. Con un mero pensamiento, ella destruyó todo por debajo de su muñeca: carne, hueso y tendones desvanecidos en una explosión sangrienta, dejando sólo un muñón maltrecho.

Sin nada más para agarrarla, la empuñadura de su sable láser tambaleó en el suelo, la espada extinguida. Aullando de dolor, el chico cayó de rodillas, agarrando su extremidad mutilada contra su pecho. Pequeños escupitajos de sangre bombeaban fuera de la herida y salpicaban el suelo de la caverna.

El Maestro miró abajo a su aprendiz.

—¿Por qué? —exigió.

—Porque no habría utilidad o propósito en su muerte, —respondió ella, haciendo eco de su propia explicación para dejar que dos de los mercenarios sobrevivieran.

Bane era lo suficientemente listo como para reconocer lo que había ocurrido. Zannah estaba tratando de salvar la vida de su primo. Sabía que las emociones la dirigían —sentimentalismo, misericordia, compasión— eran debilidades de las cuales ella debía aprender a liberarse. Pero no esperaba que su aprendiz aprendiera los caminos del lado oscuro en un único día.

Él miró abajo al chico herido tumbado en el suelo. La sangre saliendo de su muñón había frenado; la explosión que se había llevado su mano también había cauterizado parcialmente la herida. El flujo fue aún más estancado por el polvo y la mugre del suelo de la caverna mientras rodaba hacia atrás y adelante a los pies de Zannah. Lágrimas salían de sus ojos y los mocos corrían de su nariz para obstruir su boca y garganta, convirtiendo sus lamentos en gimoteos densos, lloriqueantes. Ella se dirigió a él con unos ojos fríos y calculadores, fingiendo desinterés.

Los riesgos de dejar a esta criatura miserable viva eran pequeños, decidió Bane. Como los mercenarios, nadie creería sus relatos de sobrevivir a un encuentro con un Maestro Sith. Era obvio que Zannah quería al chico vivo. Pero ella no había rogado o luchado por su vida. En su lugar había tomado cargo de la situación, liberando al lado oscuro y entonces defendiendo sus acciones con las propias enseñanzas de Bane. Ella no sólo había mostrado su poder, sino también su inteligencia y astucia. Era importante recompensar tal comportamiento, alentarla cuando ella desplegara los dones y talentos que le permitirían algún día tomar el manto de Lord Oscuro de los hombros de su Maestro. Más importante que terminar con la vida de un chico miserable, insignificante.

—Déjale —dijo Bane, girándose sobre sus caderas—. Él no es nada para nosotros. —Zannah rápidamente fue a caminar junto a él mientras se abrían paso desde la cámara y empezaban el largo y lento ascenso a través de los túneles de vuelta a la superficie de

Ruusan. Bane se dio cuenta con satisfacción de que aunque los jadeos lastimeros de Tomcat hacían eco tras ellos, su aprendiz nunca miró atrás ni una vez.

5

—Preparaos para turbulencias de reingreso, —les advirtió Irtanna desde el asiento del piloto de su lanzadera. Con una tripulación de sólo cinco, no tenía necesidad de utilizar el intercomunicador de a bordo. Ella simplemente habló lo suficientemente alto para que todos a bordo la escucharan.

Aunque la lanzadera de clase *Enviado* llevaba sólo un puñado de pasajeros, era capaz de transportar cómodamente cuatro veces esa cantidad. La nave había sido absorbida en la flota Jedi durante las últimas semanas de la campaña de Ruusan, donada por un benefactor anónimo de Coruscant que había sido encantado por la súplica urgente de recursos de Farfalla para apoyar los esfuerzos de guerra. Bautizado el *Despertar de las Estrellas*, era un producto de los Astilleros Tallaan, un navío de transporte básico capaz tanto del vuelo suborbital como del viaje interestelar, gracias a sus hipermotores de Clase Doce.

El hecho de que hubiera sido presionada al servicio era prueba de cuán desesperado se había vuelto el Ejército de la Luz… las lanzaderas de clase *Enviado* eran famosas por ser prácticas y asequibles, haciéndolas una elección favorita de mercantes independientes y viajeros ricos recreacionales. Su característica más distintiva era un sistema de navegación y de piloto automático fáciles de usar, permitiendo a los usuarios trazar y unir rutas de hiperconducción a cientos de mundos por toda la República con simplemente presionar un botón. Desafortunadamente carecían de escudos pesados o armamento significativo, y no eran ni particularmente rápidas ni maniobrables.

Johun habría preferido algo más de estilo militar; dudaba de que la autonavegación sirviera de algo si un Buitre Sith aparecía de repente en el horizonte. Lógicamente, sabía que esto era altamente improbable. Cada Buitre de la flota de Kaan había sido registrado: o habían sido disparados, capturados por el Ejército de la Luz, o se les había visto huyendo del sistema al final de la última batalla. Pero veintenas de vuelos llenos de peligros a través del espacio aéreo controlado por el enemigo en los meses antes de su victoria definitiva habían entrenado su mente para estar en constante alerta cuando se aproximaban a la superficie del planeta. Por cómo Irtanna apretaba la columna de conducción de la lanzadera hasta que sus nudillos se pusieron blancos, sabía que no estaba solo en sus miedos irracionales.

Hubo la más leve sacudida mientras pasaban del frío vacío del espacio hasta las capas superiores de la atmósfera de Ruusan y empezaban su descenso. Irtanna hizo funcionar los controles con manos confiadas, haciendo sutiles ajustes a su ruta mientras Johun estudiaba los escáneres mirando por encima el terreno bajo ellos, buscando señales de vida. Cuatro otros navíos eran visibles en los monitores de la nave. Como el *Despertar de las Estrellas*, cada uno estaba tripulado por equipos de rescate de cuatro a seis personas mandados por Farfalla para ayudar a limpiar las secuelas de la guerra.

—Tenemos movimiento en tierra, —gritó Johun mientras unos parpadeos sin identificar surgían en su pantalla—. Transmitiendo coordenadas.

—Dame los detalles, —ordenó Irtanna, llevando a la lanzadera alrededor en un amplio arco que les llevó en línea con la gente en tierra.

—Dos caminantes a pie —le informó Johun—. No puedo decir si son amistosos o no desde aquí arriba.

—Vamos abajo, —contestó Irtanna.

Localizar y ayudar a los supervivientes heridos era la primera prioridad del equipo; proveer de informes de reconocimiento al Comando de la Flota iba después, y aceptar a las tropas enemigas que se rindieran voluntariamente era una tercera distante.

El morro de la lanzadera se hundió, y la aceleración presionó a Johun hacia atrás contra su asiento mientras se hundían para tener un vistazo más de cerca de las figuras. Irtanna los cogió en bajo y rápido, una maniobra militar que presionaba al navío civil a sus límites.

—Tengo una visual, —informó Johun mientras un par de diminutas formas, indistinguibles en el suelo se volvían visibles a través del punto de vistas de la cabina de mandos de la lanzadera.

Bordon se alzó de su asiento y se inclinó hacia delante sobre la parte trasera de la silla de Johun para tener una vista mientras la lanzadera se lanzaba hacia las figuras creciendo rápidamente. Mientras se acercaba más los detalles surgieron a la vista: un hombre y una mujer, cada uno llevando una armadura ligera y corriendo rápido.

El rugido de los motores rápidamente descendiendo hizo que los dos en tierra dejaran de correr y se giraran para mirarles. Un instante más tarde se lanzaron de cara al suelo mientras la lanzadera se balanceaba a menos de diez metros desde el suelo e iba de un lado hacia el otro.

Maldiciendo bajo su aliento mientras luchaba con los controles torpes, Irtanna viró alrededor de forma abrupta y les llevó a aterrizar a menos de cincuenta metros de su presa. A través de la ventana Johun vio al par lentamente trepar de vuelta a sus pies mientras la piloto apagaba los motores. La mujer dijo algo al hombre, que asintió de acuerdo. Entonces alzaron sus manos y empezaron a marchar lentamente hacia el navío.

Estaban vestidos como miembros de la Hermandad de Kaan. Pero Johun no sentía la presencia del lado oscuro en ellos.

—Esbirros de los Sith, —dijo él—. Mercenarios, probablemente.

—Podría ser una trampa, —advirtió Bordon—. Los kriffidos mercenarios no tienen honor.

—No lo creo, —respondió Johun. Si hubiera algún peligro aquí, habría sentido algún tipo de perturbación en la Fuerza—. Creo que sólo quieren rendirse.

—Escoria lamebotas, —escupió Bordon—. ¡Enciende los motores y pasa sobre ellos!

—¡No! —Exclamó Johun cuando vio a Irtanna alcanzando el interruptor de encendido—. Necesitamos interrogarles, —le recordó él—. Ver lo que saben.

—¿Entonces qué? —exigió sombríamente Bordon.

—Entonces les llevamos a Farfalla y los encerramos con el resto de los prisioneros.

Bordon golpeó con su mano contra la pared de la cabina de mandos.

—¡Estos engendros de schutta vinieron a mi mundo, mi hogar, para matar a mi gente por provecho!

—Ellos cortarían nuestras gargantas sin pensárselo dos veces si tuvieran la ocasión, —estuvo de acuerdo Irtanna.

—No somos como ellos, —dijo Johun—. Nosotros no matamos prisioneros.

—¡Mi mujer murió luchando con cachorros de munk como estos! —Gritó Bordon—. ¿Ahora quieres mostrarles piedad?

—El odio lleva al lado oscuro, —respondió Johun, recitando la sabiduría de los Jedi. Pero las palabras carecían de poder viniendo de la boca de un Padawan de diecinueve años, e incluso mientras las decía sabía lo vacías que sonaban.

Bordon lanzó arriba sus manos en frustración, entonces se dejó caer hacia atrás enfadado en su asiento.

—¿Es por eso por lo que estás aquí? —Gruñó en disgusto—. ¿Para mantenernos a raya? ¿Para asegurarte de que no nos salimos de vuestros preciosos caminos del lado luminoso? ¿Es por eso por lo que Farfalla te mandó con nosotros?

Él no me mandó, vine por mi cuenta, pensó Johun. Se giró en su asiento para mirar de nuevo a Bordon que miraba atentamente al suelo, rechazando encontrar su mirada. Sus dos hijos, sin embargo, miraron al joven Jedi con veneno en sus ojos. Él entendía su rabia. Los Sith habían llevado la guerra a Ruusan, una guerra que se había llevado todo lo que conocían y lo que les importaba: sus hogares, sus sustentos… y, por supuesto, a su madre.

Lo que Bordon y sus hijos no veían era que esos soldados sin nombre no podían hacerse responsables por todos los horrores y tragedias que habían llevado su mundo al colapso. Fueran cuales fueran sus crímenes, estos dos no merecían ser culpados por las acciones de Kaan y su Hermandad. Era a los Maestros Sith, los seguidores del lado oscuro, a los que se les debía culpar de verdad. Aún así, mientras miraba en las miradas llenas de odio de los chicos, sabía que no había esperanza de hacerles entender. No mientras todo lo que habían sufrido estuviera aún fresco en sus mentes.

Johun había ido a Ruusan a cazar a cualquier miembro de la Hermandad que pudiera haber sobrevivido a la bomba mental. Tenía intención de continuar el trabajo del General Hoth —su Maestro y mentor— y eliminar a los Lords de los Sith, terminando con la amenaza del lado oscuro para siempre. Ahora, sin embargo, reconocía una misión aún mayor: Tenía que salvar a Bordon y a sus hijos de sí mismos.

Estos eran gente honesta, decente. Pero, dirigidos por el odio y la rabia, masacrarían a sus indefensos enemigos a sangre fría si él no les detenía. Johun sabía que, una vez que su odio se desvaneciera, el recuerdo de su venganza sangrienta les embrujaría. La culpa y el odio hacia sí mismos se comerían a Bordon y a sus chicos hasta que finalmente les destruyera. Johun no iba a dejar que eso ocurriera.

Volviendo su atención a Irtanna, vio odio en sus ojos también. Sin embargo, la suya era una emoción fría, calculada, un soldado profesional refiriéndose a un enemigo.

Reconoció que ella no mataría prisioneros por sí misma, pero tampoco haría nada por detener las órdenes. Y él sabía lo que tenía que hacer.

—Esto no es por lo que Farfalla te mandó, —le recordó a la piloto en voz baja—. Se supone que tienes que ayudar a los supervivientes.

Irtanna le miró con sospecha pero no dijo nada. Johun era reacio a utilizar la Fuerza para doblar su voluntad ante la suya de nuevo. Subconscientemente ella podía estar más alerta de su interferencia una segunda vez y era más probable que se resistiera. Además, era importante que ella realmente creyera en lo que él le estaba diciendo. Apelar a su obediencia era una solución temporal, y una que podía hacer que ella definitivamente tuviera resentimientos o desconfianza hacia él y el resto de los Jedi.

—Déjame salir y tomaré a los mercenarios en custodia, —dijo Johun, ofreciendo un plan—. Contacta con la flota, y ellos mandarán otra nave para recogernos a los tres.

Las palabras no eran fáciles de decir para él. Había desafiado a Farfalla —un Maestro Jedi— para ir a este mundo. La última cosa que quería ahora era irse tan pronto de Ruusan tras su llegada. Aún así, estaba dispuesto a hacer el sacrificio si podía prevenir que Bordon y sus hijos cedieran a sus emociones impulsivas e imprudentes. Era su deber como un Jedi proteger sus vidas, incluso si significaba abandonar su propia cruzada personal.

—Tú y los otros deberíais tomar la lanzadera y dirigiros al sur del campo de batalla —continuó él—. Id a ayudar a los heridos. Es por lo que estáis aquí.

Irtanna vaciló, entonces dio un corto asentimiento de aceptación. Johun apenas era más que un chico; la larga trenza delgada en su pelo claramente marcaba que todavía no había completado su entrenamiento de Padawan. Pero todavía era un miembro de la Orden Jedi. Eso contaba bastante para muchos entre las tropas de la República. Había estado confiando en que eso le ayudara a ver la sabiduría de sus palabras.

Confiando en que Irtanna mantendría a Bordon y a sus hijos fuera de los problemas, Johun se levantó de su silla y se abrió paso a la parte trasera del Despertar de las Estrellas. Hizo lo que pudo por ignorar los ojos acusadores de los dos jóvenes hombres enfadados mientras esperaba a que la escotilla de salida de la lanzadera se abriera. Cuando finalmente lo hizo, saltó fuera y aterrizó ágilmente en el suelo, entonces se abrió paso rápidamente hacia el par que se erguía pacientemente cerca, sus manos todavía alzadas bien alto sobre sus cabezas. Una vez que estaba bien lejos del navío, los motores rugieron al encenderse y la nave se elevó en el aire y despegó… muy para consternación de los dos mercenarios.

—¿Dónde van? —exigió la mujer, su voz un graznido de pánico agudo—. ¡No! ¡No pueden dejarnos aquí!

Sus brazos cayeron de nuevo a sus laterales, como lo hicieron los de su compañero. Por un segundo Johun se preocupó de que pudieran hacer un movimiento hacia sus armas, pero entonces se dio cuenta de que estaban demasiado consternados por la salida del *Despertar de las Estrellas* para siquiera pensar en atacarle.

—¡No les dejes irse! —gritó el hombre, girándose de Johun para mirar mientras el navío volaba fuera de la vista, entonces girándose de vuelta para implorar al joven Jedi una vez más—. ¡Hazles dar media vuelta! ¡Diles que vuelvan! —Había una urgencia desesperada en su voz que reflejaba el tono de su compañera.

—No te preocupes, —les aseguró el joven Jedi—. Otra nave está en camino.

—No podemos quedarnos aquí, —insistió la mujer—. No hay tiempo. Él nos encontrará. ¡*Él nos encontrará*!

—Está bien, —explicó Johun, alzando una mano calmante—. Yo puedo protegeros. Soy un Jedi.

La mujer alzó una ceja y le dio una mirada escéptica. El joven flaco amplió su postura, puso sus manos en sus caderas, y sacó el pecho, esperando que le hiciera parecer noble e impresionante. Trató de proteger la imagen de confiado y seguro de sí mismo que a menudo admiraba en Hoth y en los otros Maestros.

El hombre agarró a Johun por el brazo, tirando de él como un niño tirando del delantal de su madre.

—Tenemos que salir de este planeta, —dijo él, las palabras saliendo en un susurro aterrorizado—. ¡Tenemos que irnos ahora!

Johun se agitó para liberarse del agarre del hombre con sólo una dificultad menor. Había algo inquietante en todo este encuentro. Por la forma en la que esos dos iban vestidos, estaba claro que eran soldados a sueldo experimentados. Sospechaba que eran desertores de la reciente batalla, esbirros de los Sith que habían huido en el instante en que el Ejército de la Luz había roto sus filas. Pero su huida habría sido un acto de conservación oportunista más que por miedo o cobardía. Aún así, estos veteranos de combate, acostumbrados a enfrentar a la muerte y al derramamiento de sangre, estaban actuando como aldeanos traumatizados tras un asalto esclavista.

—Incluso si eres un Jedi, no puedes salvarnos, —murmuró la mujer con un lento agitar de su cabeza—. No puedes protegernos de *él*.

—¿De quién? —Quería saber Johun—. ¿De quién estáis hablando?

El hombre miró alrededor rápidamente, como si tuviera miedo de que alguien pudiera estar escuchando.

—Un Lord Oscuro de los Sith, —siseó él.

—¿Uno de la Hermandad? —Preguntó Johun, apenas capaz de contener su ansiedad—. ¿Estás diciendo que un Maestro Sith sobrevivió a la bomba mental?

El hombre asintió.

—Mató a Lergan y a Hansh. Les frió con rayos de sus dedos.

¡Lo sabía! Pensó Johun triunfantemente. *¡Lo sabía!*

—Tenía un sable láser, también, —añadió la mujer—. Partió a Pad y a Derrin de arriba a abajo. —Ella vaciló un momento, estremeciéndose por el recuerdo—. A Rell le cortó la cabeza limpiamente.

Johun iba a preguntar más detalles, pero el sonido de una nave rápidamente aproximándose le distrajo momentáneamente. Miró arriba para ver a un transporte de

tropas Bivouac balanceándose para aterrizar. Segundos después de tocar tierra, tres soldados de la República saltaron fuera, con las armas preparadas. Reconoció al oficial sénior en el trío:

El Comandante Orten Ledes, uno de los no Jedi de mayor rango en la Segunda Legión del Ejército de la Luz.

—¿Estos son los prisioneros? —preguntó el comandante bruscamente, apuntando su rifle bláster a los mercenarios.

Johun asintió. Ledes inclinó su cabeza, y sus subordinados se movieron rápidamente para poner ataduras a los soldados enemigos. Ninguno hizo ningún intento de resistirse. Una vez que sus muñecas estuvieron aseguradas, fueron cacheados y se les quitaron las armas, entonces marcharon hacia el navío. Todo el encuentro fue conducido con la eficiencia y la competencia que eran el sello de todas las tropas que servían bajo el mando del Comandante Ledes.

—¿Captasteis el mensaje de Irtanna? —preguntó Johun mientras observaba a los esbirros Sith alejándose.

—Estábamos en el área —respondió el oficial—. Farfalla me mandó a por ti.

Algo en su tono captó la atención del joven Jedi.

—¿Estoy en problemas?

El oficial se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Vosotros los Jedi tendéis a mantener una estrecha correa sobre vuestras emociones. Pero apuesto a que el general no estaba demasiado feliz cuando averiguó que desobedeciste una orden directa y te escapaste aquí abajo.

—No se preocupe, —contestó Johun confiado—. Cambiará de humor cuando escuche lo que estos prisioneros tienen que decirle.

* * *

Bane frenó el motor de la moto swoop mientras se aproximaban al pequeño claro que servía como el sitio de aterrizaje del *Valcyn*. Originalmente presentado como un regalo a Lord Qordis, el navío había sido comandado por Bane cuando dejó la Academia en Korriban para buscar la sabiduría de los Sith antiguos. Qordis nunca se había atrevido a tratar de recuperarlo, y su cobardía simplemente había confirmado la decisión de Bane de abandonar sus estudios y darle la espalda a la Hermandad.

Llevó la swoop a detenerse a veinte metros de la nave. Zannah liberó su agarre de su pecho y saltó abajo, entonces se quedó mirando al navío.

Bane no le estaba prestando atención, los últimos diez minutos había tenido problemas para centrarse en cualquier cosa que no fuera el dolor en su cráneo. Había esperado que hurgar en las profundidades del orbe brillante que había dejado la bomba mental aliviaría de alguna forma sus dolores de cabeza, pero, si acaso, se habían vuelto peores desde su visita a la cueva.

Al menos había sido capaz de confirmar que Kaan estaba realmente muerto. Eso hacía más fácil para él desechar la forma fantasmal que se había materializado justo entonces al otro lado del claro. Pálido bajo el sol del atardecer, era innegablemente la imagen del hombre que había fundado la Hermandad de la Oscuridad.

Bane sabía que sólo era una alucinación, aún así, había algo convincente en la figura mientras cruzaba el claro para detenerse a un metro o así de distancia de la nave. El espíritu se giró y le fijó con una mirada tranquila, entonces extendió una mano para que se acercara.

—Es hermosa, —suspiró Zannah. Darth Bane llevó su cabeza alrededor sorprendido. Pero su aprendiz estaba mirando cautivada al propio *Valcyn*. Cuando Bane giró su atención de vuelta a donde Kaan había estado, el espectro se había desvanecido una vez más.

—Nunca pensé que me iría de Ruusan en una nave como esta, —dijo Zannah.

—No lo harás, —dijo Bane mientras caminaba fuera de la swoop. No había nada que pudiera hacer sobre las alucinaciones aparte de actuar como si no existieran.

La joven chica se giró para mirarle, confusa.

—¿No vamos a coger tu nave?

—Yo sí, —contestó su Maestro—. Pero tú debes encontrar tu propio camino fuera de este mundo.

Le llevó unos momentos para que la chica registrara sus palabras. Cuando lo hizo, su expresión se convirtió en una de completo shock.

—¿Yo… yo no puedo ir contigo?

El hombre grande agitó su cabeza. Espoleado por el descubrimiento del tomo antiguo por parte de Zannah en el campamento Sith, había llegado a un plan. Se dirigiría a Dxun, la luna descomunal de Onderon, para buscar la tumba perdida de Freedon Nadd. Pero tenía otras ideas para su aprendiz.

—Pero… ¿por qué no? ¿Qué he hecho? —La joven chica se atragantó, claramente al borde de las lágrimas—. ¿Por qué me abandonas?

—Esto es parte de tu entrenamiento, —explicó Bane—. Para entender el lado oscuro debes sufrir a través de la adversidad y la lucha.

—No tienes que abandonarme para hacerme sufrir, —contraatacó ella—. Llévame contigo.

—La fuerza del lado oscuro reside en el poder del individuo —le recordó él—. La Fuerza viene de adentro. Debes aprender a esgrimirla por ti misma. Yo no estaré siempre ahí para enseñarte.

—Pero dijiste que siempre habría dos, —insistió Zannah—. ¡Uno para encarnar el poder, el otro para ansiarlo!

Ella aprendía rápido, y Bane estaba contento de ver que ya había almacenado tantas de sus lecciones en su memoria. Pero recitar las palabras no significaba nada si ella no entendía la verdad tras ellas.

—¿Por qué me sigues? —preguntó él, lanzando una pregunta para llevarla por el camino de la sabiduría.

Zannah pensó en su respuesta varios segundos, cuidadosamente considerando todo lo que él ya le había enseñado.

—Para liberar todo mi potencial, —dijo ella al fin—, para aprender los caminos del lado oscuro.

Bane asintió.

—¿Y cuando yo ya no tenga nada que enseñarte? ¿Qué ocurrirá entonces?

Su ceño se frunció en concentración, pero esta vez la respuesta no saldría.

—No lo sé, —admitió finalmente.

Llegará un momento en que tu entrenamiento termine —le dijo él—. Llegará un día en que hayas aprendido todas las lecciones, cuando todo mi conocimiento del lado oscuro será tuyo. En ese día tú me desafiarás por el título de Maestro, y sólo uno de nosotros sobrevivirá al encuentro.

Los ojos de la chica se abrieron como platos. Entonces se encogieron mientras se concentraba intensamente en lo que estaba diciendo.

—Tienes el potencial para sobrepasarme, —continuó él—. Si alcanzas tu potencial dejaré de serte útil. Necesitarás encontrar nuevas fuentes de conocimiento. Tendrás que buscar un nuevo aprendiz para que puedas transmitir los secretos de la Orden Sith a otro.

—Cuando tu poder eclipse al mío me volveré desechable. Esta es la Regla de Dos: un Maestro y un aprendiz. Cuando estés preparada para reclamar el manto de Lord Oscuro para ti misma, debes hacer lo apropiado eliminándome.

—El enfrentamiento es inevitable, —concluyó él—. Es la única forma en la que los Sith pueden sobrevivir. Es el camino del lado oscuro.

Zannah no dijo nada. Por su expresión Bane vio que todavía estaba luchando por comprender por qué su Maestro la entrenaría sabiendo que ella finalmente le traicionaría. Pero no necesitaba entenderlo. No aún. Ahora mismo sólo necesitaba obedecerle.

—Encuentra tu camino hacia Onderon, —le ordenó Bane—. Te encontraré allí en diez días estándar. —*Después de que encuentre la tumba de Nadd en Dxun*.

—¿Cómo se supone que llegaré allí? —protestó ella.

—Tú eres la elegida, la heredera consagrada del legado de nuestra orden. Encontrarás una forma.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces demostrarás que no eres digna de ser mi sucesora, y buscaré otro aprendiz.

No había más que decir. Bane le dio la espalda y se dirigió a su nave. Zannah apenas le vio irse, sin hablar. Mientras se alejaba caminando, él podía sentir su rabia aumentando, convirtiéndose en un infierno airado de odio mientras él trepaba hasta la cabina de mandos. El calor de su furia le llevó una sonrisa lúgubre a los labios de Bane mientras encendía los motores.

El *Valcyn* tomó el aire, dejando a Zannah atrás, una diminuta figura en la superficie del planeta mirando a la nave, en pie inmóvil como si hubiera sido tallada en piedra fría, dura.

6

—Todo esto es sólo un malentendido, —insistió el hombre desde dentro de su celda.

—Estáis cometiendo un error, —estuvo de acuerdo la mujer con él.

Johun tomó aliento de forma profunda, entonces lo dejó salir en un suspiro largo, cansado. Había llegado de vuelta al *Viento Favorable* con sus dos prisioneros cerca de una hora antes. Su solicitud para una audiencia inmediata con Farfalla había sido denegada, mientras el general en funciones había estado preocupado de algún modo con los esfuerzos de limpieza en Ruusan. De modo que Johun había llevado a sus prisioneros bajo la plataforma inferior de la nave insignia y los había puesto en una celda de contención para que esperaran. Sin nada mejor que hacer, decidió tomar asiento en una silla cercana y esperar con ellos.

El joven Jedi estaba ahora arrepintiéndose con fuerza de esa decisión.

—Nunca fuimos parte del ejército de Kaan, —le gritó la mujer desde detrás de las barras de su celda—. Sólo somos granjeros.

—Los granjeros no llevan armadura de batalla ni armas, —dijo Johun, señalando a la esquina de la habitación donde las ropas y el equipo confiscados de los mercenarios habían sido apilados sobre una pequeña mesa.

—Esas cosas no son nuestras —explicó el hombre—. Nosotros… nosotros simplemente las encontramos. Salimos a caminar esta mañana y… llegamos a ese campamento desierto. Vimos todo ese equipo tirado alrededor y, uh, pensamos que sería divertido vestirnos como soldados.

El guardia de la República que estaba vigilando a los prisioneros con Johun ladró una risa ante la patética mentira. Johun simplemente cerró sus ojos y extendió hacia arriba sus manos para frotarse la sien. Antes en Ruusan, los prisioneros habían estado demasiado ansiosos por confesar sus crímenes. Recientes de su encuentro con el Lord Sith sin nombre, habían estado temporalmente asustados. Ahora que estaban a salvo lejos de la superficie del planeta, sin embargo, la realidad sollozante de una sentencia de cinco a diez años en un mundo prisión de la República estaba haciéndoles recular de su anterior testimonio.

—¿Qué hay de los otros? —Preguntó Johun, esperando atraparles en su propia red de mentiras—. Vuestros amigos que murieron en el ataque. ¿Eran granjeros, también?

—Sí, —respondió el hombre, incluso mientras la mujer decía—: En realidad ni siquiera les conocíamos.

—Bien, —preguntó el joven Jedi con frialdad—: ¿Cuál es?

Los dos mercenarios se dieron el uno al otro una larga mirada, amarga, pero fue la mujer la que finalmente respondió.

—Acabábamos de conocerlos esta mañana. En el campamento Sith. Dijeron que eran granjeros como nosotros, pero podrían haber estado mintiendo.

—¿Mintiendo? ¿De verdad? —preguntó Johun sarcásticamente—. Es difícil imaginar por qué nadie haría eso.

El guardia dio otra risa corta.

—Vosotros dos deberíais hacer un tour con esta actuación —dijo él—. Ya sabéis… si sobrevivís a la prisión.

El hombre en la celda parecía a punto de decir algo amargo en respuesta, pero contuvo su lengua cuando su compañera le dio un agudo codazo en las costillas. En ese momento una de las enviadas de Farfalla sacó su cabeza por la habitación.

—El general puede verte ahora, —dijo a Johun.

Johun saltó de su silla para seguirla.

—Hey, dile que nos deje salir de aquí, —gritó el hombre tras él—. ¡No te olvides de nosotros!

Es imposible hacerlo, pensó Johun. Al guardia le dijo:

—Mantenlos vigilados. Y no creas nada de lo que te digan.

La enviada le llevó por un largo y sinuoso trayecto, a través de los varios niveles del *Viento Favorable*. Las celdas de contención estaban localizadas en las profundidades de más al fondo del gran casco de la nave; se iba a encontrar con Farfalla en la plataforma de mando en la cima. Por el camino pasaron por cientos de caras que Johun reconocía, compañeros Jedi y soldados que habían luchado a su lado durante la campaña. La mayoría le daban un asentimiento corto o un rápido saludo mientras pasaban, demasiado ocupados con sus propios deberes para entablar cualquier tipo de conversación.

También había muchas caras que Johun no reconocía: refugiados de Ruusan. Muchos eran evacuados llevados aquí en la rápida avalancha por escapar de la bomba mental, preparándose para dirigirse de vuelta a la superficie y tratar de reconstruir sus vidas. Otros eran hombres y mujeres cuyos hogares o familias habían sido completamente destruidos por la guerra; para ellos, no había nada para volver salvo recuerdos dolorosos de lo que habían perdido. Farfalla había organizado para aquellas personas que no deseaban volver a Ruusan transportes de vuelta a los Mundos del Núcleo de la República, donde podrían empezar de nuevo lejos de los horrores que habían atestiguado.

Demasiada gente, pensó Johun mientras silenciosamente seguía a su guía. *Demasiado sufrimiento. Y todo será por nada si cualquiera de los Sith consigue escapar.*

Cuando alcanzaron la plataforma de mando, la enviada le llevó al cuarto personal de Farfalla. Ella golpeó una vez en la puerta cerrada, y una voz del otro lado dijo:

—Entrad.

Ella puso una mano en la consola y la puerta se deslizó para abrirse, entonces ella hizo un gesto con la cabeza a Johun. Él camino hacia delante dentro de la habitación, y escuchó la puerta zumbar al cerrarse tras él.

La habitación era más grande de lo que había esperado, y decorada con el estilo petulante por el que Valenthyne Farfalla era famoso. Una alfombra de colores brillantes carmesí y dorada estaba desplegada en el suelo, y en las paredes colgaban trabajos que no habrían parecido fuera de lugar en las galerías más finas de Alderaan. Al otro lado de la habitación había una cama enorme con dosel, el marco diseñado de la madera de un árbol wroshyr, un regalo de los líderes tribales wookiee en Kashyyyk. Las cubiertas y la

almohada estaban tejidas de sedas brillantes amarillas y rojas, y cada uno de los postes enormes de la cama estaba engalanado con un mural pintado a mano representando un evento principal de la vida de Farfalla: su nacimiento real, su aceptación en la Orden Jedi, su ascenso al rango de Maestro, su famoso triunfo sobre las fuerzas Sith en Kashyyyk. El general estaba sentado en un escritorio descomunal en la esquina, revisando informes en un monitor construido en la superficie.

—Me decepcionas, joven Padawan, —dijo él mientras apagaba la pantalla y giraba su asiento para encarar a Johun.

—Siento haberle desobedecido, Maestro Valenthyne, —respondió él.

Farfalla se alzó y cruzó la habitación, sus pies golpeando con suavidad la lujosa alfombra.

—Esa es la última de mis preocupaciones, —dijo él, poniendo una mano pesada en el hombro del joven. Sus ojos estaban hundidos y oscuros, y su expresión normalmente jovial estaba oculta tras una máscara de preocupación y fatiga.

—Irtanna, —dijo Johun, dejando caer su cabeza en vergüenza ante el recuerdo de cómo había utilizado la Fuerza para engañar a la piloto para permitirle unirse a su tripulación.

—Un Jedi no utiliza sus poderes para manipular las mentes de sus amigos. Incluso si tus motivos son puros, es un abuso de tu posición y una traición a la confianza que los otros depositan en nosotros.

—Sé que lo que hice estuvo mal, —admitió Johun—. Y aceptaré cualquier castigo que considere necesario para expiar lo que hice. Pero hay algo más importante de lo que necesitamos hablar primero.

Farfalla miró a los ojos de Johun, entonces dejó caer su mano. El Padawan pensó que vio un destello de decepción cruzar la cara del Maestro mientras lo hacía.

—Sí, por supuesto, —dijo Farfalla, girándose y caminando de vuelta a su escritorio. Extendió la mano hacia abajo y encendió de nuevo el monitor—. El informe de esos prisioneros que has capturado.

—¿Lo ha visto? —preguntó sorprendido Johun.

—Leo todos los informes, —respondió él—. Es la responsabilidad de un líder saber qué están haciendo sus seguidores. Más importante, debe detenerles de tomar decisiones erróneas o apresuradas.

—Todavía no cree que ningún Sith sobreviviera a la bomba mental, —adivinó Johun.

—Carezco de fe en la credibilidad de tus fuentes, —respondió Valenthyne—. Esos mercenarios son, para hablar en claro, la escoria de la galaxia. ¿Cómo sabes que no te están diciendo simplemente lo que quieres escuchar?

—¿Por qué harían eso?

Farfalla se encogió de hombros.

—Quizás piensan que te alzarás por ellos. Les darás mejor trato como prisioneros. Una sentencia menor por sus crímenes. Esa gente son oportunistas. Buscarán cada ventaja que puedan encontrar. Mentir es su segunda naturaleza para ellos.

—No creo que estuvieran mintiendo, Maestro, —dijo Johun agitando su cabeza—. Si los hubiera visto en la superficie… ¡Estaban aterrorizados! Algo terrible les ocurrió.

—Esto es la guerra. Las cosas terrible están a la orden del día.

—¿Qué hay de los detalles de su informe? —Presionó Johun—. ¿El sable láser de hoja roja? ¿El rayo de Fuerza? ¡Esas son las armas del lado oscuro!

—Si eran soldados del ejército de Kaan, estarían bien versados en las herramientas que los Sith utilizan contra sus enemigos. Sería fácil para ellos añadir esos elementos a cualquier historia que quisieran contar.

Apretando su mandíbula en frustración, Johun escupió una dura acusación.

—¡Usted sólo quiere creer que los Sith se han ido para siempre! Es por eso por lo que rechaza ver lo que está justo enfrente de nosotros.

—Y tú quieres creer que los Sith todavía existen, —contraatacó Farfalla, aunque su voz no se hacía eco de la rabia en el desafío del Padawan—. Tú quieres golpear a aquellos que mataron a tu Maestro. Tu deseo por vengarle te ha cegado a los hechos. Si estuvieras pensando con claridad, verías que hay una parte de la historia que pone todo el informe en duda.

Johun parpadeó sorprendido.

—¿Tiene pruebas de que están mintiendo?

—Está justo ahí, en el informe que archivaste, —le informó Farfalla—. Ellos claman que un Lord Oscuro de los Sith masacró a sus amigos. Pero de algún modo sobrevivieron al encuentro. ¿Cómo es eso posible?

—Ellos… ellos escaparon hacia los árboles, —tartamudeó él, sabiendo lo imbéciles que parecían las palabras incluso mientras las decía.

—Eres un Jedi, —le reprendió Farfalla—. Conoces el poder de la Fuerza. ¿Realmente crees que podrían haber escapado de la ira de un Maestro Sith simplemente corriendo al bosque?

Él los habría cazado y masacrado como cerdos zucca, admitió para sí mismo Johun.

—Quizás quería dejarlos vivir por algún motivo —sugirió él, aún sin querer rendir su punto de vista.

—¿Por qué? —Preguntó Farfalla—. Si un Lord Sith hubiera sobrevivido a la bomba mental, ¿por qué dejaría atrás testigos que pudieran exponerle a sus enemigos?

Johun no tenía respuesta para esto. No tenía ningún sentido. Pero de algún modo sabía —*lo sabía*— que los mercenarios estaban diciendo la verdad.

—Johun, —dijo el general, percibiendo su conflicto interior—. Debes ser completamente honesto contigo mismo. ¿De verdad crees que podemos confiar en estos mercenarios?

Johun volvió a pensar en los prisioneros en la celda y en la interminable sarta de mentiras que salían de sus bocas. Pensó en su propia advertencia al guardia que les vigilaba: *No creas nada de lo que te digan*. Y Johun finalmente se dio cuenta de qué imbécil había sido.

—No, Maestro Valenthyne. Tiene razón. No se puede confiar en ellos. —Tras un momento añadió—: Me… me gustaría hablar con Irtanna y Bordon cuando vuelvan. Para disculparme por lo que les hice.

—Me alegro de oír que dices eso, Johun —dijo Farfalla con una amplia sonrisa—. Nosotros los Jedi no somos infalibles. Es importante que permanezcamos siendo lo suficientemente humildes como para admitir cuando cometemos un error.

—Desafortunadamente, disculparse en persona no será posible, —continuó él—. He sido convocado a Coruscant para encontrarme con el Canciller Valorum. Desde que obviamente no se puede confiar en que sigas mis instrucciones en mi ausencia, me acompañarás como mi ayudante.

La proclamación había sido enmarcada como un castigo, pero el corazón de Johun saltó ante las palabras. En efecto, el Maestro Valenthyne le estaba ofreciendo tomarle y hacer de mentor para él.

—Yo… gracias, Maestro, —fue todo lo que pudo decir. Sin estar seguro de qué más hacer, dio una corta reverencia.

—Es lo que Hoth habría querido para ti, —dijo Farfalla con suavidad. Entonces, más alto—: Nos iremos en cuanto acabe de hacer los preparativos para que otros tomen el mando de la flota mientras no estoy.

—¿Por qué quiere el Canciller encontrarse con usted con tanta urgencia? —preguntó Johun, de repente curioso.

—Ahora que la Hermandad de la Oscuridad ha sido derrotada, el Senado Galáctico quiere poner fin oficialmente a esta guerra. Hay legislación importante en la mesa que podría cambiar el rostro de la república por siempre. Valorum quiere discutirlo conmigo antes de que el Senado vote.

—¿Y esta legislación afectará a los Jedi también?

—Lo hará, —respondió sombríamente Farfalla—. De formas que ni siquiera puedes empezar a imaginar.

* * *

Los pies de Zannah le escocían. Sus pantorrillas le dolían. Sus muslos le ardían con cada paso. Aún así, de algún modo ignoró el dolor y se presionó para seguir adelante.

Había estado caminando desde que la nave de Darth Bane desapareciera sobre el horizonte, dejándola sola una vez más. Su misión estaba clara: abrirse paso hasta Onderon. Para hacer eso, tenía que encontrar una nave que le sacara de Ruusan. Eso significaba encontrar a otra gente. Pero Zannah no tenía ni idea de dónde podía haber otra gente, y por lo tanto simplemente había escogido una dirección al azar y empezó a caminar.

Era demasiado pequeña para pilotar la moto swoop que Bane había utilizado para llevarles por el paisaje. Al principio eso no había importado: había utilizado sus talentos recién descubiertos en la Fuerza para impulsarse por el camino, corriendo tan rápido que

el mundo pasaba junto a ella como un borrón de viento y color. Pero mientras que la Fuerza podía ser infinita, su habilidad para atraerla no lo era. Sus habilidades todavía se estaban desarrollando, y la fatiga había llegado rápido. Había sentido sus pasos disminuir mientras su fuerza menguaba, y aún así ella trató de invocar el poder del lado oscuro de nuevo tocando sus reservas profundas de rabia y odio, su voluntad exhausta sólo podía llamar al más leve destello de una respuesta.

Ahora había quedado reducida a una pequeña chica cansada caminando lenta y pesadamente por el paisaje destrozado por la guerra de Ruusan. Aún así, había rechazado rendirse a la desesperación, en su lugar estaba centrando todas sus energías en poner un pie delante del otro. Era imposible decir cuánto continuó su marcha forzada, cuántas horas o kilómetros resistió, antes de que fuera recompensada con lo que buscaba: la vista de una lanzadera en la distancia.

La esperanza dio nueva vida a sus extremidades cansadas, y consiguió correr torpemente, cojeando hacia el navío. Podía ver gente arremolinándose alrededor del navío: una mujer joven, un hombre mayor, y dos chicos adolescentes. Mientras se acercaba más, la mujer se percató de ella y gritó al resto de sus compañeros.

—¡Bordon! Dile a los chicos que hemos encontrado a alguien que necesita ayuda.

Minutos más tarde, Zannah se encontró a sí misma dentro del contenedor de carga del navío, sentada en una caja de suministros mientras devoraba barras nutritivas de un kit de raciones y las hacía bajar con una copa muy caliente de chav. Uno de los chicos había puesto una gruesa manta sobre sus hombros, y toda la tripulación estaba ahora revoloteando a su alrededor.

—Nunca he visto a alguien tan pequeño comer tanto, —dijo la mujer riéndose.

Ella no parecía venir originalmente de Ruusan. Tenía piel oscura y pelo corto negro, y llevaba un chaleco abultado bajo su chaqueta. Había también una pistola bláster atada a sus caderas, haciendo que Zannah estuviera ciertamente segura de que era un soldado de algún tipo.

—¿Qué esperabas, Irtanna? —dijo el hombre mayor. En contraste con la mujer, él parecía probablemente un nativo de Ruusan. Tenía hombros anchos, piel coriácea, y una barba corta marrón. A Zannah le recordaba a Root, el primo que la había criado cuando era una niña pequeña antes, en su mundo natal de Somov Rit—. La pobre cosita no es más que piel y huesos. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una comida decente, chica?

Zannah agitó su cabeza.

—No lo sé, —dijo ella con la boca llena de comida.

Ella sólo aceptó su ofrecimiento de comida por educación. Desde que llegara a Ruusan había estado viviendo a base de raíces y bayas, su cuerpo constantemente al límite de la inanición. Había estado haciéndolo tanto tiempo que se había acostumbrado a los calambres de un estómago perpetuamente vacío, adaptándose hasta el punto de que apenas era consciente de su hambre. Pero en el momento en que el primer bocado de comida real tocó su lengua, recordó su apetito, y ahora su cuerpo estaba determinado a arreglar semanas de malnutrición.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó la mujer llamada Irtanna.

—Están muertos, —respondió Zannah tras un momento de vacilación, acabando con lo que quedaba del kit de raciones. La comida estaba deliciosa; el simple placer físico de comer era una sensación gloriosa. Pero no podía permitirse distraerse por ello ahora mismo. Tenía que ser cuidadosa con lo que le contaba a esta gente.

El hombre se agachó junto a ella, quedando al nivel de sus ojos. Cuando habló, su voz era suave y compasiva.

—¿Tienes otra familia? ¿Hermanos o hermanas? ¿Alguien?

Ella respondió agitando otra vez la cabeza.

—Una huérfana de la guerra, —murmuró triste Irtanna.

—Me llamo Bordon, —le dijo el hombre—. Esta es Irtanna, y estos son mis hijos Tallo y Wend. ¿Cómo te llamas?

Sin querer revelar su verdadero nombre, vaciló por un segundo.

—Soy… Rain, —ofreció finalmente, dándole su mote de la infancia.

—¿Rain? Es un nombre gracioso. Nunca había escuchado uno así antes, —dijo el chico mayor, Tallo. Parecía tener sobre los dieciséis.

—Hay montones de nombres de los que nunca has escuchado, —reprendió Bordon a su hijo agudamente. Entonces, en una voz más suave, preguntó a Zannah—. ¿Estás herida, Rain? ¿O enferma? Tenemos medicinas si las necesitas.

—Estoy bien. Sólo tenía hambre, eso es todo.

—¿Deberíamos llevárnosla con nosotros? —preguntó Irtanna.

Bordon mantuvo sus ojos sobre Zannah mientras respondía.

—Por qué no le preguntamos. Rain, ¿quieres venir con nosotros?

—Tengo que ir a Onderon, —respondió Zannah sin pensar. Tan pronto como las palabras salieron de su boca se arrepintió de ellas.

—¿Onderon? No hay nada en esa roca salvo monstruos y jinetes de bestias, —metió baza Tallo—. Debes ser bastante estúpida si quieres ir allí.

—Silencio, chico —soltó Bordon—. Nunca has salido de Ruusan, ¿así que cómo lo sabes?

—Oigo hablar a la gente, —respondió Tallo—. En los campamentos y esas cosas.

—No puedes creer cada cuento que escuches alrededor de una hoguera, —le recordó su padre—. Ahora llévate a tu hermano e id a esperar enfrente de la nave.

—Vamos, —gruñó Tallo, agarrando a su hermano menor por el brazo.

—¡No es justo! —protestó Wend mientras se lo llevaban—. ¡Yo no he hecho nada!

—¿Por qué quieres ir a Onderon? —preguntó Irtanna una vez que los chicos se fueron—. Es un mundo muy peligroso. No es el tipo de lugar para una chica pequeña sola.

—No estaré sola. Yo… yo tengo familia allí, —mintió Zannah—. Sólo necesito encontrarlos.

Bordon se frotó su mano por el mentón, tirando ligeramente de su barba.

—Puede ser bastante difícil encontrarles en un lugar como Onderon, —dijo él—. ¿Hay alguien más con quien podamos contactar por ti? ¿Un amigo de la familia de Ruusan, quizás?

—Tengo que ir a Onderon, —insistió Zannah.

—Ya veo —dijo el hombre, entonces se levantó y se giró hacia Irtanna—. Nuestra joven invitada parece bastante determinada a salir de este mundo.

—No podemos llevarte a Onderon, —dijo Irtanna—, pero podemos llevarte con nosotros cuando nos marchemos de Ruusan.

—¿Llevarme dónde? —preguntó Zannah, con sospecha.

—Tenemos toda una flota de naves orbitando el planeta, Rain. Estarás a salvo ahí arriba. Encontraremos a alguien que te limpie y te cuide.

—Puedo cuidar de mí misma, —contestó ella desafiante.

—Sí, puedo verlo, —intercedió Bordon—. Pero apuesto a que te sientes sola al hacerlo todo tú sola. —Cuando Zannah no contestó continuó—. Te diré una cosa, está oscureciendo fuera. ¿Por qué no te llevamos con nosotros a la flota por ahora? Entonces mañana podremos averiguar qué hacemos después.

—Si todavía quieres ir a Onderon, veremos si podemos ayudar. Pero si cambias de opinión, quizás podrías quedarte aquí en Ruusan conmigo y mis chicos un tiempo. Al menos hasta que encontremos a tu familia.

La boca de Zannah se abrió ante su oferta.

Bordon extendió un brazo hacia abajo y la golpeó suavemente en el hombro.

—Está bien, —dijo él—. No tienes que contestar ahora mismo. Sólo es algo en lo que pensar.

Consiguiendo un asentimiento ligero, Zannah dejó de comer su comida, su mente todavía tambaleándose.

—Iré a prepararnos para el despegue —dijo Irtanna mientras se iba, dirigiéndose a la parte delantera del navío.

Bordon sonrió de acuerdo, entonces habló a Zannah una vez más.

—Tengo que ir delante a ayudar a Irtanna. Debes quedarte aquí atrás y acabar de comer, ¿vale?

Zannah asintió de nuevo. Había algo reconfortante en la forma en que Bordon le hablaba. Le hacía sentir a salvo e importante al mismo tiempo. Ella le observó desaparecer a través de la puerta que separaba el contenedor de suministros de la cabina de mandos.

—Simplemente vocea si necesitas algo, —le gritó la voz de Bordon de nuevo.

Un minuto más tarde los motores rugieron al encenderse y la lanzadera se elevó en el aire, pero Zannah apenas se dio cuenta. Su cerebro estaba abrumado con las emociones en conflicto. Parte de ella estaba gritando en silencio que no podía simplemente quedarse ahí sentada, tenía que hacer algo ahora. No podía dejar que la llevaran de vuelta a la flota. Había demasiada gente allí. Demasiados Jedi. Alguien seguro que se daría cuenta de sus dones especiales y empezaría a hacer preguntas. Ellos averiguarían sobre Darth Bane, y

todo lo que le había prometido —toda la sabiduría y el poder del lado oscuro— se perdería.

Aún así, otra parte de ella *quería* volver a la flota. Bane le había advertido de que su aprendizaje sería una lucha larga y difícil. Estaba cansada de luchar. Y Bane la había abandonado. Bordon, por otra parte, le había ofrecido su hogar; le había ofrecido dejarle ser parte de su familia. ¿Qué habría de malo en simplemente aceptar su oferta? Bane había dicho que ella era la heredera elegida del legado de los antiguos Sith, ¿pero era eso realmente lo que quería?

Antes de que pudiera llegar a alguna respuesta escuchó un ruido, y miró arriba para ver a Wend, al más joven de los dos hijos de Bordon, saliendo de la cabina de mandos para hablar con ella. Ella supuso que estaba alrededor de los trece, sólo un par de años mayor que ella.

—Papá dice que no tienes ninguna familia, —dijo él a modo de saludo.

Zannah no sabía qué decir, así que sólo asintió.

—¿Murieron en la guerra? —Preguntó Wend—. ¿Los mataron los Sith?

Ella se encogió de hombros, sin querer elaborarlo en caso de que inadvertidamente diera algún detalle que pudiera exponer su fachada.

—Mi madre era una soldado, —le dijo Wend—. Era muy valiente. Fue a luchar contra los Sith cuando vinieron por primera vez a Ruusan.

—¿Qué le ocurrió? —ella sólo hizo la pregunta porque era de esperar y habría sido raro si no la hiciera. Ella no quería hacer nada que atrajera la atención indeseadamente hacia sí misma.

—Ella murió en la Cuarta Batalla de Ruusan. Muerta por los Sith. Papá dice…

—¡Wend! —Llegó la voz de Bordon desde la cabina de mandos—. Vuelve aquí arriba. Deja que Rain tenga algo de paz y tranquilidad.

El chico le dio una sonrisa tímida, entonces se giró y la dejó sola de nuevo con sus pensamientos. Gracias a sus palabras, sin embargo, ella tomó su decisión.

Bordon le había ofrecido acogerla. Le había ofrecido hacerla parte de su familia. Estaba tentándola con una vida simple pero feliz. Pero sus palabras no ofrecían nada excepto promesas vacías. *La paz es una mentira*.

¿Qué bien eran la familia o amigos si no tenías la fuerza para protegerles? Bordon había perdido a su mujer, y Tallo y Wend habían perdido a su madre. Cuando los Sith llegaron estaban sin poder para salvar a quien más amaban.

Zannah sabía lo que era sentirse sin poder. Sabía cómo era que le quitaran las cosas que más valoraba sobre todo lo demás. Y había jurado que nunca dejaría que ocurriera de nuevo.

Bordon y su familia eran víctimas, esclavos unidos por las cadenas de su propia debilidad. Zannah rechazaba ser más una víctima. Bane había prometido enseñarle los caminos del lado oscuro. Él le mostraría cómo desatar el poder de su interior y liberarse de los grilletes del mundo.

Con poder obtengo victoria. ¡Con victoria mis cadenas se rompen!

El descubrimiento de lo que era —la aceptación de su destino— espoleó a Zannah a entrar en acción. Ella trató de llamar a la Fuerza para que le diera fuerzas, pero todavía estaba demasiado exhausta de sus esfuerzos previos como para usar sus talentos. Impávida, empezó a hurgar en las cajas de suministros en el contenedor de carga, buscando algo que pudiera utilizar para detener a la lanzadera y su tripulación de llevarle al resto de la flota.

Encontró lo que estaba buscando justo cuando Tallo entró en el contenedor, pillándola con las manos en la masa.

—Papá quería que viera si tú… ¡Hey! ¿Qué te crees que estás haciendo?

Zannah envolvió su mano alrededor de la empuñadura del bláster medio segundo antes de que Tallo se lanzara hacia ella, lanzándola al suelo.

—¡Tú kriffida pequeña ladrona! —maldijo el chico ante ella, tratando de clavarla en el suelo y quitarle el arma de su mano. Él superaba en peso a Zannah por treinta kilos, pero ella luchó con una desesperación salvaje que evitó que él tuviera un agarre firme sobre ella mientras luchaban en el suelo.

Atraído por los sonidos de su lucha, Bordon llegó corriendo a la habitación.

—¡Qué demonios está pasando aquí! —gritó él.

En ese instante exacto el bláster descargó. Era imposible decir de quién era el dedo que había estado en el gatillo; Tallo y Zannah estaban ambos agarrando la pistola con ambas manos en un esfuerzo por luchar por su posesión. Pero por maldita suerte o por un destino oscuro, cuando el rayo se disparó el cañón del arma estaba apuntando directamente a Tallo. El impacto dejó un hueco de herida en el centro de su pecho, matándole al instante.

Las manos del hombre joven cayeron muertas y se apartó del bláster. Su cuerpo se volcó hacia delante, anclando las piernas de Zannah bajo su peso. Al otro lado de la habitación los ojos de Bordon se abrieron como platos de horror. Con un grito de angustia se abalanzó hacia delante para ayudar a su hijo.

Al ver al padre del chico que acababa de matar precipitándose hacia ella, Zannah actuó por instinto y disparó el arma de nuevo. El rayo cogió a Bordon justo por encima de la cintura, cortando su grito y haciéndole caer de rodillas. Él dejó salir un bajo gruñido de dolor mientras se apretaba el agujero humeante en su tripa, entonces extendió una mano sangrienta hacia Zannah. Ella gritó de miedo y disgusto y disparó de nuevo, acabando con la vida de Bordon.

—¡Bordon! —llegó la voz de Irtanna por el intercomunicador de a bordo—. ¡He oído disparos de bláster! ¿Qué está ocurriendo ahí atrás?

Moviéndose rápidamente, Zannah se escurrió desde debajo del cuerpo de Tallo y corrió hacia la cabina de mandos. Llegó para encontrar a Wend todavía amarrado al asiento de pasajeros, tratando de girarse para ver qué estaba ocurriendo. Irtanna estaba levantándose de su silla para ir a ayudar a Bordon. Tenía que haber conectado el piloto automático antes de poder levantarse de su asiento, y el retraso le había dado a Zannah los preciosos segundos que necesitaba para tener la ventaja.

—¡Vuelve a sentarte y no te muevas! —gritó Zannah, apuntando con el bláster a Irtanna. Su voz sonaba fina y vacía en los estrechos confines de la cabina de mandos, la voz de una niña en pánico.

Irtanna vaciló, entonces obedeció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer, su tono cuidadosamente neutral—. ¿Hay alguien herido?

—Traza una ruta hacia Onderon —ordenó Zannah, rechazando responder a la pregunta. Ella apenas podía escucharse a sí misma hablar por encima del golpeteo diáfano de su corazón acelerado.

—Está bien, —dijo Irtanna lentamente, extendiendo el brazo hacia arriba para introducir las coordenadas en la consola de mandos de la nave—. Haré lo que quieres. Sólo cálmate. —El navegador automático tintineó para aceptar el nuevo destino, y la mujer se giró a medias en su asiento para poder ver a la joven chica que la tenía de rehén directamente a los ojos—. Rain, baja el bláster. —Había una confianza fría en sus palabras, y una determinación sombría en su cara.

—No soy Rain, —replicó la chica a través de sus dientes apretados—. ¡Me llamo Zannah!

—Quien sea que seas, —dijo Irtanna, levantándose lentamente—, vas a darme ese bláster.

—¡No te muevas o disparo! —le advirtió Zannah, su voz alzándose de modo estridente. *¿Cómo puede estar tan calmada?* Pensó ella, incluso mientras luchaba por ralentizar su propia respiración. Ella era la que tenía el bláster, pero de algún modo sentía como si estuviera perdiendo el control de la situación.

—No, —respondió con calma la mujer joven, dando un único paso hacia ella—. No me dispararás. No eres una asesina.

El recuerdo de los dos Jedi muertos antes en Ruusan pasó por la mente de Zannah, seguido rápidamente por la imagen de Bordon y su hijo tumbados sin vida en el contenedor de carga.

—Sí, lo soy —susurró ella mientras apretaba el gatillo, entonces colapsó en el suelo, una muerte rápida y limpia. Zannah esperó un segundo para confirmar que se había ido, entonces se giró para apuntar el bláster a Wend. Había observado cómo se desarrollaba el encuentro como paralizado, sin siquiera molestarse en quitar la hebilla de su cinturón de seguridad.

—¡No me mates! —rogó él, retorciéndose bajo las ataduras de la silla.

Ella podía percibir realmente el miedo emanando de él. Sentía el calor familiar del lado oscuro encenderse con vida en su interior, respondiendo al apuro de su víctima, alimentándose de su terror. Fluía a través de ella como una ola de fuego líquido, abrasando su culpa e inseguridad y fortaleciendo su resolución.

La mente de Zannah estaba llena con una certeza grande y repentina: el miedo y el dolor eran una parte inevitable de la existencia. Y era mucho mejor infligirlos en otros que sufrirlos ella misma.

—Por favor no dispares, —sollozó Wend, haciendo una última súplica por su vida—. Sólo soy un niño. Como tú.

—Yo no soy una niña —dijo Zannah mientras apretaba el gatillo—. Soy una Sith.

7

Bane podía escuchar el zumbido de los motores del *Valcyn* mientras la nave cortaba a través de las capas superiores de la atmósfera de Dxun, protestando mientras presionaba el navío a sus límites. Normalmente el viaje desde Ruusan hasta la luna descomunal de Onderon habría llevado a un crucero de clase T como el *Valcyn* entre cuatro y cinco días. Bane había cubierto la distancia en sólo cerca de dos.

En unas horas tras dejar Ruusan —y a Zannah— atrás, había sido maldito con el retorno de los dolores de cabeza casi insoportables. Y con ellos había venido un indeseado y poco agradable compañero. La sombra espectral de Lord Kaan se alzó sobre él en la cabina de mandos por todo el primer día de viaje, una manifestación visible del daño que la mente de Bane había sufrido por la bomba mental. El espíritu nunca habló, meramente le observaba con su mirada acusadora, una presencia constante en los límites de la consciencia de Bane.

La aparición fantasmal había llevado a Bane a adoptar un paso irresponsable, incluso peligroso para el viaje. Había presionado al *Valcyn* mucho más allá de los parámetros de seguridad recomendados, como si parte de él estuviera tratando de utilizar la velocidad de la nave para huir de su propia locura. Estaba desesperado por alcanzar Dxun para poder encontrar la tumba de Freedon Nadd y esperanzadamente descubrir alguna forma de librarse a sí mismo de las alucinaciones torturadoras.

Kaan había desaparecido hacia el final del primer día de su viaje, sólo para ser reemplazado por una visita aún peor. No era el fundador de la Hermandad de la Oscuridad el que flotaba junto a él ahora, sino Qordis: el antiguo director de la Academia Sith de Korriban. Pálida y semi-translúcida, la figura era sin embargo una réplica perfecta de lo que el Lord Sith había parecido en el momento de su encuentro final, cuando Bane lo había matado. Alto y demacrado, Qordis tenía los rasgos esqueléticos que parecían más en consecuencia en un espíritu de lo que lo habían sido nunca en un ser de carne y huesos. Al contrario que Kaan, sin embargo, Qordis realmente le habló, escupiendo una interminable letanía de culpa, denunciando todo lo que Bane había logrado.

—Tú nos traicionaste —dijo el fantasma, extendiendo un largo y delgado dedo terminado en una uña similar a una garra. Bane no necesitaba mirarlo para saber que el dedo estaría adornado por los pesados anillos enjoyados que Qordis había llevado en vida—. Tú destruiste la Hermandad, tú trajiste la victoria a los Jedi. Y ahora huyes de la escena como un ladrón cobarde en la noche.

¡No soy un cobarde! Pensó Bane. No tenía sentido darle voz a las palabras en voz alta; la visión estaba en su mente. Hablar con ella sólo sería una señal de que su condición mental se estaba deteriorando aún más. *Hice lo que tenía que hacerse. La Hermandad era una abominación. ¡Tenían que ser destruidos!*

—La Hermandad tenía la sabiduría del lado oscuro. Sabiduría que se ha perdido para siempre gracias a ti.

Bane se estaba cansando del refrán demasiado familiar. Había tenido esta conversación consigo mismo antes de que decidiera destruir a Kaan y a sus seguidores, y ahora estaba reviviéndola una y otra vez a través de las ilusiones de su mente herida. Aún así rechazaba permitir que cualquier duda o inseguridad debilitara su resolución; había hecho lo que era necesario.

La Hermandad había perdido su camino. Habían caído del verdadero camino del lado oscuro. Todo el estudio y el entrenamiento por el que hizo pasar a los estudiantes con potencial en la Academia era inútil.

—Si eso fuera cierto, —contraatacó la aparición, respondiendo a sus argumentos silenciosos—, ¿entonces cómo explicas tu misión actual? Clamas rechazar mis enseñanzas, aún así yo fui el que descubrió la localización de la tumba perdida de Freedon Nadd.

Tú no descubriste nada. Tú sólo eres una alucinación. Y Qordis podía haber tropezado con esta información, pero no sabía qué hacer con ella. Un verdadero Maestro Sith habría dejado Ruusan para buscar la tumba de Nadd. En su lugar, decidió quedarse y ayudar a Kaan a jugar a los ejércitos con los Jedi.

—Excusas y justificaciones, —respondió el espíritu—. Kaan era un guerrero. Pero tú preferirías ocultarte de tus enemigos que luchar contra ellos.

Bane apretó sus dientes mientras el *Valcyn* golpeaba las turbulencias de la densa cobertura de nubes de Dxun. La nave todavía iba demasiado rápido, forzándole a agarrar la palanca de dirección tan fuerte para mantener su navío en la ruta que sus nudillos se volvieron blancos. Escuchó los crujidos y gruñidos mientras el casco sobre-estresado cortaba a través de la densa atmósfera.

—Tú nos traicionaste —dijo Qordis de nuevo.

Bane maldijo bajo su aliento, haciendo lo que podía por ignorar las divagaciones de la imagen conjurada por su propia mente. ¿Cuántas veces había escuchado esta conversación exacta en el último día? ¿Cincuenta? ¿Cien? Era como escuchar un holoproyector averiado repitiendo el mismo mensaje una y otra vez.

—Tú destruiste la Hermandad, tú trajiste la victoria a los Jedi. Y ahora huyes de la escena como un ladrón cobarde en la noche.

—¡Cállate! —Gritó Darth Bane, ya incapaz de contener su ira—. ¡Ni siquiera eres real!

Él golpeó con la Fuerza, liberando una explosión de energía del lado oscuro dentro de la cabina de mandos, determinado a hacer arder la visión ofensiva en el olvido. Qordis se desvaneció, pero la victoria de Bane era de vida corta. Las luces de emergencia empezaron a parpadear dentro de la nave, acompañadas por el estridente alarido de la alarma de fallo crítico.

La consola de la nave había sido frita por la explosión de poder que había desatado. Maldiciendo a Qordis y a su propio despliegue imprudente de emoción, Bane empezó una lucha desesperada por llevar la nave, de algún modo, a un aterrizaje seguro. Por todo su alrededor podía escuchar la risa fantasmagórica y burlona de Qordis.

El *Valcyn* estaba en caída libre, precipitándose directamente hacia abajo, hacia la superficie densamente poblada de árboles de Dxun. Bane tiró hacia atrás la palanca con todas las fuerzas de su envergadura masiva, consiguiendo redirigir la nave en un ángulo superficial de acercamiento. Pero si no encontraba alguna forma de frenar, eso no iba a importar.

Golpeó los controles, tratando de reiniciar los propulsores de los motores con una mano mientras la otra todavía luchaba por mantener recta la palanca. Sin obtener respuesta, cerró sus ojos y se extendió con la Fuerza, excavando en lo profundo de los circuitos abrasados y los cables fundidos de la nave.

Su mente corría a través del laberinto de electrónica que controlaba todos los sistemas del *Valcyn*, reensamblándolos y reencauzándolos para encontrar una configuración que restaurara la energía al interruptor de ignición muerto. Su primer intento resultó en una lluvia de chispas disparándose desde el panel de control, pero su segundo esfuerzo fue recompensado con el rugido de los propulsores volviendo a la vida.

Bane consiguió poner los motores al completo a la inversa, sólo a un par de cientos de metros sobre la superficie de Dxun. El descenso de la nave disminuyó, pero ni siquiera se acercaba a detenerse. Medio segundo antes de que el *Valcyn* se estampara contra el bosque de abajo, Bane se envolvió a sí mismo en la Fuerza, creando un capullo protector que sólo podía esperar que fuera lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a la colisión inevitable.

El *Valcyn* golpeó las copas de los árboles en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Las ruedas de aterrizaje se desgarraron en el impacto, soltándose con un estruendoso crujido. Amplios tajos aparecieron en los laterales de la nave, el casco precipitándose hacia las gruesas ramas y troncos con suficiente fuerza como para romper a través de las láminas reforzadas de metal y pelarlas de su marco.

Dentro de la cabina de mandos, Bane fue lanzado contra las paredes y el techo. Fue girado, lanzado, y golpeado contra los laterales de la cabina de mandos mientras el navío se escoraba a través de los árboles. Incluso la Fuerza no podía escudarle por completo del golpe devastador mientras la nave grababa una franja de un kilómetro de largo de follaje quemado y roto antes de golpear al suelo blando y embarrado de un pantano y finalmente llegaba a descansar.

Por varios segundos Bane no se movió. Su nave había sido reducida a un montón de basura humeante, pero milagrosamente él había sobrevivido, salvado por las energías del lado oscuro que envolvían su forma. No había escapado ileso, sin embargo. Su cuerpo estaba cubierto de magulladuras dolorosas y contusiones, su cara y manos cortadas por los fragmentos de cristales rotos que habían perforado su capullo protector; su bíceps derecho estaba sangrando bastante de una franja de cinco centímetros de profundidad. Su hombro izquierdo había sido dislocado y dos costillas estaban rotas, pero ninguna había perforado un pulmón. Su rodilla derecha ya estaba inflamándose, pero no parecía haber ningún daño de cartílago o ligamento. Y saboreó la sangre en su boca, rezumando del

hueco donde dos de sus dientes habían sido arrancados. Afortunadamente, ninguna de sus heridas amenazaba su vida.

Bane se alzó en pie lentamente, favoreciendo su rodilla herida. Lo que quedaba del *Valcyn* había ido a descansar sobre su lateral, girándolo todo en la cabina de mandos en un ángulo desorientador de noventa grados. Moviéndose cautelosamente, Bane se abrió paso hacia la escotilla de la salida de emergencias, su brazo izquierdo colgando inútil por su costado. Dada la posición de la nave, su escotilla de salida estaba ahora sobre él, encarando al cielo.

Por fuerte que fuera, Bane sabía que no sería capaz de tirar de sí mismo hacia la libertad con sólo un brazo bueno. Un Jedi podría haber sido capaz de utilizar la Fuerza para curar sus heridas, pero Bane era un estudiante del lado oscuro. Incluso si su habilidad para llamar a la Fuerza no hubiera estado temporalmente exhausta por sobrevivir al choque, curarse no era una habilidad con la que los Sith estuvieran familiarizados. Antes de convertirse en un Maestro Sith, sin embargo, Bane había servido como soldado, donde había recibido el entrenamiento médico básico de campo.

El *Valcyn* estaba equipado con un medpac de emergencia bajo el asiento del piloto. Dentro de él había estimulantes de curación que podía utilizar para tratar las peores de sus heridas. Pero cuando se abrió paso para buscar bajo el asiento, el kit ya no estaba.

Dándose cuenta de que se debía haber soltado durante el choque, rebuscó alrededor de la cabina de mandos hasta que lo encontró. El exterior del kit estaba abollado y ligeramente doblado, pero de otro modo parecía sin daños. Le llevó tres intentos abrir la hebilla con sólo una mano buena. Cuando finalmente tuvo éxito, se alivió al ver que varios de los estimulantes de curación habían sobrevivido intactos.

Cogió uno y lo inyectó directamente en el muslo. En unos segundos podía sentir las propiedades curativas de su propio cuerpo empezando a patear para dirigir una respuesta al disparo curativo. La sangre que fluía de sus cortes empezó a coagular. Más importante, el disparo le ayudó a mitigar el dolor de su rodilla inflamada y sus costillas rotas, permitiéndole caminar y respirar con más libertad.

Su hombro dislocado, sin embargo, requería un tratamiento más directo. Agarrando su muñeca izquierda herida con su mano derecha y apretando sus dientes contra el dolor, Bane tiró con todas sus fuerzas, esperando que el hombro volviera a su sitio. Gracias a su tamaño y fuerza, había sido reclutado más de un par de veces por los médicos de campo para ayudar a recolocar las extremidades dislocadas de los compañeros soldados durante sus días militares. Un procedimiento simple, requería una tremenda cantidad de torsiones para que funcionara eficientemente, y Bane pronto descubrió que él simplemente no podía tener la inclinación que necesitaba para realizar la maniobra sobre sí mismo.

Gruñendo y sudando por sus esfuerzos, se dio cuenta de que tendría que tomar medidas más extremas. Bajándose hasta una posición de sentado en el suelo, se inclinó hacia delante y dobló sus rodillas para poder agarrar la muñeca de su brazo herido de forma segura entre sus tobillos. Tomó aliento profundamente, entonces puso rectas sus piernas mientras lanzaba su torso hacia atrás.

Gritó mientras el hombro golpeaba de vuelta a su cavidad con un *pop* audible. El rayo de dolor repentino era atroz; llevó hasta la última parte de las fuerzas que le quedaban para evitar perder el conocimiento. Como estaba, simplemente se recostó sobre su espalda, pálido y tiritando por la estrategia. Fue recompensado un par de segundos después con calambres y punzadas de sensación rápidamente restauradas en los dedos de su mano izquierda.

Con un par de minutos y otra inyección más tarde, fue capaz de utilizar ambos brazos para lanzarse arriba a través de la escotilla de salida y trepar por el lateral de los restos del *Valcyn* para erguirse, maltrecho pero no derrotado, sobre la superficie de Dxun.

No estaba sorprendido de encontrar a Qordis esperándole allí.

—Estás atrapado, Bane, —se mofó el espíritu—. Tu nave está destruida más allá de cualquier esperanza de reparación. No encontrarás otro navío aquí, no hay criaturas civilizadas o inteligentes en Dxun. Y no puedes esperar a un equipo de rescate. Nadie sabía que venías aquí. Ni siquiera tu aprendiz.

Bane no se molestó en responder, pero en su lugar hizo una última comprobación a su equipo. Había agarrado un pack de suministros básicos de la nave y se los había atado a su espalda. Contenían raciones de comida, bastones de luz, un puñado de estimulantes de curación, y una cuchilla simple de caza que se deslizó en su bota. El pack y sus contenidos, además del sable láser que colgaba en su cinturón, eran las únicas cosas que merecía la pena salvar de los restos.

—Las junglas de Dxun están llenas de depredadores mortíferos, —continuó el espíritu—. Te acecharán día y noche, y en el momento en que bajes la guardia darán el golpe. E incluso si sobrevives a los terrores de la jungla, ¿cómo vas a salir de este mundo?

—No hay escapatoria, —provocó el Qordis fantasmal—. Morirás aquí, Bane.

—Es *Darth* Bane, —dijo el hombre grande con una sonrisa sombría—. Y aún no estoy muerto. Al contrario que tú.

La respuesta pareció satisfaces a cualquier parte de su subconsciente que estuviera conjurando la imagen, porque Qordis abruptamente desapareció.

Sin la distracción, Bane fue libre para examinar su entorno más de cerca. La densa cubierta de bosques bloqueaba la mayoría de la luz; incluso aunque fuera medio día, se encontraba a sí mismo bañado en el crepúsculo. Aún así, no necesitaba sus ojos para ver con claridad.

Extendiéndose con la Fuerza, tomó una mayor envergadura de sus alrededores. Estaba en el mismo corazón del bosque; los árboles iban por cientos de kilómetros en cada dirección. Y mientras sondeaba el follaje de los alrededores en busca de señales de vida, se dio cuenta de que la aparición había tenido razón en una cosa: los bosques de Dxun rebosaban de bestias mortales y voraces. Bane se preguntaba cuánto pasaría antes de que uno de los residentes de la jungla se decidiera a averiguar dónde encajaba él en la cadena alimenticia.

Aún así no tenía miedo. Incluso antes de que la tumba de Nadd hubiera sido ocultada allí, los Sith antiguos se habían sentido atraídos por Dxun. Los Jedi la habían condenado como un lugar del mal, pero Bane la reconoció por lo que realmente era: un mundo imbuido con el poder del lado oscuro. Él se sentía fuerte allí, rejuvenecido… aunque era lo suficientemente listo como para entender que las criaturas que merodeaban en la espesura se sentirían atraídas por el mismo poder.

Y entonces sus exploraciones mentales llegaron a lo que estaba buscando. A muchos kilómetros de distancia percibió una concentración de poder. Había localizado la fuente de la energía del lado oscuro que empañaba el bosque a su alrededor, radiando poder como una baliza emitiendo una señal.

Tenía que ser la tumba de Nadd, y ahora que estaba aquí, Darth Bane sentía que el lugar le llamaba. Dejando atrás los restos del *Valcyn*, se abrió paso hacia la fuente. Marchaba en una línea recta perfecta, tomando la ruta más directa posible a su destino, utilizando su sable láser para cortar y labrar un camino a través de la densa vegetación que bloqueaba su paso.

Manteniendo un rincón de su mente centrado en seguir la ruta hacia la tumba de Nadd, Bane centró el resto de su consciencia en un estado de hipervigilancia. Como en la mayoría de los ecosistemas de bosque, las criaturas que habían evolucionado en Dxun eran maestras de su ambiente. Más de un par habrían desarrollado probablemente la habilidad para camuflarse, combinándose no sólo con las ramas y los árboles sino con el zumbido permanente del lado oscuro que flotaba en el bosque también.

Incluso con ese cuidado, Bane fue cogido casi desprevenido cuando el ataque llegó. Una enorme criatura felina cayó desde arriba, silenciosa salvo por el leve siseo de su pata delantera cortando el aire donde la garganta de su presa había estado un mero segundo antes.

Bane había percibido a la bestia en el último instante posible, su alerta en la Fuerza le daba una advertencia precognitiva que le permitió agacharse libre de las garras letales. Incluso así, el enorme cuerpo de la bestia golpeó a Bane, mandándole hacia atrás.

El Lord Oscuro de los Sith habría muerto justo ahí si la criatura no hubiera estado momentáneamente aturdida por el fallo inesperado de su emboscada. La confusión de la bestia le dio a Bane el segundo que necesitaba para librarse rodando de su enemigo y caer en una postura de lucha.

Con la bestia ya no oculta por los bosques de Dxun, Bane dio el primer vistazo bueno de la cosa que casi le había matado. Le estudiaba con luminosos ojos verdes que definitivamente eran felinos, aunque su piel era una capa gris metálico marcada con diminutas placas de bronce que brillaban mientras los músculos se movían bajo la piel. Medía un metro y medio a la altura del hombro, pesando con facilidad trescientos kilogramos. Tenía cuatro piernas gruesas, musculadas, que terminaban en garras retráctiles afiladas como cuchillas.

Pero el rasgo que llamó inmediatamente la atención de Bane fueron las colas gemelas serpenteadas, cada una terminada en un aguijón mortal que goteaba un veneno verde brillante.

Bane retrocedió lentamente hasta que su espalda llegó contra el tronco nudoso de un árbol alto. La monstruosidad sin nombre avanzó, entonces con un gruñido bajo que hizo que la piel de Bane se erizara, saltó contra él de nuevo, con las colas gemelas restallando salvajemente. Bane se lanzó hacia el lado, queriendo calibrar las tácticas de su oponente antes de que se enfrentara en un combate directo. Vio las garras delanteras golpear y volar a través del aire repentinamente vacío, y observó mientras las colas gemelas se arqueaban sobre la espalda de la bestia para apuñalar al espacio en el que había estado unos minutos antes. Los aguijones golpearon al árbol contra el que Bane había retrocedido con la suficiente fuerza como para partir el tronco, inyectando su veneno corrosivo en la madera y dejando dos círculos negros humeantes.

La criatura aterrizó a cuatro patas simultáneamente y giró para enfrentarse a Bane de nuevo antes de que tuviera una oportunidad de golpear a su flanco desprotegido. Una vez más empezó un avance lento. Pero esta vez cuando saltó, Bane estaba preparado.

La bestia actuaba por instinto; era un bruto sin mente que confiaba en la fuerza y la velocidad para derrotar a sus enemigos. Sus métodos de ataque habían evolucionado tras innumerables generaciones hasta que eran su segunda naturaleza, y era inevitable que utilizara la misma secuencia exacta de movimientos para hacer caer a Bane una segunda vez.

Llegó por lo alto, llegando con sus garras justo como había esperado. La reacción natural de la mayoría de presas sería retirarse de aquellas garras saltando hacia atrás, sólo para ser empalado por las colas mortales con aguijón que golpeaban hacia delante. Bane, sin embargo, se agachó bajo las garras y entonces aceleró para encontrarse con el ataque de la criatura, su sable láser sostenido alto sobre su cabeza.

La hoja cortó a través del abdomen de la bestia, perforando carne y nervio y hueso. Bane giró la espada mientras corría por la longitud de la criatura, redirigiéndola en un golpe ligeramente diagonal que con seguridad cortaría varios órganos vitales. El movimiento era simple, rápido, y mortal.

El impulso del felino le llevó sobre la cabeza de Bane y cayó al suelo junto a él, su cuerpo partido y abierto desde el pecho hasta sus colas aún retorciéndose. El cuerpo se estremeció una vez, las colas se quedaron inmóviles, y una película lechosa se esparció para nublar sus ojos luminosos.

El corazón de Bane palpitaba por el entusiasmo del combate. Caminó lejos del cuerpo de su enemigo derrotado, con la adrenalina aún bombeando a través de sus venas. Con una risa triunfante, lanzó atrás su cabeza y gritó.

—¿Es eso todo lo que tienes, Qordis? ¿Es eso lo mejor que puedes hacer?

Él miró alrededor, medio esperando ver la imagen fantasmagórica de su antiguo Maestro materializarse. Pero no fue Qordis el que apareció ante él esta vez.

—Tú de nuevo, —dijo Bane a la imagen espectral de Lord Kaan—. ¿Qué es lo que quieres?

Kaan, como siempre, no habló. En su lugar, la figura se giró y se alejó caminando hacia las profundidades del bosque, su forma incorpórea pasando sin esfuerzo a través de las ramas y la vegetación. Le llevó un segundo a Bane darse cuenta de que se dirigía en dirección a la tumba de Nadd.

—Que así sea, —murmuró él, utilizando su sable láser para cortar un camino en su persecución.

Su guía ilusoria permaneció con él el resto del camino, siempre justo lo suficientemente lejos por delante para que Bane tuviera que luchar por mantener el ritmo. Le llevó casi cuatro horas esforzarse a través de la jungla para alcanzar su destino: un pequeño claro en el bosque en el que no crecía la vegetación. Una pirámide irregular de metal liso y gris se alzaba hasta una altura de veinte metros desde el corazón del claro.

Bane se detuvo en el borde. La tierra de delante no era más que polvo y barro; ningún organismo viviente podía nutrirse en la sombra de la cripta de Nadd. Incluso las plantas y árboles que bordeaban el claro estaban atrofiadas y deformes, corrompidas por el poder del lado oscuro que se aferraba a los restos del gran Maestro Sith en muerte. La propia tumba era de una forma desconcertante; las paredes de la pirámide estaban en unos ángulos raros y discordantes, como si la piedra de la cripta hubiera sido enredada y retorcida por los siglos.

Había una única entrada a la estructura, una puerta que una vez había estado sellada pero que parecía como si hubiera sido aplastada para abrirla muchos siglos antes por alguien que buscara los secretos del último lugar de descanso de Nadd. La figura fantasmal de Kaan se erguía en la entrada, señalando a Bane antes de desaparecer dentro.

Bane fue hacia delante lentamente, con los sentidos en sintonía por las muchas trampas que todavía debían quedar a la espera. Su mente regresó atrás a las tumbas antiguas del Valle de los Sith en Korriban. Justo antes de dejar la Academia, se había aventurado en aquellas oscuras y peligrosas criptas en busca de guía. Había leído registros de espíritus Sith que se aparecían para compartir los secretos del lado oscuro con poderosos aprendices que los buscaban. Pero todo lo que Bane había encontrado en Korriban eran polvo y huesos.

Deslizó su mochila fuera de sus hombros para que no le cargara. De dentro cogió media docena de bastones de luz y los puso en su cinturón, entonces dejó el pack en el suelo cerca de la entrada de la cripta.

El techo dentro de la pirámide era bajo, y Bane tuvo que agacharse mientras iba dentro. Utilizando un bastón de luz para la iluminación, se encontró a sí mismo dentro de una pequeña antecámara, con pasadizos que llevaban en tres direcciones diferentes. Escogiendo una a la izquierda, empezó sus exploraciones. Habitación por habitación buscó en la pirámide, sin encontrar nada de valor. Varias de las cámaras mostraban evidencias de que otro había estado ya allí, y Bane recordó los relatos de Exar Kun, un Jedi Oscuro de un tiempo hace mucho olvidado que también se rumoreaba que había

localizado el último lugar de descanso de Nadd. De acuerdo con las leyendas, Kun había salido con poder más allá de su más salvaje imaginación. Aún así, mientras Bane continuaba sus exploraciones sin frutos, la duda empezaba a trepar por su mente. ¿Era posible que esta cripta —al igual que en las que había buscado en Korriban— no fuera otra cosa salvo una tumba vacía, inútil?

Con la frustración acumulándose continuó su búsqueda, corriendo de camino a través de los pasadizos hasta que alcanzó una cámara aparentemente insignificante, casi enterrada en el mismo corazón del templo. Tanto Kaan como Qordis estaban ahí esperándole.

Estaban a un metro de distancia, cada uno a un lado de una pequeña entrada perforada en la pared trasera. La puerta era sólo de un metro de alto, y estaba bloqueada por una losa de piedra negra firmemente encajada, dándole esperanzas a Bane una vez más. La piedra parecía haber estado sin perturbar por quien fuera que hubiera estado allí antes que él. Era posible que nadie hubiera encontrado esta habitación, oculta al final del retorcido laberinto de pasadizos. O quizás alguien la había encontrado pero había sido incapaz de mover la losa de piedra. Era incluso posible que la pequeña entrada hubiera estado oculta una vez por las artes perdidas de la brujería Sith, y el hechizo que la ocultaba se hubiera desvanecido gradualmente durante los siglos, haciéndola visible sólo ahora.

Mirando rápidamente a las manifestaciones gemelas a cada lado de la pequeña entrada, Bane se agachó para examinar la losa. Su superficie era lisa, y se extendía sólo un par de centímetros fuera del pasadizo, haciendo imposible tener un agarre firme. Por supuesto, había sólo otra forma para moverla.

Invocando su fuerza, Bane se extendió con la Fuerza y trató de tirar de la piedra hacia él. Apenas se movió. La piedra era pesada, pero era más que su propia masa la que la mantenía en su sitio. Había algo luchando contra su poder, resistiéndose a él. Bane tomó aliento profundamente e inclinó su cabeza de lado a lado, sonoramente haciendo crujir su cuello mientras se preparaba para otro intento.

Esta vez fue más profundo, tirando del pozo de poder que residía en su núcleo. Alcanzó su pasado, sacando a la luz recuerdos enterrados en lo profundo de su subconsciente: recuerdos de su padre, Hurst; recuerdos de las palizas; recuerdos del odio que albergaba por el hombre que le había criado. Mientras lo hacía, sentía su poder alzándose.

Empezó, como siempre lo hacía, con una única chispa de calor. La chispa rápidamente se convirtió en una llama, y la llama en un infierno. El cuerpo de Bane temblaba por el esfuerzo mientras luchaba por contener el poder, dejando que la energía del lado oscuro se convirtiera en una masa crítica. Se forzó a sí mismo a resistir el calor insoportable tanto como pudiera, entonces lanzó su puño hacia delante, canalizando todo en su interior hacia la piedra que le bloqueaba de su destino.

La losa pesada voló por la habitación y golpeó la pared opuesta con un golpe seco y fuerte. Una grieta larga vertical apareció en la pared, aunque el propio bloque de piedra oscura permaneció intacto. Bane cayó de rodillas, jadeando por el esfuerzo. Miró arriba

para ver a los observadores fantasmales todavía manteniendo su vigilia junto a la entrada. Con un agitar de su cabeza, gateó hacia la entrada ahora abierta y miró dentro.

La habitación del otro lado estaba oscura, así que Bane sacó uno de los bastones de luz de su cinturón y lo lanzó a través de la apertura. Aterrizó en el suelo, iluminando la habitación. Por lo que podía ver, era una cámara circular, de techo alto de unos cinco metros de diámetro. Un pedestal de piedra se erguía en el mismo centro. En su parte superior había una pequeña pirámide de cristal que Bane reconoció al instante como un Holocrón Sith.

Los antiguos Maestros del lado oscuro habían utilizado Holocrones para almacenar toda su sabiduría, conocimiento, y secretos. Un Holocrón podía contener rituales antiguos de poder devastador, o las claves para desbloquear la magia de los antiguos hechiceros Sith, o incluso avatares que simulaban la personalidad del creador original del Holocrón. La información de su interior era tan valiosa que por muchos siglos los Holocrones habían sido la única herramienta más valiosa para pasar el legado de los grandes Lords Sith a las generaciones futuras.

Desafortunadamente, el arte de hacer Holocrones Sith se había perdido varios milenios en el pasado. Y con los años, los Jedi habían peinado la galaxia para encontrar todos los Holocrones Sith conocidos, entonces los habían ocultado lejos en su biblioteca en Coruscant para que nadie pudiera ahondar en su conocimiento prohibido. Encontrar realmente un Holocrón como este, uno que pudiera contener las enseñanzas del propio Freedon Nadd, era una buena fortuna más allá de cualquier cosa que Bane pudiera haber imaginado nunca.

Agachándose, apretó sus hombros enormes a través de la estrecha entrada. Poco sorprendentemente, Kaan y Qordis ya estaban esperándole dentro. Bane miró hacia ellos, entonces arriba al techo de cinco metros de altura. Por la luz del bastón de luz podía entrever movimiento, como si una alfombra de criaturas vivientes estuviera reptando por la superficie sobre su cabeza.

Se quedó inmóvil, sus oídos captando sonidos húmedos de sorbos. Mientras sus ojos se acostumbraban a la tenue luz fue capaz de entrever una colonia de extraños crustáceos colgando del techo. Eran casi planos, y de algún modo de forma ovalada, un caparazón circular que se afilaba en un punto a cada extremo. Variaban en tamaño de ligeramente más pequeños que un puño, a tan grandes como un plato llano, y sus colores iban del bronce a un dorado rojizo. El sonido de los sorbos llegaba mientras se arrastraban por el techo, reptando unos sobre los otros y dejando rastros brillantes de moco a su paso.

Mientras las estudiaba, una de las criaturas cayó lejos de las otras y cayó hacia él. Bane se la quitó con desdén con una mano, mandando su caparazón duro rebotando y patinando por el suelo de la caverna.

Un segundo después otro se liberó y cayó. Bane encendió su sable láser y lo cortó. El golpe alejó a la criatura, mandándola dando vueltas hacia la esquina opuesta de la habitación. Bane miró asombrado, el sable láser debería haber cortado limpiamente a la criatura. Pero su arma no había dejado ni una marca en su caparazón duro, brillante.

Dándose cuenta de repente de que estaba en un grave peligro, Bane se lanzó hacia el Holocrón. Mientras su mano se cerraba a su alrededor, la colonia de crustáceos se liberó en masa y cayó en cascada sobre él en un enjambre quitinoso. Con una mano agarrando el Holocrón, barrió hacia ellos con su sable láser y reflejó a los otros con el poder de la Fuerza. Pero había demasiados para mantenerlos a todos a raya; era como si estuviera tratando de protegerse de las gotas de lluvia en una tormenta.

Una le golpeó en el hombro y se le pegó, quemando instantáneamente a través de su armadura y vistiéndole con una secreción ácida antes de pegársele a su piel. Bane sintió miles de diminutos dientes enterrándose en la gruesa carne de su espalda, seguidos por el dolor desgarrador de la secreción ácida derritiendo su carne.

Gritó y golpeó su espalda contra la pared esperando que la criatura se soltara, pero aguantó. Mientras luchaba para desenganchársela, una segunda le golpeó de pleno en el pecho. Gritó de nuevo mientras el ácido ardiendo y los dientes diminutos perforaban la ropa, piel, e incluso sus gruesos músculos pectorales para anclarse directamente en su hueso pectoral.

Bane se tambaleó bajo la masacre de dolor, pero consiguió golpear con la Fuerza. El resto de las criaturas fueron lanzadas lejos de él como hojas barridas por un viento feroz; chocaron y claquetearon mientras golpeaban las paredes de la habitación. El breve respiro le dio a Bane una oportunidad de caer de rodillas y precipitarse a través de la estrecha apertura y volver a la pequeña habitación por la que había entrado originalmente.

Ignorando la agonía de las dos criaturas todavía unidas a él, se extendió con la Fuerza y elevó el bloque de piedra del otro lado de la habitación en el aire. Sus poderes estaban aumentados tanto por el dolor como por la urgencia desesperada, y el bloque se movió fácilmente para él esta vez, volando por la cámara para encajar en la entrada antes de que cualquiera de los extraños crustáceos pudiera escabullirse tras él.

Por un segundo simplemente se quedó ahí jadeando, agarrando el Holocrón y tratando de ignorar el dolor que venía de los dos organismos parásitos que se alimentaban de su cuerpo. Podía escuchar al resto de la colonia al otro lado de la pared, los gorgoteos húmedos de sus bocas arañando y mezclándose con el claqueteo agudo de sus caparazones duros mientras trepaban por las paredes de vuelta a sus gallineros en el techo.

Imaginó haber escuchado otro sonido, también: la risa dura, burlona de Qordis y Kaan haciendo eco en las paredes de la tumba de Freedon Nadd.

8

—El Canciller Valorum les verá ahora, —dijo la asistente twi’lek desde detrás de su escritorio.

Al ver a Farfalla alzarse, Johun hizo lo mismo, tirándose de forma extraña para recolocar las túnicas ceremoniales, con las que estaba poco familiarizado, que su nuevo Maestro había insistido en que llevara para el encuentro. Johun había protestado que su guardarropa no tenía nada que ver con quién era o por qué estaban allí, pero Farfalla simplemente había contestado:

—En Coruscant, la apariencia importa.

Johun nunca había estado en Coruscant antes, o en ningún otro de los Planetas del Núcleo, en ese aspecto. Había nacido y se había criado en Sermeria, un mundo agrícola en la Región en Expansión entre los Bordes Interno y Medio de la galaxia. Su familia había trabajado en una granja a un par de kilómetros fuera de Addolis, un pequeño subalterno en el gran complejo agricultor sermeriano que producía una sobreabundancia de comida y la vencía a mundos más desarrollados que carecían de suficientes tierras arables para sostener a sus propias poblaciones.

Había abandonado Sermeria a la edad de diez años para empezar con su entrenamiento Jedi. En la década desde entonces, había acompañado al General Hoth a docenas de mundos, aunque su antiguo Maestro había preferido quedarse en el Borde Exterior, lejos de los políticos y la cultura urbana de la capital de la República. Los planetas que visitaban tendían a ser mundos rurales menos desarrollados, muy similares al propio Sermeria. Como resultado, Johun nunca había visto nada siquiera similar a la metrópolis planetaria que era la Ciudad Galáctica.

En su aproximación inicial al mundo, Farfalla había tratado de señalarle la localización de las estructuras importantes, como la Gran Rotonda del Senado y el Templo Jedi. Pero para el ojo provincial de Johun, todo se doblaba en un océano firme de permacreto, duracero, y luces brillantes de colores.

Al aterrizar, habían desembarcado y abordado en un speeder aéreo que les había llevado hacia su encuentro con el Canciller Valorum. Johun simplemente se había sentado y había mirado embobado el espectáculo mientras corrían por la carretera aérea, con su speeder entrando y saliendo entre rascacielos tan altos, que el suelo ni siquiera era visible entre ellos. Ocasionalmente se hundirían abajo o se balancearían hacia atrás mientras su viaje les llevaba bajo y sobre caminos de peatones, carteles flotantes, e incluso otros vehículos.

Al final del viaje, los sentidos ya deslumbrados de Johun habían estado completamente abrumados por el constante flujo de tráfico y los números alucinantes de gente que escogía vivir y trabajar en Coruscant. Toda la impresión que obtuvo de la experiencia, era un borrón enfermizo de emoción puesto contra una cacofonía diáfana de sonido… demasiado para un simple chico de granja para asimilarlo.

Farfalla, por otra parte, estaba en su elemento. Johun se había dado cuenta de que su nuevo mentor se había avivado en cuanto tocaron tierra, como si se estuviera alimentando de la energía de la gran metrópolis. El paso frenético y las multitudes enloquecedoras parecían revitalizar a Valenthyne, la ciudad eliminando el cansancio de una larga campaña militar en un deprimente pequeño mundo fronterizo. Farfalla incluso parecía diferente aquí; a juego contra el trasfondo vibrante, cosmopolita de la capital galáctica, las ropas que habían parecido tan banales y estridentes en Ruusan ahora parecían estar a la altura de la moda y el estilo.

Incluso en el centro de las salas de poder, Farfalla parecía completamente cómodo. Dio una reverencia grácil de saludo a la asistente del Canciller, sonsacando una sonrisa picarona de la joven mujer, entonces se movió con un paso confiado aunque lleno de propósito a través de la entrada hacia dentro del santuario interior de Valorum. Johun dio una reverencia, rígida y forzada, entonces se apresuró tras él.

La oficina del Canciller estaba menos ornamentada y era más funcional de lo que Johun había esperado. Las paredes, alfombra, y decoración eran todos de un marrón profundo, oscuro, dando a la habitación un aire de significancia. Había una gran ventana en una pared, aunque muy para el alivio del joven Jedi las cortinas se habían corrido para este encuentro. En el centro de la habitación había media docena de sillas de aspecto cómodo colocadas alrededor de una mesa de conferencias circular, varios monitores se alineaban en las pareces, parpadeando con actualizaciones de varios programas de noticias de la HoloRed.

Tarsus Valorum estaba sentado tras un gran escritorio que miraba hacia la entrada, y se alzó para saludarles. Él era un hombre alto de cincuenta y pocos años, aunque parecía diez años más joven. Tenía el pelo oscuro; ojos brillantes, perforadores; una nariz recta, ligeramente puntiaguda; y un mentón casi perfectamente cuadrado, una cara que muchos habían llamado «honesta y determinada». Eran estos rasgos, junto con su registro ejemplar de servicio público, lo que había llevado a Valorum a ser elegido el primer Canciller no Jedi en cerca de cuatro siglos.

Johun había escuchado rumores de que Farfalla había sido realmente el que estaba en primer lugar para la posición pero la había declinado, de modo que pudiera unirse al Ejército de la Luz en Ruusan. El joven hombre se preguntaba si su Maestro aprobaba al hombre que había sido escogido para reemplazarle.

—Maestro Valenthyne, —dijo Valorum, agarrando la mano de Farfalla en un gesto eficiente, bien practicado de bienvenida—. Gracias por venir avisando con tan poca antelación.

—No me dejó muchas opciones, Su Excelencia —señaló Valenthyne.

—Me disculpo por eso —respondió el Canciller, incluso mientras se giraba y extendía su mano a Johun—. Y este debe ser su aprendiz, —dijo él, tomando nota de la larga trenza que marcaba al joven como uno que no había completado su entrenamiento Jedi inicial.

—Soy el Padawan Johun Othone, Su Excelencia.

El agarre de Valorum era firme pero no demasiado fuerte, el perfecto apretón de manos político. Sacudió el brazo de Johun dos veces, entonces liberó su mano y señaló a las sillas alrededor de la mesa de conferencias.

—Por favor, nobles Jedi. Pónganse cómodos.

Farfalla tomó el asiento del final en el lado cercano de la mesa. Johun se sentó en la silla directamente enfrente de él, dejando al Canciller el asiento solitario que encabezaba la mesa, entre los dos Jedi. Una vez que todo el mundo estuvo en posición, fue Farfalla el que inició la discusión, girándose ligeramente para encarar mejor a Valorum.

—El mensaje que me mandó fue muy inesperado, Su Excelencia. Y el momento era de algún modo inconveniente. Todavía estamos tratando con las secuelas de la bomba mental en Ruusan.

—Entiendo su posición, Maestro Valenthyne. Pero también debe apreciar la mía. Las noticias de la derrota de la Hermandad han alcanzado la HoloRed. Hasta donde sabe el público, la guerra ha terminado. Y el Senado está ansioso por dejar esta molestia atrás.

—Como lo están los Jedi, —respondió Farfalla—. Pero esta moción que planea poner en marcha, la llamada Reforma de Ruusan, parecen más bien medidas extremas.

—Es por eso por lo que le traje aquí para discutir las recomendaciones antes de que las votemos, —respondió Valorum—. Quería que entendiera por qué debe hacerse esto.

Johun no había visto los detalles del mensaje que Farfalla había recibido, ni su Maestro le había hablado de ello durante su viaje a Coruscant. Como resultado, estaba teniendo dificultades en perforar su lenguaje ambiguo político. Afortunadamente, Farfalla decidió cortar las formalidades diplomáticas y referirse al asunto directamente en su siguiente respuesta.

—¿Se da cuenta de las ramificaciones de lo que está pidiendo, Tarsus? Su propuesta llama a los Jedi a renunciar a sus rangos militares y desbandar por completo todas nuestras fuerzas militares, navales, y de cazas estelares. ¡Nos está pidiendo destruir el Ejército de la Luz!

—El Ejército de la Luz fue creado como una reacción a la Hermandad de la Oscuridad —contraatacó Valorum—. Sin la Hermandad, ya no sirve ningún propósito.

Johun no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Su propósito es proteger a la República! —estalló él, incapaz de contenerse.

—¿Protegerla de quién? —le desafió el Canciller, girando su cabeza para dirigirse a él—. Los Sith se han ido.

—Los Sith nunca se van de verdad, —dijo sombríamente Johun.

—Y ahí reside el problema, —respondió Valorum—. Durante los últimos cuatro siglos hemos visto a los Jedi declarar la guerra a los agentes del lado oscuro una y otra vez. Es una lucha que nunca acaba. Y con cada conflicto, más civiles son enredados en su red de guerra. Seres inocentes mueren mientras los ejércitos se alían con ustedes o sus enemigos. Los mundos leales a la República se independizan, fracturando a una galaxia una vez unida. Es hora de detener este ciclo de locura.

Farfalla alzó su mano, cortando a Johun antes de que el joven pudiera decir nada más. Esperó a que Valorum apartara su atención del Padawan, entonces preguntó:

—Tarsus, ¿de verdad cree que los cambios que ha propuesto harán eso?

—Lo creo, Maestro Valenthyne. —Había una convicción innegable en su voz—. Hay mucha gente buena que teme a los Jedi y de lo que son capaces. Ven a los Jedi como instigadores de la guerra. Ustedes claman que sus acciones están guiadas por la Fuerza, pero a aquellos que no pueden sentir su presencia les parece como si su orden no respondiera a nadie ni a nada.

—Y por lo tanto quiere que los Jedi respondan ante usted. —Suspiró Farfalla—. El Canciller y el Senado.

—Quiero que respondan ante los oficiales elegidos que representan a los ciudadanos de la República, —declaró Valorum. Entonces añadió—: Esto no es un intento por agarrar el poder para mí mismo. El Consejo Jedi todavía vigilará a su orden. Pero lo harán bajo la supervisión del Departamento Judicial del Senado. Es la única manera en que podemos sanar las cicatrices que han dejado sus guerras contra los Sith.

—La República se está tambaleando, —continuó él—. Durante los últimos mil años lentamente ha estado decayendo y pudriéndose. Un renacimiento es la única forma de revertir este proceso.

—Muchas de las medidas propuestas en la Reforma de Ruusan son simbólicas, pero hay poder en ese simbolismo. Este será el comienzo de una nueva era para la República. Entraremos en una nueva edad de prosperidad y paz.

—Dejen que los Jedi muestren su compromiso a esta paz. Dejen a un lado los entresijos de la guerra y asuman su lugar por derecho como consejeros y orientadores. En lugar de esta batalla interminable para contener al lado oscuro, deberían ayudar a guiarnos hacia la luz.

Valorum terminó su charla y miró expectante a Farfalla. Johun contuvo el aliento, esperando a la explosión de su Maestro de indignación correcta. Quería observar mientras Valenthyne refutaba de manera experta y elocuente los argumentos del Canciller. No podía esperar a atestiguar la defensa apasionada de todo por lo que se alzaban y en lo que creían los Jedi que justificara todo lo que el General Hoth había hecho.

—Hablaré con el Consejo Jedi y veré que nuestra orden cumpla con sus demandas, Su Excelencia —dijo Farfalla, su voz pesada.

—Y daré la orden para empezar la disolución del Ejército de la Luz tan pronto el Senado acepte su propuesta.

Johun se quedó con la boca abierta, pero estaba demasiado aturdido como para decir nada.

—Su cooperación es enormemente apreciada, Maestro Valenthyne, —respondió Valorum, alzándose en pie—. Ahora si me disculpa, debo llamar al Senado a una sesión.

Al principio parecía como si fuera a escoltarles fuera de la habitación. Pero cuando él miró a Johun, obviamente percibió que el joven no estaba del todo preparado para dejar el asunto. El Canciller vaciló, dándole una oportunidad para hablar.

Johun, sin embargo, permaneció tercamente en silencio, Valorum intercambió una breve mirada con Farfalla, entonces asintió en deferencia al Maestro Jedi.

—Por favor siéntanse libres para irse cuando estén listos, dijo el Canciller, antes de darle a cada uno una cordial reverencia y dejándoles solos en la habitación.

—¿Cómo has podido? —exigió enfadado en el momento en que se fue Valorum, inclinándose sobre la mesa hacia Farfalla.

El hombre mayor suspiró y se inclinó hacia atrás, sus manos juntas y sus dedos formando una aguja justo bajo su mentón.

—Sé que esto es difícil de entender, Johun. Pero el Canciller tenía razón. Todo lo que dijo era cierto.

—¡El General Hoth nunca habría estado de acuerdo con esto! —le escupió Johun.

—No, —admitió Farfalla—. Nunca podría entender el valor del compromiso. Esa fue su mayor defecto.

—¿Y cuál es el tuyo? —Gritó Johun, golpeando su puño en la mesa y saltando arriba tan rápidamente que dio la vuelta a la silla—. ¿Traicionar el recuerdo de tus amigos?

—Vigila tu rabia, —dijo suavemente Farfalla.

Johun se quedó helado, entonces sintió su cara roja de vergüenza y bochorno. Dio varias respiraciones profundas, liberadoras; un ritual Jedi para calmar y centrar la mente. Una vez que tenía sus emociones bajo control se giró y enderezó su silla, entonces tomó su asiento de nuevo.

—Lo siento, Maestro Valenthyne, —dijo él, luchando por mantener su voz regular—. Pero esto se siente como si le estuviéramos deshonrando.

—Tu Maestro era un hombre de una gran fuerza y una convicción firme, —le aseguró Farfalla, todavía sentado con sus manos en aguja bajo su mentón—. Ningún otro podría habernos liderado a través de nuestra hora de crisis. Pero la galaxia no existe en un estado de crisis perpetua.

—Los Jedi son sirvientes jurados de la República —continuó él—. Lucharemos por defenderla en tiempos de guerra, pero cuando la guerra se acaba debemos estar dispuestos a hacer a un lado nuestras armas y convertirnos en embajadores de paz.

El joven agitó su cabeza.

—Aún así esto no se siente bien.

—Desde el primer día de tu entrenamiento, no has conocido nada salvo la guerra, —le recordó Farfalla—. Puede ser difícil para ti recordar que la violencia sólo debería utilizarse cuando todos los otros métodos han fracasado.

—Pero siempre debes recordarte a ti mismo que un Jedi valora la sabiduría y la iluminación sobre todo lo demás. Las grandes verdades que buscamos a menudo son difíciles de encontrar, y a veces es más fácil buscar un enemigo con el que luchar… especialmente cuando ansiamos vengar a aquellos que han caído. Este es uno de los caminos que pueden hacer caer incluso a la gente buena en el lado oscuro.

—Lo siento, Maestro, —susurró Johun. Las palabras parecían atrancarse en su garganta, incluso aunque su disculpa era sincera.

—Todavía eres un Padawan. No se espera que poseas la sabiduría de un Maestro, —le consoló Farfalla—. Es por eso por lo que te he traído aquí: para que puedas aprender.

—Haré lo que pueda —juró Johun.

—Eso es todo lo que podría pedir, —respondió su Maestro.

* * *

Gracias al Holocrón que había descubierto en la tumba de Nadd, Bane ahora sabía que los extraños crustáceos que se le habían enganchado se llamaban orbaliskos. También había descubierto, a través de su propia prueba y error, que no podían quitarse.

En los momentos tras escapar de la cámara de los orbaliskos, había tratado de hacer palanca con el de su pecho para soltarlo con el cuchillo de caza de su bota, sin resultados. Fracasando en eso, había tratado de extraerlo perforando la carne de alrededor. Había llevado el cuchillo por su pecho en una línea larga, recta, sintiendo la agonía de la hoja cortando lo suficientemente profundo para cortar a través de la piel y el músculo. Y entonces había observado en asombro cómo la herida se sanaba casi al instante, la criatura haciendo de algún modo que su tejido se regenerara.

Bane había probado la Fuerza después, sondeando en la profundidad para entender mejor qué le estaba pasando. Podía percibir a las criaturas alimentándose de su poder, atiborrándose de las energías del lado oscuro que fluían a través de cada fibra y célula de su ser. Pero aunque eran parásitos, le estaban también dando algo a cambio. Mientras se alimentaban, bombeaban un flujo constante de químicos en su cuerpo. Los fluidos alienígenas ardían como ácido mientras se absorbían en su sistema circulatorio; se sentía como si cada gota de sangre estuviera hirviendo… pero los beneficios eran demasiado poderosos como para ignorarse. Además de sus habilidades sanadoras milagrosas, se sentía más fuerte que nunca. Sus sentidos se habían agudizado, sus reflejos eran más rápidos. Y en su pecho y espalda donde las criaturas se habían anclado, sus caparazones virtualmente impenetrables le servirían como placas de armadura capaces de aguantar incluso un golpe directo de un sable láser.

La relación, se dio cuenta finalmente, era simbiótica, mientras pudiera resistir el constante dolor desgarrador de los fluidos alien que se absorbían y metabolizaban en su flujo sanguíneo. Un pequeño precio a pagar.

Bane había decidido antes volver su atención al Holocrón. Sentado de piernas cruzadas en el suelo duro de la antecámara dentro de la cripta de Nadd, se extendió tentativamente con el lado oscuro y frotó su mano contra la pequeña pirámide de cristal. Respondiendo a su caricia, empezó a brillar.

Durante los siguientes cuatro días y noches se perdió a sí mismo en los secretos del artefacto antiguo. Como sospechaba, había sido creado por Freedon Nadd. Bane ahondó en los secretos del Holocrón con la ayuda del guardián: una proyección holográmica en miniatura del Maestro Sith hace tiempo muerto responsable de su creación. El guardián

guió y dirigió sus estudios, sirviendo de mentor virtual para aquellos que buscaban los secretos perdidos de Nadd dentro de la siniestra pirámide.

Aunque Nadd había sido humano, su avatar era la imagen de un hombre que había sucumbido a la corrupción física que a veces afectaba a aquellos que ahondaban demasiado profundo en el poder del lado oscuro. Su piel era pálida, la carne atrofiada y hundida, y sus ojos eran orbes brillantes amarillos carentes de iris o pupila. Pese a esto, todavía parecía un guerrero formidable: de hombros anchos, vestido en una armadura de batalla pesada y el casco que le servía de corona cuando se había proclamado a sí mismo rey del mundo cercano de Onderon.

A través del guardián, Bane aprendió de los experimentos del Maestro Oscuro con los orbaliskos, y sus únicos esfuerzos con un éxito parcial para controlar su poder. Había descubierto no sólo cómo se llamaban, sino también todos los detalles de su ecología. Parte de la información meramente confirmaba lo que ya sabía: una vez unidos a un hospedador los orbaliskos no podían ser retirados. Pero también aprendió que, además de mejorar las habilidades físicas del hospedador, era posible tocar la habilidad de los parásitos para alimentarse del lado oscuro y aumentar, en gran medida, el propio comando de uno mismo de la Fuerza.

Sin embargo, la investigación de Nadd también advertía de varios efectos secundarios peligrosos de la infestación que iban más allá del constante dolor físico.

Si alguno de los organismos moría de algún modo, liberaría unos niveles rápidamente en aumento de toxinas, matando a su hospedador en cuestión de días. Los orbaliskos también crecerían con el tiempo, lentamente esparciéndose hasta que cubrieran todo su cuerpo de la cabeza a los pies. Afortunadamente, junto con esta perturbadora revelación, Bane descubrió planos para un casco especial y una protección facial diseñada para evitar que los parásitos crecieran sobre sus ojos, nariz, y boca mientras dormía.

Pero la investigación de los orbaliskos era sólo el principio. Freedon Nadd había sido un Jedi que se volvió al lado oscuro como aprendiz de Naga Sadow, el antiguo gobernador del antiguo Imperio Sith. El poder de Sadow había sido tan grande, que le había permitido sobrevivir durante seis siglos, alimentado por las energías del lado oscuro. Como su aprendiz, Nadd había absorbido toda su sabiduría y enseñanzas, transfiriéndolas al Holocrón antes de asesinar a Sadow y tomar su lugar.

Poco sorprendentemente, la mayoría de la información dentro del Holocrón estaba oculta, sellada en las profundidades de su estructura cristalina donde sólo podía accederse a través de tiempo, meditación, y estudio cuidadoso. Llevaría varios meses, incluso años quizás, antes de que Bane pudiera clamar sus mayores secretos. Y ahora mismo había preocupaciones más inmediatas con las que necesitaba tratar.

Almacenando el Holocrón a salvo, se aventuró hacia delante desde la cripta para encontrar una forma de escapar de Dxun. Los espectros de Kaan y Qordis le estaban esperando fuera.

—Estás atrapado aquí —dijo Qordis, cayendo de inmediato en su letanía de fracaso y desesperación—. ¿De qué vale el Holocrón si nunca podrás abandonar esta luna?

Bane se extendió hacia su interior para llamar al lado oscuro, drenándolo no sólo de sí mismo sino también de los orbaliskos anclados a su pecho y espalda. Sintiendo un increíble arrebato de poder más allá de cualquiera que nadie hubiera conocido antes, lo liberó en una explosión de energía. Las alucinaciones que habían plagado su mente herida desde la detonación de la bomba mental se desvanecieron, instantánea y totalmente aniquiladas por su poder recién encontrado. Era más fuerte ahora de lo que nunca lo había sido, y sabía que las visiones de los Sith muertos no le embrujarían más.

Liberado de sus atormentadores, todavía tenía que encontrar una forma de salir de Dxun. Cuando miró arriba al cielo, pudo ver Onderon alzándose grande sobre él, el planeta tan cerca de su luna que sus atmósferas se habían intercambiado ocasionalmente en los siglos pasados. Por una breve ventana de tiempo, esto había permitido a las grandes bestias voladoras de Dxun migrar al otro mundo, donde algunas habían sido domadas y entrenadas para convertirse en las temibles monturas de los legendarios clanes domadores de bestias de Onderon.

Mirando arriba al mundo que estaba casi lo suficientemente cerca como para tocarlo, Bane podía percibir la llegada inminente de Zannah allí. Pronto tocaría tierra en el peligroso y a menudo mortal planeta, y si su Maestro no estaba ahí con ella, era poco probable que pudiera sobrevivir.

Mientras continuaba mirando arriba se dio cuenta de una enorme criatura alada que daba vueltas en lo alto, cazando para comer. Al mismo tiempo, el cazador se percató de él. Doblando sus amplias alas coriáceas fuertemente contra su cuerpo, cayó hundiéndose directo hacia Bane.

Se enfrentó a la criatura con una precisión fría, analítica, mientras caía en picado hacia él. Por el Holocrón sabía que se llamaba un drexl, uno de los depredadores reptilianos que dominaban los cielos de Dxun. Su apariencia se asemejaba a la de un lagarto alado: con una piel violeta y escamada; una cola larga y gruesa; y un cuerpo fuertemente musculado y piernas. Una cabeza cuadrada, de tamaño descomunal se asentaba sobre un cuello extendido, fibroso. Tenía unos diminutos ojos de ave; un morro plano, hacia adentro; y una mandíbula amplia llena de dientes amarillos afilados. Bane estimaba que este espécimen en particular sería de diez metros de longitud de morro a cola con una envergadura de casi veinte metros, un macho bien crecido, fácilmente lo suficientemente grande como para suplir sus necesidades.

Un instante antes de que la bestia barriera para atraparle con sus garras afiladas como cuchillas, se extendió con la Fuerza y tocó la mente del drexl, intentando dominar la voluntad del bruto con la suya propia. Había hecho esto antes, a un rancor en el mundo moribundo de Lehon. Pero la mente del drexl era más fuerte de lo que había anticipado, y la bestia luchó contra sus esfuerzos mientras soltaba un chirrido que helaba la sangre y le golpeaba.

Uno de los pies del drexl se lanzó hacia delante para empalarle con sus enormes garras, sólo para ser reflejados por el caparazón impenetrable del orbalisko en su pecho. En lugar de ser ensartado y llevado lejos, Bane fue mandado volando hacia atrás por el

impulso de inmersión de la criatura. Golpeó el suelo y rodó varias veces antes de saltar de nuevo a sus pies, sin herir gracias a sus recién descubiertas proezas físicas. Vio al drexl volar atrás hacia el cielo, preparándose para un segundo intento de sumergirse y agarrar a su presa. Bane se extendió para tocar su mente otra vez, haciendo caer su voluntad con la fuerza aplastante del martillo hidráulico que había utilizado para minar los túneles de Apatros.

El cuerpo del drexl se estremeció bajo el impacto de su asalto mental, y gritó un lamento perforador de protesta que dividió el cielo y reverberó sobre las copas de los árboles. Esta vez, sin embargo, Bane tuvo éxito en sus esfuerzos por subyugar los pensamientos de la bestia a los suyos propios.

Dio la vuelta dos veces más antes de llegar para aterrizar junto a él. A una orden silenciosa de su nuevo Maestro, se agachó y permitió a Bane trepar sobre su espalda. Un instante más tarde desplegó sus alas y tomó el aire, subiendo más y más alto.

Bane presionó su montura, urgiéndola hacia los alcances superiores de la atmósfera respirable. Sobre ellos, el mundo cercano de Onderon crecía en tamaño hasta que completamente llenaba el horizonte. Sólo un par de kilómetros separaban Dxun de su vecino, una lámina insignificante de distancia en la escala de mundos y sistemas solares. Ya podía sentir el leve tirón gravitacional de Onderon tratando de atraerles, la masa del planeta más grande luchando por dominar con la de su satélite ligeramente más pequeño. Dirigido por la voluntad implacable de Bane, el drexl agitó sus alas con furia, ganando velocidad y elevación con cada golpe.

Bane empezó a invocar a la Fuerza, dejándola crecer hasta el último instante posible. Entonces, reuniendo al lado oscuro a su alrededor y alrededor de su montura como una capa protectora, espoleó al drexl hacia delante, y un segundo más tarde se liberaron de la atmósfera de Dxun y se lanzaron al vacío helado de espacio que le separaba de Onderon y de la libertad.

9

El sonido de la actualización de la navegación automática del *Despertar de las Estrellas* despertó a Zannah de un sueño ligero sin descanso. Ella se había curvado de forma extraña en la silla del piloto, y ahora su cuello estaba rígido por dormir en una posición incómoda. Había multitud de sitios para tumbarse y estirarse apropiadamente en el contenedor de carga en la parte trasera, pero Zannah no podía dormir allí. No con todos los cuerpos.

Había quitado a Wend y a Irtanna de la cabina de mandos en los primeros pocos minutos tras sus muertes. Había sido una lucha sacar a Wend de su silla, pero sus niveles de adrenalina todavía estaban altos por la confrontación con Irtanna, y ella había conseguido arrastrarle por el pasillo hasta el contenedor de carga donde su padre y su hermano descansaban.

Relocalizar a Irtanna había sido más difícil. Ella tenía un físico de soldado, esbelto y musculado, y fácilmente pesaba dos veces lo que Zannah. Al principio la chica no había sido capaz de mover el cuerpo. Pero para cuando se dio cuenta de que tendría que llamar a la Fuerza para ayudarla, el nerviosismo del momento se había ido. Después había encontrado mucho más difícil invocar al lado oscuro; cada vez que trataba de atraer su rabia interior, su consciencia luchaba contra ella. En lugar del familiar calor de poder, había sentido sólo culpa y dudas. Las imágenes de Bordon y sus hijos tumbados lado a lado en el suelo de la habitación de carga habían nublado sus pensamientos, haciéndole difícil concentrarse.

Zannah había tratado de bloquear las imágenes y permitir al lado oscuro fluir a través de ella, pero había tenido éxito sólo parcialmente. Al final había confiado más en la determinación y en el sudor que en el poder de la Fuerza. Gruñendo y luchando, había conseguido finalmente arrastrar a Irtanna medio metro antes de tener que parar y recuperar el aliento. Había repetido el proceso una y otra vez, lentamente tirando del cuerpo bajo el pasillo de la nave hasta que Irtanna descansó junto a los otros.

Había habido poca sangre; aparte del primer tiro brillante a las tripas de Bordon, todas las heridas habían sido cauterizadas por los rayos bláster. Aún así, la ausencia de sangre no había hecho nada para hacer que la apariencia de los cuerpos fuera menos inquietante. Sus ojos sin vida miraban arriba, a la nada, haciendo que Zannah se doblara hacia delante para cerrarles los párpados, su mano temblando mientras frotaba contra la piel fría y húmeda. Aún no satisfecha, había buscado alrededor hasta que encontró varias sábanas grandes para envolver los cuerpos. Incluso bajo las sábanas, los perfiles de sus víctimas todavía eran de alguna forma reconocibles, pero no había nada más que pudiera hacer con eso. Ella había vuelto únicamente al contenedor de carga otra vez desde entonces, arrastrando tantos kits de raciones como podía cargar y llevándolos arriba a la parte frontal, tratando de no mirar a los cuerpos envueltos a sus pies.

En los siguientes siete días había estado tanto rezando como temiendo un fin a su viaje, cuando se reuniera con su Maestro y empezara su entrenamiento en los caminos de

los Sith. Ella nunca abandonaba la cabina de mandos excepto para utilizar el servicio de la nave. Cuando trataba de dormir, nunca podía lograr más que un adormilamiento irregular plagado de pesadillas en las que revivía su juerga de matanza una y otra vez.

Cada vez que se levantaba abriría un kit de raciones y cogía la comida, su cuerpo lentamente rellenándose de lo que había perdido durante sus semanas en Ruusan. Pero las raciones estaban pensadas para un adulto grande, y ella no podría acabárselas. Cuando ella hubo acabado, lanzaba la porción sin comer junto con el contenedor por el pasillo hacia el compartimento de carga. Tras un par de días los olores de una docena de comidas a medio terminar empezaban a mezclarse con un aroma dulce enfermizo que colgaba como una fina cortina en el aire. Zannah realmente agradecía la esencia empalagosa de la comida pudriéndose; cubría el hedor acumulado de los cuerpos en descomposición en la parte trasera.

Para luchar contra el aburrimiento, trataba de imaginar cómo sería su futuro como aprendiz de Bane. Ella se centraría en todo lo que él le había prometido: la habilidad de llamar y comandar la Fuerza a su voluntad; los secretos misteriosos del lado oscuro; el poder de alcanzar su potencial completo y completar su destino. Su mente, sin embargo, seguía volviendo a la tripulación muerta del *Despertar de las Estrellas*. Y cada vez que ocurría, se preguntaba lo que su Maestro pensaría de tal debilidad.

El navegador automático sonó de nuevo. Zannah miró a las lecturas: la nave entraría en la atmósfera en cinco minutos. Se le estaba pidiendo que seleccionara las coordenadas de aterrizaje.

Zannah se irguió en la silla del piloto, frunciendo el ceño mientras estudiaba en despliegue en pantalla. Había esperado que los sistemas automáticos que habían llevado al navío de Ruusan a Onderon también estuvieran programados para aterrizar. Desafortunadamente, parecía que esa tarea ahora recaía sobre ella… y ella no tenía ni idea de cómo llevar abajo la nave de forma segura.

Presionó un botón en la pantalla etiquetado como ZONAS DE ATERRIZAJE. Una larga lista de localizaciones poco familiares y coordenadas empezaron a correr por el despliegue. No tenía ninguna pista de lo que significaba ninguno de los números, y no tenía ni idea de cómo seleccionar una de todos modos.

Mientras miraba a las lecturas y estaban entrando en la atmósfera, Zannah sintió el golpe familiar de la turbulencia. Cogida entre la frustración y el pánico, extendió el brazo y empezó a escoger botones aleatoriamente. Ella paró sólo cuando el navegador automático bipeó dos veces: Destino aceptado.

Liberando un suspiro de alivio, ella colapsó de espaldas en su asiento y se alzó para tocar tierra. Trató de mirar por la consola para tener una vista a través de la ventana de la cabina de mandos de adónde se dirigía, pero era demasiado baja para ver con claridad. Todo lo que podía averiguar eran kilómetros de espesura densa y verde extendiéndose en cada dirección. Evidentemente había seleccionado una zona de aterrizaje en una parte menos civilizada del mundo.

Una pregunta aleccionadora cruzaba su mente. *¿Sabe el piloto automático cómo aterrizar en mitad de un bosque? ¿O me aplastará en pedazos contra las copas de los árboles?*

Como si leyera sus pensamientos, el navegador automático sonó enfadado. Zannah leyó la actualización: «Condiciones subóptimas detectadas en la zona de aterrizaje seleccionada. Buscando lugar alternativo disponible más cercano».

Ella sintió a la nave hundirse ligeramente, virando e inclinándose para echar un vistazo por el bosque en busca de un claro lo suficientemente grande como para aterrizar.

«Zona de aterrizaje alternativa localizada,» le aseguró la pantalla un par de momentos después, y ella sintió el morro hundirse mientras el navío empezaba su descenso final.

Escuchó un ruido fuerte y el golpe pesado de las ramas golpeando el exterior del casco mientras el *Despertar de las Estrellas* pasaba a través de una fina capa de ramas en ruta a su destino elegido en la superficie. Un segundo más tarde, la nave se lanzó con fuerza a un lado, esquivando el tronco de un árbol demasiado grueso para aplastarlo. Luego llegó una serie de golpes desgarradores pesados mientras la nave patinaba y saltaba por el suelo antes de finalmente detenerse.

Agitada pero sin herir, Zannah desató su arnés de seguridad y abrió la escotilla de salida. Mientras descendía por la rampa de carga del navío, se dio cuenta de que estaba en un extremo de un gran claro que había sido grabado en el bosque para crear un círculo de casi doscientos metros de diámetro. Muy para su sorpresa, alguien estaba en medio del claro haciéndole señas.

—Quien sea que está pilotando esa nave tuya debe ser el peor piloto de la galaxia —dijo el hombre, mirándola arriba y abajo mientras se aproximaba a él y se detenía a un par de metros de distancia.

Él parecía estar en los veintitantos, aunque era difícil decirlo debido a su apariencia flacucha y de algún modo desaliñada. Su pelo largo de color cobrizo estaba lleno de marañas y nudos, y su barba roja estaba parcheada e irregular en su cara sombría. Llevaba unos pantalones anchos y una camiseta desgastada que podía haber sido blanca bajo el barro y otras manchas inidentificables. Por encima de la camiseta llevaba un chaleco corto de cuero que estaba raído en los bordes, y un par de botas fuertemente rasgadas. Desprendía un hedor rancio.

—¿Qué problema tienes, chiquilla? —preguntó él—. ¿No hablas básico? Dije que quien fuera que estaba pilotando tu nave es el peor piloto que he visto nunca.

—Nadie la está pilotando, —respondió con cuidado Zannah, mirando atrás a la nave que ahora estaba a unos buenos treinta metros tras ella—. Estaba puesta en automático.

—Eso lo explica, —dijo él con un asentimiento—. El automático sólo es bueno en una pista de permacreto. No es para el poodoo de bantha de ahí fuera.

El hombre dio un paso hacia ella, y Zannah instintivamente dio un paso atrás. Había algo muy mal en encontrar a este hombre esperándola en el corazón de un claro en medio del bosque. Pero ella no estaba preocupada por la extrañeza de la situación. En su lugar,

su mente estaba desesperadamente tratando de pensar en una forma de evitar que descubriera los cuerpos en el compartimento de carga del *Despertar de las Estrellas*.

—¿Por qué estás utilizando el piloto automático ahí fuera, chiquilla? ¿No tienes a un piloto en esa nave contigo?

Zannah agitó su cabeza.

—No. No hay nadie más a bordo. Sólo yo.

—¿Sólo tú? —Dijo él arqueando una ceja—. ¿Estás segura de eso?

—Yo la robé, —dijo ella desafiante. Quizás si pudiera convencerle de que había estado sola en el navío, no iría y encontraría los cuerpos.

El hombre se rió entre dientes.

—¿Robada, dices? —Entonces, en una voz más alta gritó—: ¡Parece que hemos encontrado una ladrona!

Una docena de hombres y mujeres salieron de los densos árboles en los límites del amplio claro donde el *Despertar de las Estrellas* había aterrizado. Eran todos humanos, y la mayoría de ellos parecían ser de la misma edad que el pelirrojo con el que Zannah había hablado en primer lugar. Como él, estaban vestidos en una selección diversa de ropas ajadas, sucias. Varios de los recién llegados habían aparecido desde detrás del pelirrojo, pero más de un par habían emergido de los árboles al otro lado del claro tras Zannah, eficientemente cortándole el camino hacia su nave. Y, al contrario que el hombre que la había saludado en primer lugar, los recién llegados estaban todos armados con vibroespadas o rifles bláster.

—¿Cómo… cómo me habéis encontrado? —exigió ella, mirando de lado a lado mientras empezaba a darse cuenta de que estaba rodeada.

—Los exploradores vieron a tu nave volando por encima de nuestro territorio, —respondió el pelirrojo—. Imaginábamos que si estabas buscando un lugar para tocar tierra, terminarías aquí en nuestra plataforma de aterrizaje.

—¿Plataforma de aterrizaje? —repitió Zannah en sorpresa, momentáneamente distraída de su situación peligrosa—. ¿Hicisteis este lugar para que las naves pudieran aterrizar aquí?

—¿Quién dijo nada de naves? —respondió el hombre con una sonrisa taimada. Puso dos dedos en sus labios y dio un silbido agudo tan fuerte y estridente que hizo doblarse a Zannah.

El aire encima estaba lleno con el sonido de un gran viento rugiente, y una sombra oscura punteaba el sol. Zannah miró arriba sorprendida mientras cuatro reptiles alados enormes se balanceaban hacia abajo desde el cielo para aterrizar en el otro extremo del claro. Las criaturas estaban preparadas con bridas y riendas, y cada una llevaba una gran silla que parecía lo suficientemente grande para llevar a tres personas a la vez.

—Sois jinetes de bestias —jadeó ella, recordando la advertencia de Tallo cuando había mencionado por primera vez Onderon.

—El clan Skelda —dijo el hombre—. Y como ya te he dicho, estás en nuestro territorio.

—Lo… lo siento, —dijo Zannah—. No lo sabía.

El hombre se encogió de hombros.

—No importa si lo sabías o no. Querías utilizar una plataforma de aterrizaje del clan Skelda, tienes que pagarnos por el privilegio.

Desde una esquina de su ojo Zannah se dio cuenta de que sus compañeros lentamente se acercaban más a su alrededor.

—No tengo ningún dinero, —dijo ella, dando medio paso hacia atrás.

—Está bien, —respondió el hombre con indiferencia—. Sólo nos quedaremos con tu nave.

Zannah giró sobre sus caderas y trató de correr hacia el bosque mientras el hombre se precipitaba hacia ella. Había esperado que ella le esquivara y fue rápido. Estuvo sobre ella tras sólo un par de pasos, derribándola desde detrás. La golpeó hacia el suelo, su peso aplastándola contra el suelo duro. Y en el siguiente instante estaba volando hacia atrás a través del aire.

Él golpeó el suelo con un gruñido fuerte, el viento salió de él mientras aterrizaba sobre su lateral a cinco metros de distancia. Zannah luchó por volver a ponerse en pie. Los otros miembros de su clan se habían precipitado hacia delante cuando ella empezó a correr; ahora todos dieron un paso atrás, armas alzadas bien sobre sus cabezas. Estaban mirándola con expresiones de ojos abiertos como platos de miedo e incredulidad.

Ella se giró hacia el líder cuando lo escuchó reírse. Él se levantó del suelo y le guiñó el ojo.

—Parece que tenemos a una pequeña Jedi en entrenamiento, —dijo él, lo suficientemente fuerte para que sus compañeros le escucharan—. ¿Qué te ha traído a Onderon, pequeña Jedi? ¿Decidiste salir corriendo de tu Maestro?

—No soy una Jedi —dijo Zannah en un susurro frío.

—Es cierto, —estuvo de acuerdo él—. No sabes cómo controlar tu poder, ¿no? Sólo sale cuando estás loca o asustada. ¿No es cierto?

Zannah apretó su mandíbula y estrechó sus ojos, pero no dijo nada.

—Escucha, pequeña Jedi, —dijo él, sacando una pequeña hoja de su bota y empezando a caminar lentamente hacia ella—. Hay doce de nosotros y sólo una de los tuyos. ¿De verdad crees que puedes abatirnos a todos?

—Puede, —dijo Zannah, alzando su mentón.

—¿Qué hay de ellos? —preguntó él, inclinando su cabeza en dirección a las bestias voladoras mientras continuaba su avance cauteloso—. Una orden de cualquiera de nosotros y los drexls desgarrarán tu preciosa cabecita rubia fuera de tu cuerpo. ¿De verdad crees que tus poderes serán suficientes para detenerlos?

—No, —admitió Zannah. En la parte trasera de su mente sintió algo retorcerse, casi como si alguien la estuviera llamando.

—Es hora de que abandones, chiquilla, —le dijo el pelirrojo con una sonrisa cruel. Estaba sólo a un par de pasos de ella ahora, su espada alzada ante él—. Estás sola.

Zannah le devolvió la sonrisa.

—No, no lo estoy.

Mientras las palabras abandonaban sus labios, una sombra oscura caía sobre dos de ellos. El hombre sólo tuvo el tiempo suficiente para mirar arriba antes de ser levantado del suelo por las garras balanceándose de un drexl mucho más grande de cualquiera de los cuatro que había hecho bajar él antes. Dejó salir un grito que agitó el suelo bajo los pies de Zannah mientras se arqueaba hacia atrás, hasta el cielo. Sobre el cuello de la gran bestia se sentaba la figura familiar de Darth Bane.

El drexl trepó hasta una altura de treinta metros, entonces liberó su agarre mortal sobre el hombre pelirrojo. Su cuerpo muerto cayó al suelo de abajo, aterrizando con un golpe seco y el crujir fuerte de los huesos.

La vista del cuerpo destrozado de su líder cayendo al suelo espoleó al resto del clan en acción. Con llantos y gritos y silbidos estridentes, corrieron a sus monturas para llevar la batalla al aire, todos los pensamientos de la chica pequeña en el suelo olvidados.

El primer drexl en el suelo tenía sólo dos jinetes. La mujer al frente manejaba las riendas, centrando toda su atención y energía en la difícil tarea de conducir y controlar la montura. El hombre sentado tras ella servía como sus ojos y su estratega, gritando órdenes que ella seguía sin cuestionar: cuándo saltar, cuándo hundirse, cuándo virar, y cuándo golpear. El asiento vacío tras ellos sin duda sería el que habría tenido el pelirrojo si no hubiera sido asesinado.

Los restantes drexl llevaban cada uno un complemento completo de tres jinetes: uno para llevar las riendas, uno para dar las órdenes, y uno armado con un gran rifle bláster. Los rayos tendrían poco efecto contra la piel gruesa de un drexl, pero un disparo bien colocado haría caer a un jinete enemigo desde un largo alcance. Sin embargo, la ventaja ofensiva del tercer jinete estaba compensada por el peso extra que hacía a la montura más lenta y menos maniobrable.

Con sólo dos pasajeros, el primer drexl era capaz de separarse rápidamente de los otros. Trepaba hacia el cielo azul claro donde Bane y su nueva mascota daban vueltas desafiantes, lanzando un desafío que no podía ser ignorado.

Mientras este primer oponente se acercaba, el volador del Lord Oscuro gritaba su grito de guerra y viraba para interceptarlo. Desde tierra Zannah observó mientras los dos reptavianos chocaban, las bestias pareciendo lanzarse la una a la otra en medio del aire. Agarrándose juntas, cayeron hacia el planeta en una confrontación corta pero salvaje. Los dos grandes cuerpos giraron y se retorcieron el uno contra el otro, abofeteados por las alas y cortados por las garras que brillaban en el sol. Las colas azotaban, intentando cegar al volador enemigo o desmontar a un jinete. Las mandíbulas mordían y golpeaban mientras las cabezas descomunales de los drexls bailaban y se balanceaban sobre los cuellos serpenteados.

Los jinetes de bestias contaban con su habilidad y experiencia en el combate aéreo para llevarles a la victoria contra un solo jinete superado por la lucha por controlar a un volador por sí mismo. Ellos no se dieron cuenta de que la Fuerza le daba a Bane comando total y completo de la criatura. Sin esta ventaja, su derrota nunca estuvo en duda. La

montura de Bane era mayor y más fuerte, llevaba el peso de un único jinete, y no tenía riendas, bridas, o sillas que cargara sus movimientos.

A menos de veinte metros sobre la tierra, el drexl de Bane giró, se hundió, y desgarró la garganta de su enemigo. Diez metros sobre el suelo le separaron de su enemigo, arrastrado por la caída libre mortal, y lanzándose victorioso hacia arriba. El otro drexl, mortalmente herido, chocó contra el suelo, un aterrizaje que mató a la montura y a ambos jinetes al instante.

Toda la secuencia había llevado menos de diez segundos, aunque había permitido a los otros equipos voladores del clan Skelda llegar más alto sobre su presa, dándoles una ventaja táctica. Con poderosos aleteos de sus fuertes alas, la montura de Bane se alzó para encontrarse con ellos. Respondieron con una barrera de fuego de bláster dirigida al misterioso jinete solitario, sólo para ver al Maestro Sith encender su sable láser y reflejar los rayos que llegaban.

Uno de los voladores enemigos se balanceó hacia él, una finta hecha para atraer la atención de Bane de los otros dos. La bestia se hundió junto a él, un par de metros demasiado distante como para enfrentarse realmente en combate, entonces se inclinó agudamente mientras el jinete tiraba fuerte de las riendas. Mientras volaban, Bane se extendió con la Fuerza y desgarró el arnés que aseguraba la silla en la espalda del drexl. Hubo un trío de sorprendidos y luego aterrorizados gritos mientras la silla se liberaba y los jinetes caían a cientos de metros hacia el suelo abajo. La montura, ignorante a su aprieto, continuó dando vueltas hacia arriba preparándose para hundirse de nuevo.

Bane no se tomó tiempo para deleitarse en el miedo de sus enemigos caídos. Antes de que siquiera golpearan el suelo había girado su atención al tercer oponente, desatando una tormenta de rayos Sith que redujo a los jinetes a cenizas y al drexl en un montón de carne chamuscada y humeante que caía del cielo.

Con un único pensamiento Bane dirigió la atención de su montura al único equipo volador restante… un error táctico por su parte. Porque aunque sus jinetes habían sido masacrados, el segundo drexl todavía estaba vivo. Actuando en instinto primario, había virado atrás para atacar al macho poco familiar que invadía su territorio.

El drexl sin jinete golpeó al volador de Bane en el instante exacto que él se enfrentaba al último equipo. Las tres bestias se entrelazaron las unas con las otras, convirtiéndose en una única masa, gritando de carne, garras, y dientes girando hacia el suelo de abajo. Un espray de sangre caliente, espumosa salpicó la cara de Bane mientras las criaturas se desgarraban la una a la otra. Por un breve instante miró a uno de los otros jinetes a través de las alas aleteando y las extremidades de sus monturas, sus rasgos helados mientras se daban cuenta de que estaban dirigiéndose a un fin espantoso e inescapable.

Bane liberó su agarre en la mente del drexl y concentró su consciencia en el terror de los otros tres jinetes. Bebió en su miedo, usándolo para alimentar sus propias emociones. Había concentrado su poder y lo había canalizado a través de los orbaliskos, dejándoles saciarse del lado oscuro. En respuesta, bombearon una dosis fresca de adrenalina y

hormonas en su sangre, permitiéndole generar aún más poder en un ciclo que repitió una y otra vez hasta el momento antes del impacto.

Zannah vio a las últimas tres criaturas voladoras anclarse las unas a las otras. Mientras caían del cielo, en espiral bajando más y más rápido, ella les observó, esperando a que una se liberara y cabalgara de nuevo hacia los cielos. Ninguna lo hizo nunca.

Ella gritó en horror mientras todas golpeaban el suelo juntas. El sonido del golpe fue como una explosión; la onda de choque golpeó a Zannah de sus pies y lanzó una gran nube de polvo y escombros al aire. La nube rodó rápidamente sobre el suelo para envolverla.

La presunta aprendiz Sith luchó por levantarse, tosiendo y ahogándose mientras pequeños trozos de tierra y piedra llovían sobre ella. A través de la neblina ella miró maravillada al cráter de veinte metros de amplitud y dos metros de profundidad que había quedado atrás. En el centro había una montaña cubierta de sangre de carne pulverizada: los cuerpos individuales de las monturas y los jinetes compactas en una única masa de pulpa, estremeciéndose. Y caminando hacia ella, desde la matanza, estaba la forma bañada en sangre de su Maestro.

Él estaba cojeando y agachado, con un brazo agarrado a su lado. Aún así, a través del polvo ocultándolo, Zannah le reconoció de inmediato. Ella sólo pudo mirar en completa incredulidad mientras se acercaba más, con su paso volviéndose más seguro y regular con cada paso. A cada paso se erguía más alto y más firme, y cuando dejó caer su brazo de su lado, su corazón empezó a latir nervioso.

¡Darth Bane estaba vivo! ¡Y el poder que le había permitido sobrevivir a esta artimaña increíble —el poder del lado oscuro— sería un día suyo para comandarlo! Sobrepuesta con emoción, caminó hacia delante para abrazar a su Maestro… sólo para retroceder cuando vio al crecimiento alien que sobresalía de su pecho.

—Se llaman orbaliskos, —dijo Bane, ofreciendo una explicación más que un saludo—. Criaturas que se alimentan del poder del lado oscuro. Sin ellas no podría haber sobrevivido a lo que acabas de ver. —Él jadeó levemente mientras hablaba, aunque si era de dolor o del esfuerzo reciente de utilizar la Fuerza, o posiblemente de ambos, no podría decirlo.

Se detuvo enfrente de ella, y Zannah extendió el brazo lentamente para tocar el caparazón frío, duro. Ella hizo retroceder su mano con un sobresalto cuando lo sintió retorcerse bajo sus dedos.

—Perciben el poder del lado oscuro en tu interior —dijo Bane, hablando como un padre orgulloso.

—¿Cómo te las quitas? —preguntó Zannah, su pregunta una medida igual de curiosidad y repulsión.

—No lo hago, —respondió Bane—. Esta armadura es permanente.

—¿Tendré que llevarlos, también? —preguntó ella suavemente.

Bane lo consideró antes de responder.

—Los orbaliskos me dan un gran poder, pero hay un precio. Las exigencias físicas pueden ser… costosas. Sería demasiado para que tú lo soportaras siendo una niña. Quizás demasiado para que lo soportaras nunca.

Aliviada, Zannah sólo asintió. Su Maestro parecía estar recuperado casi por completo ahora, aunque su cara y armadura aún estaban manchadas de sangre.

Ella se dio cuenta de él mirando desde ella hasta el *Despertar de las Estrellas* al otro extremo del claro.

—Robé una nave, —le dijo ella—. Yo… yo tuve que matar a la tripulación.

—Hiciste lo que era necesario para lograr tu meta, —dijo Bane—. Mostraste el poder y la fuerza de voluntad para destruir a aquellos que se entrometan en tu camino. Viste lo que querías y lo tomaste, sin importar el precio.

—Actuaste como un Sith.

La joven chica sintió un arrebato de orgullo alzarse en su interior.

—¿Qué pasa ahora, Maestro?

—Ahora tu entrenamiento real comenzará, —dijo Bane, marchando hacia el *Despertar de las Estrellas*.

Ella rápidamente fue a caminar tras él. Las dudas y miedos que había experimentado durante su tiempo sola en la nave se habían ido, barridos por las palabras de su Maestro y el despliegue de poder crudo que había atestiguado. Ya no tenía miedo o se sentía insegura acerca de su futuro; finalmente aceptó quién y lo que era realmente. Ella era la aprendiz elegida de Darth Bane. Ella era la heredera del legado del lado oscuro. Y ella era el futuro de los Lords Oscuros de los Sith.

* * *

—¿Me mandó a buscar, Maestro Valenthyne? —dijo Johun mientras entraba en el cuarto privado de Farfalla.

Pasaron tres días después de que el Senado aceptara las Reformas de Ruusan, y todavía estaban en Coruscant. Johun estaba ansioso por dejar atrás al mundo ciudad, pero tras su arrebato vergonzoso en las cámaras del Canciller Valorum, estaba determinado a demostrar que podía controlar sus emociones y que confiaba en la sabiduría de su Maestro. Hasta donde Farfalla sintiera que se les necesitara, serviría sin ninguna queja.

—Siéntate, Johun —dijo suavemente el Maestro Jedi, señalando a una silla cercana. Por su tono estaba claro que tenía malas noticias que dar.

Johun hizo lo que se le dijo, temiendo lo que iba a venir.

—Hemos localizado al *Despertar de las Estrellas*.

Por un breve instante el corazón de Johun dio un vuelco. Un tiempo después de que dejara a Irtanna y a su tripulación, la nave se había perdido. Equipos de búsqueda se habían mandado pero habían vuelto sin nada. Ahora, casi dos semanas después de que desapareciera, ¡la habían encontrado!

Entonces la euforia de Johun se desvaneció cuando se dio cuenta de que su Maestro había dicho específicamente que la nave había sido localizada; no había hecho mención de aquellos a bordo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Johun, casi con demasiado miedo para dejar que salieran las palabras.

—Creemos que han sido mercenarios, —explicó Farfalla—. La nave fue descubierta flotando en el sector Japrael, abandonada. Todo lo de valor se lo habían llevado. Todos a bordo estaban muertos, disparados con un bláster a corto alcance.

—¿Todos? ¿Irtanna? ¿Bordon? ¿Incluso sus hijos?

Farfalla sólo pudo responder con un solemne asentimiento.

No existe la emoción, pensó Johun, recitando el Código Jedi mientras luchaba por controlar la explosión repentina de rabia que le arrasaba por sus muertes sin sentido. *Sólo existe la paz.*

—Sé que esto es difícil de aceptar para ti, —dijo Farfalla, tomando asiento enfrente de Johun para poder mirarle de frente—. Pero no hay nada que podamos hacer por ellos ahora. Y pase lo que pase, no debes cargarlo sobre ti para tratar de vengar sus muertes.

—Lo entiendo, Maestro, —dijo Johun, tragándose las lágrimas—. Aún así, no puedo evitar lamentar su pérdida.

—Ni deberías hacerlo, mi joven Padawan, —dijo Farfalla, dándole un golpecito reafirmante en la rodilla antes de alzarse para ponerse en pie—. Simplemente es natural que sientas lástima por lo que ha ocurrido. Simplemente lamentarse no conlleva peligro.

Farfalla se alejó caminando hasta el otro extremo de la habitación y estudió una pintura en la pared, dándole al joven cierta privacidad y permitiéndole tiempo para que se recompusiera. Cuando Johun se levantó un par de minutos después, su Maestro se giró para encararle de nuevo.

—Estas noticias pesan en mi corazón, Maestro Valenthyne, —ofreció el joven—. Pero entiendo que no es mi lugar buscar a sus asesinos. Y le estoy agradecido de que me trajera aquí para decírmelo.

—Este no es el único motivo por el que te hice llamar, —admitió Farfalla—. Tengo una misión para ti.

—Dígame, Maestro. Estoy preparado para servir. —Johun pensó que no se habían dicho nunca palabras más ciertas. Estaba desesperado por algo, cualquier cosa, que alejara su mente de los pensamientos de Irtanna y su tripulación.

—El Senado ha aprobado la Reforma de Ruusan. Ya sabes lo que esto significa para nuestra orden, pero hay muchos otros aspectos en esta legislación. Como el Canciller Valorum ha dicho, la República debe renacer.

Johun asintió para mostrar que entendía.

—Habrá mucha gente en la galaxia que se oponga a esta nueva legislación. —Continuó Farfalla—. Algunos ven los esfuerzos de reunir a la República como un intento de restablecer el control del Senado sobre mundos que han declarado su independencia… o mundos que estaban a punto de hacerlo.

—Teme por la vida del Canciller, —supuso Johun.

—Precisamente. Y yo también siento que es importante para los Jedi que mostremos nuestro apoyo al Canciller y a las Reformas de Ruusan. Debemos tener un rol principal en protegerle de aquellos que le harían daño.

Johun luchó por mantener sus emociones bajo control. Farfalla había dicho que tenía una misión especial para él. Quizás iba a mandarle a los Territorios del Borde Exterior para infiltrarse en un movimiento separatista radical, ¡o le iba a desplegar en la primera línea de una batalla contra alguna facción rebelde peligrosa!

—Te he escogido para que sirvas como el representante Jedi entre la guardia personal del Canciller Valorum —continuó Farfalla, y Johun sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

La última cosa que quería era quedarse en Coruscant, y ahora había sido condenado a permanecer aquí hasta el final del mandato del Canciller. Mas cuatro años más si el Canciller ganaba su apuesta por un segundo mandato.

—Pareces molesto, Johun.

—No molesto, Maestro, —respondió cuidadosamente el joven—. Decepcionado. Esto no era lo que estaba esperando.

—Nuestra orden ha jurado servir. A menudo debemos sacrificar aquello que valoramos por el bien de otros. Eso es lo que significa ser un Jedi.

Johun no sintió ningún deseo por discutir el punto. Como normalmente, su Maestro tenía razón. Si este era su deber, si este era el rol que le pedían servir, entonces no sólo lo aceptaría sino que lo abrazaría.

—Maestro Valenthyne, humildemente acepto este gran honor que me ha dado. Serviré al Canciller Valorum con todo mi corazón y espíritu, con las mejores de mis habilidades.

—Me da un gran placer escuchar que aceptas tu destino tan predispuesto, Johun, —respondió Farfalla con una sonrisa traviesa—. Pero hay aún un pequeño asunto más.

—Tendré que dejar Coruscant en los próximos días para atender a otros asuntos. Como puedes imaginar, este es un tiempo difícil para nuestra orden.

—Por supuesto, Maestro.

—Pero debes entender que no puedo dejar a un Padawan aquí en Coruscant sin supervisión.

Era cierto. Todos los Padawans tenían que estar bajo el cuidado y la observación constantes de un Maestro Jedi hasta que completaran su entrenamiento.

—Me temo que no lo entiendo. Si se marcha, ¿entonces a qué nuevo Maestro serviré?

—Creo que tu periodo de servicio ha acabado, mi joven Jedi.

Por un momento Johun simplemente se quedó ahí, incapaz de envolver su mente alrededor de lo que le habían dicho. Sólo cuando se dio cuenta de que había utilizado el honorífico *Jedi* en lugar de *Padawan* se volvió claro.

—¿Quiere decir… que me harán caballero?

—Eso es precisamente lo que quiero decir, —confirmó Farfalla—. Me he reunido con el Consejo y están de acuerdo en que estás preparado.

Involuntariamente la mano de Johun fue a frotar la empuñadura de su sable láser. Lo había construido en Ruusan tras la insistencia de Hoth sólo semanas antes de la muerte de su primer Maestro. Se dio cuenta de que el general debía haber estado preparándole para este momento incluso entonces. Sin embargo, construir un sable láser sólo era un paso en el camino al Caballerazgo Jedi.

—¿Qué hay de las pruebas? —preguntó Johun, tratando de contenerse a sí mismo—. Todavía tengo que pasar las últimas pruebas del Consejo.

—He hablado con ellos sobre esto también, y ellos están de acuerdo en que ya has demostrado lo que vales muchas veces durante tu servicio en Ruusan. Asignarte a la guardia de Valorum fue tu última prueba. Al aceptar la posición como lo hiciste, demostraste más allá de toda duda que estás dispuesto a sacrificar tus propios anhelos y deseos por el bien mayor.

—Yo… yo no sé qué decir, Maestro —tartamudeó el joven.

—Te lo has ganado, Johun, —le aseguró Farfalla—. El General Hoth estaría orgulloso.

El sable láser del Maestro Jedi apareció en su mano, encendiéndolo con un limpio zumbido, crispado. Johun inclinó su cabeza y lo giró ligeramente hacia un lado. Farfalla movió su muñeca y el sable láser cortó la trenza que colgaba de aprendiz. El joven sintió su peso desaparecer mientras caía al suelo, entonces alzó su cabeza con lágrimas en sus ojos.

Era incapaz de hablar, su mente todavía daba vueltas con todo lo que había ocurrido: su ascenso al rango de Caballero Jedi; su puesto en la guardia de Valorum; las noticias trágicas de Irtanna y su tripulación.

—Por siempre mirarás atrás a este día como uno de gran júbilo, pero también como uno de una gran pena, —le dijo Farfalla, ofreciéndole una última pieza de consejo—. Te ayudará recordar que, en vida, los dos están a menudo enlazados de cerca.

—Lo recordaré, Maestro, —juró Johun, dándose cuenta de que por primera vez estaba ofreciendo su palabra no como Padawan, sino como un verdadero Caballero Jedi.

* * *

Darovit se movió con un paso lento pero tranquilo a través del suelo agrietado del campo bañado por el sol. Su mano izquierda amarrada a un bastón mientras el muñón donde había estado la derecha estaba envuelta en una densas vendas. Un segurata flotante igualaba su paso a cada lado; sus cuerpos redondos sobresalían como un par de globos peludos verdes atados a sus hombros. Tenían unos ojos amplios, llenos de vida, pero no tenían una nariz o boca visibles. Sus colas largas y planas salían de detrás como lazos ondeándose en la brisa.

Los seguratas habían ido a él por primera vez en la cueva, donde había permanecido durante días en un estado casi catatónico. Agachado y agarrando su miembro mermado, había abandonado toda esperanza. Cuando le encontraron, no quería otra cosa salvo morir.

Las criaturas compasivas, telepáticas habían dado vueltas a su alrededor, hablando directamente a su mente, ofreciendo palabras de consuelo y reconforte. Habían calmado su espíritu perturbado, y aunque no podían sanar sus heridas fueron capaces de aliviar su dolor físico.

Le habían guiado de forma segura fuera de los túneles subterráneos y de vuelta al sol brillante y al aire fresco de la superficie. Le habían llevado a una arboleda donde encontró agua fría para aliviar su sed y bayas dulces para saciar su hambre feroz. Incluso le habían mostrado dónde encontrar una caja abandonada de suministros médicos, de forma que pudiera limpiar apropiadamente y envolver su muñón amputado para prevenir la infección.

Durante varios días, el joven había permanecido oculto en la arboleda de los seguratas, reuniendo sus fuerzas y recuperándose de su terrible herida. Tenía demasiado miedo de que le reconocieran como uno de los Sith buscando a otros de su especie, demasiada vergüenza por sus acciones y su extremidad mutilada para enfrentarse a otros de su misma clase. Pero más poderosa que su miedo o su vergüenza era su ira… ¡Rain le había cortado la mano! ¡Su propia prima le había traicionado y mermado! Los pensamientos de venganza y retribución le consumían; imágenes de cazarla y destruirla llenaban sus sueños sin descanso.

Aún así, mientras su cuerpo empezaba a sanar, su rabia empezaba a desvanecerse. Desesperado por aferrarse a su odio, había repetido el encuentro con Rain una y otra vez en su mente… sólo para que la verdad de repente le iluminara. ¡Rain había estado tratando de salvarle!

Rodeado por los gentiles seguratas y su presencia calmada, Darovit finalmente fue capaz de entender lo que había hecho. El Sith al lado de su prima le habría matado sin pensárselo dos veces. Al tullirle, Rain le había salvado la vida; un acto final de misericordia antes de que cayera bajo la influencia de su nuevo Maestro del lado oscuro.

Y con el entendimiento vino la aceptación, la mano de Darovit ya no estaba. Rain ya no estaba. Sus sueños de unirse a los Jedi —o a los Sith— ya no estaban. Todo lo que le quedaba eran los seguratas.

Darovit estaba agradecido por su amabilidad, pero no podía entender por qué le habían ayudado. Quizás era porque todos los demás se habían ido: Los Sith estaban destruidos, sus esbirros habían huido del mundo o habían sido llevados como prisioneros de guerra. Los Jedi y los soldados de la República que servían en el Ejército de la Luz se habían ido todos. Dos noches antes había visto la pista de naves haciendo el salto al hiperespacio en el cielo estrellado mientras la flota abandonaba la órbita. Incluso aquellos que vivían en Ruusan habían ido de vuelta a sus granjas y aldeas, abandonando el lugar

de la gran batalla entre la oscuridad y la luz. Durante varios días hasta ahora, no había visto ninguna criatura viviente aparte de los seguratas que le habían salvado.

Él entendía que le habían dado una segunda oportunidad en la vida. Podía poner su pasado a un lado y comenzar de nuevo. ¿Pero con qué propósito? ¿Con qué fin? Los seguratas hablaban a menudo del futuro, como si tuvieran alguna habilidad para echar vistazos a lo que iba a venir. Como la mayoría de los oráculos, sin embargo, utilizaban palabras que estaban formuladas en vagos enigmas y generalidades, palabras que no le ofrecían ninguna pista de su propio destino.

Darovit triste, proyectó una de las criaturas en su mente, un hecho más que una pregunta.

—Simplemente no sé qué debería hacer ahora, —respondió en voz alta. Mientras que los seguratas podían proyectar sus pensamientos y percibir empáticamente las emociones en los otros, no eran capaces de leer las mentes. Era necesario hablar realmente para llevar una conversación con ellos.

—¿Qué tipo de futuro hay para mí? —continuó él, dándole voz al problema con el que había estado luchando internamente—. Fracasé como Jedi. Fracasé como Sith. ¿En qué espero convertirme ahora?

¿Hombre?

La respuesta realmente le hizo detenerse.

—¿Un hombre? —repitió.

Ni un Sith, ni un Jedi. Ni un mercenario, ni un soldado. Nada salvo un hombre simple, ordinario. Asintió y dejó su marcha por el campo vacío, abierto, sintiéndose como si un gran peso se le hubiera quitado de encima.

—Sólo un hombre. ¿Por qué no?

10

DIEZ AÑOS DESPUÉS

El mundo del Borde Exterior de Serenno era uno de los planetas más ricos de la República. Era también un terreno de cultivo para el sentimiento anti-República y los movimientos separatistas radicales, a menudo financiados en secreto por las vastas riquezas de las familias nobles de Serenno ansiosas por liberarse del yugo político del Senado Galáctico.

Aún así, pese a las corrientes revolucionarias peligrosas de su cultura, o quizás debido a ellas, el gran mercado exterior de la capital planetaria de Carannia se había vuelto renombrada como el núcleo del mercantilismo interestelar. Compradores de dos docenas de especies diferentes se mezclaban libremente bajo las tiendas y toldos de miles de puestos de vendedor. Desde el amanecer al anochecer, los gritos de los mercantes vendiendo bienes importados desde cada esquina de la galaxia se mezclaban con las pujas a gritos de los clientes regateando. Incluso los influyentes y los privilegiados desafiaban a las masas de la plaza abarrotada, voluntariamente reduciéndose a sí mismos a ser parte de la muchedumbre revuelta empujando y tirando para abrirse paso a través de los puestos en busca de tesoros raros o valiosos que no pudieran encontrarse en ningún otro sitio. Zannah estaba inmóvil en una esquina aislada de la plaza del mercado, tratando de pasar desapercibida. No era fácil para ella mezclarse con una multitud; aunque era de una estatura normal, era una joven impresionantemente atractiva. Era necesario que ella tomara precauciones cuando no deseaba atraer las miradas apreciativas de los hombres, o las miradas envidiosas de otras mujeres. En este lugar en particular se había puesto una capa amplia negra que la cubría de pies a cabeza, ocultando su figura esbelta, atlética. La capucha estaba hacia arriba para ocultar su melena ondulante de pelo largo, rubio ondulado, y las sombras que ejercía sobre sus rasgos ocultaban sus ojos brillantes, feroces.

Ella también se había envuelto en una leve aura de insignificancia, una ilusión del lado oscuro que le permitía ocultarse a plena vista cuando se aventuraba en público. No la escudaría de los ojos de cualquiera que la buscara, pero mientras no atrajera la atención hacia sí misma permanecería desapercibida y olvidada por la vasta mayoría de los tipos comunes de mente débil.

Incluso con estas precauciones, ocasionalmente se percataría de alguien dándole una segunda mirada. Había algo en ella, una agudeza en la forma en la que se movía e incluso la forma en que estaba de pie, que la apartaba de los otros. Aún así, era mucho más fácil para ella permanecer en el anonimato de lo que lo era para su Maestro. Durante la última década, los orbaliskos que se habían unido al torso de Bane se habían esparcido hasta que habían cubierto virtualmente todo su cuerpo. Sólo sus pies, manos, y cara permanecían libres de la infestación, y sólo porque había tomado precauciones extremas. Llevaba guantes especiales y botas en cada momento, y cuando dormía llevaba un casco especial que parecía una jaula, hecha para evitar que los parásitos crecieran sobre su cara.

Las capas y densas capas de ropas no podían ocultar del todo en lo que se había convertido. Cualquiera que captara una mirada de los caparazones brillantes bajo sus ropajes definitivamente lo recordaría. Como resultado, Bane raramente dejaba su campamento en Ambria. Confiaba en su aprendiz para ser sus ojos y oídos hacia el mundo exterior. Contaba con que ella actuara como un agente de su voluntad, para coordinar y supervisar los intricados planes que orquestaba desde detrás de la escena.

Eso era por lo que ella estaba aquí ahora, esperando a un joven twi'lek que ella conocía como Kelad'den. Era improbable que ese fuera su nombre real, sin embargo. Después de todo, él no sabía *su* verdadero nombre… pese al hecho de que eran amantes.

Kel era un revolucionario político, un luchador por la libertad de estilo propio que luchaba contra la tiranía como un miembro de alto rango de un pequeño grupo extremista determinado a hacer caer la República. Había llevado a Zannah varios meses ganarse su confianza, pero él finalmente había sucumbido. La última noche, mientras yacían entremezclados en las rudas sábanas de la pequeña cama en el apartamento alquilado de Zannah, el twi'lek le había prometido encontrarse con ella a medio día en la plaza para llevarla a una de las reuniones clandestinas de su organización.

Por la altura del sol en el cielo del atardecer, era obvio que a Kelad'den se le había hecho tarde. Aún así, Zannah continuó esperando. Había aprendido del valor de la paciencia pronto en sus estudios…

—El secretismo. La astucia. La paciencia. Esas son las armas de los Sith —le dijo su Maestro.

Habían dejado Onderon ocho días antes, abandonando al Despertar de las Estrellas y adquiriendo otro navío de un mercante neimoidiano para llevarles a Ambria. Era aquí en este mundo remoto donde Bane comenzaría su entrenamiento.

—Actúa apresuradamente y le darás la ventaja a tu enemigo —explicó Bane—. A veces el procedimiento apropiado, y más difícil, es no actuar. Incluso el mayor guerrero a menudo fracasa en esperar hasta que el momento sea apropiado antes de golpear. Ese es un error que no podemos permitirnos cometer.

Ella asintió, absorbiendo sus palabras e introduciéndolas en su memoria. Pero las palabras eran sólo parte de su entrenamiento. Su Maestro también le había dado una tarea, una prueba que demostraría que ciertamente había aprendido su lección.

En una de las cuevas cerca de la costa del Lago Natth, a un par de kilómetros de su campamento, vivía una pequeña familia de neeks: pequeños herbívoros, reptilianos nativos de Ambria. Sólo de un metro de altura, se erguían rectos sobre sus piernas traseras, utilizando sus colas para equilibrarse y apoyarse. Sus extremidades delanteras eran cortas y subdesarrolladas, buenas sólo para excavar raíces poco profundas o llevar pequeñas nueces de vuelta a sus nidos. Tenían largos cuellos y diminutas cabezas con pequeñas mandíbulas, sin dientes que parecían picos.

El primer día que ella y Darth Bane habían llegado al mundo, Zannah se había percatado de ellos corriendo y precipitándose sobre las arenas calientes de la playa.

Como primera parte de su entrenamiento, Bane le había encargado llevarle uno de los neeks, vivo y sin trabas.

La misión demostró ser mucho más difícil de lo que ella había imaginado al principio. Un fuente de alimento común para los grandes carnívoros que a menudo merodeaban por las costas del Lago Natth, los neeks eran escurridizos por naturaleza. Huirían a su vista, esparciéndose para desaparecer en las pequeñas grietas y fisuras en las rocas que rodeaban las cuevas donde hacían sus hogares.

Ella no podía simplemente poner una trampa para uno; las instrucciones de Bane requerían que ella le trajera uno que fuera por su propia voluntad. Al principio Zannah había tratado de hacerlos salir de vuelta al campo dejando un rastro de comida, pero las criaturas eran desconfiadas y rechazaban sus ofertas. Luego, trató de dominar la mente de una como había visto hacer a Bane con el drexl. Pero en el Lago Natth un antiguo Jedi había enlazado una vez el poder del lado oscuro de sus enemigos. Ese mismo poder había emanado de las profundidades de las aguas venenosas durante siglos, mutando a los neeks y haciéndolos inmunes a sus torpes esfuerzos por controlarlos con la Fuerza.

Al final se dio cuenta de que tendría de domar uno, entrenarlo hasta que se acostumbrara a su presencia. Temprano cada mañana iba de camino bajo la entrada de la cueva, donde se sentaría de piernas cruzadas y practicaría los ejercicios de meditación que Bane le estaba enseñando.

Ella se quedaría inmóvil durante horas, entonces en calma se levantaba y volvía al campamento casi al anochecer, sólo para repetir el proceso a la mañana siguiente. Durante los primeros tres días estaba completamente sola, pero al cuarto día los neeks empezaron a mostrarse. Con cuidado al principio, se precipitarían a la vista y se dispersarían pasando junto a ella, bien lejos de su alcance. Para la mitad de la segunda semana empezaron a acostumbrarse a su presencia y se sentaban y la miraban, sólo a un par de metros de distancia. Ocasionalmente uno ladraba un ladrido chirriante en su dirección, o emitía un trino bajo, tremuloso desde la parte trasera de su garganta. Para la tercera semana un joven particularmente curioso, ni siquiera tan alto como la rodilla de Zannah, se acercó lo suficiente a ella que era capaz de extender el brazo y tocarlo.

Después de eso ella empezó a traer comida a su vigilia, dejando un pequeño bocado en la palma abierta de una mano bocarriba a su lado. El mismo neek audaz pequeño se aproximó a ella con trepidación cada vez, haciendo balance entre su miedo y el aroma seductor de las nueces flotando de la mano de la joven. Ella lo arrullaba suavemente, y finalmente reuniría el coraje suficiente para abalanzarse y atrapar el bocado antes de escurrirse a la seguridad de su cueva, espiando con nerviosismo.

Zannah empezó a posicionarse a sí mismas más lejos de la cueva para sus meditaciones. Cada día el neek iba buscándola, saliendo más allá de los límites familiares de su territorio en su misión para encontrarla. Poco a poco ella se acercó más y más al campamento hasta que un día, cuando ella se levantó para irse, el neek empezó a seguirle.

Ella consiguió dar pasos suaves, lentos para no asustarlo. Moviéndose a pasos cortos para que no perdiera su equilibrio, ella ágilmente se elevó de un pie al otro mientras llevaba a la diminuta criatura de camino a su Maestro.

Era cerca del anochecer cuando llegó, sus pasos convirtiendo la distancia relativamente corta desde el lago de vuelta al campamento en un viaje de cuatro horas. Había varias tiendas en el campamento; además de en las que ella y Bane dormían, había una para almacenar comida, otra para la ropa y el equipo, y aún otras para armas y combustible para su nave espacial y el camión-oruga. Las tiendas estaban alineadas en un círculo de tres cuartos, mirando hacia adentro hacia el fuego para cocinar.

Bane estaba sentado junto a las llamas esperándola, mezclando un caldero burbujeante de estofado de olor insulso. Se había quitado su camiseta en el calor de la noche de verano. Al brillo parpadeante de las llamas, su aprendiz podía ver que los orbaliskos estaban empezando a esparcirse. El de la parte trasera de su hombro había ido de camino por su bíceps hasta el codo de su brazo fuertemente musculado, mientras que el organismo en su pecho ahora se extendía a medio camino bajando por sus músculos abdominales y en parte hacia a su garganta. Varias bandas oscuras, estrechas de carne de aspecto más blanda bisecó cada caparazón verticalmente, y la chica se dio cuenta de que además de crecer, las criaturas se iban a dividir y multiplicarse.

Suprimiendo un estremecimiento, Zannah le llamó suavemente.

—He completado mi primera lección, Maestro.

Bane miró abajo al pequeño neek que llegaba al campamento detrás de ella, prueba visible de que su aprendiz había completado la tarea que le había dado. Zannah siguió su mirada, girándose hacia la diminuta criatura. Miró arriba hacia ella y trinó expectante. Ella se agachó para acariciarle, y Bane se extendió con la Fuerza y golpeó su cuello largo, delgado.

—Lo has hecho bien, murmuró él mientras ella miraba horrorizada al diminuto cuerpo que se retorcía a sus pies—. Ahora arrójalo al estofado.

Zannah se tomó un momento para tranquilizarse, apartando la lástima que amenazaba con hundirla. Cuando Bane le dio su tarea en un principio, se dio cuenta ella, debía haber sabido que desarrollaría un cariño por el pequeño neek. Si ella hubiera sido más sabia habría previsto esto, y habría visto a la criatura simplemente como una herramienta —algo para ser utilizado y arrojado a un lado— más que permitirse a sí misma involucrarse emocionalmente. El dolor que sentía ahora por su muerte era una advertencia, un recordatorio de que su única lealtad era hacia su Maestro.

Cogió el cuerpo y lo llevó al caldero burbujeante. Lanzándolo dentro, ella miró a Bane directamente a los ojos.

—Veo que decidió enseñarme dos lecciones hoy, Maestro.

Su única respuesta fue una sonrisa sombría…

—Rainah, —ella escuchó una voz gritando sobre el estruendo del mercado, utilizando el nombre falso que había adoptado para todas sus misiones. Tras un momento fue capaz

de ver a Kelad'den entre la multitud, señalándole que fuera y se uniera a él al otro lado de la plaza.

Las complexiones twi'lek tenían una amplia variedad de colores, pero Kel era de la raza lethana extremadamente rara de piel roja. Como la mayoría de lethanos, era innegablemente enorme. Era alto y de hombros anchos, con un estómago duro, plano y extremidades perfectamente proporcionadas. Llevaba unos pantalones ajustados negros y una túnica marrón amplia que se abría por delante para exponer los músculos grandes de su pecho y abdomen. Tenía unos rasgos sensuales, perfectamente simétricos: suaves labios gruesos, y ojos oscuros, ardientes que parecían atraerte si los mirabas demasiado tiempo. Sus lekku firmes, en forma, se enroscaban alrededor de su cuello y hombros, balanceándose sugerentemente por la parte delantera de su túnica abierta y su pecho descubierto.

—¡Rainah! —gritó él una segunda vez haciendo que más de un par de personas se detuviera y le mirara con curiosidad. Zannah maldijo bajo su aliento, y se movió rápidamente a través de la multitud hacia su lado.

—Mantén la voz baja, —siseó ella cuando se acercó—. ¡Todo el mundo nos está mirando!

—Déjales mirar —dijo él desafiante, aunque bajó su voz para igualar la suya—. Son plebeyos. Su opinión no significa nada para mí.

Kel era un niño de posición y privilegio. Además de ser del tipo lethano, venía de una familia que destacaba entre la nobleza de la casta guerrera de los twi'lek. Su vida entera, los de a su alrededor le habían dicho lo especial que era; era simplemente natural que creciera creyendo que los otros estaban por debajo de él.

A veces Zannah admiraba su arrogancia altiva. Era una señal de poder. Él sabía que era un espécimen superior, y no tenía miedo de mostrarlo. Pero también era su mayor debilidad. Ella había descubierto pronto que Kel era fácilmente manipulado a través de los halagos o desafíos a su orgullo y ego, y ella no tenía miedo de explotar ese conocimiento para perseguir su misión.

—Llegas tarde, —le dijo ella—. No me gusta que me hagan esperar.

—Ni siquiera debería estar haciendo esto, —le devolvió él.

—Lo siento, —dijo ella, empujándose cerca y envolviendo sus brazos alrededor de su cuello y hombros—. Estaba empezando a pensar que estabas con otra amante, —ronroneó ella—. Si alguna vez te encuentro con otra mujer, le arrancaré el corazón.

Kel tiró de ella aún más firmemente contra su cuerpo.

—Tú eres más que suficiente para cualquier hombre, —susurró él en su oído, haciendo bajar un escalofrío por la espalda de Zannah.

Ella le besó en los labios, entonces rompió el abrazo.

—No tenemos tiempo para esto, —protestó ella—. Tus amigos nos están esperando.

Lamiendo sus labios como si todavía pudiera saborearla, Kel asintió y le agarró la mano.

—Vamos, —dijo él, tirando de ella a través de la multitud de compradores.

* * *

Mientras la oscuridad caía sobre el campamento en Ambria, Darth Bane extendía el brazo hacia la diminuta pirámide de cristal que había posicionado cuidadosamente en el pequeño pedestal en el centro de la tienda de otro modo vacía. Moviéndose lentamente, frotó sus dedos suavemente contra su superficie fría, muerta, entonces retiró su mano cuando la vio temblar. Un instante más tarde sus dedos empezaron a menearse espasmódicamente mientras rayos tambaleantes de dolor agudo se abrían paso a través de su codo hacia su pecho. Soltando una maldición en silencio, apretó sus dientes y cerró sus ojos, tratando de sobreponerse.

Debido a los orbaliskos que envolvían su cuerpo, estaba acostumbrado a vivir en un dolor constante. Siempre estaba ahí, ligeramente punzante justo sobre el nivel de la subconsciencia. Normalmente él podía apagarlo, soportando los tormentos de su infestación sin efectos visibles. Sin embargo, si no tenía cuidado —si se presionaba por encima de sus límites— las exigencias físicas podían abrumarle. El temblor había sido una advertencia, la primera señal de que estaba alcanzando los límites de su resistencia.

Tres veces antes había intentado crear su propio Holocrón Sith, y cada vez el proyecto había acabado en fracaso. No iba a fracasar esta vez. Sabía que un movimiento en falso en esta fase y todo su trabajo, literalmente años de preparación, se desharían. Aún así, también sabía que no tenía elección salvo encontrar una forma de tratar con el dolor y continuar su trabajo.

Había hecho su primer intento cinco años antes. Utilizando el Holocrón de Freedon Nadd como modelo, había recreado la matriz intricada de entramado y vértices que eran la clave para almacenar las cantidades casi infinitas de conocimiento en un sistema de datos lo suficientemente pequeño como para caber en la palma de una mano. Le había llevado meses reunir y diseñar el raro cristal hasta los filamentos y fibras de la red entrelazada, seguidos de semanas de ajustes delicados y minuciosos. La matriz tenía que caer dentro de las especificaciones altamente exactas, y Bane había pasado cientos de horas haciendo miles de alteraciones precisas, subatómicas a través del poder de la Fuerza para asegurar que cada hebra cristalina estuviera apropiadamente en su lugar.

Una vez que la matriz de cristal de dentro del Holocrón estuvo preparada, cuidadosamente transcribió los símbolos antiguos del poder Sith en la superficie de la pirámide. Las marcas eran parte de un ritual poderoso que era crítico para mantener la estabilidad de la matriz después de que fuera imbuida con las energías del lado oscuro. Poco familiarizado con el propósito exacto o el significado de los glifos arcanos, Darth Bane utilizó una vez más el Holocrón de Nadd como su guía, estudiando las marcas grabadas en la superficie, copiándolas entonces exactamente en su propia creación.

Pero cuando trató de activar el Holocrón canalizando su poder a través de él, la matriz implosionó, colapsando sobre sí mismo y reduciendo el artefacto a una pila de polvo brillante en un destello blanco chispeante.

Lo había intentado de nuevo varios meses después, sólo para encontrarse con el mismo resultado exactamente. Forzado a admitir que el secreto de fabricar Holocrones todavía estaba fuera de su alcance, Bane había empezado una campaña para descubrir todo lo que pudiera sobre los talismanes poderosos. Con la ayuda de Zannah, acumuló una vasta riqueza de sabiduría en el tema.

Devoró cada tarjeta de datos, registro histórico, y recuerdo personal que podía encontrar que teorizara en los pasos necesarios para crear una de las pirámides terriblemente complejas. Se topó con miles de referencias veladas, y cientos de especulaciones teóricas, en el arte de fabricar un Holocrón. Sin embargo, era incapaz de encontrar una sola fuente que explícitamente explicara los hechizos y rituales requeridos, y sus secretos todavía le eludían.

Bane rechazó abandonar. Continuó su investigación, buscando tomos raros, documentos ocultos, y trabajos de recopilación prohibidos. Le llevó tres años más hasta que aprendió el propósito y significado tras los glifos… y al hacerlo encontró una respuesta a por qué sus primeros esfuerzos habían fracasado. Descubrió que cada Holocrón estaba blasonado con símbolos que estaban únicamente enlazados al Lord Sith responsable de la creación del artefacto. Las pirámides en miniatura eran mucho más que una simple colección de datos crudos. Las enseñanzas se impartían a través de la sabiduría de un guardián, una personalidad simulada avanzada que imitaba la propia identidad del creador. La correcta combinación de símbolos, aplicados en conjunción con brujerías y hechizos específicos de los Sith antiguos, permitiría a Bane capturar su apariencia, sabiduría, y procesos cognitivos. Dentro de la estructura del Holocrón serían transformadas en un holograma tridimensional para guiar y dirigir a cualquiera que utilizara el artefacto. La red cognitiva que alimentaba al guardián también estabilizaba el entramado y los vértices entrelazados de la matriz, evitando que colapsara como lo había hecho con los intentos previos de Bane.

Armado con este nuevo entendimiento, Bane había hecho un tercer intento de crear su propio Holocrón hacía dos años. Había procedido con cuidado; los Rituales de Invocación requeridos para intuir e inscribir los símbolos apropiados en la superficie eran físicamente agotadores. Siempre precavido de cometer un error, había alargado el proceso durante dos largas semanas. Irónicamente, su cuidado demostró ser su perdición. Mientras empezó a manipular las estructuras internas de la matriz de cristal durante la fase final del proyecto, percibió que el poder de los símbolos se desvanecía. La red cognitiva del guardián se había degradado hasta el punto de que carecía de la habilidad de apoyar y estabilizar la matriz.

Desesperado, había buscado alguna forma de restaurarla, sólo para darse cuenta de que sus esfuerzos eran fútiles. Cabreado ante otro fracaso, había aplastado la pirámide inútil hasta hacerla polvo con sus manos desnudas.

Antes de empezar su cuarto y más reciente intento, Bane había jurado que no fracasaría de nuevo. El tiempo era la verdadera clave. Tenía que terminar de alinear la matriz y de imbuirla con sus energías del lado oscuro en un par de días, antes de que las

funciones cognitivas del guardián empezaran a degradarse. Ahora, tras meses de reunir los extraños materiales, semanas de meditaciones para concentrar su poder, y tres días y noches seguidos de concentración intensa, finalmente se acercaba al final. Sólo necesitaban hacerse un par de docenas de ajustes menores, pero Bane estaba bien al tanto de que el tiempo se estaba agotando.

Tres días de atraer constantemente a la Fuerza sin alimento o respiración, le habían dejado exhausto en cuerpo, mente, y espíritu. Era particularmente vulnerable a los orbaliskos en este estado. Normalmente se alimentaban de las energías del lado oscuro que fluían naturalmente a través de él, pero la creación del Holocrón exigía que canalizara todo su poder directamente en su trabajo. Los parásitos estaban pasando hambre lentamente, y en respuesta, estaban alimentando su flujo sanguíneo con químicos y hormonas que pretendían llevarle a una furia enajenada para poderse alimentar del lado oscuro mientras desataba su ira.

Los músculos con espasmos de su mano y dedos eran un resultado directo de sus esfuerzos, y no había nada que Bane pudiera hacer salvo esperar a que pasara el temblor. Sólo tenía un par de horas para completar su trabajo, aún así, no podía arriesgarse a cometer un error y dañar las fibras de cristal delicadamente entretejidas de la estructura interna del Holocrón.

Lentamente fue capaz de recuperar el control sobre sus dedos convulsionando, lamentando cada precioso segundo que se le escapaba mientras lo hacía. Cuando su mano al final se puso firme, tomó aire lenta y profundamente para concentrar su mente, entonces se extendió con la Fuerza para tocar la matriz una vez más.

Un lazo de espadas eléctricas se enmarañó alrededor de los músculos y nervios de su espalda haciendo que se arqueara hacia atrás mientras gritaba de agonía. El dolor momentáneamente rompió su concentración, y un arrebato incontrolable de energía del lado oscuro se disparó a través de él y hacia el Holocrón. Un instante más tarde explotó, bañando a Bane con una ducha de fragmentos de cristal y polvo.

Durante varios segundos simplemente miró al pedestal vacío, sintiendo el hambre pulsante de los orbaliskos y su propia ira reuniéndose. Un velo rojo cayó por su visión, y Darth Bane se rindió a la furia.

11

—¿Quién es esta? —exigió el hombre en la puerta, mirando a Zannah con sospecha. Era humano, aunque su cara y cabeza afeitada estaba cubierta por tatuajes verdes y morados que hacían difícil captar sus rasgos. Llevaba una camiseta azul claro y unos pantalones azul oscuros. Era más bajo que Kel, pero mucho más grueso por la cintura y el pecho.

—Está conmigo, Paak, —respondió Kel, empujándole a un lado y pasando a través de la puerta, tirando de Zannah con él.

La habitación sin amueblar del otro lado era pequeña y oscura. La música y las risas altas podían ser apenas escuchadas desde la cantina de la planta sobre ellos, pero aquellos reunidos en el sótano hablaban sólo en susurros bajos, conspiratorios. Dentro de la habitación había otros cuatro reunidos en un círculo cerrado: dos hombres jóvenes, más una mujer sólo ligeramente mayor que Zannah, y una mujer chiss de piel azul y ojos rojos.

Paak les siguió sin estar dispuesto a dejar pasar el asunto.

—¡No puedes traerla aquí! —insistió él.

—Ella trabaja en la embajada, —le aseguró Kel, traspasando la falsa historia que Zannah le había ofrecido en su primer encuentro—. Ella puede ayudarnos.

El hombre más pesado agarró a Kel por el codo y giró al twi'lek para encararle.

—¡Tú no tienes que tomar esa decisión! ¡Hetton es nuestro líder, no tú!

—Hetton me puso al mando de esta misión, —le recordó Kel enfadado.

—¡Sólo porque tú ofreciste comprar esos pases falsos para hacernos pasar los guardias de la embajada! —Le respondió Paak—. ¡Él te puso al mando porque necesitaba tus créditos!

—Hetton no necesita los créditos de nadie, —respondió el twi'lek de piel roja con desprecio—. Me puso al mando porque estaba cansado de tratar con matones zafios como tú.

Los labios de Paak se curvaron con un gruñido amenazador, pero Kel ya se había dado la vuelta, despachando a su subordinado. Zannah esperó a ver si el hombre tatuado iba tras Kel, pero sólo agitó su cabeza y volvió atrás a su posición protegiendo la puerta.

Kel marchó sobre los otros, que ampliaron su círculo para acomodarle. Zannah se quedó ligeramente atrás, notando que los otros la trataban con miradas curiosas. Ella les devolvió la mirada, aunque ya estaba bien al tanto de todo lo que necesitaba saber de ellos.

Como Kelad'den eran revolucionarios: jóvenes, idealistas, y patéticos. Fácilmente persuadidos y manipulados por las charlas feroces y la retórica apasionada, habían sido reclutados por el misterioso «Hetton» para unirse al Frente de Liberación Anti-República, uno de cientos de pequeños movimientos separatistas, insignificantes dispersos por la galaxia.

Para un pequeño grupo radical, sin embargo, el FLAR estaba particularmente bien financiado, y la membresía incluía un porcentaje desorbitado de individuos altamente

habilidosos y peligrosos. Guerreros de élite como Kel, o seres con un entrenamiento militar avanzado, eran la norma más que la excepción. Por un motivo u otro, habían jurado lealtad a Hetton y a su organización.

Zannah imaginaba que se creían a sí mismos héroes o incluso mártires eventuales para su causa gloriosa. Aún así, ella no sentía nada salvo desdén por ellos. Pese a sus trasfondos marciales, eran poco más que niños sobrecrecidos reunidos en diminutas y oscuras habitaciones, para susurrar planes secretos y tramar insignificantes acciones terroristas contra un gobierno galáctico que ni siquiera sabía que existían.

Incluso Kel no estaba por encima de su desdén. Aún así, ella tenía que admitir que había *algo* atractivo en él. Permitirle enamorarse de ella no había sido necesario para completar su misión, aún así ella había estado dispuesta —incluso ansiosa— por tener su atención. La atracción iba más allá de su mera apariencia física. Había una energía salvaje en él. Ardía con una arrogancia salvaje; su fuego la envolvía cuando estaban juntos.

Ella sabía que se sentía atraída por su calor en parte, porque su Maestro era siempre tan frío. Bane había servido como su guardián durante diez años; él la había criado y la había protegido y la había entrenado en los caminos de los Sith. Aún así, ella no pensaba en él como una figura paterna. Mientras que no había sido cruel o abusivo, tampoco había mostrado ningún afecto hacia ella, ni una sola traza de empatía o compasión. La valoraba no como una persona sino como su heredera; ella no era sino un mecanismo para continuar el legado de los Sith tras su muerte.

Enclaustrado en su armadura de orbaliskos, Bane apenas era ya humano. La rabia, el odio, el amor, el deseo… no eran nada para él salvo un medio para alimentar su poder. Aún así, Zannah todavía necesitaba sentir. Ansiaba la pasión cruda de las emociones reales. Las codiciaba.

Ella las había encontrado en Kel. Él le había dado la única cosa que su Maestro no podía. Pero ella nunca consideró traicionar o abandonar a Darth Bane. Había visto su comando absoluto de la Fuerza; había saboreado el poder del lado oscuro en él. Él era el Lord Oscuro de los Sith, y Zannah arrancaría un día el manto de sus hombros y lo agarraría para ella misma. Nada —ni las nociones fantásticas, ni la tentación del llenado emocional ni incluso el amor— evitaría que ella reclamara su destino por derecho.

Comparado con esto, Kel y los otros separatistas reunidos en la habitación eran gente diminuta, insignificante, liderando pequeñas vidas, sin sentido. Su único valor era que Bane veía un uso potencial para ellos, y era su deber asegurarse de que lo que fuera que hubieran planeado encajara en el gran diseño de su Maestro.

Kel le había revelado su esquema de intenciones durante una cena romántica: Planeaban secuestrar a oficiales locales menores y retenerlos a cambio de un rescate. Realmente creían que el interés de los medios generado por sus acciones sería el catalizador que uniría a la gente del Borde Exterior para alzarse como uno y derrocar al Senado.

Eran patéticos en su ingenuidad, imbéciles que Zannah había escogido para convertirse en marionetas para su propia misión. Eran herramientas para ser utilizadas y luego descartadas una vez que habían servido para su propósito… y ese propósito era morir para que ella pudiera completar la directiva de su Maestro.

—Mis compañeros patriotas, —empezó Kel, su voz alzándose a modo de orador profesional haciendo una actuación pública—. Estamos unidos en una causa única: la completa y total destrucción de la República. Aún así ¿qué hemos hecho hasta ahora para lograrlo?

—Hablamos de revolución y aún así tenemos miedo de hacer lo que es necesario para hacer que ocurra. Pero eso pronto cambiará. ¡En tres días, forzaremos a la República a levantarse y que se den cuenta de nosotros!

—¿Tres días? —Protestó Cyndra, la chiss—. ¿De qué estás hablando?

—Hetton quiere que golpeemos durante las Celebraciones del Armisticio —añadió Paak—. Atraerá más la atención si actuamos en el aniversario de las Reformas de Ruusan.

—¿Por qué esperar meses cuando la oportunidad perfecta está justo ante nosotros? —preguntó Kel, utilizando los mismos argumentos que Zannah había utilizado para persuadirle—. A nadie le importará el destino de un solo embajador. ¡Debemos encontrar un objetivo que haga que toda la galaxia se levante y se dé cuenta!

—¿Quién? —exigió uno de los jóvenes.

—El Canciller Valorum.

—El mandato del Canciller Valorum terminó hace dos años, —escupió Paak desde la puerta.

—Todavía sirve al Senado como emisario diplomático. Y fueron sus llamadas Políticas de Unificación las que han atraído a tantos mundos de vuelta a la red de influencia de la República. Él es responsable de todo contra lo que luchamos, el símbolo de todo lo que deseamos destruir. Él es el objetivo perfecto.

—¿Cómo llegamos a él? —preguntó Cyndra.

—Ha programado una reunión secreta con los cabeza de las familias nobles más poderosas de Serenno. Creemos que va a intentar persuadirles de dar pasos para acabar con los movimientos separatistas en este mundo, movimientos como el nuestro.

—¿Cómo averiguaste esto? —preguntó la joven.

Kel señaló con la cabeza en dirección a Zannah, sus colas de la cabeza retorciéndose ligeramente. Ella caminó hacia delante y empezó a hablar.

—Me llamo Rainah. Soy una asistente administrativa en la embajada de la República.

Esa era la mentira que había utilizado la primera vez para atraer la atención de Kel, y era una cobertura conveniente para la información que había comprado de uno de los misteriosos contactos clandestinos de Bane…

—Todo está en su lugar, Lord Eddels, —graznó el muun, dando un panel de datos a su Maestro—. Todo lo que necesitará está aquí.

Zannah nunca había visto a un muun antes, y encontraba algo inherentemente desagradable en la apariencia de este. Era lo suficientemente alto como para mirar a Bane a los ojos, pero su cabeza, cuerpo, y extremidades eran largas y delgadas, como si hubieran sido horriblemente estiradas hasta alcanzar su actual longitud. Su piel era pálida, blanca, pastosa, con una sombra desconcertante de una tonalidad rosácea enfermiza. Sus rasgos eran planos, sus ojos y mejillas parecían hundidos, los extremos de su boca se curvaban hacia abajo en un ceño fruncido perpetuo, y no parecía tener nariz. Su cabeza no tenía pelo, y llevaba una túnica apagada, marrón. Parecía extremadamente incómodo bajo los soles gemelos de Tatooine, pero era demasiado profesional como para dar voz a su queja.

Antes, Bane había explicado que este encuentro en los baldíos arenosos del Mar de las Dunas era la culminación de un plan puesto en movimiento cerca de un año antes, poco después de que aterrizaran por primera vez en Ambria. Un plan para el cual ella inadvertidamente había sido el catalizador. Garabateados en la parte trasera de un manuscrito, que ella había descubierto y presentado a su Maestro en el campamento Sith en Ruusan, había habido una larga lista de números crípticos: cuentas anónimas del Clan Bancario InterGaláctico.

Lord Qordis, le dijo Bane, había sido un coleccionista de tesoros raros y caros. Con los años había acumulado una increíble fortuna de la riqueza combinada de la Hermandad de la Oscuridad de Kaan y la había apartado en secreto, recurriendo a ella cuando fuera que comprara otro objeto para alimentar su avaricia. Sin la Hermandad, Bane era el único que quedaba que supiera, y que podía reclamar, esas cuentas. Pero las riquezas materiales no atraían a su Maestro más allá del uso que les podía dar.

—La información es una comodidad. Puede ser intercambiada, vendida, y comprada. Y al final, los créditos son sólo tan valiosos como los secretos que pueden comprar.

Durante el año pasado, Bane había empezado a gastar los créditos. Los oficiales clave administrativos fueron sobornados para ganar acceso a los archivos clasificados. Espías del gobierno y figuras criminales bien conectadas fueron contratados para ser sus agentes. Utilizando su riqueza recién encontrada, cuidadosamente construyó una red de informadores para ser sus ojos y oídos en cientos de mundos diferentes.

Sin embargo, Bane nunca había tenido ningún contacto directo con ninguna de esta gente. Como el último de los Sith, era vital que permaneciera oculto en el anonimato. Todo lo que había logrado había sido a través del uso de un bróker, el muun que ahora se alzaba ante ellos.

—¿Seguiste mis instrucciones exactamente? —preguntó Bane al muun.

—Precisamente, Lord Eddels. Todos los pagos se harán a través de cuentas terciarias, completamente irrastreables hasta la fuente, —le aseguró el muun—. A cambio recibirá envíos regulares y un flujo constante de información legal e ilegal. Cualquier instrucción que desee pasar a sus agentes será entregada a través de servicios de mensajería seguros. Completamente anónimo.

—¿Y nadie más sabe que estoy involucrado?

—Usted es muy consciente de mi reputación —le recordó el muun—. Me enorgullezco de la discreción, es por eso por lo que gente como usted acude a mí, Lord Eddels.

—Entonces nuestros asuntos aquí han concluido.

Mirando brevemente abajo a Zannah, el muun se giró y se abrió paso lentamente por la arena hacia su nave esperándole. La joven observó, ansiosamente anticipando la forma de su muerte. La idea de que su Maestro permitiera al muun abandonar esta reunión con vida nunca entró en su mente. Sólo él conocía la identidad del individuo responsable de crear la red de espías e informadores de la galaxia. Sólo él había visto la cara de Bane.

El muun alcanzó su nave sin ningún incidente y trepó a bordo. Ella continuó observando mientras los motores se encendían y el navío empezaba a subir al cielo. Cuando desapareció más allá del horizonte sin daños, ella se giró hacia su Maestro incrédula,

—¿Le ha dejado vivir?

—Todavía nos es valioso —respondió Bane.

—¡Pero le ha visto! ¡Sabe quién es!

—Él sabe sólo tanto como necesitaba saber: un hombre rico que utiliza el nombre de Lord Eddels le contrató para construir una red de información anónima. No tiene conocimiento de quién soy realmente o de cuál es mi verdadero propósito. Y no tiene conocimiento de dónde o cómo encontrarme a no ser que yo contacte con él con una localización para otro encuentro.

Zannah recordó una historia que su Maestro había compartido con ella una vez sobre un sanador en Ambria llamado Caleb. Bane, casi muerto, había ido al sanador y le había ordenado al hombre ayudarle. Pero Caleb, percibiendo el poder del lado oscuro en su Maestro, se había negado. Finalmente Bane había obtenido la obediencia de Caleb amenazando la vida de su hija. Una vez que el Lord Oscuro fue sanado, no había tomado ninguna acción contra el hombre que se había atrevido a desafiarle. El sanador tenía poder, y su Maestro sabía que el valor de dejarlo con vida sobrepasaba los riesgos —y el insignificante placer— de terminar con su vida.

—No hay propósito en su muerte, —murmuró Zannah, mordiendo su labio pensativa…

—Rainah puede proveernos de las horas y posiciones exactas del programa del Canciller Valorum —explicó Kel al resto del pequeño grupo—. Cuando su lanzadera toque tierra, estaremos ahí esperándole.

—Tendrá guardias, —advirtió Paak.

—Sólo su equipo de seguridad personal, —dijo Zannah—. Cualquier otra cosa atraería atención indeseada.

—Quiere mantener su llegada aquí en secreto, —añadió Kel—. El Senado rehúsa admitir oficialmente que los movimientos separatistas siquiera existen, así que su misión ha sido clasificada como una visita personal.

—Tres días es demasiado pronto, —objetó Cyndra—. Necesitamos más tiempo para prepararnos.

—Todo lo que necesitamos está justo aquí —respondió Kel—. Tenemos las armas, y estamos entrenados para utilizarlas. Sabemos dónde y cuándo llegará el Canciller. ¿Qué más hace falta?

—Una orden de Hetton, —murmuró Paak.

Kel se giró hacia él enfadado.

—¿De verdad necesitamos el *permiso* de Hetton? ¿Somos niños? ¿Somos incapaces de actuar por nuestra cuenta?

—Él es nuestro líder, —murmuró Paak hoscamente—. Él nos dice qué hacer.

—Al igual que lo hace el Senado de la República, —metió baza Zannah—. ¿No es aquello contra lo que estáis luchando? La obediencia a un maestro, cualquier maestro, es todavía esclavitud.

Ella dijo las palabras con total convicción aun cuando ella no las creía. Al mismo tiempo, ella se extendió con la Fuerza para tocar las mentes de todos en la habitación. Era posible utilizar el lado oscuro para dominar la voluntad de otros, pero eso no serviría a su propósito aquí. Los efectos de la dominación mental empezarían a desvanecerse tras un par de horas. Para cuando el Canciller Valorum llegara, cualquier influencia directa que ella ejerciera sobre Kel y sus amigos se habría ido por completo.

Zannah prefería una aproximación más sutil y artera. En lugar de utilizar la Fuerza para doblegarlos a su voluntad, estaba sutilmente apelando a su psique colectiva, empujando a sus patrones de pensamiento para hacerlos más emocionales, más agresivos. Por sí mismo el proceso era inútil, pero combinado con palabras persuasivas para revolver aún más la sangre, los efectos podían ser más poderosos —y más permanentes— que la fuerza bruta de un simple control mental.

Sin embargo, las palabras no podían salir de ella. Ella era una extraña aquí; ellos no confiaban en ella. Sus instintos naturales serían rechazar sus argumentos; en su estado hiperagresivo artificialmente inducido rápidamente se volverían en su contra. Necesitaban ser convencidos por alguien que ellos conocieran. Alguien como Kel.

—Decís que queréis independencia, —les dijo el atractivo twi'lek—. Decís que lucharéis por vuestra libertad. Aún así, cuando os ofrezco esta oportunidad, queréis escabulliros como una perra kath expulsada de su manada.

—Deberíamos esperar a las Celebraciones del Armisticio, —insistió Cyndra—. Necesitamos ceñirnos al plan original.

—Un plan no es nada hasta que se entra en acción, —respondió Kel—. Hablamos sobre qué haremos en el futuro, pero cuando las Celebraciones del Armisticio lleguen, ¿cuán fácilmente será encontrar otra excusa para esperar una vez más?

—Las reuniones clandestinas no traerán el cambio a la galaxia. Sólo los planes no harán que el Senado tiemble o llevarán a la República de rodillas. Debemos ponernos en acción, ¡y el momento para la acción es ahora!

Zannah reconoció sus palabras siendo pronunciadas con la voz de Kel. Ella le había alimentado con ellas durante semanas de conversaciones íntimas, plantando las semillas de las ideas, entonces observándolas crecer. Ahora él decía las palabras con pasión y fuego, entregándolas como si realmente creyera que eran suyas.

Bane estaría complacido. Esto era el verdadero poder: retorcer a otro hacia tu propósito, y aún así hacer que crea que está al mando. Kel era su marioneta, pero su orgullo y ego le habían cegado a las cuerdas que ella utilizaba para hacerle bailar.

—Nos alzamos en el precipicio de un evento crucial, —continuó él—. En tres días golpearemos un gran golpe contra los tiranos de la República, ¡el primer paso de nuestra larga y gloriosa marcha hacia la independencia y la auténtica libertad!

Un ánimo espontáneo de asentimiento se alzó desde la habitación, y Zannah sabía que Kel se los había ganado. Sólo Paak y Cyndra mostraban alguna señal de reluctancia, pero mientras el resto del grupo empezaba a trabajar en los detalles del plan para capturar al Canciller Valorum, incluso ellos pusieron de lado sus vacilaciones.

El encuentro duró largo durante la noche, y cuando se acabó, ella y Kel volvieron al pequeño apartamento que ella había alquilado como parte de su historia encubierta.

—Estuviste magnífico esta noche, —suspiró ella.

—Esta es la última vez que puedo verte hasta que todo esto se acabe, —le advirtió Kel—. Los otros cuentan conmigo. No puedo tener ninguna distracción.

Como respuesta ella extendió el brazo y agarró su muñeca, entonces tiró de él bien cerca en un abrazo cerrado.

Él se fue a la mañana siguiente. Zannah le besó para decirle adiós y volvió a dormir. Más tarde, rodó fuera de la cama y empezó a recoger sus cosas. Su misión aquí había acabado; sabía que nunca volvería a ver a Kel con vida. Era hora de volver a Ambria.

* * *

El campamento estaba en ruinas. Las tiendas estaban volcadas, sus toldos destrozados y rasgados. Cajas de madera de suministros habían sido aplastadas en serrín y astillas, sus contenidos arrojados y dispersos en el viento. Células de combustible de cien kilogramos estaban desparramadas por el campamento, algunas lanzadas a cincuenta metros de donde habían estado almacenadas.

El suelo estaba amontonado de escombros y dañado por docenas de marcas de combustión negras aún incandescentes que Zannah reconoció como los restos de una terrible tormenta de rayos antinaturales. El aire aún crujía con el poder y la energía del lado oscuro que la hacía temblar de miedo y anticipación.

Era suficientemente fácil adivinar qué había ocurrido. Bane había fracasado una vez más en su intento de crear un Holocrón, entonces en una ira ciega desgarró el mundo a su alrededor con todo el poder de la Fuerza.

Si ella hubiera estado ahí cuando ocurrió, se preguntaba Zannah, ¿podría haberlo detenido? ¿Habría sido capaz siquiera de sobrevivir?

Vio a Bane sentado al otro extremo del campamento de espaldas a ella mientras miraba al horizonte, meditando en su fracaso. Se giró para encararla mientras se aproximaba, levantándose hasta sus dos metros de altura de forma que se alzaba sobre ella. Sus ropas habían sido desgarradas y quemadas, revelando la visión completa de la infestación de los orbaliskos. Cientos de las criaturas enganchadas a él; excepto por su cara y manos, su cuerpo estaba ahora completamente cubierto. Parecía como si estuviera llevando un traje de armadura diseñado a partir de los caparazones duros, oblongos de crustáceos muertos. Aún así, ella sabía que debajo de los caparazones, los parásitos aún estaban vivos, alimentándose de él.

Bane clamaba que los orbaliskos aumentaban su poder, dándole una fuerza y habilidades de curación antinaturales. Aún así, atestiguando el resultado de su fracaso con el Holocrón, Zannah se preguntaba a qué coste llegaban esas habilidades. ¿De qué utilidad era un mayor poder si no podía ser controlado?

Para su alivio la furia parecía haber pasado, y Zannah sabía que era mejor no preguntarle sobre ello. En su lugar ofreció noticias de su misión.

—Está hecho. Cuando la lanzadera del Canciller Valorum aterrice, Kel y sus seguidores estarán esperándole.

—Lo has hecho bien, —respondió Bane.

Como siempre, ella sintió un arrebato de orgullo y logro ante los halagos de su Maestro. Pero su satisfacción estaba atemperada por los recuerdos de Kel, y el saber que lo había perdido para siempre.

—¿Hay alguna posibilidad de que tengan éxito? —preguntó ella.

—No, —dijo Bane tras un momento de consideración.

—¿Entonces qué propósito sirven? —Exigió ella, finalmente cediendo en su frustración—. ¡No entiendo por qué me manda a misiones como esta! ¡Por qué malgastar todo este tiempo y esfuerzo si sabemos que van a fracasar!

—No necesitan tener éxito para sernos valiosos —respondió Bane—. Los separatistas son sólo una distracción. Ellos atraen la atención del Senado, y ciegan los ojos del Consejo Jedi.

—¿Los ciega?

—Los Jedi se han rendido a la voluntad del Senado. Se han dejado hundirse en la ciénaga de la política y la burocracia. La República busca un gobierno único, unificado, para mantener la paz a través de la galaxia, y los Jedi han sido reducidos a poco más que una herramienta para lograr que ocurra.

—Cada vez que los radicales golpean contra la República, el Consejo Jedi es llamado a tomar acción. Los recursos son malgastados en sofocar rebeliones y alzamientos, manteniendo su concentración lejos de nosotros.

—¿Pero por qué fracasan siempre los separatistas? —Preguntó Zannah—. ¡Podríamos ayudarlos a tener éxito sin arriesgarnos a exponernos!

—Si tienen éxito, ganarán apoyo, —explicó Bane—. Su poder e influencia crecerá. Se volverán más difíciles de manipular y controlar. Es posible que puedan incluso volverse lo suficientemente fuertes como para hacer caer a la propia República.

—¿Eso no es algo bueno? —preguntó Zannah.

—La República mantiene a los Jedi a raya. Mantiene el control e impone orden en miles de mundos. Pero si la República cae, una veintena de nuevos gobiernos interestelares y organizaciones galácticas se alzará. Es mucho más fácil manipular y controlar un único enemigo que veinte.

—Es por eso por lo que debemos buscar grupos separatistas radicales, identificar los que tienen el potencial de convertirse en auténticas amenazas, entonces alentarlos a golpear antes de que estén preparados. Debemos explotarlos, enfrentarlos a la República. Debemos dejar que nuestros enemigos se debiliten el uno al otro mientras permanecemos ocultos y nos volvemos fuertes.

—Un día la República caerá y los Jedi serán borrados del mapa, —le aseguró él—. Pero eso no ocurrirá hasta que estemos preparados para tomar ese poder para nosotros mismos.

Zannah asintió, aunque su mente estaba retrocediendo mientras trataba de comprender la verdadera complejidad de las maquinaciones políticas intrincadas y enrevesadas de su Maestro. Ella recordó todas sus misiones pasadas, tratando de ver cómo cada uno jugaba una parte en sus planes.

—Nunca has cuestionado tus misiones antes, —percibió Bane. No sonaba enfadado, sino más bien curioso.

Ella no quería decirle sobre Kel. Incluso aunque ella había cumplido con todo lo que Bane había exigido de ella, sabía que vería sus sentimientos por el twi'lek como una señal de debilidad.

—Incluso si no entiendo el propósito detrás de mis misiones, nunca tuve motivos para dudar de su sabiduría, Maestro —respondió ella, dándose cuenta de que podía convertir su pregunta en su ventaja.

—¿Aún así dudas de mí ahora?

Ella dio una mirada larga, lenta alrededor, dejando que sus ojos se entretuvieran en los restos del campamento que les rodeaba.

—Nunca le he visto perder el control de su poder así antes, —susurró ella, envolviendo su mentira en un manto de verdad—. Temí que los orbaliskos pudieran estar perjudicando su juicio. Temí que finalmente le hubieran vuelto loco.

Bane no contestó de inmediato, y cuando lo hizo su voz fue corta y arisca.

—Yo controlo a los orbaliskos. Ellos no me controlan a mí.

—Por supuesto, Maestro, —se disculpó ella. Pero sabía por su reacción que había plantado con éxito la semilla de la duda. Intentar manipular a su Maestro era un juego peligroso, pero era un riesgo que tenía que correr. Si los orbaliskos le llevaban a otra cólera, podría matarla. Convencer a Bane de buscar alguna forma de librarse de la infestación era un asunto de autoconservación.

—Limpia el campamento, —ordenó Bane—. Entonces dirígete de vuelta a Serenno. Necesitamos más suministros.

Ella asintió con una reverencia y empezó a reunir los escombros mientras Bane terminaba sus meditaciones. Mientras lentamente restauraba cierta similitud de orden a su campamento, Zannah empezó a ver que las dudas que había plantado en la mente de Bane podían tener otro beneficio valioso, a largo plazo.

Era inevitable que ella un día le desafiara por el título de Maestro Sith, pero Bane era increíblemente fuerte, tanto físicamente como en la Fuerza. Enclaustrado en un traje de armadura viviente que aumentaba sus poderes y le protegía de virtualmente todas las armas conocidas, era casi invencible.

Convencer a Bane de quitarse su capa de orbaliskos, se dio cuenta Zannah, podría ser la única esperanza real que tuviera ella de derrotarle y lograr su destino.

12

Johun se revolvía en su asiento, tratando de encontrar una posición más cómoda y de pensar qué más fácil había sido cargar con la carga del viaje en nave espacial en su juventud. Pero él ya no era un adolescente en la cúspide de la madurez. Era más alto, para empezar, 1,85 metros de altura. Y su constitución ligera se había rodeado de músculos en forma, nervudos. El único resto del joven que había sido era el pelo rubio que todavía caía hasta sus hombros, un contraste fuerte con la barba negra desaliñada que cubría la línea de su mandíbula.

Se revolvió de nuevo y miró enfáticamente a Tarsus Valorum, descansando fácilmente en el asiento contiguo a él. El Canciller estaba en sus sesenta años ahora, aunque aparte de un ligero gris en su pelo alrededor de las sienes, se veía bastante al que había sido cuando Johun lo había conocido. Tarsus encontró la mirada feroz del Jedi con una sonrisa y un encogimiento de hombros… lo más cercano que Johun tendría nunca a una disculpa por tener que resistir el largo vuelo interestelar a bordo de este navío de segunda.

El *Nuevo Amanecer* era una lanzadera de clase *Emisario*, servicial, pero lejos de lujosa. Habría sido un problema simple para Tarsus Valorum, antiguo Canciller Supremo de la República Galáctica, solicitar una nave más extravagante para su uso personal: una de las nuevas lanzaderas Cygnus de clase *Theta*, o posiblemente incluso los magníficos cruceros espaciales Consulares tan populares entre la comunidad diplomática. Dada su posición previa, había poca duda de que el Senado hubiera aprobado los fondos para la compra. Pero Valorum había insistido en que la diminuta *Nuevo Amanecer*, con su tripulación de dos personas, asientos de pasajeros para seis, e hiperconducción de Clase Seis, era más que adecuada para sus necesidades ahora que oficialmente había dejado su posición.

Era un pequeño gesto de modestia y utilidad que hablaba volúmenes sobre el propio hombre. Durante los años, Johun había observado al Canciller en público y en privado, y cuanto más llegaba a conocerlo más respeto le tenía. Pero eso no quería decir que el hombre no pudiera ser cabezota e incluso obstinado, como había demostrado cuando rechazó la oferta del Senado de un acompañamiento de una guardia de honor para sus misiones diplomáticas.

Un político retirado no es ninguna amenaza para nadie, había argumentado. *Y con certeza no soy ya lo suficiente importante para que otros se pongan en peligro por mí.*

Johun todavía viajaba a su lado, pero eso era por elección suya, no la del Canciller. Sabía lo valioso que Valorum seguía siendo para la República, y sabía que había enemigos que le harían daño si se les daba la ocasión. Había tratado varias veces de convencer a Tarsus de viajar con más seguridad sin éxito. Así que hasta que su cabezota amigo aceptara una guardia personal, Johun estaba determinado a acompañarle en cada misión.

—Espero que lleguemos pronto, —murmuró Johun, dando voz a su incomodidad.

—Siempre puedes entrar en uno de tus trances meditativos para pasar el tiempo —dijo el Canciller bromeando—. No eres alguien con quien tener conversaciones banales de todos modos.

Tarsus sólo permitía que Johun le acompañara debido a la larga relación entre ellos. El Jedi había sido un miembro de la Guardia del Canciller durante la mayor parte del primer mandato de cuatro años de Valorum y todo el segundo. Ahora su posición oficial era de consejero Jedi, aunque Johun nunca presumiría de «aconsejar» al Canciller acerca de nada.

Tarsus Valorum era conocido en toda la galaxia como el hombre que salvó a la República. Iniciando las Reformas de Ruusan a través del Senado, había acomodado una nueva era de paz, prosperidad, y expansión. Aún así, no era lo que había logrado lo que le hacía un gran hombre a los ojos de Johun; era cómo lo había hecho.

Sirviendo al lado del Canciller, el Jedi había visto el verdadero poder de las palabras e ideas. Tarsus Valorum era un hombre de convicción profunda, esa rara estirpe de políticos que realmente creían sus propias palabras. Determinado a crear una Edad de Oro para los ciudadanos de la galaxia, había perseguido con un vigor incansable su sueño de una República renacida y reunida. Cientos de mundos que se habían alejado durante los últimos siglos de guerra y revuelta galáctica fueron traídos de vuelta al pliegue de la República durante su reinado. Y cuando su servicio de mandato terminó y le llegó la hora de pasar su posición a su sucesora, se aseguró de que todo estuviera en su lugar para que ella continuara su trabajo.

Más sorprendentemente, la gran reunificación se había logrado con un mínimo de derramamiento de sangre y batallas. Confiando en embajadores y tratados, había logrado lo que nunca podría haberse hecho a través de ejércitos y guerra. *Para ganar un mundo, debes ganar los corazones y mentes de su gente*, había explicado una vez el Canciller, poco después de que Johun le hubiera sido asignado. Ahora, tras una década de atestiguar todo lo que Valorum había logrado, sabía que nunca se habían dicho palabras más ciertas.

—Llegada estimada en cinco minutos, —crujió la voz del piloto por el intercomunicados de a bordo—. Prepárense para el aterrizaje.

Johun dio un suspiro exagerado de alivio, y el Canciller se rió entre dientes suavemente. Era una rutina familiar para ambos. Incluso aunque estaba retirado, Tarsus no era un hombre que simplemente se hacía a un lado del reino de la política. Permanecía como un defensor vigoroso para la República. En los dos años desde que su oficio de mandato terminara, Johun le había acompañado a cerca de cincuenta misiones diplomáticas personales… como en la que estaban ahora.

El planeta de Serenno era un mundo importante para la República. Las familias nobles al mando estaban entre los individuos más ricos de la galaxia. Además de donar enormes sumas a organizaciones caritativas y políticas altamente visibles, tenían el capital financiero para ayudar a asegurar enormes proyectos de infraestructuras de gobierno.

Más importante, sus vastos recursos también les permitían financiar grupos que se oponían a la República si lo elegían. Las facciones separatistas a menudo buscaban benefactores ricos en Carannia, Saffia, y Fiyarro, las tres ciudades más grandes de Serenno.

Valorum había llegado para encontrarse con los cabezas de las seis familias más poderosas en el mundo. Esperaba convencerles de utilizar su influencia para persuadir a las otras familias de cortar todas las financiaciones a las facciones anti-República. Era una misión difícil, ya que los Condes de Serenno no eran famosos por acceder a las exigencias de los extraños.

Para hacer más fáciles las negociaciones, la visita iba a ser conducida a través de canales no oficiales. Valorum le había explicado una vez a Johun que muchos gobernantes y políticos se comportaban de manera bastante diferente cuando sus acciones eran expuestas al ojo público. Demasiado a menudo simplemente daban la apariencia de perspectivas encontradas, una táctica que Tarsus personalmente despreciaba. En un foro público, los oficiales frecuentemente ofrecían promesas de apoyo a una causa en la que no creían, sólo para invertir su posición una vez que la atención pública sobre el asunto se desvaneciera.

A la inversa, los gobernadores podían oponerse o rechazar una idea que apoyaban para no parecer débiles de mente o fáciles de manipular. Como era el caso de Serenno. Si era ampliamente conocido que un representante de la República iba a ir para presionarles a la acción, se opondrían a él por meros principios.

Nunca confíes en una promesa hecha enfrente de un holoproyector, advertía a menudo el Canciller. *Si quieres que algo se haga, necesitas reunirte a puerta cerrada y mirando a la persona directamente a los ojos.*

—Haciendo la aproximación final —anunció el piloto, y Johun sintió su lanzadera inclinarse ligeramente a babor.

Estaba programado que tocaran tierra en el espaciopuerto privado del Conde Nalju, cabeza de una de las seis Grandes Casas de Serenno y un acérrimo aliado de la República. Al aterrizar en una localización recóndita del estado de la familia Nalju, tomarían un speeder terrestre hasta las reuniones preorganizadas con los representantes de las Grandes Casas para que Valorum pudiera exponer su caso.

Sintieron el ligero golpe de aterrizar y escucharon el *wush* de la rampa de salida descendiendo. Ansioso por salir y estirar las piernas, Johun salto a sus pies.

—¿Debemos desembarcar, Su Excelencia? —preguntó él, utilizando el honorífico al que el Canciller todavía tenía derecho incluso en su retiro.

Valorum se alzó de su silla, entonces comprobó por última vez su apariencia. Johun estaba vestido con los tradicionales atavíos marrón y canela de su Orden, pero Tarsus estaba llevando un traje elaborado a la moda y costumbre de la realeza de Serenno. Había sido vestido con pantalones azul oscuro y una camiseta ancha blanca, ambas hechas a mano por maestros sastres. Envuelta sobre sus hombros había una capa de seda de color negro oscuro, un regalo del Conde Nalju. Los bordes de la capa, junto con el cuello y

puños de su camiseta, estaban bordados con un patrón repetitivo de tres círculos sobrepuestos puestos sobre un fondo azul, el emblema y los colores de la Casa Nalju.

Todo el traje había sido diseñado únicamente a partir de los materiales más finos y más caros; Johun se esforzaba en imaginar cuánto había costado. Aún así, el atavío era un símbolo del inquebrantable apoyo que la Casa Nalju daba a la causa del antiguo Canciller. Sin el mecenazgo de una Casa poderosa y antigua, la nobleza simplemente rechazaría a Valorum como un extraño o inferior.

Johun sabía que Tarsus podía haber pedido al Senado que le reembolsara el gasto. Sin embargo, como era su naturaleza, Valorum había escogido pagarlo él mismo.

Desembarcaron para encontrarse a sí mismos en una pequeña plataforma de aterrizaje construida sobre un alto saliente de piedra que se alzaba como un pilar del océano. A cincuenta metros estaban los riscos elevados de la costa, sus cimas de la misma altura que la plataforma de aterrizaje. Una única pasarela de duracero de dos metros de ancho conectaba la plataforma de aterrizaje con las cimas de los riscos. A medio camino de la pasarela, perfectamente centrada entre los riscos y la plataforma de aterrizaje, había una plataforma más amplia de cinco por cinco metros, apoyada por debajo por un esqueleto de vigas reforzadas.

No había barandillas ni en la plataforma de aterrizaje ni en la pasarela. Johun sabía que la falta de barandillas —como tantos otros aspectos de la cultura de Serenno— era simbólica. Había una tradición antigua de feroz independencia entre la nobleza. Las barandillas en la pasarela o en la plataforma de aterrizaje habrían sido una señal de debilidad, una admisión de la fragilidad y la mortalidad que habría minado el orgullo y posición de la Casa Nalju. Incluso así, el Jedi no podía evitar preocuparse por la seguridad del Canciller cuando contempló la caída de cincuenta metros desde el borde hasta las frías aguas debajo.

El único propósito de su llegada era evitar la algarabía y la atención, así que no era de sorprender que sólo hubiera un puñado de personas esperando para encontrarse con ellos. Johun supuso que eran sirvientes del comité de bienvenida del Conde Nalju, ya que llevaban ropas similares a la capa personalizada de Valorum.

Cuatro figuras estaban agachadas juntas en la plataforma en mitad de la pasarela esperándoles, abofeteadas por la brisa fuerte del océano que tiraba de sus ropas y hacía sus capas ondear tras ellas. Tres de ellos eran humanos, dos hombres y una mujer. El cuarto era un hombre twi’lek con una piel roja brillante; Johun se preguntaba si era algún tipo de símbolo de estatus para los nobles emplear a un lethano entre sus miembros de bienvenida.

Esperando en la cima de los riscos más allá de la plataforma había dos sirvientes más, en pie junto al speeder que les llevaría a sus reuniones previstas. Al contrario de aquellos en la plataforma, estaban demasiado lejos para que Johun averiguara cualquier detalle que indicara su especie o género.

Los motores del *Nuevo Amanecer* se apagaron, sólo para ser reemplazados por el ritmo aplastante de las olas mientras golpeaban incesantemente contra la cara de los riscos.

—No sería mi primera elección de lugares donde aterrizar, —señaló Johun, alzando su voz lo suficiente para que Tarsus pudiera escucharle sobre las olas y el viento.

—Bueno, le pedí a Nalju que nos dejara aterrizar en algún lugar remoto, —gritó Tarsus con una risa—. Veo que sólo han venido hasta medio camino para encontrarse con nosotros, —añadió él, señalando con su cabeza en dirección a las cuatro figuras que esperaban en la plataforma.

—¿Iría usted más lejos por esta pasarela de lo que tendría que hacerlo? —preguntó Johun.

—Supongo que no, —admitió el Canciller, entonces bajó su cabeza contra el viento alzándose y se abrió paso fuera hacia la pasarela.

Johun le siguió un momento después, aunque sintió una intranquilidad repentina sobre toda la situación.

—Tenga cuidado, —gritó hacia delante a Valorum—. Si se cae por el borde no puedo prometerle que le coja.

El otro hombre o no le escuchó o estaba demasiado ocupado concentrándose en abrirse paso de forma segura como para responder.

Había solo un par de metros desde el borde de la plataforma cuando Johun fue golpeado con una poderosa premonición, una perturbación innegable en la Fuerza que le advirtió de que algo terrible estaba a punto de ocurrir. Hasta este punto, su atención había estado centrada en el progreso de Valorum por la pasarela traicionera. Ahora abrió su consciencia y permitió a la Fuerza fluir a través de él, pintando una imagen perfecta de todo su alrededor.

Las cuatro figuras esperándoles en la plataforma estaban armadas con blásters y vibro-armas. Las dos junto al speeder —un hombre bajo, fornido, cuyos brazos y cuello estaban cubiertos por tatuajes verdes y morados y una mujer chiss— también estaban armados. Más alarmantemente, la chiss parecía estar ocultando algo en su mano.

Incluso sin darse la vuelta, su consciencia aumentada le permitió ver al *Nuevo Amanecer* descansando en la plataforma de aterrizaje tras él. Alrededor de la circunferencia del pilar, justo bajo el borde y cuidadosamente oculto de la vista, percibió algo explosivo. Supuso que lo que la chiss sostenía en su mano era un detonador remoto.

Johun asimiló cada detalle de la escena en un parpadeo. Incluso así, no fue lo suficientemente rápido para salvar al *Nuevo Amanecer* o a su tripulación. La chiss golpeó el interruptor en su mano, y las cargas conectadas alrededor de la plataforma de aterrizaje explotaron. La explosión desgarró el exterior de la nave, dejando grandes agujeros humeantes en su casco sin armadura. Los fragmentos de escombros destrozaron al piloto y al navegador del interior, matándolos al instante.

La mitad superior de la columna de piedra de la plataforma de aterrizaje se derrumbó, mandando al *Nuevo Amanecer* tambaleándose hacia abajo. Rebotó en la roca destrozada

de la cara del pilar y entonces golpeó el agua con un golpe que hizo eco, mandando un espray de espuma disparado hacia arriba; se hundió casi al instante bajo la superficie fría y espumosa.

Mientras caía la plataforma de aterrizaje, la pasarela de duracero se desplomó y se dobló, mandando a Valorum derrumbándose por el borde. Fortalecido por la Fuerza, Johun saltó hacia delante y aterrizó sobre su estómago, con su brazo disparándose por el borde para coger a Valorum por la punta de su capa un instante antes de que cayera a su muerte. El Canciller se quedó ahí colgado un segundo antes de que Johun lo levantara con una mano, balanceándolo por la capa para que cayera a salvo en la pasarela inclinada junto al Jedi.

Johun encendió la hoja verde de su sable láser justo a tiempo para reflejar un rayo bláster disparado hacia él por la mujer en la plataforma, entonces saltó sobre sus pies para enfrentarse a sus atacantes. Ellos vacilaron al ver su arma distintiva, considerando sus oportunidades contra un Jedi.

Su retraso le dio a Johun una oportunidad de evaluar la situación. Retirarse era imposible: la sección de la pasarela de duracero en la que estaban ahora sobresalía en un ángulo descendiente desde la plataforma donde sus enemigos se reunían; el otro extremo había sido desgarrado y ahora llevaba al cielo vacío. La única escapatoria era ir hacia delante, hacia los riscos, incluso si eso significaba pasar a través de sus enemigos.

—¡No se mueva! —gritó a Valorum mientras saltaba hacia delante, aterrizando en la plataforma incluso mientras la mujer y ambos hombres desenvainaban sus vibroespadas y atacaban. Sólo el twi’lek se quedó atrás.

Los tres llevaban armas aleadas con cortosis, permitiendo que sus espadas chocaran con el sable láser de Johun sin ser partidas en dos. Sólo le llevó el primer pase para darse cuenta de que cada uno de ellos era un oponente altamente habilidoso. Reflejando un rápido corte con intención de destriparle por parte del primer hombre, Johun rodó para interceptar un fuerte barrido hacia su cuello por parte de la mujer. Dio una patada giratoria a su lado, mandándola hacia atrás incluso mientras alcanzaba la parte trasera de su espalda con su sable láser para bloquear un salvaje empujón por parte del tercer hombre en su flanco desprotegido.

El entrenamiento de Johun en el combate con sable láser estaba limitado a los golpes y bloqueos de la Forma VI, Niman, el más equilibrado de todos los estilos. Coloquialmente conocida como la Forma Diplomática, el Niman no tenía fuerzas o debilidades específicas. Su versatilidad general le había servido bien durante las impredecibles grandes melés de los campos de batalla de Ruusan. Pero durante la pasada década había hecho sólo sus esfuerzos más básicos para mantener su habilidad con la espada. En su lugar había centrado su atención en desarrollar talentos diplomáticos. Aún así todavía era un Jedi, y un enemigo formidable para cualquiera que se le enfrentara.

Podía estar superado en número, pero sus enemigos atacaban como individuos, incapaces de coordinar el momento de sus golpes. La mujer recuperó su equilibrio y se precipitó hacia dentro, pero Johun giró a un lado y la empujó hacia el primer hombre. Su

impulso la mandó chocando con su compañero, ambos tambaleándose hacia el suelo en un desastre enredado de extremidades.

Sabiendo que los otros dos estaban momentáneamente incapacitados, centró toda su atención en el segundo hombre. Atacando como un trío, habían forzado a Johun hacia la defensiva. En un uno a uno, sin embargo, era capaz de pasar a la acción. Llegó a su único oponente de forma agresiva, sin contenerse, sabiendo que estaba luchando para salvarse no sólo a sí mismo sino al Canciller, también. Su espada bailó y siseó, moviéndose demasiado rápidamente para que el ojo la siguiera.

El hombre cayó atrás bajo el más alto, bloqueando frenéticamente los golpes y retirándose hasta que sintió sus talones colgando por el borde de la plataforma. En desesperación se lanzó hacia delante con una puñalada torpe hacia el pecho de Johun. El Jedi simplemente golpeó con su espada hacia un lado y acabó con la vida del asesino con un simple corte de sable láser por su pecho.

Los otros dos estaban de nuevo en pie ahora. La mujer se abalanzó hacia él incesantemente una vez más. Esta vez Johun mantuvo su posición, agachándose bajo el amplio arco, plano de su hoja barriendo desde un lateral. Él extendió el brazo con su mano izquierda y agarró su muñeca mientras rodaba sobre su espalda, usando el impulso de su propia carga contra ella. Tirando fuerte de su muñeca, se tambaleó hacia atrás y alzó ambos pies hacia arriba, plantándolos en medio de su estómago. Completó el movimiento pateando con ambas piernas, mandándola volando sobre el borde de la plataforma. Ella gritó de camino abajo, sus gritos acabando abruptamente cuando golpeó el agua y las rocas de debajo.

Johun ya estaba de nuevo en pie, preparándose para el ataque del primer hombre. Pero en lugar de enfrentarse a él sólo, su adversario restante se giró para huir, corriendo hacia la pasarela que llevaba desde la plataforma de vuelta a la costa.

Pasó por delante del twi'lek corriendo por su vida, entonces se detuvo como si su cuerpo se hubiera vuelto rígido y sus manos volaron hacia su garganta. Él se giró lentamente de forma que estaba mirando a Johun agarrando la apertura sangrienta justo bajo su mandíbula mientras se inclinaba hacia delante y caía de boca sobre la plataforma.

Ocurrió tan rápido que a Johun le llevó un momento registrarlo. Entonces se dio cuenta de las pequeñas espadas de hoja curva amarradas a ambas manos del twi'lek. Parecían como hoces en miniatura; la de su mano izquierda era de un plateado brillante, la de su derecha goteaba de rojo.

La chiss y el hombre tatuado habían estado abriéndose paso hacia la plataforma para unirse a la batalla. Al ver al twi'lek cortar a su cómplice escapando, abruptamente lo reconsideraron. Enfrentarse a un Caballero Jedi iracundo y a un aliado que les mataría si intentaban huir de la confrontación en la plataforma, hicieron la única elección lógica y corrieron de vuelta hacia la pasarela hasta su vehículo en espera. Subiéndose encendieron los motores y aceleraron, sin querer formar parte de un plan que había ido tan mal.

Caminando sobre el cuerpo aún jadeante del cómplice que acababa de matar, el twi'lek se agachó en una postura de combate. No parecía saber o importarle que los otros

le hubieran abandonado. Sus lekku colgaban tras él como colas gemelas, las puntas retorciéndose y doblándose de anticipación.

—Siempre he querido probar mis habilidades contra un Jedi, —dijo él, lanzando el desafío.

Johun estaba más que dispuesto a aceptar. Saltó hacia delante, moviéndose con la velocidad cegadora de la Fuerza mientras apuñalaba con su sable láser directamente al pecho del twi'lek para poner un final rápido a su enfrentamiento. Con una gracia casi casual, el twi'lek de piel roja meramente se inclinó hacia atrás y giró fuera del camino, cortando con las extrañas espadas curvadas hacia la garganta de Johun.

El Jedi giró su cuerpo en el último segundo, evitando la primera hoja completamente, pero cogiendo la otra con la carne de su hombro derecho. Cortó profundo en el músculo, haciendo salir un gruñido de dolor de Johun.

Retrocedió para ver al twi'lek agachado de la misma forma, sosteniendo las espadas curvas y alzándolas enfrente de él como un boxeador. Johun se aproximó con más cuidado esta vez, reconociendo que su oponente era mucho más peligroso que los otros tres juntos.

Utilizando tajos cortos y cortes rápidos, probó las defensas de su enemigo con su sable láser, tratando de aprender los patrones y ritmos de las extrañas armas de su enemigo. El twi'lek desvió cada golpe hacia un lado con una facilidad desdeñosa, alternando manos para poder dejar siempre una de las curvadas arriba en una posición defensiva.

Las armas inusuales sacrificaban el alcance por la velocidad y la maniobrabilidad, se dio cuenta Johun. Era vulnerable si dejaba al twi'lek acercarse, pero si podía mantenerlo a distancia tenía la ventaja. El twi'lek parecía darse cuenta de esto también, y empezó a moverse lentamente.

Johun trató de forzarle a retroceder con una secuencia de ataques agresivos, pero era incapaz de penetrar las defensas del twi'lek. No importaba lo que intentara, su enemigo siempre era capaz de mantener al menos una de las hojas curvas atrás para bloquear sus golpes.

Frustrado, Johun se extendió en uno de sus golpes, llevando el sable láser a una fracción de centímetro demasiado alto y amplio y poniendo demasiado peso en su pie delantero. El error casi resultó fatal.

El twi'lek apartó la espada de Johun hacia un lado y dio un paso adelante, acortando la distancia entre ellos a menos de un metro mientras se deslizaba dentro del arco del alcance efectivo del sable láser. La hoz de su mano izquierda cortó hacia abajo con un golpe alto vertical mientras la de su derecha daba un tajo bajo horizontal. Johun fue capaz de retroceder y evitar los golpes iniciales, pero no tuvo tanta suerte cuando su oponente invirtió su ataque, permitiendo que las hojas curvas trazaran de nuevo sus caminos originales en dirección opuesta.

Una de las espadas cortó hacia arriba, abriendo una herida en la mejilla de Johun y fallando por poco su ojo. La otra dejó un largo corte, superficial sobre el lateral izquierdo de las costillas del Jedi, doloroso pero no debilitante.

Su enemigo estaba demasiado cerca para que Johun utilizara su sable láser para aguantar eficientemente; todo lo que podía hacer era cornear con su cabeza, haciendo que su ceño golpeara con fuerza la cara del twi'lek. Hubo un crujido húmedo mientras el cartílago de la nariz de su enemigo se aplastaba bajo el impacto. El twi'lek se tambaleó hacia atrás, entonces se colocó de nuevo en su postura de lucha agachado. La sangre caía libremente de sus fosas nasales, el flujo carmesí oscuro visible incluso contra su complexión roja brillante.

Johun trató de reunir la Fuerza para lanzar a su oponente fuera del borde de la plataforma. Pero reunir la Fuerza requería concentración, y por una fracción de instante llevó su concentración fuera de la batalla. Su enemigo percibió su lapsus momentáneo y saltó hacia delante, las hoces grabando arcos mortales semicirculares por el aire.

Johun se lanzó hacia atrás en el último instante, el poder que había acumulado desapareciendo sin daños mientras iba en retirada para evitar el asalto mortal. Cayendo bajo hasta el suelo, trató de barrer los pies por debajo del twi'lek. Su oponente anticipó el movimiento y saltó ágilmente sobre su pie extendido, alzando su rodilla para golpear directamente en la mandíbula de Johun.

Viendo las estrellas, Johun rodó para alejarse, evitando por poco la decapitación, mientras las espadas curvas barrían de nuevo. Recuperó el pie y dio un barrido salvaje hacia su oponente. Esquivando el golpe, el twi'lek se acercó, y Johun fue forzado a ceder terreno de nuevo para sobrevivir a otra serie de ataques relámpago.

El twi'lek presionó el ataque permaneciendo lo suficientemente cerca de Johun que las únicas opciones del Jedi eran bloqueos y paradas. Moviéndose rápidamente de lado a lado, cortó los caminos de retirada de Johun, lentamente haciéndole retroceder hasta que estaba en equilibrio en el borde de la plataforma.

Johun sabía que no podía derrotar al twi'lek. Su oponente era más rápido, sus habilidades aumentadas por años de intenso entrenamiento. Podía continuar luchando, pero el resultado era inevitable, iba a morir en esta plataforma. No podía escapar de su destino, aunque podía sacrificarse a sí mismo para salvar al Canciller.

No existe la muerte; sólo existe la Fuerza.

El twi'lek se había preparado para un contraataque desesperado, esperando que Johun tratara de luchar para salir del borde de la plataforma. En su lugar el Jedi dejó caer su arma y ambas manos dispararon hacia delante para agarrar firmemente la parte delantera de la camiseta de su oponente. La empuñadura del sable láser de Johun se tambaleó en la superficie de duracero de la plataforma, la hoja extinguida en el momento que cayó de su mano.

El movimiento inesperado cogió al twi'lek completamente fuera de guardia, y vaciló durante medio segundo antes de que sus ojos se abrieran lo suficiente con miedo y

comienzos de comprensión. Cortó frenéticamente hacia las muñecas y antebrazos de Johun, haciendo heridas profundas en la carne. Pero el agarre del Jedi nunca flaqueó.

Con sus talones ya colgando sobre el precipicio, Johun simplemente tenía que dejarse caer hacia atrás, arrastrando a su enemigo con él. El twi'lek gritó mientras caían hacia las rocas mortales que se alzaban desde las olas a cincuenta metros abajo; Johun no sintió nada salvo una serena paz interior.

Parecieron caer durante una eternidad, el mundo moviéndose a cámara lenta mientras Johun se rendía a sí mismo por completo al poder de la Fuerza. Fluía a través de él, más fuerte de lo que la había sentido antes. Un instante antes de que golpearan el agua miró a los ojos aterrorizados de su enemigo y sonrió. Nunca se había sentido más en paz de lo que lo hizo en ese momento.

Caer desde cincuenta metros hacia el océano no era como saltar a una piscina; la tensión superficial del agua les golpeó con el impacto de un martillo hidráulico. Durante la caída se habían girado ligeramente, así que el impacto cogió a Johun por el lado derecho. Sintió sus costillas romperse, y entonces un choque frío mientras las aguas heladas les envolvían.

Le llevó a Johun varios segundos darse cuenta de que no estaba muerto. Incluso sin darle a las rocas, una caída desde esa altura debería haber sido letal. Sin embargo de algún modo había sobrevivido, aunque ahora estaba hundiéndose rápidamente en las profundidades furiosas del océano. *La Fuerza*, pensó asombrado. Se había cedido a su poder durante la caída; a cambio le había salvado la vida.

Se dio cuenta de que aún se estaba agarrando con firmeza a la parte delantera de la camiseta del twi'lek. A través de las aguas turbias podía ver la cabeza de su oponente inclinándose hacia un lado en un ángulo poco natural, su cuello roto cuando habían golpeado la superficie firme del océano.

Soltando su agarre nadó hacia la superficie, tirando con poderosos golpes. Justo mientras sus pulmones amenazaban con colapsar, emergió, jadeando y tragando enormes tragos de aire. Las vigas que apoyaban la plataforma se alzaban fuera de las aguas ante él, sólo a un par de metros de distancia. Pateó con sus piernas y extendió los brazos para agarrar el duracero resbaladizo y húmedo con las manos ya adormeciéndose en las frías aguas, entonces empezó el lento ascenso de vuelta a la cima.

La sangre salía libremente de los cortes de sus antebrazos. Pero aunque las heridas eran profundas, no habían golpeado ningún nervio o tendón críticos, y fue capaz de utilizar sus manos para ayudarse mientras trepaba por las vigas.

Había alcanzado el punto medio cuando se detuvo para descansar, estremeciéndose ante el viento. Una voz llamó su nombre; mirando hacia arriba, vio la cara del Canciller Valorum mirando abajo hacia él. Sabiendo que necesitaría ahorrar aliento para el resto del ascenso, Johun sólo respondió con un débil saludo de aceptación.

A medio metro de la cima el brazo de Valorum se extendió hacia abajo sobre el borde para agarrar el suyo. El Jedi exhausto estaba agradecido por la ayuda mientras el Canciller le ayudaba a trepar arriba y de vuelta hacia la seguridad de la plataforma. Johun

trató de ponerse en pie, pero sus extremidades le traicionaron. Todo lo que pudo intentar fue rodar sobre su espalda y mirar arriba al cielo, jadeando y suspirando mientras trataba de recuperar el aliento.

—Has salvado mi vida, —dijo el Canciller, sentándose junto a él para esperar a que el Jedi se recuperara de su hazaña—. Nunca podré pagarte por lo que has hecho, pero si hay algo que quieras de mí simplemente pídelo.

—Hay una cosa. —Jadeó Johun desde su espalda, aún demasiado cansado para siquiera intentar sentarse—. Contrata un kriffido equipo de seguridad.

13

Zannah se abrió paso lentamente a través de la plaza del mercado de Carannia, comprando suministros para reemplazar aquellos que Bane había destruido inadvertidamente. Sólo había pasado una semana desde que estuvo aquí por última vez, pero en ese corto tiempo una gran cantidad de cosas había cambiado.

Kel estaba muerto, para empezar. La HoloRed estaba zumbando con las noticias del intento fallido de secuestrar al Canciller Valorum, y todos los registros hacían mención específica al twi'lek de piel roja y a su fin a manos del Caballero Jedi llamado Johun Othone.

Tres de los otros del pequeño grupo estaban muertos también, aunque los informes indicaban que dos de los terroristas habían huido de la escena. Por las descripciones dadas era obvio para Zannah que Paak y Cyndra eran los dos fugitivos supervivientes.

El ataque había impulsado una condena inmediata por parte del Senado y el resto de la República. Más importante, los Condes de Serenno habían prometido una acción rápida y decisiva para acabar con las organizaciones separatistas que plagaban su mundo justo. Basándose en las enormes recompensas que se ofrecían por la información que llevaba a la captura de aquellos involucrados en el ataque, parecía que los nobles pretendían mantener su promesa.

Incluso si Kel y sus amigos hubieran tenido éxito, se dio cuenta ahora Zannah, la reacción de los Condes habría sido la misma. En la secuela de la violencia, los cuerpos de varios miembros de bienvenida del Conde Nalju fueron descubiertos cerca del lugar de aterrizaje. Habían sido mandados para recibir al Canciller Valorum en su llegada, sólo para ser asesinados por los radicales que habían preparado la emboscada.

Las muertes de varios seguidores con antigüedad era una gran tragedia para la Casa Nalju, pero palidecía en comparación al horror que provocaba el propio ataque. El Conde personalmente había avalado la visita del Canciller; un asalto a su estimado invitado era un insulto al honor de su familia, y un crimen equivalente a atacar al propio Conde. Siempre dispuestas a proteger a los suyos, las otras Grandes Casas se habían reunido en apoyo del grito de Nalju, jurando cazar y exterminar a los responsables de esta atrocidad.

No cabía duda de que Darth Bane había previsto este resultado. Durante los siguientes años los ojos de la República estarían concentrados intensamente en Serenno y sus campañas para acabar con los elementos separatistas que se habían infiltrado en su cultura.

—No te muevas —susurró una voz femenina familiar en su oído, y Zannah sintió el cañón de un bláster presionando con fuerza en la carne de la parte inferior de su espalda.

—Estoy sorprendida de que te atrevas a mostrar tu cara en público, —susurró Zannah sin girarse para encarar a la chiss que estaba en pie cerca de ella—. Se ofrece un montón de créditos por tu cabeza.

—Gracias a ti, —respondió Cyndra, empujándola dolorosamente con el arma—. Ahora empieza a andar. Lentamente.

Había una docena de formas en las que Zannah podía girar las tornas con Cyndra, pero cada una de ellas involucraba un despliegue de poder del lado oscuro que no estaba dispuesta a hacer en la plaza del mercado abarrotada. Así que hizo lo que se le ordenó, abriéndose paso junto a los puestos de vendedores mientras esperaba al momento oportuno para hacer su movimiento. Cyndra le seguía de cerca, presionando de cerca contra ella para esconder el bláster en la espalda de Zannah con su propio cuerpo.

—¿Dónde me llevas? —le preguntó Zannah.

—Vamos a ver a Hetton, —gruñó Cyndra—. Tiene algunas preguntas para ti.

Qué conveniente, pensó Zannah. *Yo tengo algunas preguntas para él, también*.

Cyndra la llevó bajando por un callejón estrecho que se alejaba de la plaza del mercado hacia una calle lateral desierta.

—Quédate tranquila o disparo —advirtió a Zannah, entonces sacó un comunicador de su cinturón—. La tengo, —dijo ella—. Ven a recogernos.

En menos de un minuto un speeder se balanceó hacia abajo para aterrizar al otro lado de la calle. Zannah no estaba sorprendida de ver a Paak sentado en el asiento del piloto. Saltó fuera mientras la chiss marchaba con su prisionera sobre el vehículo.

—Te dije que volvería, —dijo a su compañera.

—Sólo busca si tiene armas, —respondió ella.

Paak miró lascivamente a Zannah mientras fuertemente la toqueteaba.

—¿Qué tenemos aquí? —exclamó él, descubriendo su única arma y sosteniéndola arriba para inspeccionarla.

La empuñadura del sable láser de Zannah era ligeramente más larga de lo normal para acomodar los cristales gemelos que requería para alimentar las hojas que se extendían a cada extremo. Sin embargo, mientras que las armas de doble hoja más tradicionales tenían hojas que medían cada uno un metro y medio o más, las del sable láser de Zannah eran ligeramente inferiores a un metro de longitud. Esta diferencia pequeña pero significativa era crítica para la forma en la que utilizaba su arma…

—Las hojas más pequeñas te dan mayor velocidad y maniobrabilidad, —le explicó su Maestro mientras la Zannah de catorce años giraba su recién construido sable láser en su mano izquierda, centrándose en dominar el sentido de su equilibrio y peso únicos.

—Agarra la empuñadura ligeramente entre tus dedos. Controla el arma con tu muñeca y mano más que con los músculos de tu brazo. Sacrificarás el alcance y la ventaja, pero serás capaz de crear un escudo de defensa impenetrable.

—La defensa no masacrará a mi enemigo, —denotó Zannah, suavemente transfiriendo las hojas carmesís giratorias de su mano izquierda a la derecha y de nuevo otra vez.

—Careces de la fuerza física que se requiere para los golpes poderosos de ataque del Djem So u otras formas agresivas —explicó su Maestro—. Debes confiar en la rapidez, astucia y, más que nada, la paciencia para superar a tus enemigos.

Él encendió su propio sable láser e hizo un balanceo largo, ondulado en su dirección. Zannah interceptó el golpe con su propia arma, fácilmente reflejándolo hacia un lado.

—La forma tres te permite bloquear los ataques entrantes con un esfuerzo mínimo, —le dijo él—. Tu oponente debe gastar una energía preciosa con cada golpe, lentamente cansándole mientras tú permaneces fresca y fuerte.

Bane agarró la empuñadura curvada de su propio sable láser con ambas manos y lo elevó alto sobre su cabeza, entonces lo llevó directamente hacia abajo en un golpe feroz. Utilizando las técnicas que le había hecho practicar durante dos horas cada día durante el pasado año, Zannah encontró la espada de su Maestro con la suya propia. Si hubiera tratado de encontrarse de pleno con ella, la fuerza de su ataque habría bajado su propia arma y le habría dado, o habría hecho caer su sable láser de su mano. En su lugar ella agarró su espada con un contacto oblicuo, desviándolo para que continuara su arco hacia abajo en un ángulo, pasando sin dañarla a un par de centímetros de su hombro.

—Bien —dijo Bane con aprobación, terminando otro barrido pesado—. No bloquees. Desvía. Espera a que los oponentes se cansen o se frustren. Déjales cometer un error, entonces agarra la apertura y házselo pagar.

Para ilustrar su punto Bane hizo un barrido salvaje que ella fácilmente cogió. El impulso de su balanceo le hizo inclinarse demasiado hacia delante, exponiendo su hombro y su espalda a su contraataque. Con un giro de su muñeca Zannah dirigió su propia arma contra la apertura. Ella dio un golpe directo, con una de sus espadas gemelas trazando un corte de diez centímetros en su hombro que le habría cortado el brazo a otro oponente.

En el caso de Bane, sin embargo, la hoja sólo cortó a través de la ropa de su camiseta y dejó una pequeña marca calcinada en el caparazón impregnable del orbalisko de debajo.

—¡Estás muerto! —exclamó ella triunfante, todavía girando su espada para que nunca perdiera el impulso.

Bane asintió en aprobación. Pero era pronto, y la lección del día sólo acababa de empezar.

—De nuevo, —ordenó él en la voz severa de capataz que siempre utilizaba durante sus sesiones de entrenamiento y práctica…

—¿Qué es esto? ¿Un sable láser? —Murmuró Paak, girando la empuñadura sobre sus manos—. ¿De dónde has cogido esto? ¿Lo robaste de un Jedi o algo?

Zannah ni se molestó en contestar. No había nadie más a la vista; los tres estaban solos en la calle desierta. Ella podía haber terminado fácilmente con sus vidas justo ahí y escapar. Pero habían dicho que la llevarían ante Hetton, y ella estaba más que ansiosa por conocer al fundador del Frente de Liberación Anti-República.

—Hetton va a estar muy interesado en esto, —señaló él—. Muy, muy interesado.

—Vamos. Movámonos —le dijo Cyndra—. No quiero hacer esperar a Hetton. Ya está lo suficientemente enfadado con nosotros.

Paak lanzó el sable láser al asiento de pasajeros de delante, entonces saltó a la silla del piloto.

—Ponte atrás, —ordenó Cyndra a Zannah, moviendo el morro del bláster de forma amenazadora.

Ella hizo lo que le decía, y un segundo después Cyndra subió junto a ella, todavía manteniendo su arma apuntada a Zannah. El speeder se elevó del suelo, lanzándoles a través de la ciudad y fuera hacia la campiña de más allá.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó Zannah.

—Cierra tu kriffida boca, —respondió Cyndra—. Tendrás cantidad de tiempo para hablar cuando le expliques a Hetton por qué nos traicionaste.

—Kel siempre fue un inocente ante una cara bonita —dijo Paak, mirando atrás hacia ella sobre su hombro—. Siempre supe que sería su muerte. Si hubiera sido listo se habría pegado a ti, Cyndra.

Los ojos de Cyndra se cerraron enfadada.

—Cállate y conduce Paak.

—¿Tú y Kel? —dijo Zannah, legítimamente sorprendida—. Lo siento. No lo sabía.

—Ni tampoco Cyndra, —dijo Paak con una risa—. Al menos no hasta que te mostraste en nuestra reunión. Ella quería matarte justo allí. Suerte para ti que ella sea una profesional.

El resto del viaje pasó en silencio mientras se abrían paso más y más lejos de la ciudad. Pronto pasaron a los estados rurales de las familias nobles, confirmando la sospecha de Zannah de que Hetton era un miembro de una poderosa casa de Serenno. Ella se preguntaba qué le ocurriría ahora que el clima político de Carannia se había vuelto tan fuertemente en contra de los separatistas.

El speeder continuó, pasando sobre jardines de rosas espléndidos que se extendían por acres, la irrigación provista por las exquisitas fuentes mientras ejércitos de personal recortaban y podaban cada flor individual en un estado perfecto, prístino.

Una enorme mansión se alzaba en la distancia; en realidad parecía más un castillo que una casa. La bandera que ondeaba de una de las muchas torres era de un rojo brillante, blasonada con una única estrella dorada de ocho puntas. Zannah sospechaba que derivaba de la estrella de cinco puntas de la Gran Casa Demici. Aparentemente la familia de Hetton tenía relaciones distantes con los Demicis que se habían ganado el derecho de crear su propia variación del blasón familiar.

Cuando aterrizaron se encontraron con seis guardias vestidos con largas túnicas rojas. Cada uno llevaba un casco que cubría por completo la cabeza y la cara, y todos llevaban picas de fuerza. Los bastones de metro y medio de largo estaban equipados con módulos aturdidores en la punta, capaces de descargar una corriente eléctrica para aturdir o incapacitar oponentes… o incluso matar si se ponía a una potencia lo suficientemente alta. Ella reconoció el arma exótica de las enseñanzas de Bane; había sido una favorita de los Asesinos Sombra Umbarianos, aunque los miembros del grupo habían pasado a la clandestinidad tras la caída de la Hermandad de Kaan.

—Sal, —exigió Cyndra, haciendo un gesto de nuevo con su bláster. Una pequeña parte de Zannah sentía lástima por la chiss, Kel la había utilizado y la había echado a un lado, mientras que otra parte se resentía de su rival romántica de piel azul. Pero ella no iba a dejar que ninguna emoción afectara sus pensamientos o acciones de ninguna manera significante.

Ella hizo lo que le decían, saliendo del vehículo y sometiéndose a otra búsqueda por uno de los guardias con túnica roja antes de alzar sus manos pasivamente ante ella y permitirles ponerle un par de esposas en sus muñecas. Sólo entonces Cyndra finalmente apartó su bláster, metiéndolo en su cinturón y agarrando a Zannah por el brazo para tirar de ella tras Paak y los guardias.

La procesión se abrió paso a través de un alto arco y hacia la sala delineada de mármol de más allá. Las pinturas y esculturas delineaban las paredes, obras de arte holográficas flotantes flotaban cerca del techo. El despliegue de riquezas habría impresionado o incluso intimidado a la mayoría de visitantes, sospechaba Zannah. Ella, sin embargo, vio la colección como nada salvo un desperdicio de inversiones que podría haberse gastado mejor en otra parte.

La mansión era enorme, y les llevó cinco minutos completos pasar desde la plataforma de aterrizaje del speeder hasta la cámara de recepción donde Hetton les esperaba. Zannah sabía que estaban cerca de su destino cuando se detuvieron ante un par de puertas elevadas, cerradas y bloqueando su progreso. Dos de los guardias caminaron hacia delante, uno en cada puerta y empujaron para abrirlas.

La habitación del otro lado era de treinta metros de largo y veinte metros de ancho. Como en la entrada, las paredes estaban delineadas con arte, y una larga alfombra roja llevaba a una pequeña escalera y una tarima elevada en el otro extremo. La habitación carecía de muebles salvo por una gran silla en la parte superior de la tarima, aunque Zannah pensaba que podría describirse mejor como un trono.

Sentado allí, flanqueado por dos más de los guardias de túnica roja, había un hombre que sólo podía ser el propio Hetton. Era pequeño de estatura, y más mayor de lo que había sospechado; parecía estar en sus cincuenta tardíos. Ella había esperado que estuviera ataviado en los colores de su casa, pero en su lugar llevaba unos pantalones negros, una camiseta negra, botas negras, y guantes negros. Cuerdas carmesí ataban la parte superior de sus botas y los puños de sus guantes. Una capa con capucha, también negra con un corte carmesí, estaba envuelta sobre sus hombros, aunque la capucha estaba hacia atrás para revelar su cara.

Tenía bastante pelo gris, muy corto. Tenía una nariz larga, puntiaguda, y sus ojos azules pálidos parecían pequeños y demasiado juntos. Había una cruel inclinación en sus labios finos que le hacían casi parecer como si se estuviera riendo. Mientras entraban, se inclinó hacia delante en su asiento y agarró los brazos de su trono descomunal; parecía encorvado, siniestro.

Aunque no era convencionalmente atractivo o físicamente imponente, había un aire innegable de importancia en él. Zannah sospechaba que era una confianza natural nacida

en la riqueza y el privilegio, pero mientras le hacían ir bajo la alfombra roja hacia él, se dio cuenta de que era algo aún más impresionante: ¡Hetton radiaba con el poder del lado oscuro!

Ellos se aproximaron hasta que estuvieron a diez metros de las escaleras que llevaban hasta el asiento de Hetton, entonces se detuvieron a una señal de uno de los guardias que flanqueaban el trono. Sus escoltas se hicieron a un lado, dejando a Zannah, Paak, y a Cyndra solos ante Hetton.

—¿Y quién eres tú, querida? —preguntó Hetton, sus palabras agudas y entrecortadas mientras hacían eco finamente en las paredes de la gran habitación.

—Me llamo Rainah, —respondió Zannah—. Soy… era… una amiga de Kel.

—Por supuesto, —dijo Hetton con una sonrisa de superioridad—. Kelad'den tenía muchas amigas.

—¡Ella es la que nos traicionó a la República! —dijo Cyndra enfadada, agitando a la todavía esposada Zannah por el codo mientras hablaba.

—Yo no traicioné a nadie, —protestó Zannah, parándose para conseguir tiempo mientras trataba de medir el poder de Hetton.

Durante la guerra entre la Hermandad de la Oscuridad y el Ejército de la Luz, ambos bandos habían buscado activamente reclutar a aquellos con poder en sus filas. Pero habría sido una cuestión bastante simple para una familia tan obviamente rica y poderosa como la de Hetton escudar a uno de los suyos tanto de los Jedi como de los Sith.

—Conocías cada detalle de nuestro plan, —insistió Cyndra—. ¿Quién más podría haber sido?

—Tú y Paak parecéis haber sobrevivido de algún modo, —señaló Zannah, dejando que la acusación silenciosa colgara en el aire mientras continuaba su sutil sondeo a Hetton.

—¡Yo no soy una traidora! —gritó enfadada la chiss.

—Calma, Cyndra, —dijo Hetton, entretenido de forma sarcástica ante su arrebato—. El Canciller Valorum tenía un Caballero Jedi con él. Vuestra misión estaba condenada al fracaso desde el principio.

—E incluso si hubierais tenido éxito, —añadió, su voz cayendo a un susurro bajo y peligroso—, aún así, habríais traído la ira de las Grandes Casas contra nosotros.

—¿En qué estabais pensando? —exigió él con un grito repentino que hizo que tanto Paak como Cyndra saltaran. Zannah podía sentir el aire crujir mientras el pequeño hombre llamaba a la Fuerza, reuniendo las energías del lado oscuro. Su poder era innegable, aún así, ella sentía que sus habilidades no serían rival para las de ella.

—¡Hetton, espere! —gritó Paak, percibiendo el peligro en el que estaban—. Tenemos algo para usted.

Él alzó el sable láser de Zannah, moviéndolo sobre su cabeza para estar seguro de que Hetton lo veía. El efecto fue inmediato e instantáneo; el poder en construcción del lado oscuro se desvaneció mientras Hetton se quedó helado, sus ojos fijos en la empuñadura.

Tras un momento pareció recuperar su compostura y se sentó de nuevo, haciendo señas para que uno de sus guardias le llevara el tesoro.

Cuando fue puesto en su mano lo estudió cuidadosamente durante todo un minuto antes de ponerlo reverentemente en su regazo.

—¿Dónde encontrasteis esto? —preguntó suavemente, aunque había una corriente peligrosa en su voz.

—En ella —dijo Paak—. Ella no nos habría dicho cómo lo consiguió.

—¿Eso es un hecho? —Murmuró Hetton, de repente mirando a Zannah con un interés renovado, haciendo pasar los dedos de una mano entretenido por la empuñadura del sable láser—. Estaría más que interesado en saber cómo ha adquirido este espécimen en particular.

—Deme cinco minutos a solas con ella —dijo Cyndra—. La haré hablar.

Zannah decidió que el juego ya se había alargado demasiado. Habría sido una cuestión simple captar de vuelta al sable láser hasta sus manos atadas utilizando la Fuerza, pero tenía otras armas a su disposición…

—La Fuerza se manifiesta en muchas formas diferentes, —le dijo Darth Bane—. Cada individuo tiene fuerzas y debilidades… talentos en los que destacan y otros que les son más difíciles.

La Zannah de doce años asintió. Varios meses antes, Bane había desbloqueado un nuevo banco de datos de información en el Holocrón de Freedon Nadd. Aunque no le diría lo que había descubierto, había añadido un nuevo elemento a su entrenamiento poco después de su descubrimiento. Cada dos o tres días él la hacía pasar por una serie de pruebas y desafíos rigurosos diseñados para evaluar su comando de diferentes aspectos de la Fuerza.

Hasta hoy, él se había negado a discutir los resultados de sus experimentos con ella, y Zannah estaba empezando a temer que de algún modo le había fallado.

—Algunos poseen un poder elemental crudo; pueden desatar tormentas de rayos desde las puntas de sus dedos, o mover montañas con sus meros pensamientos. Otros están más dotados en las intrigas sutiles de la Fuerza, benditos con la habilidad de afectar las mentes de amigos y enemigos por igual a través de las artes de la persuasión o la meditación de batalla.

Él se detuvo y se fijó en ella con una larga mirada, como si considerara decir más.

—Unos raros pocos tienen una afinidad natural por el propio lado oscuro. Pueden sumergirse en las profundidades de la Fuerza e invocar energías arcanas para retorcer y envolver el mundo a su alrededor. Pueden invocar los antiguos rituales de los Sith; pueden conjurar poder y desatar terribles hechizos y magia oscura.

—¿Ese es mi don? —Preguntó Zannah, apenas capaz de contener su nerviosismo—. ¿Soy una hechicera Sith?

—Tienes el potencial, —le dijo Bane. Desde dentro de sus túnicas sacó un fino manuscrito forrado en cuero—. Ocultos dentro del Holocrón, descubrí una lista de

hechizos poderosos. Los transcribí en este tomo. Te ayudarán a concentrarte y canalizar tu poder para un máximo efecto… pero sólo si los estudias con cuidado.

—Lo haré, Maestro —prometió Zannah, sus ojos brillando mientras extendía el brazo para tomar el libro de sus manos.

—Mi habilidad para guiarte y enseñarte en los caminos de la brujería es limitada, —le advirtió Bane—. Mis talentos recaen en otra dirección. Para desatar todo tu potencial tendrás que hacer gran parte del estudio e investigación por tu cuenta. Será… peligroso.

El pensamiento de explorar los oscuros y peligrosos secretos de la brujería Sith sola la llenaban de temor, pero la oportunidad de alcanzar un poder más allá de las habilidades de la comprensión de su Maestro era una tentación que no podía resistir.

—No le decepcionaré, Maestro —juró ella, agarrando firmemente el tomo contra su pecho.

—Y si alguna vez tratas de usar uno de tus hechizos contra mí —añadió como precaución final Bane—, te destruiré.

Zannah agitó su codo para librarse del agarre de Cyndra y alzó sus manos esposadas ante su cara. Haciendo oscilar sus manos en un patrón complejo en el aire, se extendió con la Fuerza y se metió profundamente dentro de la mente de la mujer chiss para encontrar sus miedos más primarios, secretos. Enterrados en su subconsciente había horrores innombrables: abominaciones y criaturas de pesadilla que nunca debían ver la luz del día. Atrayendo el poder de la brujería Sith, Zannah tiró de ellos y los sacó a la vida uno a uno.

Todo el proceso llevó menos de un segundo. En ese tiempo Cyndra había desenfundado su arma, pero en lugar de apuntarla a Zannah de repente gritó y apuntó alto al aire sobre ella, disparando salvajemente a demonios conjurados por su propia mente que sólo ella podía ver.

Las ilusiones se volvían más reales y más aterradoras cuanto más continuaba el hechizo, pero Zannah no tenía intención de terminarlo aún. La chiss chillaba y lanzó su arma al suelo. Inclinó su cabeza salvajemente de lado a lado, cubriéndola con sus brazos y gritando «¡No!» una y otra vez antes de colapsar en el suelo. Sollozando y jadeando, ella se cerró en una pequeña bola, todavía murmurando «No, no, no…».

Todos los demás en la habitación estaban mirándola en horror y desconcierto. Algunos de los guardias dieron un paso atrás, con miedo de que pudieran de algún modo infectarse por su locura.

Zannah podía haber terminado entonces, desvaneciendo la ilusión y permitiendo a Cyndra caer inconsciente. Ella despertaría horas después con sólo la recolección más básica de lo que había ocurrido, su mente retrocediendo instintivamente de los recuerdos que había atestiguado. O Zannah podía presionar la ilusión aún más, llevando a su víctima al borde de la locura y más allá. Una imagen de la chiss románticamente entrelazada con Kel saltó hacia su mente, y Zannah presionó.

Los gritos de terror de Cyndra se volvieron aullidos animales mientras su cordura se desgarraba por las visiones espantosas. Sus manos se arañaban y agarraban sus propios

ojos, sacándoselos. La sangre caía de sus mejillas, pero incluso la ceguera no podía salvarla de las pesadillas que trepaban por lo que quedaba de su mente.

Sus aullidos se detuvieron mientras su cuerpo sufría un ataque; su boca echaba espuma mientras sus extremidades convulsionaban salvajemente en el suelo. Entonces, con un chillido final que helaba la sangre, cayó de repente bajo su propio peso y se quedó quieta. Su mente consciente completa e irrevocablemente destrozada, su cuerpo catatónico era ahora nada más que un cascarón vacío.

El cuerpo tembló una vez, y Zannah sabía que en alguna parte en el núcleo más profundo del subconsciente de Cyndra una pequeña parte todavía existía, silenciosamente gritando, atrapada para siempre en los horrores del interior de su propia mente.

Aunque todo el mundo había sido testigo del terrible y abominable fin de la chiss, Zannah era la única que sabía qué había pasado realmente. Aún así incluso ella no estaba del todo segura de lo que sus víctimas veían. Basándose en sus reacciones, imaginaba que probablemente era mejor no saberlo. Fríamente miró el cuerpo de Cyndra en el suelo, todavía temblando ocasionalmente, entonces miró arriba para ver a Hetton mirándola intensamente.

Ella se giró cuando escuchó a Paak gritándole desde el otro lado de la habitación.

—¡Tú hiciste esto! —señaló con un dedo acusador hacia ella—. ¡Detenedla o nos matará a todos! —gritó él.

Varios de los guardias dieron un paso hacia ella, sólo para retroceder ante un ligero agitar de cabeza de Hetton.

—Ella no está muerta —anunció Zannah—. Aunque lo que sea que quede de su mente seguro que ruega por morir.

La respuesta no hizo nada por calmar la histeria acumulada de Paak. Alcanzando su bota, sacó una pequeña vibroespada y se lanzó hacia Zannah con un grito.

El hechizo que había desatado sobre Cyndra era poderoso pero agotador. Zannah dudaba de que fuera capaz de efectuar una reacción similar en Paak antes de que corriera hacia ella con su hoja. Así que en lugar de la brujería, cambió hacia un modo más convencional de despacharlo.

Extendiendo sus manos esposadas, utilizó la Fuerza para atraer el sable láser del regazo de Hetton, mandándolo volando por la habitación hacia su palma en espera. Mientras las espadas se encendían ella partió sus ataduras casualmente con un simple pensamiento.

Paak había ido esperando ensartar a una prisionera indefensa; no estaba preparado para enfrentarse a una enemiga armada. Ella podía haberlo masacrado justo entonces, pero se dio cuenta de que Hetton todavía estaba sentado pasivamente en su asiento, observando la acción. Zannah decidió que le daría un espectáculo.

En lugar de decapitar a su oponente superado, ella simplemente jugó con él, girando y rodando el sable láser en patrones intricados, hipnóticos mientras fácilmente bloqueaba sus golpes torpes. Paak era un brabucón, todo músculo y nada de técnica, haciéndolo ridículamente simple para ella repeler sus ataques. Él llegó hacia ella tres veces,

macheteando y cortando mientras trataba de darle. Cada vez ella ágilmente saltaba a un lado y redirigía su espada con la suya propia, convirtiendo su combate en una danza donde ella definitivamente estaba liderando.

Tras tres pases fallidos, el hombre tatuado tiró su espada en frustración y corrió hacia el bláster caído de Cyndra. Tomó puntería y disparó dos veces desde un corto alcance, pero Zannah ni siquiera pestañeó.

Utilizando su alerta precognitiva de la Fuerza, fue fácilmente capaz de anticipar los disparos e interceptarlos con las hojas chisporroteantes carmesís de su sable láser. El primer rayo rebotó sin hacer daños en el techo; el segundo lo mandó de vuelta a Paak.

Le golpeó directamente entre los ojos, dejando un agujero humeante en su frente. Su cuerpo se puso rígido, luego se volcó hacia atrás.

Todavía girando su arma, Zannah se giró para encarar a Hetton de nuevo. No se había movido de su trono; ni había hecho ninguna señal a sus guardias. Mientras ella le miraba él se alzó lentamente en pie y caminó bajando las escaleras de la tarima hasta que estaba en pie sólo a un par de metros enfrente de ella. Entonces cayó de rodillas ante ella e inclinó su cabeza.

Con una voz temblorosa susurró.

—He estado esperando a alguien como tú toda mi vida.

14

Johun caminó a pasos largos y rápidos por los pasillos de los dormitorios del gran Templo Jedi. Pasó por vestíbulos y escaleras que llevaban a las diversas alas que habían sido construidas para albergar a los Caballeros Jedi y Padawans que escogían quedarse aquí en Coruscant, abriéndose camino hacia la base de la Espira del Alto Consejo y las cámaras privadas reservadas para los Maestros en residencia.

Él asintió de forma cortés a aquellos que le saludaban o le llamaban mientras marchaba enérgicamente junto a ellos, pero Johun no tenía tiempo para detenerse e intercambiar cumplidos. Había recibido una convocación de Valenthyne Farfalla inmediatamente tras aterrizar, y Johun tenía una muy buena idea de lo que su antiguo Maestro quería hablarle.

Cuando llegó a su destino, estuvo sorprendido de encontrar la puerta hacia los cuartos privados de Farfalla abierta, el Maestro Jedi se sentaba en un escritorio en el interior, sumergido en el estudio.

—¿Quería verme? —dijo Johun a modo de saludo, caminando dentro y cerrando la puerta tras él.

La habitación estaba decorada de forma muy similar a como lo había estado la cabina privada de Farfalla a bordo del *Viento Favorable*, la nave insignia de la ahora desbandada flota Jedi. El arte fino adornaba las paredes, y esterillas caras cubrían el suelo. En una esquina se asentaba la cama con dosel que representaba las fases clave del alzamiento de Valenthyne al rango de Maestro Jedi.

—Johun, —dijo Farfalla con una sorpresa apacible—. No esperaba verte tan pronto. —Él se giró en su asiento y se movió hacia una de las otras sillas en la habitación señalando que su invitado debía sentarse.

—Su convocación sonaba urgente, —respondió Johun. Desplegó sus pies y se irguió tenso, rechazando la oferta de una silla.

—Necesito hablar contigo, —dijo Farfalla con un suspiro cansado.

—¿Cómo mi amigo, mi Maestro, o como un representante del Consejo Jedi?

—Eso depende de lo que tengas que decir, —respondió Farfalla, siempre diplomático—. He oído que el Canciller Valorum pretende solicitar al Senado fondos para crear un monumento en memoria de Hoth y los otros Jedi que cayeron en Ruusan.

—No cabe duda de que cree que esto será un tributo adecuado para la gente que dio sus vidas para mantener a la República a salvo, —señaló Johun—. Un tributo que algunos dirían que hace tiempo que pasó de fecha.

Farfalla alzó una ceja.

—¿Entonces no tienes nada que ver con esta solicitud? ¿Valorum llegó a esta idea por su cuenta?

—Nunca dije *eso*, —respondió el Caballero Jedi. La verdad, como él y Valenthyne bien sabían, era que Valorum había aceptado hacer esto para mostrar su gratitud a Johun por salvarle durante el ataque en Serenno.

—Como sospechaba, —dijo el Maestro con otro suspiro—. El Consejo Jedi no aprueba esto, Johun. Lo ven como un acto de orgullo y arrogancia.

—¿Es arrogancia honrar a aquellos que hicieron el sacrificio definitivo? —preguntó Johun permaneciendo en calma. Era un Caballero Jedi ahora; el Padawan que habría perdido los estribos ante la más mínima provocación hacía tiempo que se había ido.

—Solicitar un monumento en memoria para honrar a tu antiguo Maestro muestra vanidad —explicó Farfalla—. Al elevar al hombre que te entrenó por primera vez, en efecto te elevas a ti mismo.

—Esto no es vanidad, Maestro, —explicó Johun pacientemente—. Un monumento en memoria en Ruusan servirá como un recordatorio de cómo cientos de seres marcharon de voluntad propia para enfrentarse a una muerte segura para que el resto de la galaxia viviera en paz. Será un símbolo poderoso para inspirar a otros.

—Los Jedi no necesitan símbolos para inspirarles —le recordó Farfalla.

—Pero el resto de la República sí —contraatacó Johun—. Los símbolos dan poder a las ideas, hablan a los corazones y mentes de las personas comunes, les ayudan a transformar los valores y creencias abstractos en realidad.

—Este monumento glorifica la victoria en Ruusan: una victoria que llegó no a través de la fuerza de nuestro ejército, sino a través del coraje, convicción, y sacrificio de Hoth y aquellos que perecieron con él. Servirá como un ejemplo resplandeciente para guiar a los ciudadanos de la República en sus pensamientos y acciones.

—Veo que la habilidad para la retorica de Valorum se te ha contagiado, —dijo Valenthyne con una sonrisa triste, reconociendo que no sería capaz de convencer a Johun de cambiar de postura.

—Fue usted el que escogió asignarme al lado del Canciller, —le recordó Johun—. Y he aprendido muchas cosas en mis años de servicio.

Farfalla se alzó de su asiento y empezó a caminar por la habitación.

—Tus argumentos son elocuentes, Johun. Pero seguro que sabes que no harán cambiar al Consejo Jedi.

—Este asunto recae fuera de la autoridad del Consejo, —le recordó Johun—. Si el Senado aprueba los fondos para la solicitud de Valorum, la construcción en Ruusan comenzará en este mes.

—El Senado nunca rechazará nada a Valorum. —Soltó Farfalla. Dejó de caminar y se giró hacia Johun—. ¿Y cuál será tu rol en este proyecto?

—Eso, también, es decisión del Senado, —respondió evasivamente Johun. Sin embargo, tras un momento retrocedió y le dijo a Farfalla la verdad—. El Canciller ha aceptado viajar con un complemento de seguridad completo en las futuras misiones diplomáticas así que estaré libre para ir a Ruusan y supervisar la construcción del monumento.

Farfalla suspiró y se sentó de nuevo en su silla.

—Entiendo por qué estás haciendo esto, Johun. No lo apruebo por completo, pero ni yo ni el Consejo Jedi nos meteremos en tu camino. —Tras un momento añadió—. Dudo que podamos detenerte ahora incluso si lo intentamos.

—A veces puedo ser muy terco —contestó el Caballero Jedi con la sombra de una sonrisa.

—Al igual que Hoth, —señaló Farfalla.

Johun eligió tomarse sus palabras como un cumplido.

* * *

—Mi padre murió cuando sólo era un niño, —dijo Hetton, su voz lo suficientemente baja como para que Zannah tuviera que esforzarse para escucharla sobre el claqueteo de sus pasos en el suelo de mármol pulido—. Cargada con las responsabilidades de ser la cabeza de nuestra casa, mi madre dejó que los sirvientes me criaran. Supieron de mis dones especiales durante muchos años antes de que alguna palabra de ello alcanzara los oídos de mi madre.

—Quizás temieran lo que les harían si se lo contaban, —sugirió Zannah.

Ella y Hetton estaban solos ahora. Tras su actuación en la sala del trono, había insistido en llevarla a ver su vasta colección de manuscritos y artefactos Sith, localizada en su santuario interior al otro extremo de la gran mansión. También había insistido en que sus guardias se quedaran atrás. Para pasar el tiempo en el viaje a través de las aparentemente interminables salas y habitaciones de su mansión, había empezado a contarle su historia personal.

—Mi madre era una mujer fuerte e intimidatoria, —admitió Hetton—. Quizás los sirvientes le tenían miedo. Fueran cuales fueran los motivos, yo ya estaba cerca de los veinte años antes de que finalmente descubriera mi afinidad con la Fuerza.

—¿Cómo reaccionó?

—Ella vio mis talentos como una herramienta que podríamos utilizar para ampliar las fortunas de nuestra casa. Ella no tenía utilidad para los Jedi, o incluso los Sith, dado el caso, pero quería encontrar a alguien que me ayudara a dominar mejor mis habilidades.

—Eso fue muchos años antes de que la Hermandad de la Oscuridad se alzara con el poder, —le recordó él antes de retomar su relato.

—Tras un número de solicitudes discretas y muchas pagas y propinas sustanciales, finalmente encontró un duros llamado Gula Dwan.

—¿Se convirtió en tu Maestro?

—*Maestro* era un título que nunca mereció, —respondió Hetton con sólo una sombra de amargura—. No era nada salvo un caza recompensas y un asesino que tuvo la buena suerte de haber nacido con la habilidad de tocar la Fuerza. Durante los años él había tenido un entendimiento simple de las técnicas más básicas para acceder a su poder, permitiéndole levitar pequeños objetos y realizar otros trucos similares.

—Pero no tenía lealtad hacia los Sith ni hacia los Jedi; la única lealtad de Gula era hacia quien fuera que le pagara más créditos. Y mi familia podía permitirse pagarle más créditos de los que él nunca habría soñado.

Alcanzaron otro grupo de grandes puertas dobles, aunque estas estaban selladas y cerradas desde el otro lado. Su huésped extendió el brazo y puso su palma sobre la superficie, entonces cerró sus ojos. Zannah sintió el suave susurro de la Fuerza; entonces el cierre cliqueó y la puerta se balanceó abriéndose para revelar el santuario interior de Hetton.

La habitación era parte biblioteca, parte museo. Estantes de manuscritos antiguos y pergaminos, e interminables líneas de antiguas cintas de datos se alineaban en las paredes, y había un terminal de datos y una gran pantalla de visualización en una esquina. Varias urnas de exposición de cristal se extendían en el centro de la habitación, mostrando la colección de tesoros Sith que Hetton había pasado las últimas tres décadas adquiriendo: extraños amuletos brillantes, pequeñas dagas con joyas incrustadas, una variedad de piedras y cristales inusuales, y las empuñaduras de al menos una docena de sables láser diferentes.

—La instrucción de Gula me dio una fundamentación a partir de la cual comenzar, pero la mayoría de mi aprendizaje vino de los libros y manuscritos que ves ante ti, —dijo Hetton con orgullo.

Caminaron lentamente por la longitud de las urnas de exposición, Zannah dividiendo su atención entre las palabras de Hetton y el grupo intrigante de artefactos Sith. Ella todavía podía sentir leves restos de la energía del lado oscuro unidos a ellos: recuerdos desvaneciéndose del increíble poder que contuvieron una vez.

—Pronto en mi aprendizaje reconocí a Gula por el imbécil que era. Ante mi urgencia, mi madre utilizó la riqueza y recursos de nuestra casa para rastrear la galaxia en persecución de cada registro, objeto, o baratija incluso remotamente asociada con el lado oscuro para que pudiera ampliar mi aprendizaje sin tener que confiar exclusivamente en mi llamado Maestro.

—Como podrás esperar, mucho de lo que llegó a nosotros era basura inútil. Pero durante los años un número de objetos raros y valiosos encontraron su camino hacia mis posesiones.

Hetton se giró hacia las estanterías, haciendo pasar sus manos amorosamente por los volúmenes catalogados.

—El conocimiento de aquí me permitió sobrepasar rápidamente a Gula. Una vez que mi madre se dio cuenta de que ya no nos era de ninguna utilidad, ella lo hizo matar.

Zannah se sorprendió y parpadeó sorprendida. Hetton se rió suavemente ante su reacción.

—Mi madre era una mujer dirigida por la ambición y por el pragmatismo implacable. Había trabajado duro para mantener mi existencia oculta de los Jedi y los Sith; si a Gula se le hubiera permitido simplemente abandonar nuestro servicio, era inevitable que revelara el gran secreto de nuestra casa.

—Una muerte necesaria —dijo Zannah con un asentimiento, dándose cuenta de que Bane probablemente habría hecho lo mismo. Entonces, golpeada por un flash repentino de visión, ella dijo—. Fuiste tú el que le mató, ¿no?

Hetton le sonrió.

—Eres tan perceptiva como poderosa. Cuando llegó la orden de mi madre, yo estaba más que contento de cumplirla. Gula se había convertido en una carga y un impedimento para mi propia investigación en los caminos del lado oscuro.

—Hablas de tu madre como si se hubiera ido —señaló Zannah—. ¿Qué le ocurrió?

Los ojos de Hetton se encogieron, y su expresión se volvió oscura.

—Hace cerca de quince años, cuando Kaan empezó a reunir a su Hermandad de la Oscuridad, mi madre me instó a revelarme y unirme a su causa. Ella creía que tendrían éxito en su misión de destruir a la República, y buscaba aliar nuestra casa con el nuevo poder en auge en la galaxia.

—Pero rechacé ser parte del culto de Kaan. Él afirmaba que todos los que seguían al lado oscuro servirían como iguales… una democracia de Sith. Encontraba el concepto repugnante, una perversión de todo lo que había estudiado y en lo que creía.

—Sin embargo, mi madre todavía pensaba en términos de gobiernos y alianzas políticas. A través de mi estudio del lado oscuro he transcendido a tales intereses mundanos, pero ella no podía captar mis objeciones. Al final, me vi forzado a eliminarla.

Esta vez Zannah no estaba sorprendida.

—Ella habría ignorado tus deseos y habría tratado de forjar una alianza con la Hermandad, —dijo ella, mostrando que entendía, e incluso aprobaba, el matricidio de Hetton—. Ella te habría expuesto. No tenías elección.

—La envenené mientras dormía, —explicó Hetton, su voz traicionando sólo una sombra de arrepentimiento—. Fue una muerte pacífica; nunca quise que sufriera. Después de todo, no soy un monstruo.

Hubo un momento de silencio mientras dejaba que sus pensamientos se entretuvieran en lo que había hecho. Entonces agitó su cabeza y volvió a hablar mientras llevaba a Zannah al monitor y al terminal de datos.

—Con la caída de la Hermandad y las reformas de la Orden Jedi, me volví más valiente. Además de mi misión de buscar el conocimiento y los artefactos de los antiguos Sith también empecé a reunir un ejército de seguidores. Bajo la bandera separatista, atraje a aquellos individuos con habilidades y talentos únicos bajo mi servicio. Estábamos unidos por nuestro odio a la República y a los Jedi, aún así todavía estaba receloso de revelar mi verdadero propósito: ¡la resurrección de los Sith!

—Y ahora estás aquí, —dijo él, concluyendo su relato. Él extendió el brazo hacia abajo y sacó una tarjeta de datos del terminal junto al que estaban—. El momento no podía haber sido más perfecto.

Zannah no estaba del todo segura de lo que quería decir con eso, pero antes de que pudiera hacer una pregunta él había puesto la tarjeta de datos en su mano.

—¿Qué es esto?

—¿Conoces el nombre de Belia Darzu? —le preguntó. Zannah agitó su cabeza—. Ella era una Lord Oscura de los Sith que reinó hace cerca de dos siglos. Era una estudiante de la alquimia Sith; se decía que había aprendido los secretos del *mechu-deru*, la habilidad de transformar la carne de las cosas vivientes en metal y maquinaria. Ella utilizó su poder para crear un ejército de tecnobestias: droides orgánicos híbridos unidos a su voluntad.

Zannah vagamente recordaba una mención de pasada de las tecnobestias de sus estudios, aunque el nombre de *Belia Darzu* aún no le sonaba familiar.

—Muchos también creen que antes de su muerte descubrió el secreto de crear Holocrones Sith, —añadió Hetton, y los pensamientos de Zannah retrocedieron a Bane y sus intentos fallidos de hacer lo mismo.

—Finalmente, Belia fue traicionada y asesinada por sus propios seguidores —continuó Hetton—. Una ocurrencia familiar en las historias que he leído. Cuando cayó todos sus secretos se perdieron, aunque hay especulaciones de que mucho de lo que descubrió todavía está almacenado en los archivos de su fuerte en Tython.

—¿Tython? —Exclamó Zannah, reconociendo el nombre—. ¿No es ese uno de los mundos del Núcleo Profundo?

El Núcleo Profundo era un grupo pequeño de estrellas densamente empaquetadas centradas en un agujero negro en el mismo corazón de la galaxia. Los mundos del Núcleo Profundo —planetas como Tython— típicamente aparecían sólo en mitos y leyendas, o en los relatos salvajes de exploradores medio locos que clamaban haberlos visitado. Masas solares inestables, grandes bolsillos de antimateria, y pozos de gravedad lo suficientemente poderosos como para envolver el *continuum* espacio-tiempo haciendo imposible trazar rutas hiperespaciales seguras en la región.

—Sé lo que estás pensando, —dijo Hetton—. Yo mismo era escéptico al principio. Pero cuanto más aprendía sobre Belia, más evidencias encontré para apoyar la teoría de que su fuerte estaba en Tython.

—Incluso si es cierto, —protestó Zannah—, nadie sabe cómo llegar a Tython.

—Yo sí —dijo Hetton con una sonrisa taimada—. En mi investigación descubrí las coordenadas para una carretera hiperespacial hace tiempo olvidada en el Núcleo Profundo. Pero nunca me atrevía a hacer el viaje. Temí que las defensas del fuerte de Belia fueran impenetrables. Y entonces te encuentré a ti.

—No veo qué tiene que ver esto conmigo, —dijo Zannah.

—Durante muchos años he estudiado el lado oscuro, pero mi poder se había estancado. No aprendería nada más por mi cuenta. Necesitaba un nuevo Maestro… uno con el poder de penetrar las defensas del fuerte de Belia y reclamar sus secretos.

—¿Quieres convertirte en mi aprendiz? —preguntó Zannah, su voz alzándose incrédula.

—Todo lo que sé sobre Belia Darzu, incluyendo la ruta hiperespacial hasta Tython, puede encontrarse en esta tarjeta de datos, —dijo Hetton, hablando rápidamente—. Te lo

presento como un regalo, una señal de respeto y admiración y prueba de la seriedad de mi oferta.

—¡Me doblas la edad! —exclamó Zannah, todavía incapaz de llevar su mente alrededor del giro bizarro de eventos.

—La edad tiene poca relevancia en los asuntos de la Fuerza, —le aseguró Hetton—. Tu poder es mucho más grande que el mío. Te estoy pidiendo que me enseñes los caminos del lado oscuro. A cambio, te ofrezco acceso a todo el conocimiento que he coleccionado durante los últimos treinta años.

—Yo misma sólo soy una aprendiz, —admitió Zannah—. Y mi Maestro nos mataría a ambos antes que aceptar tu oferta. Para que los Sith sobrevivan, debe haber sólo un Maestro y un aprendiz.

—¿Entonces cómo continúa la línea Sith? —preguntó Hetton, confuso.

—Cuando supere a mi Maestro, le mataré y tomaré su lugar, —explicó Zannah, confiando las creencias que Bane le había introducido durante la última década sin siquiera pensarlo—. Entonces encontraré mi propio aprendiz para que lleve el legado del lado oscuro.

Hetton estuvo en silencio durante un momento, considerando lo que había dicho.

—Quizás ese momento es ahora, —dijo él suavemente—. Juntos, podríamos terminar con el reinado de tu Maestro.

Zannah se rió realmente ante la sugerencia. Los ojos de Hetton se encogieron momentáneamente, herido por su reacción.

—Tengo más recursos a mi disposición de lo que puedes llegar a imaginar, —dijo él alzando su mano y haciendo chasquear sus dedos.

Dos de sus guardias de capa roja aparecieron tras él, aparentemente materializándose en el aire. Zannah dejó que su mano cayera a su sable láser, preguntándose si había sido atraída hacia una trampa. No podía imaginar de dónde habían salido de repente los guardias; incluso si estaban ocultos de algún modo, ella habría sido capaz de percibir su presencia a través de la Fuerza.

Los guardias no hicieron ningún movimiento para atacarla, sin embargo, y un segundo después se relajó una vez más y miró de manera inquisidora a Hetton.

—Como te dije antes, he reclutado a un número de individuos con talentos únicos y especializados a mi lado, —explicó él—. Incluidos entre ellos hay ocho antiguos estudiantes de la Academia Sith de Umbara.

A través de Bane, Zannah sabía que los estudiantes que se mandaban a Umbara eran entrenados en el sigilo y el asesinato, aprendiendo a utilizar la Fuerza para enmascarar su presencia de todo tipo de detección. Eso era por lo que había sido incapaz de percibirlos en la habitación.

—Si me aceptaras como tu aprendiz, mis guardias te jurarán lealtad a ti también, —le dijo Hetton—. Tendrás un escuadrón de ocho asesinos imparables, implacables a tu orden.

Zannah estuvo en silencio durante varios minutos, pensando en todo lo que había dicho.

—No podemos arriesgarnos a que los Jedi sepan de nuestra existencia, —advirtió ella al fin—. Si te conviertes en mi aprendiz, debes dejar todo esto atrás.

—No puedo quedarme aquí mucho más tiempo de todos modos, —le recordó Hetton—. No pasará mucho antes de que las Grandes Casas descubran que soy el fundador del Frente de Liberación Anti-República. Agarrarán mis pertenencias y me condenarás por traidor.

—Ya he empezado el proceso de transferir mi biblioteca a tarjetas de datos en preparación para mi vuelo.

En su mente Zannah sopesó todo lo que sabía de la fuerza y poder de Darth Bane contra Hetton y sus ocho Asesinos Sombra, tratando de determinar qué lado tendría la baza ganadora. Al final no pudo predecir de forma precisa quién sobreviviría a tal encuentro, pero decidió que quería averiguarlo.

—¿Cuándo estaréis tú y tus asesinos preparados?

—Podemos partir en una hora.

—¿Y después de que Bane esté muerto iremos a Tython?

—Si ese es su deseo, Maestra, —dijo Hetton con una reverencia.

15

La noche había caído sobre Ambria, pero Bane no estaba interesado en dormir. En su lugar estaba sentado de piernas cruzadas en lo que quedaba de su campamento, esperando a que Zannah volviera con suministros para que pudieran reconstruir. Mientras esperaba, meditó en su más reciente fracaso con el Holocrón.

El dilema no ofrecía ninguna solución fácil. Si se presionaba demasiado, su cuerpo le traicionaría, haciendo que cometiera errores durante los ajustes precisos de la matriz del Holocrón. Si iba lento, conservando su fuerza, sería incapaz de terminar antes de que la red cognitiva empezara a degradarse. Los dos factores trabajaban en propósitos distintos, y Bane se había dejado la cabeza encontrando una forma de equilibrar los requisitos tanto de tiempo como de esfuerzo.

Su intento más reciente había empujado a su poder sobre sus límites, llevándole al borde del cansancio completo. Aún así, si no hubiera cometido el error crítico que hizo que la matriz colapsara, dudaba que hubiera sido capaz de completar los ajustes finales a tiempo.

Cuanto más contemplaba el proceso, más frustrado se sentía. Había fracasado a ambos lados del espectro, incapaz de terminar en el tiempo asignado y sin la fuerza necesaria para completar su tarea sin errores.

¿Era posible que hubiera otro elemento esencial en el proceso que estaba pasando por alto? ¿Había un secreto más esperando ser desbloqueado que finalmente le permitiera crear un Holocrón para poder pasar su sabiduría y conocimientos a sus sucesores? ¿O estaba el fracaso en él? ¿Simplemente carecía de poder? ¿Era su comando del lado oscuro de algún modo menor que el de los antiguos Lords Sith como Freedon Nadd?

Era una línea de especulación incómoda, pero era una que Bane se forzó a considerar. Había leído las historias de los grandes Lords Sith; muchas estaban llenas de hazañas casi demasiado increíbles para ser creídas. Aún así, si esos registros fueran ciertos, incluso si *alguno* de sus predecesores hubiera tenido la habilidad de utilizar el lado oscuro para destruir mundos enteros o de hacer que un sol se convirtiera en nova, Bane todavía sentía que su poder estaba a la altura de las habilidades descritas de muchos de aquellos que habían creado con éxito Holocrones propios.

¿Pero cuánto de tu poder se malgasta en los parásitos que infestan tu cuerpo?

La cuestión saltó espontáneamente en su mente, puesta no con su propia voz sino en la de su aprendiz. Zannah había expresado sus preocupaciones sobre los efectos que los orbaliskos pudieran estar teniendo sobre él; era posible que tuviera razón.

Siempre había creído que los inconvenientes de los orbaliskos —el dolor constante, la apariencia desfigurada— eran compensados por los beneficios de los que proveían. Le sanaban, le hacían físicamente más fuerte, y le protegían contra todo tipo de armas. Ahora empezaba a cuestionarse esa creencia. Mientras que era cierto que podía canalizar su poder a través de las criaturas para un aumento temporal en sus habilidades, a largo plazo podían realmente debilitarle. Estaban constantemente alimentándose de las energías

del lado oscuro que fluían a través de sus venas. ¿Era posible que, tras una década de infestación, su habilidad de atraer la Fuerza hubiera sido sutilmente disminuida?

Era una idea que una vez rechazó de pleno. Pero su fracaso continuado con los Holocrones le había forzado a reevaluar su relación simbiótica con los extraños crustáceos. Podía sentirlos incluso ahora, alimentándose, atrayendo la Fuerza que fluía a través de sus venas.

Los orbaliskos de repente se agitaron. Se retorcieron y temblaron contra su carne; sintió su hambre insaciable creciendo como en respuesta a la presencia cercana de una fuente fresca cercana de poder del lado oscuro. Bane miró alrededor, esperando ver a Zannah aproximarse al campamento bajo el brillo de la luna llena. No vio nada; no percibió nada, ni siquiera las pequeñas criaturas e insectos que salían por la noche para cazar para comer, volando sobre su cabeza o reptando por la arena. La consciencia normal que tenía del mundo ambiental a su alrededor parecía extrañamente silenciada o… ¡enmascarada!

Saltó sobre sus pies y desenvainó su sable láser, la hoja brillando a la vida con un siseo chisporroteante. Una explosión de luz roja explotó a su alrededor, iluminando la oscuridad y haciendo arder las ilusiones que ocultaban a sus enemigos invisibles.

Ocho figuras con túnicas rojas rodearon el campamento, sus identidades ocultas por los visores de sus cascos. Cada una llevaba una vara larga de metal que Bane reconoció como una pica de fuerza, el arma tradicional de los Asesinos Sombra Umbarianos.

Especialmente entrenados en el arte de matar a adversarios sensibles a la Fuerza, los Asesinos Sombra preferían confiar en el sigilo y la sorpresa. Expuestos por la explosión de energía de Bane, de repente se encontraron sin su mayor ventaja. E incluso aunque había ocho de ellos, Bane nunca vaciló.

Él saltó hacia delante y cortó a la primera figura con túnica roja antes de que él —o ella— tuviera una oportunidad de reaccionar, un simple tajo de su sable láser bisecando al desafortunado oponente horizontalmente, justo sobre la cintura.

Los otros siete se enjambraron a su alrededor, lanzando sus picas de fuerza hacia delante para entregar la carga eléctrica mortal almacenada en las puntas. Bane nunca se molestó siquiera en bloquear los golpes que llegaban, confiando en que su armadura de orbaliskos le protegiera mientras adoptaba una estrategia de pura ofensiva.

Sus tácticas inesperadas cogieron a dos asesinos más completamente desprevenidos, y caminaron directamente hacia un corte de barrido a dos manos que les destripó a los dos.

Los cinco restantes golpearon a Bane casi simultáneamente, sus picas de fuerza mandando un millón de voltios de corriente a través de su cuerpo. Los orbaliskos absorbieron la mayor parte de la carga, pero se filtró lo suficiente para darle un calambre desde sus dientes hasta sus tobillos.

El Lord Oscuro se tambaleó y cayó de rodillas. Pero en lugar de precipitarse para acabar con él, los asesinos simplemente mantuvieron su posición. La idea de que algo más pequeño que un bantha pudiera aguantar un golpe directo de una pica de fuerza puesta a la carga máxima —más aún cinco picas a la vez— era inconcebible. Su error de

cálculo le dio a Bane el segundo que necesitaba para librarse de los efectos y alzarse sobre sus pies, muy para asombro y horror de sus enemigos.

—Zannah tenía razón sobre ti, —gritó una voz desde detrás de Bane.

Él se giró para ver a un pequeño hombre en sus cincuenta, vestido todo de negro, en pie al otro extremo del campamento. En su mano había un sable láser verde, aunque era obvio, por la forma en la que lo agarraba, que nunca había recibido ningún entrenamiento apropiado de cómo manejar la exótica arma.

Al lado del hombre estaba la propia aprendiz de Bane; ella no había desenvainado su sable láser.

Bane gruñó de rabia ante su traición, su rabia en aumento alimentada por los químicos que los orbaliskos estaban bombeando en su sistema.

—Hoy es el día en que mueres, Darth Bane, —dijo el hombre, cargando hacia delante para atacar.

Al mismo tiempo, las cinco figuras en túnica roja se precipitaron desde detrás de él. Bane giró y lanzó su palma abierta hacia ellos, cortando con el poder del lado oscuro. Como los Jedi y los Sith, una de las primeras técnicas que aprendían los Asesinos Sombra era la creación de una barrera de Fuerza. Canalizando su poder, podían formar un escudo protector alrededor de sí mismos para negar los ataques de Fuerza de sus enemigos. Pero si un oponente era lo suficientemente fuerte, un ataque concentrado todavía podía romper la barrera. Darth Bane, Lord Oscuro de los Sith, era definitivamente lo suficientemente fuerte.

Dos de los asesinos se detuvieron a medio camino, golpeados hacia el suelo como si hubieran corrido contra un muro invisible. Dos más, más débiles y menos capaces de defenderse a sí mismos contra el poder de Bane, fueron mandados volando hacia atrás. Sólo el quinto fue lo suficientemente fuerte como para resistir el lanzamiento del Lord Sith y continuar con su carga.

Sin embargo, sin sus hermanos para hostigar y distraer a su enemigo, se encontró a sí mismo siendo el único centro de la ira de Bane. Incapaz de defenderse contra la salvaje secuencia de cortes de sable láser e impulsos, cayó en cuestión de segundos, media docena de heridas fatales carbonizadas sobre su pecho y cara.

Mientras los cuatro asesinos restantes recuperaban su pie, Bane rodó hacia atrás hacia su líder. Sabiamente, el hombre de negro había detenido su propia carga y estaba reuniendo la Fuerza. Mientras Bane caminaba hacia él, el hombre la liberó en un largo rayo único, fino de relámpago índigo. Bane captó el rayo con su sable láser, la hoja absorbiendo la energía. En represalia golpeó de vuelta con rayos propios, una tormenta de una docena de rayos arqueándose hacia su objetivo desde todos los ángulos.

El hombre brincó alto en el aire, dando una voltereta hacia atrás para evitar la conflagración eléctrica mortal. Aterrizó de pie a diez metros de distancia, un pequeño cráter, humeante marcando el punto donde el hombre había estado sólo un instante antes.

—¡Zannah! —Gritó el hombre—. ¡Haz algo!

Pero la aprendiz de Bane no se movió. Ella meramente se quedó a un lado, aguardando su hora y observando la acción.

Los asesinos cayeron sobre Bane de nuevo, pero en lugar de repelerlos con la Fuerza, permitió que su cuerpo se convirtiera en un conducto, convirtiéndose en una manifestación física del poder tumultuoso del lado oscuro. Mientras giraba como un torbellino, su hoja parecía estar en todas partes a la vez: despedazando, tajando, y cortando a sus enemigos hasta hacerlos trizas.

Los cuatro asesinos murieron en el ataque, aunque uno consiguió darle un único golpe con su pica de fuerza antes de que su garganta fuera cortada, la herida tan profunda que casi seccionó su cabeza. Alimentado por la ira y la furia, Bane se libró del shock eléctrico mortal como un rancor librándose de la mordedura de un bicho-venn.

Una vez más volvió su atención al hombre de negro. Bane marchó lentamente hacia él mientras su adversario se quedaba helado en su sitio, paralizado por el conocimiento terrorífico de su propia muerte inminente.

—¡Zannah! —Gritó hacia ella el hombre de nuevo, sosteniendo su sable láser de forma vertical ante él como si fuera un talismán que pudiera mantener a raya al demonio que se aproximaba—. ¡Maestra! ¡Ayúdeme!

Bane golpeó hacia abajo con su propia arma, seccionando el brazo de la espada del hombre a la altura del codo. El hombre gritó y cayó de rodillas. Un instante más tarde su voz se silenció mientras Bane pasaba sobre él a través de una simple estocada fuerte, el sable láser entrando en su pecho justo bajo su corazón y sobresaliendo medio metro por completo por la parte trasera de su escápula.

Bane deslizó su espada de vuelta hacia fuera. Mientras el cuerpo del hombre caía de cara en el suelo, el Lord Oscuro se giró hacia su aprendiz. Zannah meramente se quedó ahí, observándole.

—¡Tú me has traicionado! —rugió y saltó hacia ella.

Zannah había observado la batalla con interés, tomando nota cuidadosamente de las tácticas de Bane y las tendencias y almacenándolas para luego. Su Maestro fácilmente despachó a Hetton y a sus esbirros, como ella había esperado… aunque había habido un breve instante cerca del inicio de la batalla en el que Bane había parecido vulnerable. Aparentemente los orbaliskos no eran capaces de protegerle por completo contra la corriente eléctrica de las picas de fuerza, otro hecho que apuntó para almacenar para más tarde.

Cuando acabó, su Maestro se giró para encararla. Ella esperaba que él le exigiera una explicación, pero en lugar de eso se soltó con un grito y se lanzó hacia ella. Zannah apenas tuvo tiempo de encender sus hojas gemelas para encontrar su ataque completamente inesperado.

Ella cayó en una postura defensiva como tan a menudo había hecho durante sus sesiones de entrenamiento. Pero esto no era un entrenamiento, y su Maestro llegó contra ella con una velocidad y ferocidad a la que nunca se había enfrentado antes. Dejándose llevar por su sed de sangre alimentada por los orbaliskos, era como un animal sálvale,

haciendo llover golpes salvajes sobre ella desde todos los ángulos, los golpes llegando tan rápido que parecía como si llevara una docena de espadas a la vez. Zannah fue en una retirada completa, desesperadamente cediendo terreno bajo el asalto abrumador.

—¡Yo no le he traicionado, Maestro! —Gritó ella, tratando de hacer razonar a Bane antes de que la partiera en dos—. ¡Atraje aquí a Hetton para que usted pudiera matarle!

Ella se agachó bajo un corte horizontal de su sable láser, sólo para recibir una pesada bota sobre sus costillas. Ella rodó con la patada, evitando por poco el corte de retorno de su espada. Ella bloqueó un golpe agudo descendiente, reunió sus pies bajo ella, y se lanzó hacia atrás, saltando a una distancia de diez metros.

—¡Escúcheme, Maestro! —gritó ella ahora que había puesto cierta distancia entre ellos—. Si hubiera querido traicionarle, ¿por qué no les ayudé durante el…?, ¡oooffff!

Bane la golpeó con un poderoso empujón de la Fuerza, mandándola hacia atrás. Sólo la barrera que había alzado instintivamente en el último segundo para escudarse salvó sus huesos de ser destrozados por la fuerza conmocionadora del impacto.

Ella se arrastró hasta ponerse en pie y giró su sable láser ante ella, creando lo que ella esperaba que fuera una pared impenetrable de defensa. En lugar de tratar de perforar su guardia, Bane saltó alto en el aire y cayó hacia abajo casi directamente sobre ella. Ella torpemente bloqueó su espada, reconduciéndola hacia un lado mientras giraba lejos para evitar que su cuerpo la aplastara. Pero Bane le dio en la mejilla con su codo mientras se giraba, el golpe mandando hacia atrás su cabeza. Su cuerpo cayó flácido, su arma cayó de sus dedos sin sentido, y ella colapsó en el suelo.

Durante un segundo no vio nada salvo estrellas. Su visión se aclaró para revelar la imagen de Darth Bane alzándose sobre ella, su espada alzada para el golpe de gracia.

—¡Sólo hice esto por usted, Maestro! —le gritó a él, ignorando el dolor punzante en su mandíbula. Él miró abajo hacia ella en el suelo, su cabeza inclinándose hacia un lado mientras su sed de sangre lentamente se desvanecía.

—¿Tú hiciste esto por mí? —preguntó él con sospecha.

Zannah asintió frenéticamente, incluso aunque eso le hacía dar vueltas a su cabeza.

—Hetton me reconoció como una verdadera Sith. Tenía que encontrar una forma de eliminarle a él y a sus esbirros para mantener nuestra existencia en secreto.

—Así que les trajiste aquí para emboscarme, —dijo él, su escepticismo obvio.

—Tenía que ganarme su confianza, —explicó Zannah, hablando rápidamente y alcanzando los pliegues de sus ropas para sacar la tarjeta de datos que Hetton le había dado—. Tuve que engañarlo para que me diera esto, para poder entonces dárselo a usted.

Ella sostuvo la tarjeta de datos hacia su Maestro, maravillándose del hecho de que había sobrevivido al castigo que le había infligido sobre ella durante su confrontación. Bane extendió el brazo para cogerla de su agarre, bajando su sable láser y extinguiendo la hoja.

Él dio un asentimiento breve y dio un paso atrás, permitiéndole sitio para ponerse en pie. Zannah recuperó su propio sable láser de donde estaba en el suelo, entonces se alzó

lentamente en pie. Su cabeza todavía estaba nadando por el codazo en su mandíbula, haciéndole difícil quedarse en pie sin balancearse ligeramente.

—Sabía que tenía la fuerza para derrotarles, Maestro, —dijo Zannah—. Es por eso por lo que no acudí en su ayuda durante la batalla.

—¿Y si te hubieras equivocado? —preguntó Bane en una voz silenciosa, amenazante—. ¿Y si ellos de algún modo me hubieran matado?

—Entonces habrías sido débil, indigno de ser el Lord Oscuro de los Sith, —respondió Zannah con audacia—. Y habrías merecido morir.

—Precisamente —dijo Bane con su familiar sonrisa siniestra, y Zannah supo que su Maestro lo aprobaba.

16

El invierno era aún un fenómeno nuevo —y no del todo bienvenido— en Ruusan. Originalmente había sido un mundo templado, su clima controlado y moderado por los vastos bosques boreales que dominaban la superficie del planeta. Pero durante el conflicto prolongado entre la Hermandad de la Oscuridad y el Ejército de la Luz, millones de hectáreas de árboles ancestrales habían sido diezmadas, convirtiendo una gran franja del hemisferio norte de Ruusan en un páramo árido y desolado.

Solos, los dramáticos cambios en los rasgos geográficos del mundo no podrían haber sido suficiente para afectar a un cambio climático significativo. Sin embargo, el daño al ambiente dejó el mundo más vulnerable a la terrible devastación de la bomba mental. Tras el arma definitiva de Kaan, un nexo poderoso en la Fuerza fue creado: una tormenta invisible de energías del lado oscuro y luminoso capaz de alterar permanentemente los patrones del tiempo del planeta.

Como resultado, incluso en las regiones del planeta donde los bosques aún aguantaban, la nieve —una rareza en las generaciones hace tiempo pasadas— se convirtió en una ocurrencia anual regular. Los inviernos sin precedentes típicamente duraban sólo un par de meses, pero eran prácticamente brutales en un ecosistema que había evolucionado hacia un clima mucho más cálido. Parte de la flora y fauna de Ruusan, como los humanos que aún habitaban el mundo, habían aprendido a adaptarse. Otras especies simplemente murieron.

Con los años Darovit había aprendido que había tres claves para sobrevivir al frío duro. La primera clave era siempre vestirse por capas. Su capa con capucha fue un regalo de un granjero que había tratado por un caso malo de podredumbre de hongos. El grueso suéter de debajo le había sido ofrecido como pago por un minero después de que Darovit enmendara el pie del hombre; se lo había aplastado accidentalmente con su propio martillo neumático. De hecho, cada atavío de su persona —la camiseta de manga larga, sus pantalones gruesos, sus botas forradas, el guante de piel de su mano izquierda, y el puño hecho a medida que cubría su muñón amputado— le había sido dado por los locales que habían ido a su hogar aislado buscando ayuda del «Ermitaño Sanador».

La segunda clave para sobrevivir al viento del invierno y a la nieve era permanecer seco. Había aprendido a observar el cielo, buscando refugio ante la más ligera señal de precipitación. Si permitía que sus ropas se mojaran, la hipotermia podía instalarse fácilmente antes de que fuera capaz de encontrar ayuda. Era una de las desventajas que venían de vivir solo dentro de las profundidades del bosque, pero Darovit se había acostumbrado demasiado a su vida de soledad como para abandonar ahora.

En sus primeros años había sido un vagabundo errante, explorando las espesuras de Ruusan mientras viajaba entre los pequeños bolsillos de civilización dispersos sobre la tierra. Pero mientras aprendía a cazar y buscar comida para sí mismo, encontraba menos y menos motivos para aventurarse en las ciudades y villas por las que pasaba.

Seis años antes se había cansado de su existencia nómada. Localizando una posición remota habitable bajo un gran grupo de árboles que le darían cobijo, había construido una cabaña simple de ramas y barro. La cabaña le daba una sensación de permanencia y estabilidad mientras que todavía le permitía disfrutar de la paz interior que había encontrado en su aislamiento autoimpuesto.

No había otros asentamientos humanos en diez kilómetros desde su casa, e incluso la colonia de seguratas más próxima estaba casi a cinco kilómetros de distancia. Aún así, eso no significara que no tuviera visitantes. Por las enseñanzas de los seguratas y las experiencias de sus viajes de la juventud, se había vuelto sabio en el tema de las hierbas medicinales y los remedios naturales. Tres o cuatro veces al mes sería visitado por alguien que le imploraría tratar algún mal o herida. Darovit nunca hacía irse a esa gente, pidiéndoles sólo a cambio que respetaran su privacidad… aunque a menudo los pacientes le entregaban pequeños regalos, como las ropas que ahora llevaba, como muestra de su gratitud.

La tercera clave para sobrevivir a los inviernos inhóspitos de Ruusan era nunca aventurarse en la noche. Las temperaturas que helaban los huesos, el riesgo de perderse y ser incapaz de encontrar refugio, e incluso el depredador ocasional, hacían de arriesgarse en la oscuridad una propuesta peligrosa e imbécil.

Aún así, Darovit estaba en mitad de la noche, con sus pies crujiendo sobre la nieve depositada por el viento. Abandonó el calor de su cabaña hacía muchas horas mientras salía para ver con sus propios ojos si los rumores que había escuchado de muchos de sus pacientes recientes eran ciertos.

¿Darovit enfadado?

—No, —susurró él al pequeño segurata de pelaje verde que flotaba sobre él—. Sólo tengo curiosidad.

Por razones que aún no entendía del todo, los seguratas habían desarrollado una particular fascinación con él. Durante el día, había siempre dos o tres de ellos rodeando su domicilio. Y cada vez que abandonaba su cabaña al menos una de las criaturas inusuales le acompañaba.

Quizás se sentían responsables por su bienestar después de rescatarle de la caverna de la bomba mental. O quizás se habían sentido atraídos hacia él por sus vocaciones compartidas: los seguratas aliviaban la angustia mental de aquellos que sufrían o que tenían dolor, y Darovit había escogido compartir sus talentos sanadores con cualquiera que fuera a buscar socorro. Era incluso posible que simplemente lo encontraran entretenido o divertido, aunque en realidad Darovit no sabía si los seguratas tenían sentido del humor.

Rápidamente se había acostumbrado a su constante compañía. Eran compañeros gentiles, y parecían percibir cuándo estaba de humor para la conversación y cuándo simplemente deseaba que le dejaran solo con sus pensamientos. La mayor parte del tiempo encontraba su presencia calmante y reconfortante, aunque algunos seguratas eran

menos reconfortantes que otros. La joven hembra que le acompañaba ahora, Yuun, parecía ser más habladora que sus compatriotas.

Darovit a casa ahora.

—Aún no, —susurró él.

Dos de las Tres Hermanas lunas de Ruusan estaban brillando llenas esta noche, su luz reflejándose en la capa plateada de escarcha y en la sábana blanca de nieve que se había acumulado durante las pasadas semanas. Darovit estaba agachado tras una arboleda, inclinándose en su bastón para caminar, para apoyarse y extender el muñón de su mano derecha para apartar a un lado las ramas para poder espiar a través de ellas sin que le avistaran. A través de las nubes de vapor de su propio aliento, estudió la escena que confirmaba que los rumores eran ciertos: ¡los Jedi habían vuelto a Ruusan!

Darovit se había mofado abiertamente la primera vez que un paciente mencionó que la República iba a construir un monumento para honrar a aquellos que habían caído en Ruusan. No tenía sentido llevar a cabo ese proyecto ahora, había argumentado Darovit, una década después de la batalla. Aún así, no había forma de negar lo que vio a través de las ramas.

Un gran trozo de tierra al borde del bosque se había despejado de nieve, revelando los campos helados, cubiertos de maleza de debajo. El perímetro había sido marcado con estacas y cadenas de supervisor, y la excavación ya había empezado. Los profundos surcos del suelo excavados por los droides de construcción para poner los cimientos le parecían a Darovit como una herida sobre el propio planeta.

Varias docenas de grandes piedras estaban dispersas por el sitio, cada una llevada a Ruusan desde el mundo natal de cada uno de los Jedi muertos que iba a honrar el monumento. A los ojos de Darovit las rocas alien destacaban como un wookiee en una multitud de jawas: intrusos no invitados desfigurando el paisaje de Ruusan.

—No tienen derecho a estar aquí, —susurró enfadado.

No daño a nadie, sugirió Yuun.

—Esta tierra sólo está ahora empezando a sanarse de su kriffida guerra —respondió él—. Ha llevado diez años a la gente dejar todo esto atrás. Ahora los Jedi quieren abrir heridas viejas.

Senado aprobó. No Jedi.

—No me importa lo que diga la historia oficial. Sé que los Jedi están tras esto. Traerá problemas.

¿Problemas?

Yuun era demasiado joven para recordar la guerra que había devastado su mundo. No había sido testigo de la muerte sin sentido y el sufrimiento que llevó a cientos de colonias de seguratas a la locura. Dañados más allá de toda esperanza de salvación, los seguratas heridos habían proyectado pensamientos de dolor y tormento, atacando e incluso matando a otras criaturas vivientes hasta que fueron masacrados por equipos Jedi que fueron mandados para borrarlos del mapa.

—Los Jedi y su guerra casi destruyen Ruusan, —le dijo Darovit—. Innumerables miles de hombres, mujeres, y niños murieron. Los bosques ardieron. Y tu especie fue cazada casi hasta la extinción.

Sith empezaron guerra.

—Los Sith no podían haber tenido una guerra ellos solos. Necesitaban a alguien con quien luchar, y Hoth estaba más que dispuesto a lanzar a sus seguidores Jedi contra ellos, —argumentó Darovit, preguntándose cuánto sabían de su pasado los seguratas, y Yuun en particular—. Ambos bandos fueron igual de culpables.

Darovit culpable.

Era una afirmación de hecho, más que una pregunta.

—Quizás, —admitió el joven, inclinándose sobre su bastón—. Pero los problemas parecen seguir a los Jedi donde quiera que vayan. Y no voy a quedarme sentado y observar para que puedan destruir este mundo una segunda vez.

Aparte de los droides de construcción, el sitio de excavación estaba desierto; los equipos orgánicos sólo trabajaban bajo la luz del día. Agachándose y sosteniendo su bastón en paralelo al suelo a su lado, Darovit reptó fuera de la cobertura de los árboles.

Paz. Calma, proyectó Yuun tras él, tratando de suavizar su rabia. Pero no fue lo suficientemente valiente como para seguirle hacia el campo abierto, y él ignoró las súplicas hasta que cruzó más allá del alcance de su comunicación telepática.

Darovit no era poderoso en la Fuerza; ese era parte del motivo por el que había fracasado en sus intentos de unirse tanto a los Jedi como a los Sith. Pero tenía una afinidad menor con ella, suficiente para permitirle deslizarse por el sitio de excavación sin ser visto ni percibido por los droides de construcción semi-inteligentes.

Los droides de construcción se empleaban para tareas básicas, simples. La mayoría del trabajo en el monumento se haría con un equipo que utilizara maquinaria pesada y carros flotantes. Moviéndose rápidamente, Darovit se abrió paso hasta el carro más cercano, agachándose fuera de la vista tras él.

Había ido bien preparado, reservando un gran suministro de raíces de tass molidas y dos puñados de pétalos aplastados de flores de vid de escintilo en los bolsillos de su capa. Individualmente las dos sustancias no eran nocivas, aún así, cuando se mezclaban juntas y se humedecían tenían una interacción sorprendente.

Con su mano buena hizo palanca para abrir el panel de mantenimiento del carro justo debajo de la caja de control e introdujo cuatro pétalos de escintilo en las bobinas repulsoras. Luego, esparció un pellizco de polvo de raíz de tass sobre los pétalos. Luego, como toque final, agarró un puñado de nieve, dejando que se derritiera en su guante para poder soltarlo sobre la mezcla.

Hubo un suave siseo y un olor fuerte alcalino mientras los elementos se combinaban para formar una pasta altamente corrosiva que empezó a comer abriéndose paso a través de las bobinas repulsoras. Darovit golpeó la cubierta del mantenimiento del carro de vuelta a su sitio; unos escasos zarcillos de humo marrón verdoso salieron de debajo.

Darovit pasó la siguiente hora moviéndose de carro en carro, deteniéndose cuando un droide de construcción vagaba por ahí en sus tareas preprogramadas, ignorante del vándalo en medio de ellos. Para cuando volvió adonde Yuun todavía estaba esperándole, cada carro había sido deshabilitado.

Solución temporal. Reemplazarán.

—Las bobinas repulsoras son caras, —dijo Darovit—. Y siempre están muy solicitadas. Esto debería retrasarles al menos una semana.

¿Entonces qué?

—Tengo un par de trucos más en mi manga para nuestros amigos Jedi, —aseguró a la pequeña segurata—. Esto fue sólo el principio.

Luz pronto. ¿Casa ahora?

Darovit miró arriba y vio el leve brillo del primero de los soles gemelos de Ruusan saliendo por el horizonte.

—Casa, —aceptó él.

* * *

Habían pasado tres semanas desde que Zannah se presentara ante su Maestro con la tarjeta de datos que casi le había costado la vida a la joven aprendiz. Bane había utilizado ese tiempo para estudiar los contenidos de la tarjeta de datos con cuidado, analizando cada trozo de información que Hetton había reunido sobre Belia Darzu. Comprobó muchos de los datos con sus propias fuentes, verificando todo lo que podía para autentificar la investigación de Hetton. Y Bane ahora estaba seguro de que todo lo que el hombre mayor había descubierto era cierto.

Los experimentos de Belia en la alquimia Sith habían revelado los secretos que le permitían rodearse de un ejército de tecnobestias. Incluso más impresionante, al menos desde la perspectiva de Bane, Belia había creado con éxito su propio Holocrón. Y había una fuerte evidencia que apoyaba la teoría de que el Holocrón que había creado —el depositario de todo su conocimiento— todavía estaba oculto en alguna parte de su fuerte en Tython.

Bane hizo correr la última comprobación de diagnóstico en su navío: no podía permitirse que algo se rompiera en el siguiente viaje. La ruta hiperespacial hacia el Núcleo Profundo era traicionera, y si algo iba mal, no había oportunidad de que nadie fuera a encontrarle. Moriría de una muerte fría y solitaria, un cuerpo congelado flotando en un ataúd de metal alrededor del agujero negro en el corazón de la galaxia.

Los sistemas del *Místico* parecían todos estar en perfecto orden. Uno de las nuevas series Infiltrador diseñados por Sienar, el *Místico* era un caza de largo alcance de tamaño medio que Bane había adquirido anónimamente a través de su red de hombres de paja y suministradores en las sombras. Construidos para llevar hasta seis pasajeros, los Infiltradores estaban armados con armas ligeras y equipados con unas placas mínimas, el centro del modelo siendo la velocidad y la maniobrabilidad. El *Místico* había sido

personalizado con la adición de un hipermotor de Clase Cuatro, permitiéndole superar virtualmente a cualquier otro navío que se encontrara.

Aunque había sitio en el navío tanto para el Maestro como para la aprendiz, Bane había decidido que Zannah no le acompañaría en su viaje a Tython. Pero ella no iba simplemente a esperar en Ambria a que volviera.

Junto con su estudio de la tarjeta de datos, Bane también había pasado gran parte del tiempo pensando en los orbaliskos enganchados a su carne. Aunque era posible que descubriera nueva información en Tython que desbloqueara los últimos secretos de crear un Holocrón, era posible que Belia hubiera tenido éxito utilizado exactamente el mismo proceso que había empleado él en sus intentos fallidos. Bane todavía no podía descartar la teoría de que los orbaliskos eran responsables de su fracaso, desangrándole de las energías del lado oscuro que necesitaba para completar el proceso.

Había otras consideraciones, también. Dos veces ahora se había perdido en una ira sangrienta, el pensamiento y la razón reemplazados por la urgencia demente de destruirlo todo y a todos a su alcance. La primera vez que ocurrió, había dejado su campamento en ruinas: un inútil y sin sentido gasto de recursos.

La segunda vez, casi había ido a un precio mucho mayor. Si hubiera tenido éxito en matar a Zannah, todavía habría encontrado la tarjeta de datos de Hetton en ella. Pero también habría estado forzado a encontrar una nueva aprendiz. Una década de entrenamiento se habría perdido, tirada por su locura temporal.

Zannah se había salvado explicando los motivos tras sus acciones. Había actuado en perfecta concordancia con las enseñanzas de su Maestro, un hecho que Bane debería haberse dado cuenta por sí mismo. Pero los orbaliskos le cegaban a sus maquinaciones habilidosas, y ahora entendía que el poder crudo que le garantizaban llegaba a expensas de la sutileza y la astucia.

Así que, mientras él iba a Tython a enfrentar los peligros y defensas del fuerte perdido de Belia, Zannah llevaría a cabo una misión propia.

* * *

La nave de Hetton era magnífica. Un crucero personalizado de ochenta metros de longitud, podía cómodamente contener a veinte pasajeros, aún así, sólo se requería un único piloto para operarlo. Cada detalle de su construcción y diseño había sido hecho a las especificaciones precisas y espléndidas de Hetton. Equipada con suficiente poder de fuego y armadura de placas para superar una pequeña nave capital, el interior era, aún así, lo suficientemente lujoso para albergar una cena formal para dignatarios planetarios. No se habían ahorrado en gastos, el navío eran tanto un símbolo de su increíble riqueza como un modo de transporte. Sólo había una cosa que a Zannah no le gustaba: La había llamado *Loranda*, como su madre.

Extendió el brazo hacia delante y presionó los controles, maravillándose ante el suave despegue y la respuesta del mando mientras guiaba la nave arriba y fuera de la atmósfera

de Ambria. En dos días estaría aterrizando en Coruscant; sin duda tendría que sobornar a un administrador de espaciopuerto para mantener su llegada fuera de los libros oficiales. El *Loranda* aún estaba registrado a nombre de Hetton, y su llegada atraería atención inmediata si era registrada ante las autoridades apropiadas.

Afortunadamente era una práctica común para los nobles de Serenno hacer aterrizajes no programados —y no registrados—, incluso en Coruscant. La riqueza no estaba unida a las reglas de los ciudadanos normales de la República, y hacerse pasar por una sirviente mandada para sobornar a un administrador de puerto al aterrizar no resultaría inusual a nadie. Llegar al mundo sin atraer la atención indebida sería la parte fácil de su misión. Ganar acceso a los Archivos del Templo Jedi sería mucho más difícil.

Bane estaba tomando un riesgo tremendo mandándola allí. Había pasado la última década ocultándose de los Jedi, y ahora ella iba a entrar en el mismo corazón de la orden. Pero no podía cuestionar su decisión, no cuando había sido en parte responsable. Había sido ella la que había plantado las primeras semillas de duda en la mente de su Maestro sobre los orbaliskos, y ahora sus planes habían dado frutos. Bane había decidido —por su bien y por el bien de los Sith— que se libraría de la infestación.

Nada en los experimentos originales de Freedon Nadd indicaba que los orbaliskos pudieran ser extraídos del hospedador, y la propia investigación de Bane en el tema había fracasado en descubrir nada en contra. Pero los Archivos Jedi eran la mayor colección única de conocimiento reunido de la galaxia conocida. Si existía una respuesta, la encontrarían allí.

Su Maestro había tomado cada precaución para mantener su auténtica identidad oculta mientras visitaba los Archivos. A través de su red de informantes misteriosos y contactos en las sombras, había reunido una lista de nombres y archivos de trasfondo para virtualmente cada miembro de la Orden Jedi. De esta lista, había escogido un nombre que encajaba con su propósito: Nalia Adollu.

Nallia era una Padawan de aproximadamente la edad de Zannah bajo la tutela de Anno Wen-Chii, un famoso Maestro Jedi pyn'gani solitario en el mundo de Polus en el Borde Exterior. Durante la pasada semana, Zannah había memorizado cada detalle de su perfil e historia, junto con la historia del Maestro Anno, para poder hacerse pasar por la joven.

La historia encubierta era simple: Zannah clamaría que su Maestro estaba estudiando una estirpe rara de organismos parásitos que vivían bajo la superficie cubierta de hielo de Polus. Ansioso por comparar la recién descubierta forma de vida con especies similares de otros mundos, pero perezoso de abandonar la tranquilidad de su mundo natal, había mandado a su Padawan para reunir los materiales de investigación de los Archivos Jedi.

Aún así, necesitaría más que una historia encubierta plausible para mantener su disfraz cuando se presentara ante el bibliotecario en jefe y le pidiera permiso para ver los Archivos. Zannah y Nalia eran de la misma edad. Eran bastante de la misma altura y compartían la misma constitución atlética. Ambas tenían pelo largo, suelto, aunque

Zannah había teñido sus mechas de un negro profundo, lustroso para que encajara con los de la otra mujer.

Habían pasado cinco años desde que Nalia abandonara por última vez a su Maestro en Polus, así que había poco riesgo de toparse con alguien que la conociera lo suficiente como para reconocer a Zannah como una impostora. Pero incluso si su apariencia no le traicionaba, había otro elemento final a considerar.

A través de su misión, estaría rodeada de sirvientes de la luz; si percibían el lado oscuro en ella, estaría expuesta al instante. El secretismo que ella y Bane habían trabajado tanto para conservar sería destruido. Todo por lo que habían trabajado la última década, todo lo que habían logrado, sería para nada. Ella seguro sería capturada, posiblemente condenada a muerte, y su Maestro sería cazado y masacrado.

La única forma de que el plan funcionara era que pudiera utilizar el poder de la brujería Sith para enmascarar su fuerza mientras simultáneamente proyectara un aura de energía del lado luminoso. Era un hechizo complicado, uno que nunca había probado antes. Requería de un equilibrio de fuerza y delicadeza, y lo había practicado continuamente en las semanas que llevaban a su partida. Aún así, pese a sus mejores esfuerzos, aún había momentos en los que su concentración se le escapaba y su verdadera naturaleza se mostraba a través.

Ella sólo tenía que esperar que, si ocurría en Coruscant, ninguno de los Jedi estuviera lo suficientemente cerca como para darse cuenta.

17

Un viento helado soplaba a través del bosque, bajando la temperatura bien por debajo de la congelación, pero Johun fue capaz de reunir la Fuerza para calentarse y mantener alejado lo peor del frío.

El Caballero Jedi estaba frustrado. Se había hecho poco progreso en la construcción del monumento en Ruusan durante las últimas semanas, el proyecto víctima de una campaña de vandalismo y sabotaje.

Había empezado con la destrucción de los carros flotantes, las bobinas repulsoras comidas por algún tipo de sustancia tóxica restregada en su superficie. Había llevado cuatro días preparar el envío y la instalación de las bobinas de reemplazo.

El segundo incidente había visto a todo el equipo pesado envuelto con una densa savia, pegajosa, que resultó ser un poderoso adhesivo. Guantes, botas, y otras ropas de los trabajadores se habían pegado rápidamente, quedándose permanentemente unidas a cualquier superficie contra la que siquiera se frotaran; afortunadamente nadie había hecho contacto con la piel desnuda. Había llevado horas encontrar y aplicar solventes químicos lo suficientemente fuertes como para romper la unión, y dos días completos para limpiar el residuo pegajoso del equipo.

Johun había considerado poner a parte de su equipo como guardias durante la noche. Pero el sitio del monumento era remoto; cada mañana los equipos eran llevados por lanzadera de aire. Cualquiera asignado a vigilar el sitio se quedaría completamente solo, y si los vándalos desconocidos estaban armados, los guardias podrían ser heridos o incluso asesinados. Eso era algo que el Jedi no estaba dispuesto a arriesgar.

Durante un par de noches tras el segundo incidente, había contratado un equipo de seguridad privado para que patrullara la región, esperando que pudieran pillar a quien fuera el responsable. Esas noches habían pasado sin incidentes, sin embargo, el posible saboteador probablemente se asustara por la muestra de fuerza. Pero la financiación del proyecto era limitada, y Johun ya estaba sin fondos debido a los anteriores contratiempos. Finalmente, había terminado el contrato con las patrullas de seguridad… y dos noches más tarde los vándalos golpearon de nuevo.

El tercer incidente comenzó con el equipo llegando por la mañana para encontrar que alguien había esparcido polen picante por todo el lugar de construcción. Conforme los soles se alzaron, una gran bandada de diminutos pájaros —decenas de miles de criaturas graznantes, chirriantes— descendieron sobre el sitio, atraídos por el aroma. Sus números ensombrecieron los soles gemelos mientras volaban y se lanzaban sobre el equipo, haciendo imposible trabajar. Incluso después de que el polen se fuera, el olor permaneció durante dos días, atrayendo de vuelta a los pájaros cada mañana para detener la construcción.

Johun había decidido tomar el asunto con sus propias manos. Quien fuera que estuviera tras la trastada era cauteloso, y un equipo de seguridad marchando por el perímetro era demasiado visible para ser un disuasivo eficiente. Así que durante las

pasadas tres noches, cuando su equipo abordaba la lanzadera esperándoles y volvían a la comodidad de sus camas, se había quedado atrás, determinado a pillar a los vándalos en el acto y hacerlos llevar a la justicia.

Como Jedi, podía pasar varios días sin dormir, en su lugar, lanzándose hacia los trances meditativos ligeros pero reconfortantes que le permitían permanecer al tanto de sus alrededores. Y si los perpetradores resultaban estar armados o incluso ser hostiles, Johun confiaba en que no estaría en ningún peligro.

Estaba acuclillado bajo una persiana de camuflaje oculta en los árboles que rodeaban el sitio de construcción. Situado sobre un risco pequeño que se elevaba sobre el lugar y armado con gafas de visión nocturna, tenía una clara vista de todo el área. Las primeras noches habían pasado sin incidentes, y Johun había empezado a temer que quien fuera que estuviera detrás de los ataques supiera que estaba ahí. Si no pasaba nada esa noche, decidió él, tendría que intentar otro curso de acción.

Casi dos horas después, su paciencia fue finalmente recompensada cuando, a través de las gafas, vio una única figura reptando desde los árboles a menos de cien metros de donde Johun se estaba ocultando. A su lado, había un objeto largo, delgado, que podría haber sido un arma, un bastón, o posiblemente incluso ambos.

Johun escaneó los bosques de alrededor, mirando para ver si la persona estaba sola. El único compañero se mostraba en las gafas de visión nocturna como una masa amorfa verde pequeña, flotando en el refugio de las ramas. Johun lo reconoció como uno de los seguratas indígenas de Ruusan, y sintió un estremecimiento involuntario mientras recordaba el terror que las especies habían inspirado en los Jedi tras un poderoso ritual Sith que destruyó sus hogares en los bosques y les había vuelto locos.

Tendría sentido si los seguratas resultaran estar detrás del vandalismo. Para proteger a sus tropas, Hoth había, en los últimos días de la guerra, dado órdenes directas de disparar a las criaturas a la vista, y cientos habían muerto a manos de los Jedi. Aunque los miembros supervivientes de la especia habían vuelto a sus modos pacíficos, sanadores, era posible que todavía albergaran un resentimiento contra la orden por lo que había ocurrido. Pero eso todavía no explicaba la involucración de la figura humanoide que se abría paso lentamente hacia el campamento.

Johun salió de su lugar oculto. Sabía que el segurata huiría al aproximarse, lanzándose hacia el bosque a las ramas altas en el aire donde no pudiera seguirle. Si hubiera querido matarlo —lo cual no iba a hacer— no hubiera sido capaz de hacerlo caer. Pero su adversario se movía con una velocidad sorprendente, y el Jedi se dio cuenta de que su presa estaba, al menos en algún pequeño nivel, en sintonía con la Fuerza también.

En terreno abierto, Johun todavía era más rápido, pero estaba a unos diez metros atrás cuando el hombre alcanzó el borde del bosque y se metió en la espesura. Tomó un camino que le habría librado de casi cualquier persecución: balanceándose y lanzándose dentro y fuera de los densamente compactos troncos de los árboles, agachándose bajo ramas afiladas, y saltando sobre raíces gruesas, protuberantes a un paso veloz. Atrayendo fuertemente la Fuerza, sin embargo, Johun fue capaz de igualar su progreso, aplastando

las ramas y hojas que amenazaban con golpearle en la cara y ágilmente evitando las raíces que le habrían mandado al suelo.

Esprintaron a través del bosque durante varios kilómetros, sin ser capaces de ganar terreno en su competición. La caza terminó cuando salieron a un pequeño claro con una diminuta cabaña de barro construida en el centro, y Johun se dio cuenta de que su presa, cegada por el pánico, había corrido instintivamente a casa.

El hombre corrió a la puerta, como si esperara escapar encerrándose dentro. Entonces se detuvo, dándose cuenta de repente del error que había cometido. Con los hombros caídos se quedó junto a la puerta, sin hacer ningún intento de huir mientras Johun se aproximaba cuidadosamente.

—No creí que nadie pudiera mantener mi ritmo a través del bosque —dijo él, derrotado mientras abría la puerta de su pequeña cabaña—. Bien podrías entrar y quitarte el frío.

El interior era simple pero limpio, y justo lo suficientemente grande para que los dos hombres compartieran el espacio sin sentirse apretados. El único mueble era una pequeña esterilla para dormir en la esquina. Brasas brillantes en un hueco en el centro producían suficiente calor para que Johun fuera capaz de quitarse su túnica gruesa de invierno y dejarla junto a él mientras se sentaba de piernas cruzadas en el suelo.

Su huésped también se quitó sus atavíos más pesados, quitándose múltiples capas antes de arrodillarse enfrente de su invitado no invitado. Johun supuso que el hombre era de veintipocos, sólo un par de años más joven que el propio Jedi. Tenía un pelo oscuro desaliñado y una barba larga rala; había un salvajismo en sus ojos. Pero fue sólo cuando Johun se dio cuenta de que le faltaba la mano derecha cuando le reconoció como el famoso Ermitaño de Ruusan.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Johun.

—Sé que eres un Jedi, —respondió el ermitaño—. Es por lo que no pude librarme de ti.

—Me llamo Johun Othone. Estoy al cargo del proyecto de construir un monumento para aquellos que sacrificaron sus vidas aquí en Ruusan.

Johun esperó, dando al otro hombre una oportunidad de responder o contestar. Pero el ermitaño simplemente miró al suelo, su mano buena descansando sobre su regazo, agarrando el muñón con su brazo derecho.

—¿Por qué destrozas nuestro equipo en el lugar de construcción? —él medio esperaba que el ermitaño hiciera algún tipo de negación; después de todo, Johun no le había pillado realmente en el acto. Pero en su lugar, él libremente admitió lo que había hecho.

—Quería deteneros. Imaginé que si os costaba suficiente tiempo y créditos abandonaríais y volveríais de vuelta de donde vinisteis.

—¿Por qué? —preguntó Johun, confuso ante el veneno en la voz del ermitaño.

—No queremos a los vuestros en Ruusan, —soltó el joven—. ¡No tenéis derecho a estar aquí!

—Serví con el General Hoth en el Ejército de la Luz —respondió Johun, tratando de permanecer en calma pese a la indignación que sentía—. Vi a mis amigos morir. Los vi sacrificarse a sí mismos para salvar a la galaxia de los Sith.

—Sé todo sobre los Sith —se mofó el ermitaño—. Y sobre los Jedi, también. Vi la guerra con mis propios ojos. Sé lo que ocurrió.

—¡Mira lo que vuestra guerra le hizo a este mundo! —Gritó él, su voz acusadora—. Cada año la nieve cae, y con cada invierno más y más animales mueren de frío. ¡Diez años después de vuestra llamada victoria, especies enteras todavía son llevadas a la extinción por lo que vosotros provocasteis!

—Lo siento por el sufrimiento que este mundo ha soportado —dijo Johun—. Pero los Jedi no pueden hacerse responsables de todo. El mayor daño a este planeta fue hecho por los Sith.

—Jedi, Sith, sois todos lo mismo —escupió el ermitaño—. Estabais tan cegados por vuestro odio los unos por los otros que no pudisteis ver las consecuencias de lo que estabais haciendo. Y al final vuestro general marchó a las cavernas subterráneas para enfrentarse a los seguidores de Kaan, sabiendo que desataría la devastación de la bomba mental sobre este mundo.

—Hoth se sacrificó a sí mismo para que otros pudieran salvarse, —protestó Johun.

—¡La bomba mental fue una abominación! Hoth debería haber hecho todo lo que estuviera en su poder para evitar que Kaan la utilizara. En su lugar intencionadamente forzó su mano.

—No había elección —respondió Johun, defendiendo las acciones de su antiguo Maestro—. La detonación de la bomba mental destruyó a la Hermandad y libró a la galaxia por siempre de los Sith.

El ermitaño se rió con fuerza.

—¿Eso es lo que crees? ¿Los Sith se han ido? —Él agitó su cabeza y murmuró—. Pobre, pequeño e iluso Jedi.

—¿Qué quieres decir? —exigió Johun. Sintió un puño helado cerrándose sobre su estómago—. ¿No crees que los Sith hayan sido borrados del mapa?

—*Sé* que no fueron barridos del mapa, —respondió el ermitaño—. Uno de los Lords Oscuros sobrevivió, y se llevó a mi prima como su aprendiz.

La cabeza de Johun cayó hacia atrás como si le hubieran abofeteado.

—¿Tu prima?

Sonaba alocado, completamente implausible. Pero el ermitaño, pese a sus ojos salvajes, no le parecía loco a Johun.

—¿Cómo sabes eso?

—Después de que la bomba explotara, bajé a los túneles para ver qué quedaba, —susurró el ermitaño, su expresión siniestra mientras rememoraba los recuerdos de su pasado—. Los vi allí, a mi prima y a Lord Bane. —Él alzó su muñón ante su cara—. Ellos me dieron esto.

La mente de Johun estaba retrocediendo. Recordaba a los mercenarios que se había encontrado tras la batalla, y sus relatos de un Maestro Sith que había masacrado brutalmente a sus compañeros. Aunque más tarde se retractó en su posición y rechazó sus registros ante la lógica irrefutable de Farfalla, parte de él siempre se había inclinado a creer que su historia era cierta.

Sin evidencias y sin pistas, había abandonado sus esfuerzos de demostrar que un Maestro Sith había escapado de Ruusan con vida. Ahora, dentro de las paredes de una diminuta cabaña de barro, había tropezado con la prueba que le había eludido una década antes.

—¿Viste a un Sith llamado Lord Bane? —Presionó Johun ansioso, buscando una mayor confirmación—. ¿Cómo sabes que era él?

—Durante un tiempo fui parte del ejército de Kaan, —susurró el ermitaño suavemente—. Todos sabíamos quién era Bane.

—¡Esto… esto es increíble! —Johun tartamudeó, todos los pensamientos del monumento y el vandalismo que le habían llevado ante el ermitaño fuera de su mente—. ¡Tenemos que decírselo al Consejo Jedi! ¡Necesitamos ir a Coruscant cuanto antes!

—No.

El rechazo fue entregado con tan finalidad simple, que detuvo en frío a Johun.

—Pero… los Sith aún están ahí fuera. El Consejo debe ser advertido.

El ermitaño se encogió de hombros.

—Entonces adviérteles. Mi lugar está aquí en Ruusan.

—No me creerán, —admitió Johun—. Querrán preguntarte ellos mismos.

—He visto lo que ocurre cuando los Jedi y los Sith van a la guerra. No seré parte de ello de nuevo. No iré a Coruscant.

—Estabas dañando propiedad de la República —le recordó Johun—. Podría arrestarte y llevarte allí para enfrentarte a los cargos.

El ermitaño rió de nuevo.

—¿Y entonces qué, Jedi? ¿Me torturarás hasta que confiese lo que vi? ¿Utilizarás tus poderes para retorcer mi mente y hacerme decir las palabras que quieres oír? Estoy seguro de que el Consejo te creerá entonces.

Johun frunció el ceño. El ermitaño tenía razón; la única forma de que el Consejo le creyera era si su testimonio era dado libremente.

—¿No ves lo que está en juego? —Dijo Johun, cambiando de tácticas—. Viste lo que ocurrió cuando los Sith alzaron un ejército y fueron a la guerra. Si vienes conmigo ahora, el Consejo escuchará tu advertencia. Podemos buscar a este Lord Bane y detenerlo antes de que tenga ocasión de atraer a otros hacia su causa.

Mientras hablaba extendió el brazo para tocar la mente del ermitaño con la Fuerza. No le incitó a estar de acuerdo con la petición; eso no serviría a su propósito aquí. La persuasión de la Fuerza era una medida temporal, y para cuando volvieran a Coruscant, los efectos se habrían ido y el ermitaño sabría que lo habían manipulado, haciéndolo incluso más intratable. En su lugar Johun simplemente trató de hacer al hombre más

dispuesto a escuchar su razonamiento, ejerciendo un velo de calma y tranquilidad sobre sus pensamientos. Suavemente barrió la amargura y el resentimiento del hombre, permitiéndole sopesar la lógica de sus argumentos sin estar nublados por la pasión y la emoción.

—Bane ha ido a ocultarse, —continuó él—. Si no lo encontramos, se revelará sólo cuando haya reconstruido los ejércitos de los Sith, y la galaxia estará de nuevo en guerra. Pero si vienes conmigo ahora, podemos convencer al Consejo de que le busque. Ayúdame a detenerlo, y prevendremos otra guerra.

El ermitaño le miró por un largo tiempo antes de asentir aceptando.

—Si eso significa detener otra guerra, iré contigo a Coruscant.

* * *

El jefe bibliotecario de los Archivos Jedi era un venerable cereano llamado Maestro Barra-Rona-Ban.

—Bienvenida a Coruscant, Padawan Nalia, —dijo él, alzándose de su asiento para saludar a Zannah con una sonrisa mientras entraba en su habitación—. ¿Cómo fue tu viaje desde Polus?

Los cuartos privados del Maestro Barra se parecían bastante a lo que había esperado: un gran número de diarios, notas escritas a mano y tarjetas de datos cubrían su pequeño escritorio, organizados en tres pequeñas pilas. También había un pequeño monitor de visualización y un terminal que ella sospechaba que estaba enlazado al índice principal del catálogo de los Archivos, permitiendo al Maestro Barra referenciarlo a su voluntad.

—El viaje fue largo pero sin complicaciones, —respondió ella.

Su voz era calmada y relajada, aunque en el interior su corazón estaba martilleando. La ilusión que proyectaba de ser una aprendiz del lado luminoso le había servido bien hasta entonces, pero ahora estaba cara a cara con un Maestro Jedi. Si cometía incluso el más ligero error, todo se habría perdido.

—Está bien alejarse del frío, —añadió ella. Nalia, al contrario que su Maestro, no había nacido en Polus: originalmente venía de las regiones tropicales de Corsin.

El cereano rió, alzando las arrugas de su frente alta, con forma de cono.

—El Maestro Anno no estaría de acuerdo contigo, sospecho.

Ella respondió con una suave risa.

—Mi Maestro manda saludos, —dijo ella, recordando del perfil que Anno y Barra habían estudiado juntos brevemente en la Academia aquí en Coruscant—. ¿Tiene algún plan de visitarlo pronto en el futuro?

—Me temo que tal viaje sería imposible, —respondió con un suspiro—. Los Archivos requieren mi constante atención.

—El Maestro Anno me advirtió que diría eso, —dijo ella, sonriendo—. Me dijo que utilizaría cualquier excusa para evitar siquiera visitar Polus de nuevo.

—No todo el mundo se hace al hielo y la nieve con el ardor de los Pyn'gani, —admitió el cereano con un taimado guiño de su ojo.

El intercambio de cumplidos concluyó, él volvió a su asiento e introdujo una clave en su terminal, haciendo salir un gran bloque de texto en la pantalla.

—He revisado tu solicitud de acceder a los Archivos, —le dijo él—, y creo que puedo admitirte.

Él tecleó en el terminal de nuevo e insertó una tarjeta de datos. El terminal zumbó mientras los datos encriptados eran cargados.

—Los Archivos están disponibles a todas horas, de día o de noche, —le informó él—. Tendrás libre acceso a la colección general, pero por favor recuerda que los contenidos de las salas de análisis y la cámara de Holocrones Jedi están restringidos.

—No creo que sean necesarios para mi investigación, —le aseguró ella—. El Maestro Anno fue muy específico en lo que quería que buscara.

La tarjeta de datos salió del terminal, la descarga de información completada, y el Maestro Barra se la cedió a Zannah.

—Inserta esto en cualquiera de los terminales de catálogo en los Archivos cuando desees acceder y buscar algo. Los trabajos originales no podrán ser retirados de las instalaciones, pero eres libre de copiar cualquier material que encuentres en este disco para tu uso personal o colección.

—Me he tomado la libertad de precargar tu disco con algunos trabajos trascendentales que podrían serte de interés para tu investigación, —añadió él, sonriéndole una vez más.

—Gracias, Maestro Barra, —dijo Zannah con una reverencia.

—¿Cuánto planeas quedarte aquí en Coruscant? —preguntó él.

—Un par de días como mucho, —respondió ella. Dudaba que pudiera mantener la ilusión que escudaba sus poderes del lado oscuro de ser detectados mucho más que eso—. El Maestro Anno estaba ansioso por continuar su investigación. Quería que volviera tan pronto tuviera la información que necesita.

El cereano asintió en entendimiento.

—Por supuesto. Pero mientras estás aquí, espero que no pases todo tu tiempo estudiando parásitos y simbiontes. Tienes una rara oportunidad de explorar todo el conocimiento y maravillas de la galaxia, y espero que tomes provecho de ello.

—Lo intentaré, Maestro Barra, —prometió Zannah, aunque no tenía intención de quedarse ni un segundo más de lo necesario.

—Buena suerte con tu investigación, Padawan Nalia, —dijo el bibliotecario, despidiéndose de ella.

Con otra reverencia, Zannah se giró y abandonó su habitación, con más confianza en su misión que nunca. Si podía engañar al Maestro Barra, jefe bibliotecario de los Archivos Jedi, para creer que era Nalia Adollu, sabía que podría engañar a cualquiera.

18

El *Místico* salió del hiperespacio con un tambaleo. A través de la ventana de visualización de la cabina de mandos, un gran planeta se alzaba a sólo un par de miles de kilómetros de distancia, su superficie oculta bajo una densa masa de nubes grises enroscadas. Bane comprobó el ordenador de navegación, confirmando vía coordenadas que había llegado a Tython.

Como todos los planetas del Núcleo Profundo, Tython era un mundo rodeado de misterio y leyendas. Algunos registros sostenían que los Jedi habían visitado este mundo durante la edad de la Gran Cacería, hacía tres mil años, para limpiarlo de los terribles terentateks, monstruosas criaturas que se alimentaban de la vida de aquellos sensibles a la Fuerza.

Leyendas mucho más antiguas identificaban a Tython como el lugar original de nacimiento de la Orden Jedi cerca de veinticinco mil años antes. De acuerdo con el relato, los sacerdotes y filósofos del mundo tenían la habilidad de atraer una energía mística que llamaban Ashla; un poder que representaba toda la compasión y misericordia en el universo. Eran opuestos a un grupo rival que atraía su fuerza de Bogan, la manifestación de la pasión cruda y la emoción pura incontrolada.

Las historias decían que una gran guerra tuvo lugar entre los dos grupos, con los devotos de Ashla saliendo victoriosos. Los primeros Caballeros Jedi supuestamente habían evolucionado a partir de los supervivientes de la guerra, creando los primeros sables láser en sus ceremonias de iniciación. Muchos años después, la leyenda continuaba, algunos de estos Jedi abandonaron Tython y se enfrentaron a las inestables rutas hiperespaciales para compartir sus creencias con mundos más allá del Núcleo Profundo. Y mientras se encontraban y mezclaban con otras civilizaciones, Ashla y Bogan se volvieron comúnmente conocidas como los lados luminoso y oscuro de la Fuerza.

Bane no sabía si la leyenda era cierta, pero incluso si lo era, meramente demostraba la superioridad del lado oscuro y su inevitable conquista de la luz. Porque aunque los seguidores de Ashla supuestamente derrotaran a los seguidores de Bogan, el lado oscuro había prevalecido al final. Tython, reverenciado por muchos como el lugar de nacimiento de la propia Orden Jedi, era ahora un bastión del poder del lado oscuro, y la localización de la fortaleza oculta de Belia Darzu.

Bane sabía que era posible que otra gente todavía viviera en Tython: descendientes de los primeros Jedi que habían sobrevivido durante eones en el aislamiento del Núcleo Profundo. Pero no tenía interés en buscarlos, incluso si existían. Armado con la información de la tarjeta de datos de Hetton, se dirigía directamente a la fortaleza de Belia.

Presionando hacia delante el mando, sintió al *Místico* bajar a la atmósfera del mundo cubierto de nubes. Rompiendo a través de la niebla, vio que la superficie de abajo era del

color de las cenizas; campos embarrados que se extendían interminablemente bajo un manto continuo de cielo gris y sin sol.

Llevó abajo su nave, sólo un par de metros bajo el suelo, mientras corría hacia el único rasgo visible en el horizonte: una ciudadela enorme con dos torres construida enteramente de duracero negro.

El edificio era cuadrado y medía 150 metros a cada lado. Las paredes exteriores se alzaban treinta metros sobre el suelo, y la única entrada parecía ser una enorme puerta, de veinte metros de anchura, en la fachada de la pared frontal. Las torres se alzaban a cada lado de la pared frontal, alzándose otros diez metros desde las esquinas.

Mientras se acercaba a un par de cientos de metros, una barrera de fuego de cañones de iones estalló desde las torres. Bane tiró fuerte de la palanca, inclinando al *Místico* noventa grados hacia estribor, evitando por poco el ataque inesperado. A excepción de sus tecnobestias, la fortaleza de Belia se suponía vacía.

Rodeó y llevó su nave cerca de nuevo, ajustando los sistemas de objetivo para fijarse en la primera de las dos torres. Los cañones de iones rugieron de nuevo, y Bane rodó fuera de la línea de fuego mientras abría fuego con los láseres del *Místico*, reduciendo una de las torres a un montón de escoria fundida mientras volaba junto a ella.

Los sensores del *Místico* no habían detectado formas de vida presentes durante su pasada, sugiriendo que los cañones de iones eran probablemente parte de un sistema de defensa automatizado aún activo tras casi tres siglos. Esta teoría fue confirmada veinte segundos más tarde cuando Bane utilizó exactamente la misma maniobra de rodar en su siguiente ataque para eliminar la segunda torre; las defensas automatizadas no eran otra cosa sino predecibles.

Rodeó la ciudadela dos veces más, haciendo un escaneo sensor y visual para confirmar que no había otras amenazas antes de llevar abajo su nave para aterrizar en el suelo embarrado a una corta distancia de la entrada de la fortaleza.

Empuñando su sable láser, saltó de la cabina de mandos y se movió cuidadosamente hacia delante hasta que se erguía ante la puerta negra. Se alzaba sobre él, una gigantesca puerta sellada sin pomos, bornes, o un panel de control visible. Reuniendo su poder, puso su palma izquierda contra la superficie. La puerta explotó, rompiéndose hacia dentro con un bang agudo que reverberó por el vestíbulo largo y oscuro que llevaba a la fortaleza.

Bane caminó hacia delante, alerta y observando por cualquier truco o trampa que pudiera esperarle. Podía sentir el poder del lado oscuro en este lugar, pero no detectaba ninguna amenaza inmediata hacia su persona, y procedió con cautela.

Utilizando barras de luz para iluminar su camino, exploró la fortaleza habitación por habitación, levantando polvo que había permanecido imperturbable durante siglos. Era primariamente una base militar, la mayoría del espacio ocupado por las barracas y los comedores necesarios para albergar y proveer para un ejército de seguidores. Pero las habitaciones estaban desiertas. Ni siquiera las alimañas e insectos que uno esperaría en un edificio abandonado pululaban por los vestíbulos, aunque si eran mantenidos a raya por la

energía del lado oscuro que permeaba el aire o por algún medio desconocido, no podía decirlo.

Mientras se movía más profundo en la fortaleza, empezó a llegar a los laboratorios de alquimia de Belia. Vasos de precipitado sellados llenos de extraños líquidos coloreados descansaban sobre grandes mesas de metal. Tanques vacíos conectados por tuberías de cristal enroscadas utilizadas para destilar o separar mezclas, se alineaban en las paredes. En una habitación, los corazones y cerebros de una docena de especies diferentes flotaban en botellas de especímenes, preservadas por siempre en fluido de embalsamamiento puro. Otro laboratorio contenía notas y bocetos registrando los esfuerzos de Belia por transformar criaturas vivientes en híbridos droide-orgánicos.

Bane se detuvo en estos, mirando a través de ellos brevemente antes de continuar su camino. Era incapaz de encontrar un sentido en el garabateo críptico; necesitaba encontrar los archivos de Belia —y con esperanzas el Holocrón donde había almacenado todo su conocimiento— si quería comprender sus experimentos.

Cerca de la parte trasera del edificio llegó a un grupo estrecho de escaleras que llevaban a los niveles subterráneos. Una cosa de la que la investigación de Hetton no le había provisto era de un mapa del interior del fuerte, pero podía sentir el poder emanando de debajo de él. Había pocas dudas de que la fuente de las energías del lado oscuro que flotaba como humo en el aire de cada habitación y pasillo de la fortaleza estaba localizada en el fondo de las escaleras. Era aquí, sabía Bane, donde encontraría el santuario interior de Belia.

Se arrastró bajando las escaleras. Al fondo había otro pasillo largo, angosto, y al final de este pasillo había una pequeña puerta de madera, arcaica. Una capa de luz pálida fluorescente brillaba desde debajo. Al contrario que en la planta superior, se dio cuenta Bane, los generadores aún proveían de energía a la habitación de más allá, otra señal de que era de crítica importancia.

Bane se aproximó a la puerta, deteniéndose en el umbral. Era incapaz de captar ninguna sensación de lo que le esperaba al otro lado; su consciencia en la Fuerza fue superada por una gran concentración de poder del lado oscuro. Tomando aliento profundamente, suavemente empujó la puerta y miró en un horror fascinado.

La cámara del otro lado era enorme, al menos de cincuenta metros de largo y fácilmente de veinte de ancho. Solitario en el centro de la habitación había un pedestal, sobre el cual descansaba una pequeña pirámide de cuatro caras, familiar: el Holocrón de Belia Darzu. Aún así, no fue eso lo que atrajo la atención de Bane. El resto de la habitación había sido completamente rebasada de tecnobestias.

Parecían venir de todo tipo de especias: una mezcla de humanoides y bestias desde cada esquina de la galaxia habían caído víctimas del tecnovirus de Belia. Una vez una combinación mutada de carne y tecnología, la mayoría del tejido vivo de las tecnobestias se había podrido hacía tiempo y se había caído. Lo que quedaban eran las hebras disecadas de piel y nervios anclados al hueso, apoyados y sostenidos por varas, cables y trozos de metal retorcido.

Los brazos y manos de aquellas criaturas que habían caminado sobre dos piernas en vida, habían sido transformados en espadas planas y dentadas que se extendían desde sus codos. Las criaturas más grandes —como las tecnobestias bantha que vio en la habitación, o el rancor de cerca del pedestal en el centro— se habían convertido en máquinas de guerra, con cañones bláster fusionados a sus hombros y sus pieles reemplazadas con armaduras de placas con púas.

Por la investigación de Hetton, Bane sabía que el tecnovirus atacaba los lóbulos frontales del cerebro, reduciendo a sus víctimas a autómatas dementes incapaces de funciones de pensamiento mayor, un destino funesto para cualquier ser pensante. Las criaturas en la habitación estaban en un estado aún peor. Durante los siglos, lo que quedaba de sus cerebros había sido mantenido con vida por los nanogenes del tecnovirus, pero la degradación inevitable a largo plazo había dañado sus habilidades motoras y los había reducido a cascarones de metal desastrados, momificados.

Bane suponía que el ejército reunido en la cámara debía haber rondado una vez por los pasillos y habitaciones del fuerte, protegiéndolo contra el ataque y sirviendo a las necesidades de su señora. Con la muerte de Belia —envenenada por los asesinos de la Orden Mecrosa cuando su alianza con ellos cayó— habían sido dejados para vagar sin mente, sin ningún propósito o dirección. Durante las décadas se habían sentido lentamente atraídos hacia esta cámara por las energías del lado oscuro que radiaban del Holocrón, el último resto superviviente de su señora, llamándoles a su lado. Dirigidos únicamente por instinto simple, primario, habían estado indefensos a obedecer hasta que, uno a uno, todo el grueso de su ejército de tecnobestias se había reunido en esta única habitación.

Un silencio escalofriante flotaba sobre la escena; las cuerdas vocales de las desafortunadas criaturas se habían desintegrado cientos de años antes. El único sonido era el leve zumbido de las juntas mecanizadas y el rasgar oxidado del metal contra el suelo de piedra mientras se apiñaban en lenta confusión. Ocasionalmente chocaban los unos con los otros con un tintineo vacío, sus movimientos raros y torpes mientras se empujaban para moverse más cerca del Holocrón en el centro de la habitación. Pero aunque se sentían claramente atraídos hacia él, ninguno se atrevía a ir a tres metros de su pedestal. En su lugar, se congregaban en un círculo amplio, de refriega, un ejército de muertos vivientes esperando órdenes que nunca llegarían.

Bane caminó hacia la habitación, sable láser desenvainado. Las tecnobestias ignoraron su presencia, su atención concentrada únicamente en el Holocrón.

Se abrió paso lentamente a través de sus legiones, tratando de estimar sus números mientras bordeaba cada vez más cerca del centro de la habitación. ¿Cincuenta? ¿Cien? Era imposible contarlos; sus cuerpos de metal oxidado y carne momificada parecían mezclarse en una masa abominable.

Alcanzando el pedestal en el centro de sus números, se detuvo, inseguro de lo que ocurriría cuando extendiera el brazo para reclamar el Holocrón como suyo. ¿Las criaturas

se inclinarían ante él como su nuevo Maestro, o caerían sobre él con una furia obcecada para proteger el ídolo que adoraban? Sólo había una forma de averiguarlo.

Mientras sus dedos se acercaban al Holocrón escuchó un ruido que le hizo retirar su mano con un sobresalto. Sonaba como el gemido de un dios hacía tiempo muerto alzándose de su tumba; cientos de extremidades mecanizadas saltaron a la acción con un zumbido enfadado mientras los monstruos se enjambraban a su alrededor.

Bane empujó con la Fuerza, y una docena de las criaturas explotó en polvo y diminutos trozos de pequeño metal retorcido. Pero los otros saltaron hacia delante como una ola, llevándole abajo. Sus pies pisaron con fuerza y le patearon; sus brazos con hojas cortaron hacia él mientras caía al suelo. Pero ninguno de sus ataques podía perforar los caparazones quitinosos de su armadura de orbaliskos.

Desde su espalda, Ban cortó indiscriminadamente con su sable láser, tallando extremidades con cada barrido. No hubo gritos de dolor ni gotas de sangre, los cuerpos de sus enemigos se habían quedado sin sangre cuando su carne se cayó a pedazos siglos antes. Los únicos sonidos de batalla eran los propios sonidos de cansancio del Lord Oscuro, el tintineo del metal cayendo al suelo de piedra, y la lluvia ocasional de pequeñas chispas.

Incluso en su ira, las criaturas eran lentas y torpes. Los golpes violentos de Bane rápidamente despejaron suficiente espacio para que recuperara pie. Se alzó para ver el muro de criaturas presionando sobre él, y desató una oleada de relámpagos a través de sus filas. Los rayos se arquearon a través de la mayor parte de los cuerpos de metal; la nanotecnología que animaba su constitución y les daba vida, humeando y fundiéndose, y una docena más de sus oponentes se tumbaron para no alzarse de nuevo.

Un golpe pesado golpeó de repente a Bane en la espalda, el rancor de metal mandándole volando con un barrido de una enorme garra, como una maza. Golpeó de cara contra lo que una vez debía haber sido un humano, y la tecnobestia abrió su boca y liberó una nube de diminutas esporas de metal directamente a su cara.

Bane las respiró incluso mientras cortaba a la criatura, seccionándola diagonalmente a través desde el hombro hasta la cadera. Podía sentir al tecnovirus en su interior, sus esporas de nanogenes hurgando en su cerebro y comiéndose sus lóbulos frontales y empezando el proceso de transformarle en una abominación que no era ni droide ni ser vivo.

Antes de que pudiera extenderse con la Fuerza para salvarse, sintió un arrebato de calor en su sangre mientras los orbaliskos liberaban un químico ardiendo para destruir a los invasores microscópicos. Su cráneo se sentía como si estuviera ardiendo mientras su corazón bombeaba el abrasador químico a través de su arteria carótida y hacia los capilares de su cerebro, pero podía sentir a los nanogenes marchitarse y morir en el calor casi al instante.

Utilizando el dolor en su cabeza para alimentar su ira, Bane giró y saltó hacia el rancor, cortando ambas piernas de metal debajo de él. Los cañones láser de los hombros de la criatura trataron de dispararle, pero en los más de doscientos años desde su creación

las células de energía habían perdido su carga y el único resultado fue un clic apenas audible. El torso cayó al suelo, pero las mandíbulas aún se cerraban hacia él; Bane tuvo que saltar hacia atrás fuera del camino antes de lanzarse hacia delante para seccionar los brazos a la altura de los hombros.

Con ese enemigo derrotado, utilizó la Fuerza para desintegrar a dos tecnobestias más avanzando, entonces sintió algo golpear contra su pie. Miró abajo para ver que las mandíbulas del rancor se habían aferrado a su bota; estaba tratando de morder su pierna. Una vez más, su armadura de orbaliskos le protegió de los daños, y Bane cortó la cabeza del rancor de su cuerpo, aliviado de ver que finalmente se quedaba quieto.

Aún había docenas y docenas de abominaciones en la cámara, acercándose a él desde todos lados. Bane ahora se daba cuenta de que no era posible que le dañaran, pero también sabía que las tecnobestias no se detendrían hasta que redujera a cada una a pedazos.

La matanza duró cerca de una hora. Utilizó su sable láser para desmembrar repetidamente a sus enemigos, conservando sus habilidades en la Fuerza para prevenir el cansancio en los brazos, piernas, hombros, y espalda. Tres veces durante la melé de un único lado se permitió perder la concentración, sus instintos marciales fuera de sincronía por el enervante silencio de sus enemigos mientras eran masacrados. Cada vez que perdía la atención era golpeado al suelo por los golpes de una de las criaturas cojas que se acercaban lo suficiente como para hacer contacto y le forzaban a luchar por ponerse de nuevo en pie. Dos veces más durante la batalla sintió el arder en su cerebro mientras los orbaliskos purgaban su sistema de otra nube más de esporas de nanogenes que había inhalado sin saberlo.

Para cuando acabó, cada músculo de su cuerpo le dolía de tallar cientos de metros cúbicos de metal, trayéndole recuerdos de las largas jornadas que resistía en las minas de Apatros mientras era joven. De muro a muro de la habitación había amontonadas extremidades, torsos, y cabezas de las tecnobestias, la matanza soportable únicamente por el hecho de que no había sangre.

Pateando los restos con las piernas cansadas, Darth Bane lentamente despejó un camino de vuelta al centro de la habitación. Extinguió su sable láser y lo ancló a su cinturón, entonces se tambaleó hacia delante, agarrando los bordes del pedestal para evitar colapsar mientras sus muslos y pantorrillas sufrían calambres.

Apretando sus dientes, se inclinó con fuerza sobre el pedestal para tomar el peso de los músculos engarrotados. Respirando profundamente, llamó a lo que quedaba de sus habilidades en la Fuerza para recuperar las fuerzas. Tras varios minutos, los espasmos empezaron a desvanecerse, y fue capaz de alzarse ágilmente de nuevo.

Su cuerpo y voluntad estaban exhaustos; lo inteligente habría sido descansar antes de intentar utilizar el Holocrón. Pero había llegado demasiado lejos, y resistido demasiado, para esperar más.

Todavía agarrando el pedestal para apoyarse con ambas manos, el Maestro Sith miró al talismán, concentrando su voluntad para llevarlo a la vida. Lentamente empezó a pulsar con una leve luz interior de un violeta profundo, oscuro, y Bane sonrió.

Pronto, todos los secretos de Belia Darzu serían suyos.

19

—Pensé que habías dejado a un lado esta locura, Johun, —dijo Farfalla con un agitar decepcionado de su cabeza.

—No es una locura —insistió Johun—. Él estuvo ahí, Maestro. ¡Lo vio con sus propios ojos!

Farfalla suspiró y se levantó de su silla y empezó a caminar, haciendo pequeños círculos estrechos sobre la alfombra de su cuarto privado. Johun permaneció en su asiento, centrándose en permanecer en calma y dejar que sus argumentos fueran guiados por la lógica y la razón.

—¿Cómo trataba Hoth con tus formas cabezotas? —preguntó Valenthyne, deteniéndose para alzar sus manos en exasperación.

—Sus personalidades son bastante diferentes, —señaló Johun—. Hoth a menudo me acusaba de ser demasiado pasivo.

Farfalla agitó su cabeza de nuevo y volvió a su asiento.

—¿Estás seguro de que este testigo es de confianza? —preguntó él, aludiendo a los mercenarios que Johun había querido llevar diez años antes.

Johun asintió.

—Todos los detalles de su historia cuadran. Se llama Darovit ahora, pero antes era conocido como Tomcat. Los registros confirman que fue reclutado en Somov Rit por Torr Snapit, y vino con sus primos para unirse al Ejército de la Luz.

—¿Y uno de esos primos es la chica que él clama que le quitó la mano?

—Una chica hace diez años, —señaló Johun—. Será una mujer ahora. El nombre de la prima era Rain. Se perdió en un ataque por parte de los Sith poco después de que aterrizaran en Ruusan. Estaba perdida y supuestamente muerta, pero debió ser encontrada por este Lord Bane y tomada como su aprendiz.

—He oído ese nombre antes —admitió Farfalla, inclinándose hacia atrás en su silla—. Fue mencionado en alguno de los testimonios dados por los esbirros Sith que tomamos como prisioneros. Si recuerdo correctamente, él fue uno de los últimos Sith en unirse a la Hermandad.

Johun asintió.

—Darovit dijo lo mismo. Él dijo que Bane siempre fue reacio a seguir a Kaan. Si rechazó unirse al resto de la Hermandad en la cueva, ¡eso explicaría cómo sobrevivió a la bomba mental!

—Es posible, —admitió Farfalla—. ¿Pero cómo reconoció Darovit a Bane?

—Desertó con los Sith cerca del final de la guerra. —Farfalla alzó sus manos de nuevo—. ¿Un desertor, Johun? ¿Un traidor a los Jedi? ¡El Consejo nunca creerá esto!

—Eso es lo que hace su historia más creíble, —contraatacó Johun—. Si estuviera mintiendo podría fácilmente haber encontrado algún motivo para explicar cómo reconoció a Lord Bane. Pero libremente admitió su crimen porque había decidido que había llegado el momento de decir la verdad.

—¿Y por qué es eso? —Quiso saber Farfalla—. Tu informe dice que ha vivido como un sanador en Ruusan durante la pasada década. ¿Por qué de repente decide dar el paso ahora?

—Cuando hablé con él en Ruusan le convencí de los peligros que los Sith representan. Quiere detener a Bane antes de que comience otra guerra.

Farfalla alzó una ceja.

—¿Tú le convenciste? ¿Después de una década de silencio, un encuentro contigo y él está preparado para ponerse a disposición? ¿Cómo, exactamente, lograste eso?

—No utilicé la Fuerza para hacerlo —protestó Johun—. No exactamente. No utilicé la Fuerza para obligarle. Sólo le hice más dispuesto a escucharme.

—Estás haciendo esto muy difícil para mí, —dijo Valenthyne, alzando una mano para frotarse las sienes.

—Sólo pido que hable con él usted mismo, Maestro, —imploró Johun—. Escuche lo que tiene que decir. Escúchele, y decida si le llevará ante el Consejo.

—Muy bien, Johun, —dijo Farfalla, asintiendo—. Me reuniré con él. ¿Dónde está ahora?

—Quería saber más sobre las artes sanadoras de nuestra Orden, —explicó Johun—. El Maestro Barra le dio acceso a los Archivos.

Valenthyne golpeó sus manos contra sus muslos y se puso en pie.

—Entonces sugiero que vayamos a encontrarle antes de que vuelva a recobrar el sentido.

* * *

La colección general de los Archivos Jedi estaba reunida en cuatro grandes salas construidas a partir de una enorme rotonda central. Cada sala contenía un amplio pasillo primario, con cientos de pasillos secundarios que salían a cada lado. Alineados en las paredes de los pasillos secundarios estaban los estantes: trillones de cintas y tarjetas de datos reunidas bajo millones de categorías, temas, y subtemas. El acceso a los discos de una sala en particular podía obtenerse vía cualquier terminal construido en el centro de su pasillo principal. Cada terminal estaba equipado con un índice maestro para ayudar a aquellos que buscaban conocimientos sobre un tema en particular para encontrar la sala apropiada, pero para hacer las cosas más fáciles, cada sala también representaba una rama específica, aunque muy amplia, de conocimientos.

La primera sala, la que todos los visitantes atravesaban cuando entraban a los Archivos desde el Templo Jedi, contenía trabajos de filosofía y registros históricos. Incluidos en las estanterías estaban los diarios personales de los Jedi, líderes políticos, e individuos de significancia histórica. Los tratados básicos examinando la Fuerza también estaban archivados en esta sección, aunque los Padawans tenían restringido acceder a muchos de estos trabajos para que no malinterpretaran el conocimiento y se corrompieran.

La segunda sala contenía trabajos dedicados a las ciencias matemáticas y a la ingeniería, incluyendo teorías sobre la construcción de hipermotores de espacio-tiempo, planos de planta de edificios oficiales del gobierno y planos de diseño detallados de cada vehículo, arma, o artilugio jamás construido. La tercera se centraba en la geografía y cultura de millones de planetas conocidos en la galaxia. Mapas, tanto planetarios como interestelares, así como descripciones detalladas de cada civilización registrada, el pasado y el presente dominaba los estantes de la tercera sala.

Sin embargo, era la cuarta sala donde Zannah —todavía en la guisa de Nalia— se dirigía. La cuarta sala contenía datos zoológicos e investigación en virtualmente todas las formas de vida conocidas de la galaxia. Este era su tercer día en los archivos, y todavía tenía que encontrar lo que estaba buscando. Los trabajos precargados en la tarjeta de datos que le había sido entregada por el jefe bibliotecario le habían ayudado a reducir su búsqueda, pero localizar una parte específica de información en un océano infinito de conocimiento no era una tarea simple.

Si hubiera vuelto al Maestro Barra, o se hubiera aproximado a cualquiera de los droides de análisis que vagaban por los Archivos, y hubiera pedido información sobre los orbaliskos en lugar del tema más general de los organismos parásitos, habría hecho un progreso más rápido. Pero esto habría estado en conflicto con su historia encubierta y habría levantado preguntas indeseadas. Así que Zannah se había visto forzada a buscar la información utilizando sólo las habilidades que había desarrollado mientras estudiaba varios trabajos durante su aprendizaje bajo Darth Bane.

Sus esfuerzos habían arrojado luz rápidamente a varios miles de artículos y experimentos que hacían al menos alguna referencia a los orbaliskos, pero aún tenía que encontrar alguna mención de cómo eliminarlos sin matar al huésped. Sabía que se estaba quedando sin tiempo, pero mientras se abría paso a través de la primera sala hacia la rotonda, estaba determinada a encontrar lo que había venido buscando.

Había siempre un número de otros estudiantes en los Archivos, pero los pasillos principales de cada sala eran amplios, y los estantes eran tan numerosos y profundos que Zannah nunca se sentía agobiada. Esto permitía que trabajara sin miedo a que cualquiera accidentalmente descubriera lo que estaba investigando. Sin embargo, todavía sentía un destello de aprensión cuando otro de los patrones del Archivo pasaba junto a ella, siempre preocupada de que su aura proyectada de poder del lado luminoso pudiera flaquear.

Ella saludó con la cabeza a uno de los droides de análisis mientras entraba en la rotonda central y giraba a su derecha, dirigiéndose a la cuarta sala. Pasó por los bustos de bronce que honraban a miembros poderosos y memorables de la historia de la Orden. Se detuvo a menudo enfrente de los bustos de los Perdidos: los únicos doce individuos que habían dejado voluntariamente a un lado los juramentos que habían hecho al convertirse en Caballeros Jedi y habían escogido abandonar la Orden.

Los Perdidos servían como un recordatorio a los Jedi de que, pese a su sabiduría y talentos en la Fuerza, no eran infalibles. Los Jedi veían a cada uno de los Perdidos como

un fracaso de su Orden, no como un fracaso del individuo. Una placa en cada busto rememoraba la historia individual de servicio, alabando lo que él o ella había logrado y contribuido antes de salir de las filas de los Jedi. Curiosamente, aún así, ninguna de las placas ofrecía un motivo para abandonar.

Zannah agitó su cabeza y continuó. Como Sith, no podía imaginar ningún motivo para honrar a alguien que había abandonado su causa… aunque con sólo un Maestro y una aprendiz, los Sith se habían transformado en algo muy diferente de la Orden Jedi y sus vastos números.

Ella se abrió paso por la cuarta sala, dirigiéndose a la privacidad del último terminal de vistas en el pasillo central. Insertó la tarjeta de datos personal que el Maestro Barra le había dado para obtener acceso a los catálogos del Archivo, y entonces continuó su búsqueda donde la había dejado el día antes.

Reuniendo una lista de números de índice, tecleó una contraseña para bloquear su terminal a otros usuarios, entonces vagó por las estanterías para retirar la media docena de tarjetas de datos que quería estudiar con más detalle. Por necesidad, las tarjetas de datos en los Archivos eran casi dos veces del tamaño de su tarjeta de datos personal; cada una contenía el texto completo de cientos —sino miles— de títulos diferentes.

Durante cinco largas horas continuó su investigación sin descanso. Una y otra vez volvía a llevar las tarjetas de datos al terminal y ojeaba sus contenidos, sólo para encontrar que no ofrecían nada nuevo. Frustrada, sacaba las tarjetas y compilaba una nueva lista de posibles fuentes, entonces volvía a los estantes para cambiar las tarjetas de datos antiguas por aquellas que prometían mejores resultados.

Fue el rugir de su estómago lo que le dijo que era hora de tomarse un descanso. Si se distraída —demasiado cansada o demasiado hambrienta— su hechizo podía flaquear, exponiendo la verdadera naturaleza de Zannah a aquellos a su alrededor. Ocurrió una vez antes, en el primer día cuando se presionó demasiado y trabajó mucho durante la noche. Había durado sólo un instante, un lapsus momentáneo, pero podría haber sido suficiente para condenarla. Afortunadamente, a esa hora tardía los Archivos estaban en su mayoría desiertos, y nadie había estado lo suficientemente cerca como para percibir a la Sith en medio. Desde entonces, sin embargo, Zannah había sido mucho más cuidadosa.

Había una última tarjeta de datos por comprobar; entonces se dirigiría a la cafetería y volvería una vez que hubiera saciado su hambre. La conectó al terminal y rápidamente escaneó los contenidos. Cuando encontró lo que buscaba, tecleó una clave; un bloque de texto de un artículo académico salió en pantalla.

UN EXAMEN Y EXPLORACIÓN DE UN ORGANISMO DE LOS MÁS PELIGROSOS Y RESISTENTES

por el Dr. Osaf Hamud.

En mis años de estudio, he encontrado un número de formas de vida que subsisten primariamente a través de relaciones simbióticas establecidas con otras especies. Algunas de estas relaciones son comensalistas, en las que ninguna especie es afectada significativamente por la presencia de la otra. Otras son mutualistas, permitiendo que

ambas especies se beneficien de su existencia compartida. Y además otras son parasíticas, en las que el organismo huésped sufre mientras que el simbionte prospera.

Por supuesto, para clasificar apropiadamente cualquier relación simbiótica en una de estas tres categorías, debemos primero definir explícitamente el significado de palabras como *dañino* y *beneficioso*, una tarea a la que muchos se han referido como…

Zannah parpadeó dos veces para librarse del estupor que se apoderaba de ella. La colección general de los Archivos incluía todo, desde diarios de exploradores que eran tan excitantes de leer como cualquier pieza de ficción bien escrita, hasta artículos académicos tan secos y aburridos que probarían los límites de la paciencia de un Maestro Jedi. Aparentemente los trabajos del Dr. Osaf Hamud caían en la última categoría.

Por un breve instante consideró simplemente sacar la tarjeta de datos e ir a buscar algo de comer, pero entonces hizo una rápida búsqueda de *orbalisko* en su lugar. Una docena de páginas corrieron por la pantalla mientras saltaba a la sección relevante.

… llamadas orbaliskos por la población natural de Nikto. Un guerrero relató cómo había sido infestado durante cerca de un año completo antes de librarse de las criaturas por que le desfiguraban tanto que no podía encontrar pareja.

Esto nos vuelve a llevar a nuestro anterior dilema de cómo definir *dañino* y *beneficioso*. Retomando la anterior discusión, debemos ahora incluir la capacidad de encontrar pareja a nuestras discusiones…

Zannah volvió a llevar sus ojos a la parte superior de la pantalla.

… un guerrero relató cómo había sido infestado durante cerca de un año completo antes de librarse de las criaturas…

En desesperación tecleó una nueva frase, entonces presionó BUSCAR de nuevo.

Es un hecho generalmente asumido por la mayoría de los zoólogos que los orbaliskos no pueden ser eliminados sin matar al hospedador. Sin embargo, mi investigación ha revelado que un hospedador infestado puede ser curado, aunque el proceso es tanto peligroso como extremadamente complicado, como detallaré aquí.

Primero, el hospedador debe estar en un estado excelente de salud. Como uno podría esperar la propia definición de excelente e incluso de salud debe ser debatida…

Lo había encontrado. ¡Lo había encontrado! Zannah saltó sobre sus pies, alzando un puño cerrado en una celebración de victoria silenciosa, apenas capaz de contener un grito feroz de triunfo. Y en su momento de euforia, el hechizo que ocultaba su verdadera identidad se deslizó.

Zannah rápidamente recuperó el control, mirando a su izquierda y derecha para ver si alguien se había dado cuenta. Con el corazón amartillando, golpeó la tarjeta de datos que el Maestro Barra le había dado contra el terminal para copiar el artículo sobre el orbalisko.

Tras ella una voz dijo:

—¿Rain? ¿Qué estás haciendo aquí?

* * *

Darovit vagaba por el amplio pasillo de la cuarta sala de los Archivos Jedi, abrumado por el vasto volumen de conocimiento en los estantes.

Brevemente había tratado de buscar información de la flora y fauna nativa de Ruusan, esperando ampliar su conocimiento para poder ayudar mejor a aquellos que iban a él a por ayuda. Estaba acostumbrado a un mundo más simple, sin embargo, y encontró la tecnología de los Archivos sobrecogedora. Un droide de análisis le había explicado cómo utilizar los sistemas de búsqueda y retirada para encontrar información en los estantes, pero su tutorial brusco había dejado a Darovit incluso más confuso que antes.

Otros estudiantes estaban ahí, y podría haberse aproximado a uno de ellos para pedirle ayuda. Pero como un hombre que valoraba su propia privacidad, era perezoso en interrumpir la suya. Finalmente simplemente había empezado a vagar arriba y abajo del pasillo, esperando a que Johun volviera.

Darovit estaba empezando a arrepentirse de su decisión de venir a Coruscant. Se había dejado llevar por el momento por el Caballero Jedi, los pensamientos de detener otra guerra con los Sith apelaban a los ideales románticos que le habían llevado por primera vez a Ruusan de adolescente. Pero aquellos eran sueños de un niño; él era más viejo y más sabio ahora.

Los Jedi se movían por un mundo que no era el suyo. Las preocupaciones de toda una galaxia pesaban sobre sus hombros; sus decisiones afectaban a trillones de vidas. Darovit no quería ese tipo de responsabilidad. Rodeado por la grandeza y la gloria de los Archivos, todo lo que quería era volver a su cabaña simple en el bosque.

Desafortunadamente, eso ya no sería una opción. Estaba aquí ahora, y Johun parecía determinado a hacerle hablar ante el Consejo Jedi.

Para apartar su mente de su aprieto, empezó a estudiar a los otros estudiantes. Todos eran Jedi: Padawans y Maestros, jóvenes y viejos, humanos y de otras clases. Se percató de una joven atractiva de pelo largo, negro que miraba intensamente su monitor, mordiéndose el labio mientras se sumergía en algún trabajo académico.

Había algo familiar en ella, aunque Darovit estaba seguro de que nunca la había visto antes. Durante la última década, no se había encontrado con nadie excepto aquellos pocos individuos que le buscaban en su cabaña, y la mujer ciertamente no parecía como nadie que viniera de las granjas o aldeas de Ruusan.

Él se acercó a ella, sin querer interrumpir sus estudios pero tratando de averiguar si la conocía. Durante varios minutos la observó; estaba obviamente frustrada, incapaz de encontrar lo que estaba buscando en las tarjetas de datos. De repente saltó, apretando su puño victoriosas, y Darovit sintió una presencia familiar bañándole.

Durante los primeros diez años de su vida, esa presencia había estado a su lado constantemente. De niños, habían compartido un vínculo que iba más allá de ser primos, eran tan cercanos como hermano y hermana. Y aunque la figura ante él tenía el pelo negro, no rubio, no cabía duda en la mente de Darovit de quién era ella.

—¿Rain? —llamó él suavemente, para no asustarla—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La mujer se giró para encararle, sus ojos abiertos como platos. Ella le miró con la mirada perdida, incapaz de reconocer al hombre que había visto por última vez como a un chico diez años antes. Entonces sus ojos cayeron hacia el muñón de su mano derecha, y su mandíbula se abrió boquiabierta.

—¿Tomcat?

Él asintió, entonces añadió.

—Es Darovit ahora. Pero a veces creo que todavía prefiero Tomcat.

—¿Ahora eres un Jedi? —dijo ella, confusa por su presencia en los Archivos.

—No, —respondió rápidamente, sin querer ser confundido con alguien que no era—. Me quedé en Ruusan después de… después de esto. —Él alzó su muñón—. Me convertí en sanador.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a… —Él se detuvo a mitad de frase, de repente dándose cuenta del peligro en el que estaba Rain. El peligro que había traído sobre ella.

—¡Rain, tenemos que salir de aquí! ¡Los Jedi te están buscando!

—Tomcat, ¿de qué estás hablando?

—Un Jedi vino a Ruusan. Le conté sobre ti y Bane. ¡Es por lo que me han traído aquí!

Los ojos de la joven brillaron con puro odio y rabia, y durante un segundo Darovit pensó que iba a matarle en medio de los Archivos Jedi.

—¿Cuánto saben? —exigió ella—. ¡Dime todo lo que les contaste!

—Rain, no hay tiempo, —protestó ella—. Sólo estoy esperando aquí para que vengan a por mí. Podrían estar aquí en cualquier minuto. ¡Tienes que salir de aquí o te encontrarán!

Ella se giró e introdujo una clave en el terminal; una pequeña tarjeta de datos salió. La cogió y la metió bajo sus ropas. Entonces le agarró por la muñeca y le arrastró de vuelta por el pasillo hacia la rotonda central. Ella se movió tan rápidamente como pudo sin atraer la atención, su paso algo entre un caminar brusco y correr.

Darovit no hizo ningún movimiento para resistir, aunque preguntó.

—¿Adónde vamos?

—A Tython —susurró ella—. ¡Tengo que advertir a mi Maestro!

Ellos alcanzaron la rotonda, pero en vez de girarse por la primera sala y dirigirse hacia la salida, ella le llevó a la tercera sala.

—¿Qué estás haciendo, Rain? —preguntó Darovit, su voz alzándose ligeramente—. ¡Tenemos que ir yendo!

Una de los otros estudiantes —una mujer mayor con el pelo rojo cobrizo sentada junto a un terminal— se giró para mirarles, su atención atraída por las exclamaciones de Darovit.

—Silencio, Tomcat, —le dijo Rain, asintiendo en disculpas en dirección a la mujer—. Estás perturbando a los otros clientes.

La mujer mayor volvió a su monitor, despachándoles. La compañera de Darovit le dio a su brazo una brusca sacudida.

—Lo siento —susurró él, justo lo suficientemente alto como para que ella lo escuchara—. Pero tienes que salir de aquí. Ve a Tython antes de que te encuentren aquí.

—No sé dónde está Tython —respondió a través de sus dientes apretados—. Necesitamos encontrar una ruta hiperespacial.

Cogiendo el terminal de más debajo de la mujer mayor pelirroja, Rain presionó una serie de botones. Un segundo más tarde la pantalla se encendió con una lista de números de referencia.

—Lo tengo, —dijo ella, empujando a Darovit al asiento junto al monitor del terminal—. Espera aquí.

Ella desapareció en las estanterías, moviéndose con el mismo medio caminar, medio correr. Mientras Darovit esperaba a que volviera, se le ocurrió que sus lealtades habían cambiado de repente. Había sido atraído a Coruscant con la noción de ayudar a los Jedi a barrer a los Sith y prevenir una guerra. Pero el concepto abstracto del sufrimiento a gran escala galáctico significaba poco cuando había llegado a un cara a cara con su amiga de la infancia. Ahora todo en lo que podía pensar era en qué ocurriría si Rain era pillada, y se dio cuenta de que estaba dispuesto a hacer lo que tomara para mantenerla a salvo.

Menos de un minuto después, ella volvió e introdujo una tarjeta de datos en el terminal. Inclinándose junto a Darovit, que todavía estaba sentado en la silla, tecleó en los controles hasta que una imagen de un mundo cubierto de nubes apareció en la pantalla.

—Necesito copiar esto, —dijo ella, sacando la tarjeta de datos que había estado utilizando cuando la vio por primera vez y colocándola en otra ranura del terminal.

—¿Por qué no simplemente te llevas el original? —preguntó Darovit.

—Hay sensores en las puertas del Archivo, —explicó ella—. Sacar un original disparará las alarmas.

El terminal bipeó y la tarjeta de datos salió, la copia completa. Zannah la metió en sus túnicas, entonces alzó a Darovit por su hombro.

—Vamos. Antes de que tus amigos se presenten.

Sin preocuparse en devolver el original a los estantes, ella medio llevó, medio tiró de él lejos del terminal. Ella le llevó a la rotonda, entonces bajando el pasillo principal de la primera sala y fuera de la salida, dejando los Archivos tras ellos.

20

—No lo entiendo, Maestro Valenthyne, —dijo Johun, llevando su mirada de lado a lado mientras se abrían paso bajo los pasillos de los Archivos Jedi—. Le dejé aquí hace menos de una hora.

Había esperado encontrar a Darovit sentado en un terminal en una de las cuatro salas, o posiblemente examinando los bustos de bronce de la rotonda. Pero cuando llevó al Maestro Valenthyne a hablar con el joven, Darovit se había desvanecido.

—Probablemente simplemente se ha perdido en alguna parte en los estantes —le aseguró Farfalla.

Johun señaló a un droide de análisis que pasaba, se giró y se abrió paso hacia ellos a pasos rápidos, de piernas rígidas.

—¿Puedo serles de ayuda? —sugirió amablemente.

—Estoy buscando a alguien, —explicó Johun—. A un hombre joven.

—Seres de todas las especies y edades visitan los Archivos, —respondió el droide—. Sería más capaz de proveer asistencia si pudiera proveerme de una descripción, Maestro Jedi.

—Le falta su mano derecha.

Hubo un suave zumbido mientras el droide accedía a sus bancos de memoria recientes.

—Creo que recientemente vi al hombre que está buscando en la tercera sala —ofreció el droide, girándose para llevarles en esa dirección.

Johun no se molestó en esperar; empujó pasando al droide en su apuro. Farfalla le siguió de cerca.

Había mucha gente examinando las tarjetas de datos localizadas en la tercera sala, pero el Ermitaño Sanador de Ruusan no estaba entre ellos.

—¡Tenemos que encontrarle! —le dijo Johun a su Maestro, entonces corrió de arriba abajo por toda la longitud de la sala, mirando en los pasillos laterales para ver si Darovit estaba oculto entre los estantes. Su comportamiento perturbador atrajo la cólera de varios de los otros estudiantes.

Farfalla extendió el brazo y agarró a Johun mientras corría pasando una segunda vez, deteniéndolo antes de que pudiera hacer otra vuelta a la sala.

—No está aquí, Johun. —Dijo él.

Hubo un fuerte aclarar de garganta, y los dos hombres se giraron para ver a una mujer mayor pelirroja mirándoles.

—Maestro Valenthyne, —dijo ella—, respetuosamente le recuerdo que los Archivos son un lugar de investigación contemplativa. Su joven amigo serviría mejor si continuara sus ejercicios fuera en los campos de entrenamiento.

—Nuestras disculpas, Maestra Qiina, —susurró él—. Pero esto es un asunto de cierta urgencia. Estamos buscando a alguien que se ha perdido.

—Es fácil perderse en la sabiduría de los Archivos, —respondió Qiina—. Yo misma a menudo desaparezco durante días de vez en cuando.

Farfalla sonrió educadamente ante la broma.

—Esto es algo distinto.

El droide de análisis que les había estado ayudando antes se tambaleó hacia ellos, habiéndolos alcanzado justo ahora después de que le dejaran atrás en su apuro. Johun miró al droide, entonces de vuelta a la Maestra Qiina.

—Estamos buscando a un hombre joven —le dijo él—. Le falta su mano derecha.

Qiina alzó sus cejas.

—Lo vi no hace ni treinta minutos. Estaba con una mujer joven.

—¿Una mujer? —preguntó Farfalla sorprendido.

—Parecían conocerse el uno al otro —les informó la vieja Jedi—. Se llamaban el uno al otro por unos motes absurdos. Tomcat y Rain, si recuerdo bien.

Johun agarró el brazo de Farfalla.

—¡Rain era su prima! La que se encontró en las cuevas. ¡Está aquí!

—¿Sabe adónde fueron, Maestra Qiina? —preguntó Farfalla. La mujer mayor agitó su cabeza—. Estaban utilizando ese terminal de ahí para buscar algo. Entonces se fueron.

Farfalla se giró hacia el droide.

—¿Hay alguna forma de que podamos averiguar qué registros estaban viendo?

—Lo siento, Maestro Jedi, —respondió el droide—. Para proteger la privacidad de nuestros estudiantes y para evitar comprometer su investigación, los terminales no almacenan ningún dato sobre qué registros se utilizaron para explorarlos.

—Sus amigos parecían tener bastante prisa —ofreció Qiina—. Dudo que siquiera se molestaran en devolver el disco de datos a los estantes. Podría estar aún conectado al terminal.

Johun se precipitó sobre la pantalla. Todavía estaba iniciada la sesión, bajo el nombre de *Nalia Adollu*. Como Qiina había supuesto, había una tarjeta de datos cargada. Hizo aparecer el índice del disco mientras Farfalla llegaba y miraba sobre su hombro.

—Tython, —señaló el Maestro Jedi, mirando al tema en común entre los miles de artículos y separatas referenciados en el índice—. El lugar de nacimiento de los Jedi.

—Debe ser adonde se dirigían —insistió Johun—. ¡Bane debe haber ido a ocultarse en el Núcleo Profundo!

Él se giró hacia Farfalla, agarrando el brazo de su Maestro en su urgencia.

—Tiene que convencer al Consejo de que nos deje ir tras ellos.

Los ojos de Farfalla eran fríos y duros.

—Dudo que el Consejo tenga alguna prisa por tomar acción en este asunto, —advirtió él.

—Pero Maestro Valenthyne… —rogó Johun, sólo para que el otro hombre le cortara con un agudo gesto de su mano.

—El Consejo no te ayudará, Johun. Por lo tanto debemos ir a Tython por nuestra cuenta.

Los ojos de Johun se abrieron como platos.

—Hice un juramento al General Hoth, —explicó Farfalla, su voz tomando el tono duro de comando militar que no había utilizado desde el desmantelamiento del Ejército de la Luz—. Y prometí que no descansaría hasta que los Sith hubieran sido limpiados de la galaxia. Todavía pretendo honrar ese juramento.

—Ve a encontrar a los Maestros Raskta y Worror, —añadió él—. También sirvieron con Hoth en Ruusan. Se unirán a nosotros en nuestra causa. Diles que nos iremos en una hora.

* * *

Lo primero que hizo Zannah después de que el *Loranda* escapara de la órbita de Coruscant e hiciera el salto al hiperespacio fue lavar el tinte negro de su pelo.

Ella había conectado y fijado el piloto automático antes de dirigirse a las habitaciones de la plataforma de popa, dejando que Tomcat vagara libremente por el navío. Cuando salió, todavía secando sus bucles rubios restaurados con una toalla, él estaba en calma esperándole.

Él se había acomodado en uno de los sofás acolchados y largos de la sala de estar del *Loranda*, reclinándose cómodamente en su longitud. A juzgar por la bebida en su mano, también había localizado la colección de cervezas que Hetton había guardado a bordo. Todavía vestido con las túnicas harapientas de un ermitaño, hacía una imagen que era ligeramente cómica.

—Incluso con el trabajo del tinte hecho, todavía no te pareces en nada a cómo pensé que crecerías, —le dijo él.

No era sólo en su pelo en lo que Zannah había cambiado; también había sustituido las túnicas apagadas Jedi con sus más familiares y cómodos atuendos negros. Al ser zurda, había colgado su sable láser en la misma cadera, y la valiosa tarjeta de datos con el artículo de los orbaliskos estaba asegurada en un bolsillo contenedor cosido en sus pantalones en la parte externa de su muslo derecho.

—Esta es mi verdadero yo, —le aseguró ella.

Ella a menudo asumía roles de personajes y disfraces en sus misiones para Darth Bane, y normalmente estaba cómoda en el acto del engaño. Aún así, por algún motivo encontraba la guisa de Nalia repelente, y había estado ansiosa —casi desesperada— por librarse de todos los restos de la fachada de Padawan.

—¿Así que soy tu prisionero? —preguntó él mientras ella se sentaba en el asiento junto a él.

—No creo que a los prisioneros se les permita beber tarul mientas se relajan en sofás, —señaló ella, lanzando la toalla a los cojines junto a ella.

—¿Entonces por qué me trajiste contigo? —preguntó Tomcat, alzándose e inclinándose hacia delante, de repente serio y resuelto.

—No podía dejarte atrás. Ibas a exponerme a mí y a mi Maestro ante el Consejo Jedi. Eras una amenaza para los Sith.

—¿De verdad crees que eres una Sith, Rain?

—No me llames así, —dijo ella enfadada—. Rain está muerta. Murió en Ruusan. Me llamo Zannah ahora.

—Supongo que Tomcat murió en Ruusan, también —estuvo de acuerdo sombríamente, lentamente haciendo girar el vaso en su mano—. Probablemente deberías llamarme Darovit ahora. Pero nunca contestaste a mi pregunta. ¿De verdad crees que eres una Sith?

—Soy Darth Zannah, aprendiz de Darth Bane, Lord Oscuro de los Sith, —dijo ella, sin esforzarse por ocultar el feroz orgullo que sentía en los títulos—. Y un día destruiré a mi Maestro y escogeré a un aprendiz propio, continuando el legado del lado oscuro.

—No lo creo —le dijo Darovit, obviamente no impresionado por su declaración—. Te conozco, Zannah. No eres malvada.

—*Malvada* es una palabra utilizada por los ignorantes y los débiles, —soltó ella—. El lado oscuro es sobre la supervivencia. Es sobre desatar tu poder interior. Glorifica la fuerza del individuo.

—Esa no eres tú, tampoco, —contraatacó Darovit—. Los seguidores del lado oscuro deben ser brutales e implacables. Te preocupas por los otros, Zannah.

—No me conoces —se mofó ella—. He matado a más gente de la que posiblemente puedas imaginar.

—Yo he matado a gente, también. Bug murió por mi culpa, —dijo Darovit de forma suave, haciendo reverencia al tercer primo que había ido con ellos a Ruusan—. Pero matar a la gente no convierte a alguien en un Sith, —dijo él en una voz más alta.

—No me des lecciones sobre los caminos de mi orden, —advirtió Zannah, alzándose en pie y cogiendo la toalla del cojín junto a él—. ¿Qué podrías saber tú que yo no haya aprendido ya?

—Puede que no conozca el lado oscuro, —admitió Darovit, mirándola—. Pero te conozco a ti. Conozco de lo que eres capaz.

Zannah enfadada lanzó la toalla por la habitación, colgándola en la puerta abierta que daba a la sala de estar. Caminó hacia delante y agarró el antebrazo derecho de Darovit, tirando su bebida. Entonces ella torció su brazo hacia arriba para que su muñón estuviera justo ante su cara.

—Quizás olvidaste quién te dio esto —le recordó ella.

Darovit no hizo ningún intento para librarse de su agarre, aunque ella agarró su brazo tan fuerte que sus uñas se estaban hundiendo en su carne.

—No soy un imbécil, Zannah —dijo él con calma—. Tu Maestro me habría matado en esa cueva. Sé que hiciste esto para salvar mi vida.

Ella liberó su agarre, lanzando el brazo de Darovit de vuelta abajo hacia su regazo en disgusto. Ella le dio la espalda y marchó subiendo el pasillo hacia la cabina de mandos. El joven arrojó el brazo vacío al sofá y se puso en pie para seguirle.

—Te arriesgaste para salvarme, Zannah, —gritó tras ella mientras ella se acercaba a la cabina de mandos—. Lo hiciste porque te preocupabas por mí.

Dando la vuelta, Zannah se extendió con la Fuerza y lanzó a Darovit al suelo. Él aterrizó con un gruñido, bocabajo a sus pies.

—Han cambiado muchas cosas desde entonces, —dijo ella, entonces se giró y se alejó de él de nuevo y se lanzó enfadada hacia el asiento del piloto.

Darovit se levantó lentamente y se movió para ponerse en pie tras su silla, flotando sobre su hombro derecho.

—Si ya no te preocupas por mí, ¿entonces por qué me has traído contigo? —preguntó él en silencio.

—Ya te lo he dicho —dijo ella con rigidez, mirando directamente adelante—. Podrías habernos expuesto. No puedo dejarte atrás.

—Podrías haberme matado.

—¡Ha! —Ladró Zannah con una risa, girando su cabeza y alzando su cuello para mirarle con desdén—. ¿Simplemente golpearte con el poder del lado oscuro en medio del Templo Jedi? ¿Crees que los Sith somos idiotas?

—Ya no estamos en el Templo Jedi, —dijo suavemente Darovit—. ¿Por qué no me matas ahora?

Zannah lanzó su cabeza hacia delante de nuevo para no tener que mirarle.

—Eres un sanador. Podemos utilizarte.

—Hay multitud de sanadores en la galaxia, —presionó su primo—. Unos que no pueden exponerte ante los Jedi.

—No tengo tiempo de encontrar a nadie más. Estabas en el lugar adecuado en el momento adecuado, —insistió ella—. Tuviste suerte.

—Eso no es cierto, Zannah. ¿Cómo crees que te reconocí después de todos estos años? Hay un vínculo entre nosotros. Siempre lo ha habido. Incluso desde que éramos pequeños.

Zannah no dijo nada, sino que meramente se revolvió en su asiento.

—¿Recuerdas cuando éramos niños? Todos pensaban que era tan poderoso en la Fuerza, y nadie creía que tú tuvieras algún poder del todo.

Ella no respondió, pero lo recordaba. De niños Darovit era el único que podía hacer levitar objetos, y batear frutos lanzados al aire con un palo mientras estaba con los ojos vendados. Sus propios poderes no se manifestaron hasta que se encontró sola en Ruusan.

—No me di cuenta entonces, Zannah, pero el poder que mostraba, todos esos trucos que hacía… ¡ese no era yo, eras tú! Incluso de niños sabías cuánto quería ser un Jedi, y querías ayudarme. Así que canalizaste tu propio poder a través de mí, permitiéndome hacer todas aquellas cosas.

—No es así como yo lo recuerdo, —dijo ella fríamente.

—No lo hacías a propósito, —explicó Darovit—. El vínculo que compartíamos era tan fuerte, y te preocupabas por mí tanto, que tu subconsciente tomó el mando.

—Esa es la teoría más estúpida que he oído nunca. —Soltó Zannah, todavía mirando directamente hacia delante.

—¿Lo es? Piénsalo, Zannah. Después de que te perdiéramos en Ruusan, era como si mis poderes hubieran desaparecido. Es por lo que fracasé como Jedi y como Sith.

Mi poder es débil. Es por lo que sobreviví a la bomba mental cuando todos los Sith y Jedi a mi alrededor fueron destruidos por su poder. Sólo afectaba a aquellos con una fuerte afinidad por la Fuerza.

¿Y qué hay de ti? Tienes tanto poder. ¿Por qué crees que llevó tanto tiempo que se mostrara? Siempre estabas canalizándolo a través de mí. —Él se detuvo—. No te convertirás en la Lord Oscura de los Sith, Zannah, —añadió él—. Simplemente no es tu naturaleza. Antes o después te darás cuenta de ello.

—Cállate, —dijo finalmente de forma plana, todavía manteniendo sus ojos en los controles enfrente de ella—. Si dices una palabra más te quitaré tu otra mano.

Darovit no respondió, pero sus dedos instintivamente fueron a su muñón.

—Te traje conmigo por un motivo, y sólo un motivo —continuó ella, su voz aún completamente carente de emoción—. Mi Maestro está infestado con unos parásitos llamados orbaliskos. Y tú vas a sanarle.

—Pero… no sé cómo —protestó Darovit, olvidando sus advertencias de permanecer en silencio.

Zannah se extendió hacia atrás con la Fuerza, envolviéndola alrededor de su tráquea. Y lentamente empezó a apretar. Darovit cayó de rodillas, sus manos alzándose hacia su garganta mientras se le agotaba el oxígeno.

—Hay un terminal de datos en la parte trasera, —dijo Zannah, ignorando sus toses atragantadas—. Utilízalo para analizarlo todo en el artículo que me llevé de los Archivos.

Ella sacó la tarjeta del bolsillo de su muslo y lo lanzó al suelo enfrente de su primo sofocado. Estaba rodando hacia atrás y adelante en el suelo ahora, sus manos agarrándose la garganta. Su cara se había vuelto de un rojo brillante, y sus ojos estaban empezando a sobresalir de sus cuencas.

—Si no puedes encontrar una forma de ayudar a mi Maestro para cuando lleguemos a Tython —advirtió ella—, él te matará.

Liberó a Darovit del estrangulamiento de Fuerza, y él jadeó y tragó aire en suspiros crudos, ajados. Se giró para observarle con una cruel sonrisa en sus labios, asegurándose de que supiera que estaba disfrutando de su sufrimiento. Finalmente se recuperó lo suficiente como para coger la tarjeta de datos y dirigirse al terminal en la parte trasera.

Una vez que se hubo ido, Zannah se levantó de su silla y empezó a caminar de atrás a delante entre los asientos del piloto y del copiloto. Ella sabía que Darovit se equivocaba. Tenía que equivocarse. Ella confiaba en su compromiso con el lado oscuro, pese a todo lo que había dicho su primo. Pero había suficiente peso en alguno de sus argumentos como para hacerla preguntarse qué pensaría Bane de todo esto.

Si su Maestro —como Darovit— creyera que sus acciones mostraban una falta de compromiso a los caminos de los Sith, las cosas irían muy mal para ella cuando alcanzara Tython.

* * *

Belia Darzu había sido una shi'ido en vida, una especie cambiante cuyos miembros eran capaces de cambiar su apariencia, así que no era de sorprender que la proyección que servía como guardián de su Holocrón similarmente cambiara de forma. En varias ocasiones parecía ser twi'lek, iridoniana, cereana, o humana, ocasionalmente incluso cambiando entre géneros.

—El proceso de crear un Holocrón no puede ser apresurado —explicó la guardiana—. Los ajustes a la matriz deben hacerse con precisión y cuidado.

Ella estaba actualmente en la forma que asumía más a menudo: la de una mujer humana alta con el pelo corto marrón. Parecía ser de cerca de treinta años, con un aspecto taimado, casi artero, en sus rasgos. En esta guisa, normalmente vestía un traje de vuelo oscuro, ajustado, botas oscuras, y un chaleco amarillo pálido que dejaba sus brazos desnudos. También llevaba guantes amarillos, una manga corta negra en cada codo y un gorro rojo de vuelo y un cinturón.

Tras su activación inicial del poder del Holocrón, Bane lo había sacado del santuario interior hasta la gran sala común del nivel principal que una vez sirvió como comedor para los seguidores vivientes de Belia. Aquí, Bane había estado explorando el Holocrón de arriba a abajo durante los últimos varios días. Había procedido con cuidado, todavía drenado por su batalla con las tecnobestias. El lento paso le permitió recuperar sus energías y reconstruir su fuerza mientras sondeaba los archivos del cristal.

Mucho de lo que había descubierto se centraba en los rituales y prácticas de la alquimia Sith, algo que exploraría en profundidad cuando tuviera más tiempo. Otras veces se topaba con los propios exámenes filosóficos de la Fuerza de Belia, aunque en verdad había poco ahí que Bane no hubiera descubierto por sí mismo. Sólo ahora había encontrado finalmente lo que realmente había estado buscando.

—Puede llevar semanas, o incluso meses —explicó la imagen de Belia—, antes de que las fases finales de construcción estén completadas.

Su forma parpadeó, para ser reemplazada por la imagen de un Holocrón mostrado en un corte. Los filamentos y hebras de la matriz de cristal en la imagen empezaron a flotar y moverse, ilustrando los ajustes de los que estaba hablando la guardiana. Bane no se molestó en prestarle atención de cerca; ya sabía cómo sintonizar bien las estructuras internas de la matriz.

—Usted dijo que los ajustes podían llevar meses. ¿Cómo es eso posible? —preguntó Bane con un agitar de su cabeza—. La red cognitiva se degrada demasiado rápidamente.

La imagen de Belia parpadeó a la vista de nuevo.

—La red cognitiva debe ser atrapada dentro del remache antes de que empieces, —explicó ella.

—¿Vaina? —preguntó Bane, sus nervios temblando de nerviosismo. En todas sus investigaciones nunca había escuchado la mención de un remache antes.

Una imagen de un Holocrón apareció una vez más, aunque ya no en un corte. El pequeño cristal negro construido en el ápice de la pirámide estaba parpadeando.

—El remache es la clave del proceso, —dijo la voz de Belia—. Sin él, la red cognitiva se degradará antes de que completes tus ajustes, y fracasarás cada vez.

Bane miró maravillado a la imagen. Había sabido que el cristal oscuro era una parte esencial de la construcción del Holocrón. Aún así creía que su único propósito era canalizar el poder de los símbolos grabados en los laterales de la pirámide hacia la matriz. Nunca había imaginado que serviría para otra función también.

—¿Cómo atrapo la red cognitiva dentro del remache? —preguntó él, ansioso por aprender el secreto que le había eludido.

—Debes invocar el Rito del Comienzo, —le dijo Belia.

La proyección cambió para mostrar un ritual Sith increíblemente elaborado y complicado, uno que iba más allá de cualquier cosa que Bane hubiera dominado hasta entonces. Con sutiles empujones de Fuerza saltó de imagen en imagen, dándose cuenta de que le llevaría muchos meses de estudio cuidadoso memorizar el ritual. Aún así… ¡el secreto era suyo!

Satisfecho, cerró el Holocrón. Era hora de dejar Tython y volver a Ambria. Si todo había ido bien, su aprendiz estaría allí esperándole.

Se abrió paso hacia el exterior, donde el *Místico* le esperaba. Pero mientras se preparaba para subir a bordo de su nave, vio otro navío en la distancia corriendo hacia él. Él se extendió con la Fuerza, y sintió la presencia de Zannah dentro… y otra más.

El *Loranda* llegó a aterrizar a cincuenta metros de donde su propia nave había tocado tierra. Bane se alzó impasible, esperando a que Zannah saliera. Cuando lo hizo, había un joven hombre con ella. El Lord Oscuro podía sentir la Fuerza en él, aunque su presencia era débil. Cuando vio que al hombre le faltaba su mano derecha, todo cayó en su lugar.

—Se supone que nos encontraríamos en Ambria, —gruñó a Zannah—. ¿Por qué has venido aquí? ¿Y por qué lo has traído a él?

—Vine a advertirle, —respondió rápidamente—. Los Jedi saben que sobrevivió a la bomba mental.

—Por él, —dijo Bane, señalando con la cabeza en dirección al otro hombre.

—Iba a hablar con el Consejo Jedi, —explicó Zannah—. Si se desvanecía, podrían rechazar los rumores de que todavía vivía.

—¿Por qué no simplemente lo has matado? —preguntó Bane, su tono ominoso.

—Es un sanador —fue su respuesta inmediata—. Sabe cómo liberarle de los orbaliskos.

Las respuestas de Zannah llegaban demasiado rápido para encajarle a Bane. Era como si ella ya hubiera tenido esta discusión, probablemente ensayándola una y otra vez en su cabeza en preparación para este encuentro.

—¿Es esto cierto? —exigió él al otro hombre.

—No puedo hacerlo aquí, —respondió Darovit—. Necesito suministros. Equipo especial. Es peligroso, pero creo que puede hacerse.

Bane vaciló. No por el peligro potencial; sabía que cualquier procedimiento para librarse de su infestación estaría cargado de riesgos. Pero ahora que sabía que sus fracasos con el Holocrón no estaban ligados a los orbaliskos alimentándose de su poder, quería reevaluar la decisión de quitárselos.

La visión de otra nave apareciendo sobre el hombro de su aprendiz, todavía demasiado lejos en la distancia como para averiguar un modelo o afiliación, puso un fin a sus deliberaciones. Un instante más tarde sintió el inequívoco poder del lado de la luz en aquellos a bordo.

Zannah debió haberlo sentido también; se giró y miró en esa dirección, entonces se volvió a girar hacia él con una mueca preocupada.

—¿Algo va mal? —Preguntó el joven sanador, dándose cuenta del intercambio—. ¿Qué es?

—Nos han seguido, —murmuró Zannah.

La nave estaba llegando rápidamente, demasiado rápido como para que ellos se metieran en sus propios transportes y tomaran el cielo. Si lo intentaban, los otros navíos les dispararían antes de que despegaran.

—Dentro de la fortaleza, —ordenó Bane—. Los Jedi nos han encontrado.

21

El *Crucero Justicia*, la nave del Maestro Raskta, era fácilmente el navío más rápido en que Johun había estado nunca. Un pequeño crucero de ataque personal, requería una tripulación de cuatro. Afortunadamente para Johun, había cuatro más con él a bordo, todos ellos vestidos con las túnicas marrones simples que les marcaban como miembros de la Orden Jedi.

La Maestra Raskta Lsu, una echani, se sentaba en los controles de su nave. Tenía la piel de alabastro, pelo blanco puro, y los ojos de plata comunes a toda su especie. Era casi tan alta como Johun, con los músculos y el físico que uno esperaría en una especie que valoraba el combate físico como la forma más elevada del arte y la expresión personal. Nombrada en honor de la legendaria guerrera Raskta Fenny, aclamada por muchos como la mejor duelista de su tiempo, la Maestra Raskta había pasado su vida cultivando sus habilidades marciales para poder un día igualar, e incluso sobrepasar, a su tocaya.

Había logrado el raro y prestigioso rango de Maestra de Armas Jedi. Rehuyendo de todos los otros campos de estudio y abandonando el desarrollo de sus otros talentos de Fuerza para centrarse exclusivamente en el sable láser y el combate, se había transformado en un arma viviente.

Ahora encargada en entrenar aprendices en las formas de combate del sable láser, Raskta había sido parte de la campaña en Ruusan. Llevando un sable láser de hoja azul en cada mano, y evitando cualquier forma de armadura, era una figura aterradora para enfrentar en el campo de batalla. Johun recordaba vívidamente sus grandes cortes perforadores de destrucción a través del corazón de las filas enemigas, dejando un rastro de cuerpos a su paso. Se decía que, al final de la guerra, habían caído tantos Lords Sith bajo sus espadas gemelas como habían muerto por la bomba mental.

En la silla del cañonero junto a la del piloto estaba Sarro Xaj, el humano que servía como Padawan de Raskta en Ruusan. Un año mayor que Johun, Sarro tenía la piel color marrón aceituna, y un simple moño de pelo negro. También era el humano más grande que Johun se hubiera encontrado nunca. Cerca de dos metros de alto y 150 kilos de puro músculo, podía ser fácilmente confundido con un wookiee sin pelo más que por un hombre. Aún pese a su masa, todavía era lo suficientemente rápido para atrapar a una mosca zess en el aire. Elevado al rango de Caballero Jedi siete años antes, Sarro había escogido seguir el camino de su Maestra, centrándose en dominar un enorme sable láser de doble hoja que medía casi tres metros de longitud. Johun imaginaba que había pocos seres en la galaxia que pudieran aguantar bajo el feroz asalto de las hojas azules de su arma.

Manejando la navegación en la parte trasera del navío estaba el Maestro Worror, un ithoriano. Su cuello largo, plano curvado hacia delante y hacia arriba hasta una cabeza con la forma de la letra T, con sus grandes ojos bulbosos a cada lado del cruce. Su extraña apariencia había llevado a que sus especies fueran comúnmente llamadas cabezas de martillo por los ignorantes e insensibles.

El apellido del Maestro Worror sólo podía ser pronunciado por seres que poseyeran las dos bocas y las cuatro gargantas únicas de la anatomía ithoriana. Johun había escuchado relatos de Jedi ithorianos que canalizaban la Fuerza para transformar sus voces múltiples en una devastadora arma sónica.

El Maestro Worror, sin embargo, era un sanador por entrenamiento, y su poder recaía en esa dirección.

Había sido uno de los consejeros del General Hoth en Ruusan, y una clave para la victoria en muchas batallas, incluso aunque ni siquiera llevaba un sable láser. El rol del ithoriano no era enfrentarse al enemigo sino proveer apoyo a través tanto de sus habilidades sanadoras como en el raro arte de la meditación de batalla. Aunque su talento no era lo suficientemente fuerte para alterar fácilmente el resultado de un conflicto a gran escala, a corto plazo Worror podía recurrir a la Fuerza para dar fuerza a los cuerpos, mentes, y espíritus de aquellos a su alrededor, mejorando las habilidades y talentos de sus aliados.

Localizado junto al navegador en la parte trasera del navío, el cuarto miembro de la tripulación, el Maestro Farfalla, proveía de apoyo al piloto, al cañonero, y al navegador. Recordaba cartas de astronavegación, lecturas de motores, estados de armas, informes de escáner, y cualquier otra cosa que los otros necesitaran para hacer sus trabajos.

Johun estaba sentado al frente de la cabina de mandos con Raskta y Sarro, ocupando el asiento de pasajeros detrás del piloto. Hasta que alcanzaran Tython, su único trabajo era mantenerse fuera del camino de todos los demás.

Utilizando la ruta hiperespacial hace tiempo abandonada indicada en la tarjeta de datos que habían descubierto en los Archivos, el *Crucero Justicia* había penetrado en el Núcleo Profundo. La Maestra Raskta había expresado su preocupación al principio del viaje: De acuerdo a los registros actuales, las carreteras hiperespaciales por las que estaban viajando eran famosas por colapsar momentáneamente sin advertencia. Una nave viajando a cualquier parte por un pasillo hiperespacial durante el nanosegundo antes de que se reformara se perdería para siempre. Combinado con los otros peligros del Núcleo Profundo —incluyendo los agujeros negros errantes que destrozarían a un navío, incluso en el hiperespacio— la inestabilidad de la ruta la había llevado a caer en desuso y finalmente siendo olvidada para bien durante mil años.

Worror había calculado el riesgo de un colapso hiperespacial durante su viaje en justo sobre el 2 porciento, más que suficientemente alto para hacer que Johun dejara salir un suspiro de alivio cuando emergieron sin un rasguño a un par de miles de kilómetros de su destino.

—Armas en su óptimo y preparadas, —dijo la voz de Sarro a todo el mundo por el intercomunicador—. ¿Algún amigo del que tengamos que preocuparnos?

—Nada en órbita, —informó Farfalla—. Parece que está despejado.

—Voy a llevarnos dentro, —les dijo Raskta—. Veamos si podéis encontrar algo.

—Captando un rastro de iones, —dijo Farfalla mientras se acercaban a la atmósfera del planeta—. Parece que estamos justo tras ellos.

—Fijando el rastro de iones… fijado. —Incluso sobre el claqueteo del intercomunicador la voz profunda de Worror resonaba a través de la nave.

—Conectando el piloto automático —dijo Raskta—. Veamos adónde nos lleva. Sarro, mantén el dedo del gatillo preparado.

El piloto automático les soltó en la atmósfera de Tython, y durante varios segundo la única cosa que Johun podía ver a través del monitor de vistas de la cabina de mandos era un muro de nubes grises. Cuando se liberaron, su destino era inmediatamente obvio.

—Creo que sé adónde se dirigían, —murmuró Sarro.

Bajo ellos había un campo plano, vacío, virtualmente carente de vida. Una fortaleza oscura era visible en el horizonte, la única estructura significante a la vista.

—Captando dos pequeños navíos en tierra —les dijo Farfalla mientras se acercaban—. Nadie fuera, aún así.

Estaban tan cerca ahora que Johun podía distinguir dos torres fundidas alzándose a cada lado de la fachada del fuerte.

—Captando formas de vida dentro del edificio, —señaló Farfalla—. Parecen… tres.

—¿Sólo tres? —murmuró Sarro, sonando decepcionado—. Esto podría ser demasiado fácil.

—No cuentes con eso, —le advirtió Farfalla mientras Raskta llevaba al *Crucero Justicia* para un aterrizaje.

* * *

Zannah estaba tratando de concentrarse, reuniendo sus energías mentales para la batalla que se aproximaba. Estaba distraída, sin embargo, por los propios preparativos de su Maestro.

Darth Bane estaba rondando hacia atrás y hacia delante como un rancor enfadado, su sable láser ya desenvainado. Ella podía sentir al lado oscuro construyéndose en su interior, alimentado por su ira, su odio inacabable hacia los Jedi; su resentimiento hacia Darovit por exponerles; su rabia hacia ella por llevar al Jedi aquí a Tython. En cualquier momento ella esperaba ver el ansia de sangre de los orbaliskos desatado, pero Bane mantuvo su furia a raya, reservándola para la batalla que se aproximaba.

Su Maestro les había llevado atrás, dentro del fuerte, a una habitación grande, abierta con una salida en cada extremo. Una única puerta habría sido más fácil de defender, pero estaba alerta por ser atrapado. Si los Jedi les arrinconaban, se asentarían en un largo asedio y esperarían a que llegaran refuerzos. Como los dos últimos Sith supervivientes, Zannah y su Maestro no tenían el mismo lujo, así que era importante que mantuvieran rutas de escape alternativas abiertas.

La habitación estaba vacía, completamente carente de cualquier mueble. Basándose en ese hecho y en su gran tamaño —cuarenta por treinta metros— ella suponía que se había construido como algún tipo de arena de prácticas o centro de entrenamiento. Además de las salidas a cada extremo, había una pequeña puerta en una de las paredes

laterales que llevaba a una diminuta habitación cerrada. Probablemente servía en su tiempo como armario de almacenamiento para armas, objetivos, y otros implementos utilizados en las prácticas o entrenamientos.

A las órdenes de Bane, ella metió la tarjeta de datos de los Archivos dentro del armario, y su Maestro había hecho lo mismo con el Holocrón de Belia Darzu. A su sugerencia, Darovit se estaba ocultando ahí también. Estaba desarmado, y no sería de ninguna ayuda para ningún bando.

—No salgas hasta que la pelea haya terminado —le advirtió ella, atrayendo una mirada amarga, desaprobadora de su Maestro—. Él sólo se meterá en nuestro camino —explicó mientras Darovit se encerraba.

Ahora no había nada que hacer salvo esperar a que el enemigo llegara. Afortunadamente —o desafortunadamente— no tuvieron que esperar mucho.

Las puertas a cada extremo de la habitación estallaron al abrirse simultáneamente, los Jedi dividiendo sus números en dos para coordinar mejor el ataque. El primer grupo —una mujer echani que llevaba un sable láser azul a cada mano y un Maestro Jedi en ropas estridentes con una espada dorada— cargó directo hacia Bane. Los otros dos —un Jedi esbelto, de mirada avispada armado con un sable láser verde y una montaña gigante de hombre haciendo girar una enorme arma de doble hoja— fueron hacia ella.

Zannah encendió su propio sable láser de doble hoja y alzó un muro giratorio de defensa, aunque su arma parecía diminuta e insignificante contra el monstruo azul blandido por el más grande de sus dos oponentes. Antes de que pudieran enfrentarse a ella, retrocedió hacia una de las esquinas, deteniéndose a varios metros de la intersección de las dos paredes. Esto le permitió proteger sus flancos, pero aún dejaba espacio suficiente para que se agachara, esquivara, y evadiera las armas de sus enemigos.

Por la esquina de su ojo, vio a Bane tomar una aproximación completamente diferente. Protegido por su armadura de orbaliskos, cargó hacia delante para enfrentar a los dos Maestros Jedi que se enfrentaban a él de pleno.

Y entonces sus enemigos cayeron sobre ella. Le llevó sólo segundos darse cuenta de que el hombre más grande era de lejos el oponente más peligroso. En el tiempo que le llevó al hombre más pequeño golpearle dos veces con su hoja verde, ella había bateado a un lado media docena de ataques del otro. Había una diferencia marcada en el estilo y eficiencia de sus golpes también. Las habilidades del Jedi con el sable láser verde eran crudas y básicas. Cuando golpeaba, era o con fuerza o con velocidad, pero no ambas a la vez. Su espada llegaba o en alto o en bajo, pero nunca alteraba su plano durante el ataque. En contraste, el hombre grande la atacaba desde ángulos creativos e inesperados, las enormes hojas azules cambiando de ruta en mitad del golpe. Cada ofensiva era un modelo de eficiencia letal, rápidos y poderosos golpes y contragolpes que mantenían a un oponente estimando.

Aún mientras Zannah mantenía su espada girando para conservar su impulso, era capaz de proteger ambos de sus ataques fácilmente utilizando bloqueos giratorios, en gran parte porque el Jedi con el sable láser verde estaba inadvertidamente trabajando en

propósitos enfrentados con su compañero. Estaba intentando alternar sus incursiones con aquellas del hombre más grande, esperando que tomaran turnos para presionar hacia delante, entonces retroceder, siempre manteniendo a Zannah a la defensiva. Pero el increíble alcance del arma del hombre más grande le hacía difícil desatar una oleada sostenida sin miedo de herir o incluso matar a su compañero cuando el otro hombre se movía para unirse a la refriega. Como resultado, el hombre más grande constantemente tenía que quedarse atrás, detenerse, o cesar sus ataques. Estaba forzado a un ritmo extraño de avance y retirada, su tiempo y estrategias dictados tanto por su aliado como por su oponente.

Zannah notó todo esto desde detrás del muro impenetrable de sus hojas gemelas giratorias, contenta de jugar un rol completamente pasivo en el encuentro. Si no fuera por la brillantez del hombre grande, ella habría cambiado rápidamente a una secuencia agresiva y habría despachado fácilmente al hombre más pequeño. Pero si no fuera por la mediocridad del hombre más pequeño, sus talentos defensivos habrían sido llevados a los límites por su oponente más habilidoso. El enfrentamiento le encajaba bien a Zannah, permitiéndole hacerles ir el uno contra el otro. Ella no necesitaba matarles; ella sólo necesitaba contenerles a raya hasta que Bane, protegido por los invulnerables caparazones de los orbaliskos, matara a sus dos oponentes y llegara a su ayuda.

Ella esperó hasta que fue hora para el hombre más pequeño de atacar de nuevo, entonces calibró su dolorosamente predecible golpe. Sabiendo exactamente dónde terminaría al observar dónde había empezado, era capaz de distraer momentáneamente su atención del combate para ver cómo lo estaba haciendo su Maestro.

Para su sorpresa, ambos oponentes de Bane todavía estaban en pie; prueba de que eran combatientes excepcionalmente habilidosos. Ella también se había dado cuenta de que un quinto Jedi había entrado en la habitación: un ithoriano que se quedó apartado de la batalla, sus ojos cerrados como si estuviera meditando. Y entonces ella volvió su concentración de vuelta hacia su propia melé, justo a tiempo de evitar una muerte segura.

La mirada en dirección a su Maestro había durado sólo una fracción de segundo, pero en el breve intervalo de su distracción el hombre más grande había saltado hacia delante, lanzando la punta de una de sus hojas hacia su ojo como una lanza. Zannah movió su cabeza al lado en el último instante posible, escuchando el siseo mientras la espada cortaba un bucle de su pelo. El movimiento repentino le hizo perder su momento y el equilibrio, y su sable láser girando golpeó el golpe que había anticipado antes de la hoja verde del hombre más pequeño, perdió su impulso centrípeto y flaqueó.

En el medio segundo que le llevó hacer rodar sus muñecas y empezar los intricados patrones giratorios de sus espadas de nuevo, ella era vulnerable. El hombre grande cortó alto hacia su cabeza, forzándola a agacharse, entonces golpeó en bajo hacia sus pies en el retroceso, haciéndola saltar antes de que pudiera prepararse apropiadamente. Ella evitó el barrido, pero aterrizó torpemente sobre sus pies. Otro golpe le llovió encima. Con su cuerpo fuera de posición, estuvo forzada a bloquear su camino en vez de reflejarlo hacia el lado. El poder del impacto la mandó retrocediendo y ella cayó al suelo.

El hombre con el sable láser verde la salvó. Él saltó para terminar con ella, bloqueando a su compañero de hacer lo mismo. Contra su asalto ordinario fue capaz de recuperar su pie y pasar a la secuencia de movimientos que eran el fundamente de su estilo virtualmente impenetrable.

Hubo un breve instante en que vio una apertura, pero en lugar de elegir matar al hombre con el sable láser verde ella le dejó vivir, sabiendo que era un mayor estorbo para sus aliados de lo que lo era para ella.

Desde el otro lado de la habitación uno de los otros Jedi llamó:

—¡Johun! ¡Sarro! ¡Necesitamos refuerzos!

—Ve, —gritó el hombre grande—. Yo puedo manejar a esta.

Y de repente el hombre con el sable láser verde se fue.

El gigante con piel aceituna se alzó en toda su altura; Zannah se dio cuenta de que era incluso más alto y más fuertemente musculado que Bane. El aire siseaba mientras su largo sable láser grababa una elaborada floritura alrededor de su cuerpo, entonces otra sobre su cabeza. Él le sonrió hacia abajo a propósito.

Entonces saltó hacia delante y la verdadera batalla comenzó.

* * *

Habían pasado muchos años desde que Farfalla había luchado mientras era fortalecido por la meditación de batalla de Worror. Había olvidado cuánto más rápido y fuerte le hacía sentir el asombroso talento del ithoriano. La Fuerza fluía a través de él con un mayor poder, llenándole con su poder. Aún así, incluso con sus habilidades mejoradas, se preguntaba si sobreviviría a la batalla que se aproximaba.

Conforme irrumpieron en la habitación, un hombre que sólo podría haber sido Darth Bane cargó temerariamente hacia ellos. En cualquier otra instancia el movimiento habría puesto un rápido fin al encuentro, mientras Raskta corría delante de Farfalla para hacer pedazos al Sith.

Las hojas azules de Raskta parpadeaban demasiado rápidamente para que lo vieran los ojos, neutralizando el ataque inicial y salvaje de su enemigo y entonces aterrizando media docena de golpes letales sobre su pecho y abdomen. Pero en lugar de caer, el hombre grande seguía yendo, nunca siquiera rompiendo el paso. Habría arremetido contra Raskta, pisoteándola bajo sus pesadas botas, si ella no hubiera rodado hacia un lado en el último instante posible.

Bane nunca se detuvo, su impulso llevándole directamente hacia Farfalla. El Maestro Jedi tuvo un momento para registrar la extraña capa de armadura de caparazones duros, brillantes, que llevaba bajo sus ropas. Entonces él, también, saltó a un lado para evitar ser aplastado, sobreviviendo sólo porque sus reflejos estaban aumentados por el poder de Worror.

Raskta ya estaba de nuevo en pie y volando por el aire hacia él. Bane giró y lanzó una oleada de poder invisible del lado oscuro hacia ella. Una Maestra de Armas no era

habilidosa al defenderse contra los ataques de Fuerza enemigos. El impacto de la oleada la habría lanzado contra la pared y la habría aplastado si Farfalla no hubiera alzado un escudo para proteger a la echani. Incluso así, su cuerpo musculado fue lanzado al aire y se precipitó hacia atrás, aunque giró y rodó para aterrizar de pie.

Farfalla vio al Lord Sith girarse hacia él, percibiendo la intervención que había salvado la vida de Raskta. Bane descargó una barrera de rayos Sith, reuniendo y liberando su poder a la velocidad del pensamiento. El Jedi alzó una barrera de Fuerza para escudarse, pero la electricidad perforó a través de ella y se arqueó hacia él. Entonces de repente Raskta estaba ahí para salvar su vida, saldando una deuda que solo tenía un par de segundos mientras se lanzaba enfrente de él. Alimentada por la meditación de batalla de Worror, ella cambiaba de estilos constantemente, y sus brazos y espadas se convirtieron en un borrón mientras grababan figuras en ocho en el aire para captar y absorber los rayos de energía del lado oscuro.

Su enemigo cayó sobre ellos de nuevo, siguiendo al rayo con pura agresión. Raskta se precipitó delante de Farfalla para encontrar su segunda carga. Ella se agachó en bajo, violentamente cortando hacia sus muslos y pantorrillas, intentando dejar a su oponente reptando sin piernas en el suelo. Sus espadas perforaron a través de sus botas y cortaron amplias franjas en sus pantalones, sólo para revelar más de los caparazones quitinosos.

Bane llevó su sable láser abajo hacia la echani, que cruzó sus espadas en una X, intentando bloquear y atrapar el arma de su oponente en el punto de intersección. Pero el movimiento del Sith era sólo una finta para distraerla, y en el último instante él llevó su arma atrás y lanzó un codazo para darle en las costillas. El contacto la elevó sobre sus pies y la mandó tumbada. Entonces él pasó junto a ella, y cayó sobre Farfalla.

El Maestro Jedi cayó en una elegante postura defensiva para enfrentar la carga.

—¡La empuñadura! —jadeó Raskta mientras reptaba para ponerse en pie.

La advertencia hizo que Farfalla se percatara del sable láser con empuñadura curvada de su enemigo, y el agarre inusual que requería. Esto podría alterar la naturaleza de sus ataques, haciéndoles llegar desde ángulos raros y poco familiares. En el mundo regimentado e hiperpreciso de los duelos de sable láser Jedi-Sith, transformaba su estilo en algo único e inesperado.

Valenthyne reconoció, procesó, y reaccionó ante esta información en una fracción de segundo, permitiéndole ajustar la ruta de su propia arma justo lo suficiente para bloquear un golpe que de otro modo se le habría deslizado por el borde de su hoja y le habría cortado el brazo a la altura del codo. Incluso así, la fuerza tras el ataque quitó la espada dorada de Farfalla de su agarre, mandando su sable láser patinando por el suelo. Desarmado e indefenso ante su enemigo, fue salvado por Raskta.

Sabiendo que sus sables láser no podrían penetrar la armadura de Bane, ella se deslizó desde detrás y pateó en tijera a sus piernas de debajo de él. Él se cayó de espaldas, convirtiendo su caída en un ruedo que terminó con él de vuelta sobre sus pies. Sin embargo, la distracción permitió a Farfalla buscar y extenderse con la Fuerza, llamando a su arma de nuevo a su mano.

Él giró de vuelta a la batalla para ver que la Maestra de Armas echani había tomado la ofensiva, mandando rápidos golpes de sus hojas azules hacia la cara desprotegida de Bane, el único punto de su cuerpo aparentemente no cubierto por los caparazones impenetrables. Destacadamente, Bane estaba cediendo terreno.

—¡Quédate atrás! —Gritó ella a Farfalla—. Sólo te meterás en el camino.

Farfalla hizo lo que le dijo, reuniendo las energías del lado luminoso para alzar otra barrera de Fuerza protectora por si Bane trataba de desatar sus poderes del lado oscuro contra la echani.

Ella parecía estar en todas partes a la vez, junto a él, tras él, rodeándole por lo bajo, saltando para llegar por lo alto, reflejando su espada con una de las suyas y entonces apuñalando tres veces rápidas en sucesión hacia sus ojos. La cabeza del hombre grande se agachó y tambaleó, girando y retorciéndose para evitar sus golpes mientras trataba de montar una contraofensiva.

La maestría de Raskta de sus espadas era sin igual, pero incluso con sus talentos aumentados por la meditación de batalla de Worror no era capaz de aterrizar un golpe acertado en un objetivo tan pequeño a través de las defensas de Bane. Aún así, la ferocidad de su nueva estrategia había cambiado el impulso a su favor… o eso pensaba Farfalla.

Bane continuó su retirada, rodeando lejos de las hojas de Raskta, entonces de repente se giró y corrió directamente hacia el ithoriano desarmado que estaba justo dentro de la puerta de la habitación.

La meditación de batalla requería la concentración completa del Maestro Worror; no había oportunidad para que él montara algún tipo de defensa. Si Bane le cortaba, los otros perderían la única ventaja que les daba cualquier oportunidad de sobrevivir al encuentro.

Farfalla liberó el poder que había estado reuniendo en una simple y concentrada explosión. Bane fue de repente encerrado en un campo de estasis brillante de energía del lado luminoso, congelándole donde estaba. Pero su comando del lado oscuro era demasiado poderoso para que le contuviera más de medio segundo. El campo brillante explotó en fragmentos mientras el Lord Oscuro se liberaba, aunque el retraso momentáneo había permitido a la echani ponerse entre el ithoriano y el Sith.

Las espadas de Raskta zumbaron y cantaron mientras ella se enfrentaba a él de nuevo, determinada a mantenerlo lejos del Maestro Worror a toda costa.

Él es demasiado fuerte, se dio cuenta Farfalla, incluso mientras corría para ayudarla. *Tanto físicamente como en el poder del lado oscuro. Es como tratar de luchar contra una fuerza de la naturaleza*.

—¡Johun! ¡Sarro! ¡Necesitamos refuerzos!

* * *

Johun giró su cabeza ante el sonido de la voz de Farfalla.

—Ve, —le gritó Sarro—. Yo puedo manejar a esta.

El joven Jedi miró al otro extremo de la habitación e instantáneamente reconoció qué estaba ocurriendo. El Maestro Worror estaba en peligro; tenía que ser protegido o su meditación de batalla —y cualquier esperanza de victoria— se perdería.

Saltó por la habitación, utilizando la Fuerza para impulsarse a través del aire de modo que aterrizó a sólo un par de metros de donde Raskta estaba en duelo con Darth Bane, desesperadamente tratando de llevarle atrás y lejos de donde el Maestro Worror estaba a tan solo un metro o dos tras ella. Él vaciló antes de atacar, dándose cuenta de que la piel del Lord Sith estaba cubierta con un extraño crecimiento crustáceo.

—¡Ve a por la cara! —gritó Farfalla, llegando a la escena y lanzándose a la batalla mientras Johun hacía lo mismo.

Juntos los tres mantuvieron al Lord Sith a raya: Farfalla en el flanco izquierdo, Johun en el derecho, y Raskta en el centro. Entre bloqueos y esquivos cortaban y apuñalaban hacia su cara, sus esfuerzos combinados finalmente forzando a su enemigo en una postura defensiva.

El joven Jedi se maravillaba ante la velocidad y salvajismo de las espadas de Raskta. Y mientras los propios esfuerzos torpes de Johun realmente parecían impedir a Sarro cuando luchaban lado a lado, Raskta parecía progresar en su presencia. Cuando él iba por lo alto, ella iba por bajo. Si él llegaba desde la izquierda, ella venía desde la derecha. Era parcialmente una función de su elección de armas: individualmente cada uno de sus sables láser era más preciso y exacto que las hojas dobles gigantes de Sarro. Pero era más que eso. Sus reacciones eran tan rápidas, sus instintos de combate tan puros, que era capaz de percibir y anticipar lo que él iba a hacer incluso mientras ocurría, entonces utilizar sus ataques para su propia ventaja.

Por otra parte Farfalla golpeaba con golpes limpios, elegantes, su forma perfecta mientras él agobiaba en el flanco derecho de Bane. Aunque fueron capaces de mantener el terreno, no podían llevarle atrás o derrotarle.

Estaban en un punto muerto, ninguno de sus ataques capaz de conectar con la única parte vulnerable de la anatomía de Bane. Entonces Johun captó un vistazo de carne blanca saliendo de la junta entre los guantes con armadura del Sith y los extraños caparazones de su antebrazo. El hueco era estrecho, pero era lo suficientemente grande como para que una espada bien dirigida lo penetrara.

Él cortó hacia su nuevo objetivo. Amplificada por el poder de Worror, la Fuerza fluía a través de él y guiaba su espada. El contacto no fue perfecto; su sable láser rozó el borde de los caparazones de armadura de modo que sólo hizo un contacto superficial con la carne de debajo. En lugar de cortar la mano, meramente cortó lo suficientemente profundo como para seccionar nervios y tendones.

Bane rugió de ira mientras su arma se deslizaba de su agarre, la herida dejando sus dedos muertos y sin poder. Pero antes de que Johun o cualquiera de los otros tuviera una ocasión de acabar con su oponente desarmado, fueron lanzados hacia atrás por una explosión de energía del lado oscuro, el poder de su enemigo alimentado por el dolor repentino y agudo de su herida.

Tumbado en el suelo a diez metros de distancia, Johun observó en horror indefenso mientras el sable láser del Lord Oscuro saltaba del suelo y volaba de vuelta a su mano. Sorprendentemente, sus dedos se envolvieron alrededor de la empuñadura y reencendieron la espada carmesí, sus heridas de algún modo sanadas casi al instante.

Ya no había nadie entre Bane y el ithoriano; al igual que Johun, Farfalla y Raskta habían sido ambos lanzados lejos. El Lord Sith alzó su espada para acabar con la vida de Worror, y Johun empujó con la Fuerza.

Sabía que no era lo suficientemente fuerte como para penetrar las defensas de Bane, pero el hombre grande no era su objetivo. En su lugar, el poderoso empujón golpeó a Worror, lanzándole hacia la esquina mientras el golpe de sable láser que le habría partido en dos silbaba sin hacer daños a través del aire.

Johun sintió su fuerza y energía caer, una oleada de cansancio y fatiga le abrumó, los efectos beneficiosos de la meditación de batalla desvaneciéndose mientras la concentración de Worror se rompía. Pero el Maestro Jedi aún estaba vivo, y Farfalla y Raskta estaban de nuevo en pie. Si podían contener a Bane justo un par de segundos, el ithoriano podría continuar sus meditaciones y restaurar su ventaja.

* * *

Zannah se deslizó a un lado, su arma giratoria redirigiendo la hoja de su enemigo lejos de su garganta y sin hacer daños hacia arriba sobre su hombro. Su gemela llegó rápidamente desde el otro lado hacia su cadera, y ella se lanzó en una voltereta hacia atrás para evitarla, aterrizando ágilmente en pie. Gravemente, se dio cuenta de que nunca había entendido el verdadero significado del término artes marciales hasta ahora.

El guerrero, asaltándola, había elevado el acto del combate hasta su forma más alta y pura. Se movía con la gracia fluida de un bailarín, su monstruosa espada cantando la canción mortal de la batalla. Él ejecutó sus movimientos con una elegancia perfecta nacida de la obsesión. Zannah sabía que le dejaba vulnerable a otras formas de ataque, pero él le presionaba tan implacablemente que ella nunca tuvo una oportunidad de reunir su poder eficientemente.

Si hubiera disfrutado el Jedi de las mismas ventajas que la armadura de orbaliskos de Bane proveía, su encuentro habría terminado hace mucho. Bane podía librarse de golpes de otro modo letales, olvidando todo sentido de seguridad personal en un asalto temerario de pura ofensiva para abrumar sus defensas. En contraste, el hombre ante ella, enorme como era, aún moriría si sus hojas le pillaban. Él tenía que protegerse de sus contraataques, su estilo menos agresivo para no quedar vulnerable. Incluso aunque su técnica era más refinada que la de su Maestro, ella había sido capaz de aguantar su asalto… hasta el momento.

Él llegó hacia ella de nuevo, su espada cambiando de dirección tan rápidamente a mitad del golpe que parecía doblarse y curvarse. Zannah repelió el asalto con una ráfaga furiosa defensiva, respirando con fuerza. Su estilo estaba pensado para prolongar el

combate, cansando a sus oponentes mientras trataban de penetrar sus defensas. Pero cada vez que ella chocaba contra el gigante de piel aceituna, era la que era forzada a gastar energía desesperada, frenética. Lentamente, él la estaba desgastando.

Era más que sólo su talento y entrenamiento. Zannah percibió algún tipo de poder mayor en funcionamiento: la Fuerza fluía a través de él como si estuviera siendo canalizada por otro, dando incluso mayor fuerza a su oponente.

Otro intercambio la llevó hacia atrás; el hombre estaba acortando el espacio, dirigiéndola estrechamente hacia la esquina para limitar su movimiento. Él le estaba quitando su agilidad, sabiendo que ella no era rival para su fuerza. Y no había nada que pudiera hacer sobre ello. Dando otro paso atrás, sintió sus caderas chocar contra el borde de la pared. No quedaba sitio adonde ir; el final estaba cerca.

Al otro extremo de la habitación escuchó a Bane rugir de ira, y ella se preparó para un último enfrentamiento que sabía que no podría sobrevivir. Su oponente giró el largo sable láser de doble hoja alrededor de su propio cuerpo, reuniendo impulso para su siguiente ataque. Y entonces, de repente, el poder tras él —la Fuerza que estaba siendo canalizada a través de él por otro— se fue. Zannah lo sintió desaparecer, expirando como una vela en un soplo de viento.

El hombre grande vaciló, haciendo una rápida mirada por encima hacia los otros para ver qué había ocurrido. Aprovechando la oportunidad, los dedos de Zannah oscilaron en patrones extraños mientras ella desataba su brujería Sith sobre su enemigo.

Sus ojos se abrieron como platos y él se tambaleó lejos de ella, su sable láser balanceándose salvajemente en el aire a su alrededor como si estuviera acorralado por todas partes por demonios imaginarios. Sacudiéndose en el terror medio loco ante los monstruos invisibles, ignoró a Zannah mientras ella bajaba en picado y acababa con su vida con un golpe largo, diagonal, por su musculado pecho.

Mientras caía al suelo, Zannah volvió su atención a Bane al otro extremo de la habitación. Estaba luchando con los tres Jedi fácilmente, lentamente presionándolos hacia atrás hacia donde el ithoriano yacía desplomado en una esquina.

Reuniendo el lado oscuro a su alrededor, Zannah creó una capa ocultadora para enmascarar su poder como había hecho en el Templo Jedi. Mientras lo hacía, vio al ithoriano lentamente ponerse en pie y cerrar sus ojos en concentración. Ella sintió el arrebato de energía del lado luminoso rodando por la habitación, como lo hacían los oponentes de Bane. De repente vigorizados, pusieron a su Maestro de nuevo contra una pared, concentrando sus ataques en su cara y las juntas de su muñeca donde los orbaliskos habían dejado diminutos huecos en su armadura.

Zannah corrió en ayuda de su Maestro, llegando silenciosamente tras los Jedi. Su presencia oculta por su hechizo de ocultación, nunca la percibieron llegar. Ella golpeó a la echani primero, lanzando su espada hacia delante de forma que perforara la espalda de la Jedi y corriera a través de ella. La echani gritó y cayó hacia delante, cayendo a los pies de Zannah. Los hombres a cada lado medio se giraron hacia ella, momentáneamente olvidando al oponente que estaba directamente enfrente de ellos. Bane tomó la

oportunidad para cortar la mano del arma del hombre con el sable láser verde. Él gritó y cayó de rodillas, agarrándose su muñón cauterizado. La imagen llevó a Zannah de vuelta a la caverna de Ruusan donde había tomado la mano de su primo.

Con un agitar de su cabeza, ella desechó el recuerdo. Su distracción le dio al joven Jedi una oportunidad de rodar lejos de la batalla. Zannah vaciló, insegura de si terminar con él o ayudar a su Maestro con el hombre contra el que estaba todavía luchando. La pregunta se convirtió en discutible un momento después cuando Bane apartó el sable láser dorado del Jedi a un lado con su antebrazo incrustado de orbaliskos, entonces cortó la cabeza de su enemigo de su cuerpo con su sable láser.

En la esquina el ithoriano rompió su trance meditativo, percibiendo que sus compañeros habían caído. Pero antes de que pudiera actuar, Bane saltó por el aire y aterrizó enfrente de él, cortando sus cuatro gargantas simultáneamente. El ithoriano se desplomó contra el suelo, y Bane se giró para acabar con el Jedi de una mano.

Zannah percibió el poder del lado oscuro reuniéndose en su Maestro, pero en el instante antes de que desatara la tormenta de rayos mortales morados, el ithoriano se levantó del suelo y le agarró por el tobillo. Un globo azul brillante de él, envolvió a ambos mientras el Jedi mortalmente herido liberaba su propio poder en su acto final, moribundo.

En lugar de arquearse por la habitación para destruir al Jedi con un brazo, el rayo que voló desde los dedos de Bane se reflejó en el interior del globo azul brillante que le encerraba. Los rayos rebotaron salvajemente en el interior del globo, creando una tormenta de energía tan intensa que Zannah tuvo que proteger sus ojos y apartar la mirada. Escuchó los gritos de Bane alzándose sobre el agudo crepitar de la electricidad, y cuando volvió a mirar, vio al globo desvanecerse y a su Maestro caer al suelo en una montaña carbonizada y humeante.

Ella empezó a correr hacia él, entonces vio que el único Jedi superviviente estaba reptando hacia delante donde su sable láser había caído en el suelo, determinado a continuar luchando pese a la pérdida de su mano.

Su cara congelada en una máscara de ira y odio, ella caminó hacia delante e hizo girar el sable láser sobre su cabeza. Él la miró con ojos suplicantes, pero su única respuesta fue llevar su espada hacia abajo, terminando con su vida.

22

Cuando Zannah llegó por primera vez al lado de Bane, estaba segura de que su Maestro estaba muerto. El rayo había reducido sus ropas a cenizas, y sus guantes y botas se habían fundido. La carne de su cara y manos estaba chamuscada y quemada, cubierta con pústulas que supuraban un pus líquido amarillo. Varios de los parásitos de su pecho y estómago no habían sobrevivido, sus caparazones marrones convertidos en negros y quebradizos por la carga eléctrica del rayo. Mechones de humo aún ardiendo salían de debajo de sus caparazones, llevando un hedor enfermizo que hacía revolverse el estómago de Zannah.

Entonces vio el pecho de Bane alzarse y caer, sus respiraciones tan superficiales y leves que casi se las había perdido. Debía haber caído inconsciente mientras su cuerpo sufría un shock por el dolor insoportable. Ella se detuvo, medio esperando ver su carne chamuscada y sus tejidos empezando a regenerarse, pero sus heridas excedían incluso la habilidad de los orbaliskos de sanarle, y no ocurrió nada.

El sonido de una puerta abriéndose le hizo girar la cabeza, mirando arriba para ver a Darovit saliendo de su lugar escondido. Miró alrededor a la masacre de la habitación, entonces vio a Zannah agachada sobre su Maestro.

—¿Está…? —Dejó la pregunta colgando en el aire.

—Está vivo, —dijo ella enfadada, alzándose en pie.

Darovit lentamente caminó hasta su lado, acunando el Holocrón de Belia y la tarjeta de datos contra su esternón con su mano buena. Zannah extendió el brazo y los cogió cuando él se acercó. Él no pareció darse cuenta, sus ojos traspuestos por el cascarón chamuscado a sus pies que de algún modo aún estaba vivo.

—Coge los sables láser, —ordenó ella—. Nos vamos.

Darovit tuvo el buen sentido de no cuestionar sus órdenes, pero fue a reunir las armas de los Jedi caídos: trofeos del triunfo de los Sith en Tython.

Zannah metió el Holocrón y la tarjeta de datos en los bolsillos de sus ropas, entonces tomó aliento profundamente para centrar su mente. Se extendió con la Fuerza y elevó el cuerpo de Bane del suelo, levitándolo a la altura de la cintura.

Ella llevó a su Maestro de esta forma desde la fortaleza al exterior, Darovit siguiéndola de cerca. Ella brevemente consideró qué nave debían utilizar para sacarles de Tython, entonces se acomodó en el *Loranda*. Aparte de ser más grande, también estaba equipada con una plataforma médica completa.

—Abre el muelle de carga, —ordenó ella, señalando con la cabeza en dirección al navío.

Darovit corrió delante e hizo lo que le ordenó, mientras Zannah lentamente elevaba a su Maestro arriba y dentro de la nave.

Una vez a bordo engancharon a Bane en una bomba de bacta. Sus heridas probablemente requerían una completa inmersión en un tanque de bacta durante varios días, pero ella no tenía acceso a ese tipo de instalaciones. Una bomba de bacta era lo

siguiente mejor; inyectaba una fuerte dosis del fluido directamente en sus venas, haciéndola circular a través del cuerpo, entonces filtrándola fuera, sólo para repetir el proceso.

—Está estable, —dijo Darovit—. Pero no lo estará por mucho tiempo. Cuando un orbalisko muere envenena al hospedador.

—Leíste la información en el disco, —dijo ella—. Quítaselos.

—Incluso si lo hiciera no ayudaría, —le dijo Darovit, confiando en lo que había aprendido del disco—. Es demasiado tarde. Los orbaliskos liberan toxinas en el tejido del hospedador en el instante en que mueren. Rompe las células a un nivel microscópico. Estará muerto en cuestión de días.

—¡Eres un kriffido sanador! —gritó ella—. ¡Ayúdale!

—No puedo, Zannah, —dijo él suavemente—. No aquí. No tenemos el equipo adecuado o los suministros. E incluso si los tuviéramos, no habría nada que pudiera hacer. Una vez que la toxina de los orbaliskos entra en el hospedador, no hay forma de detener su progreso.

No puedes morir aún, pensó Zannah amargamente, mordiéndose el labio. *¡Hay tanto que tienes que enseñarme!*

El poder de su Maestro todavía era mucho mayor que el suyo. Ella tenía el potencial de superar a Bane —él mismo se lo había dicho— pero ahora mismo, él aún poseía una fuerza a la que ella sólo podía aspirar. Había secretos que él no había compartido con ella aún, claves para desbloquear un poder incluso mayor del que poseía ahora. Si moría, ese conocimiento se habría perdido. Era *posible* que un día ella tuviera éxito en descubrirlo por sí misma; con Bane como Maestro, el éxito estaba asegurado.

Pero lo que él todavía tenía que enseñarle iba mucho más allá de su habilidad de captar las energías del lado oscuro. Durante la última década, ella se había centrado sólo en aprender a controlar su propio poder. Por el mismo tiempo, su Maestro había empezado a reunir las piezas que un día permitirían alzarse a los Sith y dominar la galaxia.

Él había creado una vasta red de espías e informadores, pero Zannah no tenía ni idea de su verdadera extensión, o siquiera cómo contactarles. Había puesto en movimiento cientos de planes a largo plazo para lentamente construir su fuerza mientras debilitaban a la República. Aún así, ahora sólo estaba empezando a entender la mira y la complejidad de sus maquinaciones políticas.

Bane era un visionario, capaz de ver lejos en el futuro. Entendía cómo explotar las debilidades y vulnerabilidades de la República. Sabía cómo atraer la mirada de los Jedi lejos del lado oscuro, mientras que al mismo tiempo los llevaba bajo los primeros pasos del largo camino que terminaría en su completa aniquilación. Él podía manipular a gente, organizaciones, y gobiernos, plantando semillas que permanecerían durmientes durante años —incluso décadas— antes de que brotaran.

Si moría ahora, todo lo que había puesto en su posición durante los últimos diez años moriría con él. Zannah tendría que empezar desde el principio. Tendría que encontrar y

entrenar a un aprendiz, incluso mientras ella aún estaba aprendiendo la completa extensión de sus propias habilidades. Estaría tambaleándose hacia delante a ciegas, acosada por enemigos por todas partes. Era casi imposible imaginar que no cometiera un error que le llevaría a su caída… y a la extinción de los Sith.

Ella no podía permitir que ocurriera. Por el bien de su orden, tenía que mantenerlo con vida. Y aunque Darovit puede que no tuviera el conocimiento y el poder para sanar a su Maestro, ella sabía de alguien que sí. Alguien que había salvado su vida una vez antes.

—Asegúrate de que vive, —le dijo a Darovit, una amenaza implícita en su tono.

Abandonando la plataforma médica, marchó hasta la cabina de mandos y se sentó tras los controles. Introdujo una ruta a Ambria, pero no se dirigía de vuelta a su campamento. Iba a ver a un hombre llamado Caleb.

* * *

Aunque el campamento de Caleb estaba a menos de cien kilómetros del suyo en Ambria, Zannah nunca lo había conocido. Sabía de él sólo por los relatos de su Maestro. Bane le había dicho que el sanador era poderoso en la Fuerza, pero no la atraída de la misma forma que los Sith o los Jedi lo hacían. El lado luminoso y el lado oscuro no tenían significado para él; el suyo era el poder de la naturaleza.

Las palabras de su Maestro no tenían sentido en su momento, pero mientras llegaron para aterrizar cerca de la diminuta y dilapidada chabola, que Caleb llamaba hogar, ella empezó a entenderlo. Había poder en este lugar; le llamaba, pero en una lengua extraña y poco familiar.

Podía olerlo en el aire cuando las puertas de carga de su nave se abrieron, y podía sentirlo bajo sus pies cuando saltó de la nave. Con cada paso que daba, el suelo parecía vibrar, zumbando con un sonido demasiado silencioso para escucharlo, pero lo suficientemente profundo como para sentirlo por detrás de sus dientes.

Darovit caminaba tras ella, manipulando los controles que guiaban la camilla médica del *Loranda*. Flotaba junto a él, apoyando la forma aún inconsciente de Bane. Como había estado cuando Zannah lo llevó adelante desde la fortaleza de Belia, su Maestro estaba de nuevo siendo transportado poco ceremonialmente como una carga flotando a un metro sobre el suelo. Esta vez, sin embargo, estaba apoyado por los elevadores repulsores más que por la Fuerza.

—Este lugar es asombroso, —suspiró Darovit—. Nunca he sentido nada como esto antes. Tan… crudo.

Zannah recordó que, incluso aunque carecía del poder de los Jedi o los Sith, su primo también estaba en sintonía con la Fuerza. Ella brevemente se preguntó si era posible que compartiera el mismo tipo de talento que Caleb, entonces decidió que no importaba para lo que estaba aquí. Cuatro días habían pasado desde que abandonaron Tython, y Bane se había vuelto regularmente más débil. Si no encontraban ayuda para él aquí, su Maestro moriría.

A juzgar por su primera mirada, ella no albergaba mucha esperanza para su salvación. Como era común en Ambria, estaban rodeados por todas partes por un baldío desolado, árido, que se extendía tan lejos como el ojo podía ver. Los únicos rasgos del paisaje aparte de un par de salientes de roca dispersos, eran la chabola de Caleb y el hueco del fuego. El campamento parecía estar desierto.

La chabola era pequeña, un par de metros a cada lado. Las paredes estaban inclinadas en grados de cuarenta y cinco, encontrándose en un pico en el centro, haciendo que la estructura se asemejara a una pirámide burdamente construida. Dónde o cómo había adquirido la madera Caleb era imposible decirlo, pero era obvio que no la había reemplazado recientemente. La madera estaba descolorida y blanquecina por los años al sol, y aunque no se pudriría en el clima seco de Ambria, cientos de grietas verticales se habían formado en las fibras mientras la mezcla se filtraba. En la pared mirando al hueco para el fuego, había una pequeña entrada que llevaba a la cabaña. Una sábana harapienta colgaba de ella, ondeando ligeramente en el viento del desierto.

El hueco para el fuego no era más que un pequeño círculo de piedras redondas, calcinadas y ennegrecidas por los años de humo y llamas. Un estante de metal apoyaba una gran cacerola de hierro sobre el centro del círculo para cocinar, aunque la cacerola estaba vacía y el fuego se había enfriado.

Zannah recordó del relato de Bane cómo Caleb había metido su propia mano en la cacerola cuando estaba llena de sopa hirviendo, escaldándose para demostrar a su Maestro que no temía al dolor y que no podía ser amenazado o intimidado.

Diez años antes, el sanador había rechazado inicialmente sanar a su Maestro, aunque finalmente Bane le había convencido amenazando a la hija de Caleb. Zannah se preguntaba si, si es que lo encontraban, se negaría a ayudar a Bane de nuevo.

—¿Hola? —llamó Darovit, su voz sonando pequeña en el vacío de su alrededor—. ¿Hola?

Zannah se movió lentamente hacia la cabaña destartalada y retiró la sábana en la puerta. La única cosa dentro era un pequeño colchón en la esquina. Ella retrocedió de la puerta, mirando a los baldíos vacíos alrededor del campamento para ver si había alguna otra parte donde Caleb pudiera haber ido. Darovit imitó sus acciones, entonces ofreció la única conclusión lógica.

—Aquí no hay nadie.

No era sólo Caleb el que faltaba, tuvo que admitir Zannah. ¿Dónde estaban las medicinas que el sanador utilizaría para curar a aquellos que buscaban su ayuda? ¿Dónde estaban los suministros básicos —comida, agua, combustible para el fuego— que necesitaría para sobrevivir?

Ella recordó que Caleb había ido a Ambria para escapar de la guerra entre los Jedi y los Sith. Desafortunadamente para él, la guerra finalmente le había seguido incluso a este mundo remoto. Aún así, el sanador había mantenido una firme neutralidad durante el conflicto, rechazando ayudar a los seguidores tanto del lado oscuro o del luminoso; sólo Bane le había convencido con éxito de hacer una excepción a su regla. Quizás con el fin

de la guerra, había renunciado a sus caminos solitarios y había vuelto a su mundo natal, reintegrándose en la sociedad galáctica. Era sólo una de varias posibilidades que explicarían su desaparición.

Podría haber muerto. Habían pasado diez años desde que Bane visitara el campamento, y aunque Caleb no era tan viejo, era posible que algo le hubiera ocurrido en esa década. Ambria podía ser un mundo duro y peligroso; el sanador podía haber sido masacrado y devorado por los hssiss, los lagartos carnívoros terroríficos que a veces emergían de las profundidades del Lago Natth para alimentarse.

El planeta tenía su parte de depredadores inteligentes, también. El puñado de gente que todavía vivía en el mundo sobrevivía rebuscando entre los restos de las batallas que una vez rabiaron por su superficie y en los cielos de arriba, encontrando objetos dañados y tecnología antigua que podrían restaurar y vender fuera del mundo. La mayoría de los chatarreros, como eran llamados, eran simples tipos únicamente tratando de sustentarse. Pero un par se habían vuelto criminales desesperados, dispuestos a matar por cualquier cosa de valor, como la colección desaparecida de medicinas y suministros de Caleb.

O quizás el sanador había caído víctima de alguna enfermedad o aflicción que incluso él no podía curar. Si había muerto de causas naturales, no habría pasado mucho tiempo hasta que los diversos carroñeros del desierto se llevaran hasta el último de sus restos, sin dejar atrás ninguna evidencia de lo que había ocurrido.

Estaba claro que no había ninguna ayuda que encontrar aquí, pero no tenía sentido ir a ninguna otra parte. Bane tenía un día, como mucho, antes de que las toxinas de los orbaliskos alcanzaran niveles letales en los tejidos de su cuerpo. Zannah simplemente se quedó ahí, incapaz siquiera de pensar qué debería hacer a continuación. Y entonces recordó otro detalle del relato de su Maestro.

Caleb había tratado de ocultar a su hija de Bane. Su Maestro la había descubierto fácilmente cubriéndose dentro de la chabola; no había otro lugar para ocultarse en el pequeño campamento. Al menos, no lo había hacía diez años.

—Espera aquí, —dijo ella a Darovit, dejándole vigilando a Bane en su camilla.

Ella volvió a la chabola, pateando el colchón a un lado para revelar una pequeña trampilla en el suelo. Ella utilizó la Fuerza para abrirla, y fue recompensada con la visión de un hombre mirándola hacia arriba desde una pequeña celda.

Su expresión no era una de miedo, ni siquiera rabia. No exactamente. Parecía más como si estuviera alerta; como si supiera que su descubrimiento iba a llevar a un largo y tedioso intercambio.

—Fuerza —dijo Zannah, retrocediendo y llevando su mano a la empuñadura de su sable láser.

Sin decir una palabra, él trepó por la escalera pequeña de la celda hasta que estaba ante ella dentro de la chabola. Parecía tener cuarenta y tantos años, un hombre delgado de una estatura normal. Tenía el pelo negro liso que colgaba hasta los hombros, y su piel era marrón y coriácea por una década de exposición al sol ardiente de Ambria. No había nada

en su apariencia que sugiriera que era un hombre de poder o importancia, aún así Zannah podía percibir su calmada fuerza interior.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó ella.

—Lo he sabido desde que tú y tu Maestro construisteis vuestro campamento en este mundo, —dijo él silenciosamente.

—¿Y sabes por qué estoy aquí?

—Os percibí llegar. Es por lo que me oculté.

Ella miró abajo hacia la celda, dándose cuenta de que tenía un número de pequeños estantes alineados con botellas, bolsas, jarras, y botes que contenían las medicinas y compuestos sanadores que utilizaba en su vocación. También había un número de kits de raciones apilado en una esquina, junto con un puñado de pequeños contenedores cuadrados de suministros.

—¿Cuándo construiste eso? —preguntó ella, curiosa.

—Poco después de mi encuentro previo con tu Maestro, —respondió él—. Temí que un día volvería, y quería un lugar para que se ocultara mi hija.

El hombre de repente le sonrió, aunque no había alegría o júbilo en la expresión.

—Pero ahora mi hija ha crecido, —le dijo él—. Ha abandonado este mundo, para nunca volver. Y no tenéis poder sobre mí.

—¿Estás diciendo que no ayudarás a mi Maestro? —preguntó Zannah, sin siquiera molestarse en poner una amenaza en su voz.

—No hay nada que podáis hacer para convencerme esta vez, —respondió él, y ella percibió una profunda satisfacción en su tono. Ella se dio cuenta de que se había estado preparando para este día durante diez años.

—La guerra entre los Jedi y los Sith se ha acabado, —le dijo Zannah—. Mi Maestro ya no es un soldado. Él sólo es un hombre normal que necesita tu ayuda.

El hombre sonrió de nuevo, mostrando sus dientes en una sonrisa feral.

—Tu Maestro nunca será normal. Aunque pronto estará muerto.

Una mirada abajo a la mano del hombre, permanentemente quemada por las quemaduras que se había hecho a sí mismo metiéndola en la sopa hirviendo, hizo a Zannah rechazar cualquier idea de utilizar la tortura para hacerle cambiar de opinión. Y ella sabía que cualquier intento de dominar su mente con la Fuerza fracasaría; su voluntad era demasiado fuerte para que ella la doblegara a sus necesidades.

—Puedo darte créditos. Serás más rico de lo que posiblemente puedas imaginar.

Él movió sus manos hacia el austero pequeño colchón.

—¿Qué utilidad tienen los créditos para un hombre como yo?

—¿Qué hay de tu hija? —Contraatacó Zannah—. Piensa en qué más fácil podría ser su vida.

—Incluso si quisiera dejar que mi hija aceptara vuestro maldito pago, nunca encontraría una forma de hacérselo llegar. Por su propia protección, insistí en que se cambiara de nombre cuando abandonó este mundo. No sé cómo se llama ahora; no sé adónde ha ido.

Zannah se mordió el labio, entonces intentó algo desesperado.

—Si no ayudas a mi Maestro cazaré a tu hija. La encontraré, la torturaré, y la mataré, —juró ella, cuidadosamente golpeando cada palabra para dar énfasis—. Pero primero la haré mirar mientras torturo y mato a cada una de las personas que le importan.

Caleb sonrió con superioridad, entretenido por su amenaza vacía.

—Ve, entonces. Búscala y déjame en paz. Ambos sabemos que nunca la encontrarás.

De nuevo, él la tenía. Sin un nombre y sin siquiera una descripción física, sería imposible rastrear a una mujer que podía estar en un millón de mundos de la República.

Frunciendo el ceño, Zannah miró una vez más a su mano quemada. Quedaba como un testamento silencioso al hecho de que ella no podía romperle a través de dolor físico, sin importar lo brutal que fuera. Pero sin que le quedara ninguna otra opción, ella lo intentó de todos modos.

Ella se extendió con la Fuerza y elevó a Caleb. Sus pies colgaban a tan sólo un par de centímetros del suelo, aún así su cabeza se frotó contra el techo bajo e inclinado de la chabola. Ella empezó a apretar, aplicando presión directamente sobre sus órganos internos, lentamente aplastándolos mientras infligía un dolor agonizante que pocos seres habían experimentado nunca. Ella tuvo cuidado de dejar en paz sus pulmones, sin embargo, permitiéndole el aire suficiente como para respirar y hablar.

—Sabes cómo hacer que esto termine, —dijo ella fríamente—. Di que sanarás a mi Maestro.

Él gruñó y jadeó de dolor, pero agitó su cabeza.

—¡Zannah! ¿Qué estás haciendo?

Darovit había entrado en la chabola, curioso por el por qué tardaba tanto. Ahora estaba en la entrada, mirando con horror la escena.

—¡Detente! —le gritó él—. ¡Le estás matando! ¡Bájale!

Con un gruñido agudo de frustración, ella liberó su agarre, dejando caer a Caleb al suelo. Darovit se lanzó a su lado para ver si estaba bien, pero el hombre mayor agitó la cabeza y le apartó con la mano. Él se alzó sobre sus manos y rodillas, entonces se apoyó sobre sus talones, sus manos descansando en sus muslos mientras tomaba aliento lentamente, profundo.

Darovit se giró hacia ella.

—¿Para qué hiciste eso? —exigió él enfadado.

—Se negó a ayudarnos, —dijo ella, su voz más a la defensiva de lo que ella quería.

—No liberaré a ese monstruo a la galaxia una segunda vez, —declaró Caleb, sus dientes todavía apretados contra los efectos que perduraban de la tortura de Zannah—. No hay nada que puedas hacer para hacerme salvarle.

Zannah cayó sobre una rodilla junto a él.

—Puedo utilizar mis poderes para conjurar tus peores pesadillas y traerlas a la vida ante tus ojos, —susurró ella—. Puedo volverte loco de miedo, desgarrar tu cordura, y dejarte como un lunático delirante por el resto de tu vida.

Darovit sólo la miró, en shock por sus palabras. Caleb sólo sonrió con su sonrisa enfurecedora.

—Si lo haces, —respondió con calma el sanador—, tu Maestro aún así morirá. —Zannah se mordió el labio, mirándole. Entonces saltó sobre sus pies y salió de la cabina, dejando a Darovit y a Caleb solos.

23

Echando humo, Zannah pateó de camino por la arena entre la chabola de Caleb y el borde del campamento, donde su Maestro yacía en la camilla flotante.

Ella comprobó el monitor unido al lateral de la camilla, obteniendo una lectura de sus constantes vitales. Todavía estaba vivo, pero desvaneciéndose rápidamente. Pronto se habría ido, llevándose todo su conocimiento y sus secretos con él.

Ella estaba en pie junto a la camilla cuando Darovit salió de la chabola varios minutos más tarde. Cruzó el campamento para quedarse junto a él, mirando abajo a Bane.

—Cuando se vaya, —dijo él, ofreciendo a su prima palabras de condolencia—, al menos se irá en paz.

—¡La paz es una mentira! —Respondió Zannah—. No importa si mueres durmiendo o en el campo de batalla, muerto es aún así muerto.

—Al menos no está sintiendo ningún dolor, —respondió Darovit, arrojando otro tópico sin sentido.

—Si sientes dolor, —respondió ella—, significa que aún estás vivo. Dame dolor más que paz cualquier día.

—Nunca creí que te escucharía decir eso, Zannah, —dijo tristemente Darovit, agitando su cabeza—. ¿No puedes ver en lo que te ha convertido?

Él me ha convertido en una Sith, pensó ella. En voz alta dijo:

—Él me ha dado poder.

—¿Eso es todo lo que te importa ahora, Zannah? ¿El poder?

—Con poder obtengo la victoria, y con la victoria mis cadenas se rompen.

—El poder no siempre trae victoria, —contraatacó Darovit—. Incluso con todo el poder que tienes, no pudiste hacer que Caleb te ayudara.

Bane habría encontrado una forma, pensó ella amargamente, pero no dijo nada.

—Entiendo lo que te ocurrió —dijo su primo, poniendo una mano de consuelo en su hombro—. Sólo eras una niña. Asustada. Sola. Bane te encontró y te llevó con él. Entiendo tu lealtad hacia él. Entiendo por qué te preocupas por él.

Zannah se quitó su mano de encima y se giró para mirarle con una expresión de incredulidad con los ojos bien abiertos.

—Soy una Sith. No me preocupo por nadie salvo por mí misma.

—Te preocupas por mí. —Zannah no respondió, rechazando ser arrastrada de nuevo a la mismo discusión que habían tenido de camino a Tython.

—No quieres admitirlo —presionó Darovit—, pero sé que te preocupas por mí. Y por tu Maestro, también. Tus acciones lo demuestran, no importa lo que digas. Pero Caleb tiene razón, ya lo sabes. Bane es un monstruo; no podemos dejarle libre.

—Pero él no tiene que morir necesariamente, —añadió él.

—¿Qué quieres decir? —dijo Zannah, de repente alerta.

—Hablé con Caleb. Cree que tú eres un monstruo, también. Pero él no te conoce como yo. Tú no eres un monstruo, Zannah… pero te convertirás en uno si dejas que la rabia y el odio dominen tu vida.

—Ahora suenas como los Jedi —dijo ella con cuidado. Darovit claramente había pensado en algo, pero ella no podía imaginar qué era.

—Estoy empezando a darme cuenta de que ellos son mejor que la alternativa, —admitió él—. Sé lo que va a pasar, Zannah. Si Bane muere, matarás a Caleb.

Ella vaciló, entonces asintió.

—Probablemente. —No tenía sentido mentir.

—Estás en equilibrio en el precipicio —le advirtió su primo, su voz de repente urgente e intensa—. Todavía puedes darle la espalda a esta vida, Zannah. Pero si Bane muere, sé que tu deseo de vengarle te llevará a asesinar a Caleb. Y me temo que la muerte de tu Maestro te empujará sobre el límite. Te convertirá en él.

—Yo no *quiero* que te conviertas en él, —añadió él más suavemente, señalando con la cabeza al inmóvil Bane en la camilla—. Tengo que salvarte de ti misma. Tengo que encontrar alguna forma de evitar que mates a Caleb. Así que le convencí de sanar a Bane. Es la única forma de alejarte de las enseñanzas de los Sith.

—Eso… eso no tiene sentido, —dijo Zannah, su mente retrocediendo mientras trataba de envolver su cabeza alrededor de su lógica—. Si Bane vive nunca me dejará abandonar mis estudios. —*¿Y por qué querría hacerlo?* Añadió en silencio.

—Antes de que Caleb ayude, —explicó su primo—, tienes que mandar uno de los drones de mensaje de Loranda. Tienes que decirle a los Jedi dónde estamos para que puedan venir y arrestar a Bane.

—¿Qué? —Gritó Zannah, dando medio paso lejos de él—. ¡Eso es una locura!

—¡No, no lo es! —dijo él, agarrándola por el brazo con su mano buena y tirando de ella para encararla—. Por favor, Zannah, sólo escúchame. Si mandas ese mensaje a los Jedi y les entregas a Bane, demostrará que le estás dando la espalda a los caminos de los Sith. Mostrará que quieres enmendar todo el dolor y sufrimiento que has causado.

—Y es la única forma en la que Caleb aceptará sanarle, —añadió él un segundo más tarde, dejando ir su brazo.

—Viste lo que Bane puede hacer, —dijo ella—. ¿Qué va a detenerle de matar a los Jedi cuando lleguen aquí?

—La toxina de los orbaliskos está derritiendo el cuerpo de Bane desde el interior. Incluso con la ayuda de Caleb llevará semanas, quizás meses, antes de que pueda siquiera salir de la cama.

—¿Entonces qué va a detenerme de llevarme a Bane tan pronto se haya sanado?

—Tu mayor arma es el secretismo. Los Jedi creen vuestra Orden extinta. No malgastarán su tiempo cazando sombras cada vez que alguien susurra la palabra *Sith*. Esa es la única razón por la que has sido capaz de sobrevivir hasta el momento.

Pero una vez que mandes el dron de mensaje, todo cambia. Sabrán que los Sith aún existen. Tendrán la prueba que necesitan para llevarles a la acción. Cada Caballero Jedi y

Maestro Jedi a lo largo de un millón de mundos estarán buscándoos. Los Sith no serán capaces de esconderse ya.

Zannah sabía que tenía razón. Era la misma razón por la que Bane había trabajado tan duro por mantener su existencia como nada más que un rumor infundado.

—Además, —añadió Darovit—, Caleb no hará nada a no ser que deshabilitemos la nave primero. Si tratas de huir tendrás que arrastrar a Bane hasta el desierto a pie. Incluso si él sobreviviera al viaje, no llegarías muy lejos antes de que llegaran los Jedi.

—Suena como si el sanador no confiara en mí, —murmuró Zannah sombríamente.

—Casi le matas, —señaló su primo.

—Si le entrego a los Jedi, —se preguntó ella en voz alta—. ¿Qué me va a ocurrir a mí?

—No lo sé, —admitió el joven—. Los Jedi puede que te arresten a ti también. Pero espero que reconozcan tus acciones como un punto de inflexión en tu vida. Quizás lo vean como un intento de enmendar las cosas.

—Quizás incluso te acepten, —sugirió él—. He oído que los Jedi creen en el poder de la redención. Y, como dije, es mejor que la alternativa.

—¿Qué hay de ti? —preguntó ella—. ¿Qué harás tú?

—Yo no seré parte de esto si escoges matar a Caleb y dejar morir a Bane, —le dijo él—. Pero no creo que lo hagas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Te lo dije, Zannah… compartimos un vínculo. Puedo decirte lo que estás pensando, lo que estás sintiendo. Tienes miedo de estar sola… pero no estás sola. Ya no.

—Harás la elección correcta. Y cuando lo hagas, estaré ahí por ti.

Ella sopesó la oferta con cuidado, mordiéndose el labio con tanta fuerza que sus dientes sacaron sangre. Si se negaba, Bane estaba muerto y ella tendría que continuar con la Orden Sith por su cuenta. Matar a Caleb, encontrar un aprendiz… probablemente matar a Darovit, también. Si aceptaba, tenía que traicionar a su Maestro a los Jedi, que marcaría el fin de los Sith y el primer paso en su largo camino de redención y resarcimiento.

—A Bane se le agota el tiempo, —espoleó su primo—. Tienes que decidirte.

Los dos caminos se alzaban grandes ante ella: sola en la oscuridad, o en la luz con Darovit a su lado. Ella le dio vueltas al problema una y otra vez en su mente hasta que, finalmente, la respuesta llegó a ella.

—Dile a Caleb que acepto sus exigencias.

* * *

Bane abrió sus ojos lentamente; sus párpados se sentían pesados, le pesaban como si estuvieran perfilados con limaduras de metal. Podía sentirlas cepillando sus pupilas, frotando como papel de lija mientras parpadeaba contra la dura luz que fluía hacia él. El brillo le hizo entornar los ojos de nuevo mientras trataba de sentarse.

Su cuerpo se negaba a moverse. Piernas, brazos, y torso ignoraban los impulsos de su cerebro a alzarse. Incluso su cabeza no podía moverse. Había sensibilidad en sus extremidades: Podía decir que estaba yaciendo sobre su espalda, y podía sentir el grano duro de una sábana de estopa o una tela tejida toscamente contra su piel. Pero estaba paralizado, incapaz de moverse.

Sus ojos parpadearon para abrirse una vez más, y el brillo empezó a desvanecerse mientras sus pupilas gradualmente se contraían. Estaba mirando a un techo bajo, inclinado, de simples tablas de madera. Un rayo de sol se disparaba a través de una angosta grieta en la madera, brillando directamente sobre su cara.

Gruñendo consiguió girar su cabeza hacia un lado de forma que la luz ya no golpeara sus ojos. El cambio de ángulo también le dio una mejor vista de la habitación en la que estaba: pequeña, simple, y extrañamente familiar. Antes de que pudiera encajarlo con cualquiera de sus recuerdos, una figura caminó hacia su línea de visión.

Por el hecho de que estaba mirando directamente a un par de botas de cuero desgastadas, Bane dedujo que estaba tumbado en el suelo. La figura se alzó sobre él durante un momento, entonces se agachó para mirarle a los ojos.

La cara —diez años más vieja, pero inconfundible— sacudió los recuerdos del Lord Oscuro. Había yacido en este mismo suelo cerca de una década antes en el borde entre la vida y la muerte, al igual que yacía ahora.

Caleb, trató de decir, pero el único sonido que salió fue su suave gruñido. Como el resto de su cuerpo, sus labios, lengua, y mandíbula se negaban a moverse. Bane trató de llamar al poder del lado oscuro para que le diera fuerza, pero su voluntad estaba tan débil e indefensa como el resto de él.

—Se ha despertado, —gritó con fuerza Caleb, sin quitar sus ojos de su paciente.

Desde fuera, Bane escuchó el sonido de pasos aproximándose. Trató de hablar de nuevo, llevando todas sus fuerzas a una única palabra.

—Caleb.

Su voz era un leve susurro, pero esta vez la palabra era clara. El sanador no se molestó en responder. En su lugar se levantó, dejando a Bane mirando a sus botas una vez más. Bane escuchó el golpe seco de pasos corriendo en la arena de fuera cambiando al agudo claqueteo de los talones en el suelo de la chabola de madera.

—¡Déjame verle!

Él reconoció la voz de su aprendiz, y su mente lentamente empezó a reunir las piezas de lo que había ocurrido. Recordó la batalla con los Jedi en Tython; recordó desatar una tormenta de rayos de Fuerza al último de sus enemigos. Recordó el kriffido escudo que el Maestro ithoriano había lanzado alrededor de él. Después de eso, todos sus recuerdos eran de un dolor insoportable.

De algún modo la barrera del Jedi había atrapado a Bane dentro del centro de la tormenta del lado oscuro. La electricidad lo había envuelto, millones de voltios arqueándose a través de su cuerpo, cocinando su carne desde el interior y llevando a sus

músculos a una interminable serie de sacudidas violentas que amenazaban con desgarrar su cuerpo.

La energía había fluido a través de los orbaliskos enganchados a su piel, también. Las criaturas absorbieron el poder, devorándolo hambrientas hasta que se hincharon tanto que la carne suave, maleable de sus tripas había empezado a aumentar. Apretadas incluso más firmemente contra la quitina implacable de sus propios caparazones exteriores, empezaron a hurgar profundamente en Bane. Recordó gritar mientras miles de diminutos dientes empezaban a serrar su tejido subcutáneo, mordiendo a través de músculos, tendones, e incluso el hueso.

Pero hurgar más profundo no había detenido a las criaturas de alimentarse de la electricidad que fluía a través del interior chamuscándose de Bane. Continuaron expandiéndose hasta que empezaron a explotar, rompiéndose como globos llenos comprimidos bajo los duros caparazones.

Bane había permanecido consciente a través de la tortura de la electricidad que le cocinó vivo y la agonía de los dientes hurgando en su carne. Pero el dolor indescriptible de los químicos liberados por los orbaliskos explotando disolviendo su cuerpo a nivel celular finalmente hizo que perdiera el conocimiento… sólo para despertar aquí.

Un par de botas caminaron junto a Caleb: los pies más pequeños de una mujer, probablemente Zannah.

—Está tratando de hablar, —dijo Caleb desde arriba de la línea de visión de Bane.

Trató de inclinar su cabeza de nuevo, esta vez tratando de mirar arriba hacia el par que estaban en pie sobre él. Zannah se dio cuenta y se agachó para alzar su cabeza y hombros. Ella deslizó una almohada improvisada formada por su capa enrollada bajo su cuello para apoyarle. Él sintió sus largos y delgados dedos en su espalda mientras lo hacía.

El contacto le hizo tener una revelación aplastante a Bane: ¡Los orbaliskos ya no estaban! Es por eso por lo que había sentido las sabanas ásperas contra su piel desnuda. Es por eso que podía sentir los dedos de Zannah presionando contra su carne.

—¿Orbaliskos? —consiguió jadear.

—Tuvimos que quitarlos —le informó su aprendiz—. Le estaban matando.

Bane sintió el mundo atenuarse de nuevo, su cuerpo exhausto por las dos palabras que había hablado. Mientras perdía la consciencia, sintió una punzada de arrepentimiento por lo que había perdido.

* * *

Para el ojo desentrenado de Zannah, su Maestro parecía mucho más fuerte cuando abrió sus ojos de nuevo dos días después. Esta vez fue capaz de girar su cabeza lentamente de lado a lado, asimilando los alrededores del hogar de Caleb y la presencia cercana de su aprendiz.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él.

Las palabras eran débiles, su voz todavía cruda y ajada.

—Caleb le sanó, —le dijo ella, ajustando la almohada que había cogido del *Loranda* y había puesto bajo su cabeza y hombros para levantarle—. Él salvó su vida.

Hace cuatro días tal afirmación habría sido difícil de imaginar. Caleb había observado a Zannah programar el dron de mensaje y mandarlo a los Jedi, entonces le advirtió que había una fuerte probabilidad de que Bane no sobreviviera al tratamiento.

Ella pensó al principio que sería un ardid, una excusa que Caleb le estaba dado para cubrir sus acciones si decidía dejar morir a su Maestro… o simplemente para matarle. Así que mantuvo un ojo sobre el sanador durante el tratamiento de Bane. Incluso aunque sabía que había cientos de formas en los que podía acabar con la vida de Bane sin que ella tuviera ni una pista de lo que estaba haciendo, Zannah esperaba que su presencia le disuadiera de intentar cualquier cosa bajo manga.

Ahora se dio cuenta de qué inútil había sido su vigilia. Caleb era un hombre de palabra; estaba marcado y unido a nociones inútiles como el honor. Había prometido ayudar a Bane mientras ella alertara a los Jedi, y como ella había mantenido su parte del trato, él había hecho cada esfuerzo por hacer lo mismo.

Zannah originalmente había sugerido mover a Bane de vuelta a la plataforma médica del *Loranda* para los tratamientos, pero Caleb se había negado. Clamaba que las poderosas energías que fluían a través de la tierra alrededor de su campamento le daban fuerza a su medicina. Darovit había estado de acuerdo, y Zannah, habiendo sentido el poder del lugar por sí misma, se había echado atrás.

El sanador había empezado forzando un líquido de olor nauseabundo que había elaborado en su cacerola a través de la garganta de Bane para contraatacar los efectos de las toxinas del orbalisko. Darovit le había advertido de que el veneno estaba matando a Bane, comiéndose su cuerpo. Pero sólo fue cuando empezaron a retirar los orbaliskos, empezando con los caparazones chamuscados de aquellos que habían muerto, que Zannah entendió la mira de lo mal que había sufrido su Maestro.

Lo que había debajo no podía ser llamado ya piel; no podía siquiera ser llamado apropiadamente carne. Una masa pulposa de icor verde y negro liberado por los organismos parásitos mezclada con el pus supurante blanco y el tejido sangriento rojo del propio cuerpo de Bane. Mirando al daño era obvio, incluso para alguien como Zannah, sin ninguna experiencia médica, que lo único que mantenía a Bane con vida era su poder en la Fuerza. Sus heridas dieron paso al hedor gangrenoso de la carne podrida, y ella hizo todo lo que pudo por no vomitar.

El siguiente paso involucraba quitar los orbaliskos aún con vida. La clave, como Zannah había sospechado, era la electricidad. Caleb había preparado un gel pegajoso, altamente conductor en su fuego, entonces lo utilizó para cubrir el caparazón exterior de cada orbalisko. Luego cogió una larga y delgada aguja unida a una célula de energía sacada del *Loranda* y la insertó en un pequeño agujero en la misma punta del cráneo plaqueado del orbalisko. La aguja perforó el suave cuerpo de debajo, descargando una poderosa descarga eléctrica para aturdir a la criatura.

Esto hizo que el orbalisko liberara una pequeña explosión de solventes químicos que debilitaban el poderoso adhesivo que la criatura utilizaba para unirse al hospedador. Con la unión del adhesivo debilitada, la criatura podía soltarse manualmente. Los parásitos aún aturdidos fueron entonces arrojados en un gran tanque, lleno de agua enganchado a una de las células de energía del *Loranda* y muertos con una dosis final de electricidad. El proceso tuvo que ser cuidadosamente repetido para cada individuo en la colonia que había brotado sobre el cuerpo de Bane, e incluso con Darovit y Caleb trabajando ambos sobre él, el procedimiento había llevado varias horas.

La carne bajo los orbaliskos con vida estaba pálida y ajada, con profundas llagas, supurantes donde había estado constantemente mordida y masticada por los diminutos dientes de los parásitos. Las heridas parecían menores en comparación al desastre siniestro bajo los caparazones muertos.

Una vez que Bane fue limpiado de la infestación, Caleb había frotado un bálsamo sobre todo su cuerpo y lo había envuelto de cabeza a pies de vendas.

Las envueltas habían sido cambiadas cada cuatro horas durante los primeros dos días, aplicando el bálsamo de nuevo cada vez.

Zannah estaba impresionada con la habilidad de Caleb. Bane había sido poco más que una masa de tejido muerto e infectado cuando el sanador había comenzado, y para cuando le quitaron las vendas para el bien del cuerpo desfigurado de Bane había renacido. Su piel era ahora de un rosa brillante, inusualmente blanda y extremadamente sensible, aunque durante las siguientes semanas le habían dicho que lentamente volvería a un color y textura más normales.

—¿Caleb me salvo? —murmuró Bane suavemente—. ¿Cómo le convenciste?

Zannah vaciló, sin estar segura de qué decirle. Darovit y Caleb estaban justo fuera de la puerta; podrían entrar en cualquier momento. Pero incluso si la pillaban contándole a Bane sobre el dron de mensaje, ¿por qué les importaría? El trato estaba hecho. Su Maestro estaba aún demasiado débil para ponerse de pie, y ahora mismo los Jedi estaban probablemente a menos de un día de distancia de Ambria.

—Tuvimos que decirle a los Jedi que estaba aquí. Mandé un mensaje diciéndoles que un Lord Sith había matado a cinco Jedi en Tython. Les dije que estaba con Caleb en Ambria, herido e indefenso. Vienen a por usted.

La rabia destelló a través de los ojos de Bane y él trató de sentarse, pero sólo consiguió alzar su cabeza un par de centímetros sobre la almohada antes de caer de espaldas. Dándose cuenta de que estaba indefenso, su Maestro la miró con ojos acusadores.

—Me has expuesto, —dijo él—. Me has traicionado.

—Tenía que mantenerle con vida, —explicó ella, volviendo al argumento que había utilizado para tomar su decisión final—. Todavía tiene mucho que enseñarme.

—¿Cómo va a ocurrir eso ahora? —exigió él enfadado—. Los Jedi nunca lo permitirán.

Zannah no tenía una respuesta para darle. Bane cerró sus ojos, aunque si en derrota o en pensamiento ella no podía decirlo. Ella sólo podía intuir a Darovit y a Caleb hablando en voz baja fuera junto al fuego.

Los ojos de Bane se abrieron un par de segundos después, ardiendo con una feroz intensidad.

—Darth Zannah, eres mi aprendiz. La heredera de mi legado. Todavía puedes clamar el destino que es tuyo por derecho. Todavía puedes ascender al rango de Maestra Sith.

Él estaba hablando en voz más alta ahora, su fuerza lentamente volviendo. Zannah se preguntaba si los hombres de fuera podían escucharle.

—¡Coge tu sable láser y acaba conmigo! Clama mi título como el tuyo propio. Masacra a los otros y huye de este lugar antes de que los Jedi lleguen. Busca un nuevo aprendiz. Mantén nuestra Orden viva.

Zannah agitó su cabeza. Caleb ya había considerado esa posibilidad, y efectivamente la había eliminado.

—Nuestra nave está deshabilitada, y los Jedi estarán aquí en cuestión de horas. Incluso si huyo al desierto, me encontrarán antes de que pueda escapar de este mundo.

—Nunca pensé que me fallarías tan completamente, —le dijo Bane, alejando su cabeza de ella en disgusto—. Nunca pensé que serías la que destruiría a los Sith.

Ella no dijo nada en su defensa, y un par de segundos más tarde Bane se giró para encararla una vez más, poniendo sus ojos sobre el sable láser en su cinturón.

—No quiero vivir como un prisionero de los Jedi, —dijo él, su voz baja, como si ahora supiera que había otros que podían escuchar—. Puedes acabar con esto antes de que lleguen.

Zannah agitó su cabeza. No había pasado por todos los problemas de salvar la vida de su Maestro sólo para matarle ahora.

—Mientras usted viva aún hay esperanza, Bane, —dijo ella en silencio, preocupada por qué pensarían Darovit o Caleb si escucharan sus palabras. Aún tenía que ofrecer algún tipo de consuelo a su Maestro—. Los Sith aún pueden alzarse de nuevo.

Bane agitó su cabeza, aunque le llevó un esfuerzo monumental.

—Los Jedi nunca me permitirán escapar. Percibirán mi poder, y me mantendrán bajo la guardia constante de una docena de Caballeros Jedi hasta que el Senado decida ejecutarme por mis crímenes. Mátame ahora y niégales su justicia.

Zannah había pasado los últimos dos días al lado de Bane, esperando a que se despertara de nuevo. Estaba claro que viviría, pero quería hablar con su Maestro para estar segura de que su mente aún estaba intacta. Ella quería una prueba de que todas sus facultades —su inteligencia, su astucia— habían sobrevivido a su hazaña. Ella lo tenía ahora, irónicamente expresado en su deseo de morir.

—Un Sith nunca se rinde, Maestro, —le dijo ella.

—Y sólo un imbécil lucha una batalla que no es posible ganar, —respondió él agudamente—. Los Jedi estarán aquí pronto. Actúa ahora. ¡Acaba conmigo!

Ella agitó su cabeza. Su Maestro trató de levantarse, su furia dándole la fuerza para medio sentarse. Y entonces colapsó de vuelta en la almohada, completamente exhausto.

Mientras su Maestro se deslizaba una vez más en la inconsciencia, Zannah se dio cuenta de que tenía razón. Los Jedi estaban llegando, y si no actuaba ahora sería demasiado tarde. Ella se levantó y cogió su sable láser, sabiendo que el zumbido de su espada alertaría a los dos hombres de fuera. No le importó. Para cuando se dieran cuenta de lo que estaba haciendo sería demasiado tarde.

24

El *Luz de la Verdad*, uno de los muchos cruceros Jedi que habían sido incorporados a la flota de la República después de las Reformas de Ruusan, aterrizó con un suave golpe en la superficie desolada de Ambria.

—Preparaos para cualquier cosa, —advirtió el Maestro Tho'natu a su equipo mientras se preparaban para desembarcar.

Antes de que consiguiera el rango de Maestro, el twi'lek había servido como Caballero Jedi en el Ejército de la Luz en Ruusan. Había sido asignado a la nave de Farfalla, afortunadamente a tiempo para evitar los efectos de la bomba mental, pero no antes de que tuviera una gran oportunidad en Ruusan de atestiguar de primera mano el tipo de atrocidades de las que los Sith eran capaces. No iba a correr riesgos aquí.

Habían sido despachados en respuesta a un dron de mensaje que había llegado a Coruscant un par de días antes. El mensaje anónimo de dentro había sido crípticamente corto, y de algún modo inquietante por su falta de detalles. Contenía sólo un conjunto de coordenadas de aterrizaje y cuatro breves líneas de texto.

Un Lord Sith aún vive. Mató a cinco Jedi en Tython. Ahora está en Ambria, bajo los cuidados de un sanador llamado Caleb. Está malherido e indefenso.

Hacía menos de dos semanas el Maestro Farfalla y cuatro compañeros habían despegado apresuradamente de Coruscant, dejando atrás palabras de que se dirigían a Tython en persecución de un Lord Oscuro de los Sith. No habían escuchado de ellos desde entonces. El dron de mensaje ofrecía una funesta explicación de su destino, y atrajo una respuesta inmediata del Consejo Jedi.

Rápidamente reunieron un equipo de catorce Jedi, seis Maestros y ocho Caballeros Jedi, y los mandaron a Ambria bajo las órdenes de Tho'natu para aprehender al hombre responsable por la masacre del Maestro Farfalla y sus compañeros. El viaje se había hecho con toda la prisa posible, pero ahora que estaban aquí tenían intención de proceder con cuidado, al tanto de caminar hacia una trampa.

Las coordenadas de aterrizaje les habían puesto a un par de metros de una pequeña cabaña de madera y a un diminuto fuego de campamento. Un crucero con el nombre LORANDA blasonado en su lateral estaba aparcado cerca.

Las puertas de la plataforma de aterrizaje se abrieron, y Tho'natu y los otros saltaron al suelo, preparados para desenvainar sus sables láser a la primera señal de problemas. El aire alrededor de ellos vibraba con una extraña y poco familiar sensación de poder, aunque por debajo estaba la inconfundible corrupción del lado oscuro.

—Unidades primera y segunda, id a comprobar esa nave, —dijo él—. Tercera unidad explorad el campamento conmigo.

Nueve Jedi se precipitaron hacia el *Loranda*, mientras que Tho'natu y los otros se aproximaron al campamento. Lo que vieron mientras se acercaron les llenó de repulsión. Había sido literalmente cortado en pedacitos.

Trozos eviscerados de la anatomía humana se amontonaban en el suelo alrededor del fuego de campamento. Los brazos habían sido talados a la altura del hombro, entonces cortados de nuevo por los codos y muñecas. Lo mismo habían hecho con las extremidades inferiores, desmembradas en pies, piernas, y muslos. Incluso el torso había sido cortado en cuartos. Los cortes limpios, cauterizados no dejaban ninguna duda de que la elección de armas del carnicero había sido un sable láser.

Sólo quedaba entera la cabeza, puesta como un trofeo sobre la cacerola puesta bocabajo en el suelo. Un hombre humano con pelo largo, negro, parecía tener cuarenta o cincuenta años. Sus rasgos estaban retorcidos en una máscara de dolor y terror horripilante; Tho'natu se preguntaba cuántas de las heridas habían sido infligidas mientras aún estaba vivo.

—¿Qué tipo de locura podría hacer a alguien hacer esto? —preguntó uno de los otros, pero el Maestro Tho'natu no tenía respuesta.

Ante un gesto con la cabeza de su comandante, los Jedi encendieron sus armas. Ellos se movieron lentamente hacia la pequeña chabola, su comandante delante. Como una unidad, se detuvieron cuando escucharon un suave sonido que venía del interior del edificio: jadeos ajados fuertes rotos por sollozos temblorosos y gemidos de miedo.

Una sábana maltrecha colgaba de la entrada abierta del edificio, obscureciendo su visión. El twi'lek se extendió con la Fuerza para tratar de percibir a quien fuera que se estuviera ocultando dentro, pero algo —probablemente el extraño poder subyacente del propio campamento— emborronaba su consciencia.

—Soy el Maestro Tho'natu de los Jedi —gritó, apagando la hoja de su sable láser—. Estamos aquí para ayudarte.

Un grito de ira incoherente estalló desde la chabola. Un joven irrumpió por la entrada, llevando un sable láser dorado sobre su cabeza con su mano izquierda. Su mano derecha no era más que un muñón, y había un brillo demente en sus ojos.

—¡No! —Aulló mientras cargaba contra ellos, oscilando salvajemente su arma—. ¡Nunca me cogeréis! ¡No! ¡No! ¡No!

El Maestro Tho'natu encendió su espada mientras el hombre caía sobre él con la furia de la locura, sus gritos convirtiéndose en aullidos dementes, bestiales. El resto de su equipo reaccionó por instinto, saltando en defensa de su comandante. La batalla duró menos de tres segundos, el joven delirante cortado por un enjambre de sables láser Jedi.

Cuando se acabó, los Jedi tomaron posturas defensivas encarando la chabola, con las armas en posición mientras se preparaban para otro ataque en potencia. Durante varios segundos no ocurrió nada, y no había más sonidos de vida del interior. Haciendo un movimiento para que los otros se quedaran atrás, Tho'natu caminó lentamente hacia delante y apartó la sábana que cubría la entrada.

La habitación del otro lado estaba vacía a excepción de cinco empuñaduras de sable láser tiradas junto a la puerta. El Maestro Jedi caminó dentro del pequeño edificio, su mente ágil rápidamente recomponiendo lo que debía haber ocurrido.

Recordó que Farfalla había utilizado una espada dorada, justo como la del hombre que les había atacado. Los sables láser eran trofeos, tomados de aquellos que habían muerto en Tython por su asesino. El hombre de fuera era joven, pero a los Jedi se les enseñaba que el lado oscuro llevaba a un poder rápido y fácil, poder suficiente para matar a Farfalla y a los otros, especialmente si habían sido llevados a algún tipo de trampa. El Sith había masacrado a los Jedi y había reclamado sus armas, aunque debía haber sufrido graves heridas en la batalla, incluyendo la pérdida de su mano.

Probablemente había tratado de llamar al poder del lado oscuro para sanarse. Pero el Maestro Jedi sabía que el lado oscuro no podía sanar; sólo causaba daños. El intento erróneo fue probablemente lo que dañó la mente del joven. Herido y medio loco, había ido a Ambria a buscar ayuda del sanador. Para cuando llegó a este lugar debía haber estado cercano a la muerte, y completamente indefenso.

Ahí sería cuando Caleb debía haber despachado al dron de mensaje para advertir a los Jedi.

Un Lord Sith aún vive. Mató a cinco Jedi en Tython. Ahora está en Ambria, bajo los cuidados de un sanador llamado Caleb. Está malherido e indefenso.

Él debía haber percibido quién y qué era el joven mientras curaba sus horribles heridas. Pero Caleb había subestimado el poder del Lord Sith, y el degenerado estado de su locura. Antes de que los Jedi llegaran, el Sith se había recuperado lo suficiente como para torturar y matar a Caleb por exponerle. La muerte prolongada y visceral del sanador debía haber alimentado aún más la psicosis del joven, reduciéndolo a la criatura delirante que se había lanzado sobre ellos desde la cabaña.

Todas las piezas encajaban. Tenía sentido.

—Maestro, —dijo uno de los otros Jedi, mirando a través de la puerta—. El resto del campamento está desierto.

—¿Qué hay de la nave? ¿El *Loranda*?

—Nadie a bordo, —informó él—. Parece que alguien la saboteó antes de que llegáramos aquí.

Probablemente Caleb, se dio cuenta Tho'natu. Quería asegurarse de que el Sith no podía escapar. Si el joven lo había averiguado, eso podía explicar la brutalidad de la muerte de Caleb.

—Probablemente sólo llevaría dos o tres días hacer las reparaciones, —le informó el Jedi.

—Dejadla para los chatarreros, —dijo el twi'lek con un agitar de su cabeza. Había sólo dos cosas que quería llevarse de este lugar maldito—. Recoged los restos del sanador. Le daremos un entierro apropiado en Coruscant.

El hombre asintió y se fue para entregar sus órdenes.

El Maestro Tho'natu se encorvó y reunió los sables láser de sus camaradas caídos de Tython, de modo que pudieran ser puestos en un lugar de honor en el Templo. La pérdida de Farfalla y sus compañeros era una tragedia terrible, como lo había sido lo que había

ocurrido aquí. Pero al menos volvería al Consejo Jedi y les diría con absoluta certeza que el último de los Lords Sith había muerto en Ambria.

Él salió de la pequeña chabola y se dirigió de vuelta a su nave, sabiendo que los recuerdos de la horrible masacre en Ambria le perseguirían durante el resto de su vida. Nunca pensó en examinar el pequeño colchón en la esquina. Nunca se dio cuenta de la trampilla construida en el suelo bajo ella. Y nunca percibió a la aprendiz y a su Maestro inconsciente, enmascarados por la brujería Sith, ocultos en silencio en la celda justo bajo sus pies.

EPÍLOGO

Le llevó a Zannah tres días hacer las reparaciones del *Loranda*. Había cargado a Bane en la nave y le había anclado a la bomba de bacta para que pudiera continuar recuperándose mientras trabajaba, sedándole para acelerar el proceso curativo. Ahora que su navío estaba preparado para dejar Ambria, ella fue a comprobar a su Maestro una última vez.

Él aún estaba inconsciente, tumbado sobre su espalda en la camilla como lo había dejado. Caminó hacia delante para comprobar sus constantes vitales y sus ojos se abrieron, ardiendo con ira. Su mano saltó y agarró su muñeca, apretándola con la fuerza como una garra de hierro.

—¿Dónde están los Jedi? —preguntó en un susurro feroz, fijándola con una mirada de puro odio mientras se alzaba sobre un codo. Su agarre sobre su muñeca se apretó, haciéndola doblarse del dolor.

—Se han ido —dijo ella, tratando de permanecer en calma—. Han vuelto a Coruscant.

Ella podía sentir el poder de Bane —completo una vez más— fluyendo por sus venas. Podía sentir el calor de su rabia, y sabía que una palabra errónea y él le partiría el cuello en dos con la Fuerza.

—¿Por qué? —gruñó él.

—Creen que han matado al Lord Oscuro en Ambria, —respondió ella—. Creen que los Sith están extintos.

Bane inclinó su cabeza a un lado, curioso.

—¿Caleb?

—Yo le maté.

—¿Tu primo?

—Muerto. Asesinado por los Jedi.

Una visión involuntaria de la lamentable criatura en la que había convertido a Darovit se le pasó por la mente. Ella le recordaba agachado en una esquina, estremeciéndose de terror. Él agarró la empuñadura de un sable láser contra su pecho, su única defensa contra los horrores y pesadillas que veía reptando hacia él desde cada esquina. Ella apartó el recuerdo con un rápido agitar de su cabeza.

Bane liberó su agarre y se recostó en su cama, su rabia desvaneciéndose.

—Lo has hecho bien, Zannah —dijo él, su mente astuta rellenando los espacios lo suficiente para suponer lo que había hecho. Ella sonrió ante el cumplido.

—Te sobrestimé, —continuó él—. Si hubiera sabido tus planes, nunca te habría pedido que me mataras.

—Aún tiene mucho que enseñarme, —le recordó Zannah—. Continuaré estudiando a sus pies, Maestro. Aprenderé de su sabiduría. Descubriré sus secretos, desbloqueándolos uno a uno hasta que todo lo que sabe; todo su conocimiento y todo su poder; sea mío. Y una vez que no me sea de más utilidad, le destruiré.

Bane alzó una ceja ante sus palabras, y ella podía decir que él las aprobaba. Su ambición era buena; le daría poder. Sus talentos y habilidades continuarían creciendo. En su momento, ella desafiaría a su Maestro por el derecho a gobernar, y sólo el más fuerte sobreviviría. Era inevitable. Era el camino de los Sith.

—Un día le superaré, —le advirtió Zannah—. Y en ese día le *mataré*, Lord Bane. Pero ese día no es hoy.

SOBRE EL AUTOR

DREW KARPYSHYN es el autor de best sellers del *New York Times* de *Star Wars: Darth Bane: Camino de Destrucción* y *Mass Effect: Revelación,* así como de varias otras novelas de fantasía y ciencia ficción. También es un escritor/diseñador ganador de premios para la compañía de videojuegos BioWare, donde ha sido el escritor jefe de los videojuegos *Mass Effect* y del éxito de ventas *Star Wars: Caballeros de la Antigua República*. Vive en Alberta, Canadá, con su mujer, Jen, y su gato.

LIBROS DE DREW KARPYSHYN

Baldur's Gate II: Trono de Bhaal

Temple Hill

Mass Effect: Revelación
Mass Effect: Ascensión

Star Wars: Darth Bane: Camino de Destrucción
Star Wars: Darth Bane: Regla de Dos
Star Wars: Darth Bane: Dinastía del Mal